

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676



V I D A Y H E C H O S

Del Ingenioso Hidalgo

D O N Q U I X O T E
D E L A M A N C H A.

L I B R O Q U A R T O.

C A P I T U L O X X V I I I.

*Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura,
y al Barbero sucedió en la misma Sierra.*



FELICISSIMOS, y venturosos
fuèron los tiempos, donde se echò
al mundo el audacissimo Cavalle-
ro Don Quixote de la Mancha,
pues por avèr tenido tan honrosa
determinacion, como fuè el que-
rer refucitar, y bolver al mundo la
ya perdida, y casi muerta orden de
la andante cavalleria, gozamos aora en esta nuestra edad
necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulçura
de su verdadera història, sino de los cuentos, y episòdios
della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos,

T O M . I I .

B

y

y verdaderos, que la misma historia: La qual, profiguiendo su rastrillado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que assi como el Cura començò à prevenirse para consolar à Cardenio, lo impidiò una voz que llegò à sus oydos, que con tristes accents dezìa desta manera.

A y Dios, si serà possible, que hè yà hallado lugar, que pueda servir de escondida sepultura à la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo! Si serà, si la soledad, que prometen estas fierras, no me miente. Ay desdichada! Y quan mas agradable compañia haràn estos riscos y malezas à mi intencion (pues me daràn lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo) que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males.

TODAS estas razones oyeron, y percibièron el Cura, y los que con èl estavan; y por parecerles (como ello era) que alli junto las dezian, se levantaron à buscar el dueño; y no huvièron andado veinte passos, quando detras de un peñasco vièron sentado al piè de un fresno à un moço vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, à causa de que se lavava los pies en el arròyo que por alli corrìa, no se le pudièron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dèl no fuèron sentidos, ni èl estava à otra cosa atento, que à lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arròyo se avian nacido. Suspendiòles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estavan hechos à pisar terrones, ni à andar tras el arado y los buyes,
como





Jo: Vanderbank inv: et Delin.
Vol. II. p. 3.

Ger: Vanderhucht sculp.

como mostràva el habito de su dueño; y assi viendo que no avian sido sentidos, el Cura, que iba delante, hizo señas à los otros dos, que se agaçapàssen, ò escondièssen detrás de unos pedaços de peña que alli avia, y assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: El qual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía ansimesmo unos calçones, y polàynas de paño pardo, y en la cabeça una montera parda. Tenia las polàynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acobòse de lavar los hermosos piès, y luego con un paño de tocàr, que sacò debàxo de la montera, se los limpiò; y al querer quitarsele, alçò el rostro, y tuvièron lugar los que mirandole estàvan, de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: Esta, ya que no es Lucinda, no es persona humana sino divina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça à una y otra parte, se començaron à descoger y desparzir unos cabellos, que pudièran los del Sol tenerles envidia. Con esto conocièron, que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa, que hasta entonces los ojos de los dos avian visto, y aun los de cardenio, sino huvièran mirado, y conocido à Lucinda, que despues afirmò, que sola la belleza de Lucinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrian las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo dellos, que sino eran los piès, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: Tales y tantos eran. En estos les sirvièron de peyne unas manos, que si los pies en el agua avian pare-

cido pedaços de cristàl, las manos en los cabellos semejavan pedaços de apretada nieve: Todo lo qual en mas admiracion, y en mas deseò de saber quien era, ponìa à los tres que la miràvan. Por esto determinàron de mostrarse; y al movimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian; y apenas los hùvo visto, quando se levantò en pie, y sin aguardar à calzarse, ni à recoger los cabellos, asìò con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto à si tenìa, y quiso ponerse en huýda, llena de turbacion, y sobrefalto: Mas no hùvo dado seys passos, quando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, diò consigo en el suelo; lo qual visto por los tres, salièron à ella, y el Cura fuè el primero que dixo: Deteneos, Señora quien quièra que seays, que los que aqui vèys, solo tienen intencion de serviros. No ay para que os pongays en tan impertinente huýda, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondiò palabra, atònita y confusa. Llegaron, pues, à ella, y asiendola por la mano el Cura, profiguiò diziendo: Lo que vuestro trage, Señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: Señales claras que no deven de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola à tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, fino para dar remedio à vuestros males, à lomenos para darles consèjo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehùse de no escuchar, fiquiera,

fiquiera, el conſejo que con buena intencion ſe le dà al que lo padece. Aſſi que, Señora mia, ò Señor mio, ò lo que vos quiſièredes ſer, perded el ſobrefalto que nueſtra viſta os hà cauſado, y contadnos vueſtra buena ò mala fuerte, que en noſotros juntos, ò en cada uno hallarèys quien os ayude à ſentir vueſtras deſgracias.

EN tanto que el Cura dezia eſtas razones, eſtàva la diſfraçada moça como enveleſada mirandolos à todos ſin mover labio, ni dezir palabra alguna: bien aſſi como ruſtico aldeano, que de improviſo ſe le mueſtran coſas raras, y dèl jamas viſtas. Mas bolviendo el Cura à dezirle otras razones al meſmo eſeto encaminadas, dando ella un profundo ſuſpiro, rompiò el ſilencio, y dixo.

PUES que la ſoledad deſtas fierras no ha ſido parte para encubrirme, ni la ſoltura de mis deſcompueſtos cabellos no ha permitiò que ſea mentiroſa mi lengua, en valde ſerìa fingir yo de nuevo aora, lo que, ſi ſe me creyèſſe, ſerìa mas por cortefia, que por otra razon alguna. Preſupueſto eſto, digo, Señores, que os agradezco el ofrecimiento que me avèys hecho, el qual me ha pueſto en obligacion de ſatisfazèros en todo lo que me avèys pedido; pueſto que temo, que la relacion que os hiziere de mis deſdichas, os ha de cauſar, al par de la compaſſion, la peſadumbre; porque no avèys de hallar remedio para remediarlas, ni conſuelo para entretenerlas: Pero con todo eſto, porque no ande vacilando mi honra en vueſtras intenciones, aviendome yà conocido por muger, y viendome moça, ſola, y en eſte trage (coſas todas juntas y cada una por ſi que pueden echar por tierra qualquier honeſto credito) os avrè de dezir lo que
quiſiera,

quifièra callar, si pudièra. Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan fuelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura: Y tornandole à hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplièsse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededòr della, haziendose fuerça para detener algunas lagrimas, que à los ojos se le venian, con voz repofada y clara començò la historia de su vida desta manera.

EN esta Andaluzia ay un lugar de quien toma titulo un Duque, que le haze uno de los que llaman Grandes de España. Este tiene dos hijos, el mayor, heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalòn. Deste Señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualàran à los de su fortuna, ni ellos tuvièran mas que desèar, ni yo temièra verme en la desdicha en que me veo; porque quiçà nace mi poca ventura de la que no tuvièron ellos en no aver nacido illustres: Bien es verdad, que no son tan baxos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que à mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raça mal sonante, y como suele dezirse, Christianos viejos ranciosos; pero tan rancios, que su riqueza y magnifico trato les và poco à poco adquiriendo nombre de Hidalgos,

dalgos, y aun de Cavalleros, pueſto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos ſe preciàvan, era de tenerme à mi por hija: Y aſſi por no tener otra ni otro que los heredàſſe, como por ſer padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas, que padres jamas regalàron. Era el eſpejo en que ſe miràvan, el baculo de ſu vejez, y el ſujeto à quien encaminàvan, midiendolos con el cielo, todos ſus deſeòs; de los quales, por ſer ellos tan buenos, los mios no ſalian un punto: Y del miſmo modo que yo era Señora de ſus animos, aſſi lo era de ſu hazienda. Por mi ſe recibian y deſpedian los criados: La razon y cuenta de lo que ſe ſembràva y cogia, paſàva por mi mano: Los molinos de azeyte, los lagàres del vino, el numero de ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre, puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y Señora con tanta ſolicitud mia, y con tanto guſto fuyo, que buenamente no acertarè à encarecerlo. Los ratos que del dia me quedavan (deſpues de aver dado lo que convenia à los mayores, ò capatazes, y à otros jornaleros) los entretenia en exercicios, que ſon à las donzellas tan licitos, como neceſſarios; como ſon los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: Y ſi alguno, por recrear el animo, eſtos exercicios dexàva, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ò à tocar una harpa; por que la experiencia me moſtrava, que la mùſica compone los animos deſcompueſtos, y alivia los trabajos que nacen del eſpiritu. Eſta, pues, era la vida que yo tenia en caſa de mis padres, la qual ſi tan particularmente he contado,

no



no ha sido por ostentacion, ni por dar à entender que soy rica, sino porque se advierta, quan sin culpa me hè venido de aquel buen estado, que hè dicho, al infelice en que aora me hallo.

Es, pues, el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudièra compararse, sin ser vista, à mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa (porque los dias que iba à Missa era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que à penas veian mis ojos mas tierra de aquella donde ponìa los pies :) y con todo esto, los del amor, ò los de la ociosidad, por mejor dezir, à quien los de Lince no pueden igualarse, me vièron puestos en là solitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque, que os hè contado.

No hùvo bien nombrado à Don Fernando la que el cuento contava, quando à Cardenio se le mudò la color del rostro, y començò à trasfudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miraron en ello, temièron que le venìa aquel accidente de locura, que avian oydo dezir, que de quando en quando le venìa. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasfudar, y estarfe quedo, mirando de hito en hito à la labradora, imaginando quien ella era; la qual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, profuguiò su historia diziendo.

Y no me huvièron bien visto, quando, (segun èl dixo despues,) quedò tan preso de mis amòres, quanto lo dièron bien à entender sus demonstraciones. Mas por acabar pres-

to

to con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasàr en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa: Diò y ofreciò dàdivas y mercedes à mis parientes: Los días eran todos de fiesta y de regozijo en mi calle: Las noches no dexàvan dormir à nadie las muficas: Los billetes, que sin sabèr como à mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimièntos, con menos letras que promessas y juramentos. Todo lo qual no solo no me ablandava, pero me endurecia de manera como si fuèra mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme à su voluntad hazia, las hiziera para el efeto contrario: No porque à mi me parecièsse mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuvièsse à demasia sus sollicitudes; porque me dava un no sè que de contento el vèrme tan querida, y estimada de un tan principal cavallero; y no me pesàva ver en sus papèles mis alabanças (que en esto, por fèas que seamos las mugeres, me parece à mi, que siempre nos dà gufsto el oyr que nos llamen hermosas.) Pero à todo esto se oponia mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me davan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque yà à el no se le dava nada de que todo el mundo la supiéffe. Deziànme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dexàvan y depositàvan su honra y fama; y que consideràsse la desigualdad que avia entrè mi, y Don Fernando; y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixèsse otra cosa) mas se encaminàvan à su gufsto, que à mi provecho: Y que si yo quisièsse poner en alguna manera

T o m. II.

C

algun



algun inconveniente para que èl se dexàsse de su injusta pretension, que ellos me casàrian luego con quien yo mas gustàsse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificava yo mi entereza, y jamas quise responder à Don Fernando palabra, que le pudièsse mostràr, aun de muy lexos, esperança de alcançàr su desèo. Todos estos recatos mios, que èl devìa de tener por desdenes, devièron de ser causa de avivàr mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar à la voluntad que me mostràva, la qual, si ella fuèra como devìa, no la supierades vosotros aora, porque huvièra faltado la ocasion de deziroslo.) Finalmente Don Fernando supo, que mis padres andavan por darme estado, por quitalle à èl la esperança de possèrme, ò àlomenos, porque yo tuvièsse mas guardas para guardarme. Y esta nueva, ò sospecha fuè causa para que hiziesse lo que aora oyrèys: Y fuè, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compaña de una donzella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo mi honestidad no se vièsse en peligro; sin saber, ni imaginàr como en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallè delante, cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudeciò la lengua: Y assi no fuè poderosa de dar voces, ni aun èl creo que me las dexàra dar, porque luego se llegò à mi, y tomandome entre sus braços (porque yo, como digo, no tuve fuerças para defendèrme, segun estava turbada) comen-

çò

ço à dezirme tales razones, que no sè como es possible, que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo, que parezcan tan verdaderas. Hazìa el traydòr que sus lagrimas acreditàssen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencè, no sè en que modo, à tener por verdaderas tantas falsedàdes, pero no de fuerte que me movièssen à compassion, menos que buena, sus lagrimas y suspiros. Y assi passandoseme aquel sobrefalto primero, tornè algun tanto à cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pensè, que pudièra tener, le dixè: Si como estoy, Señor, en tus braços, estuvièra entre los de un leòn fiero, y el librarme dellos se me asseguràra con que hizièra, ò dixèra cosa, que fuèra en perjuyzio de mi honestidad, assi fuèra possible hazella, ò dezilla, como es possible dexar de avèr sido lo que fuè. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos desèos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, si con hazerme fuerça, quisières passar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava. Ni tiene, ni deve tener imperio la nobleza de tu fangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia: Y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tu Señor y Cavallero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas, que he dicho, vièra yo en el que mis padres me dièran por esposo, à su voluntad se ajustàra la mia, y mi voluntad de la fuya no saliera; de modo,



que como quedàra con honra, aunque quedàra sin guſto, de grado te entregàra lo que tu, Señor, aora con tanta fuerça procuras. Todo eſto h  dicho, porque no es pensàr que de mi alcance coſa alguna el que no fu re mi legitimo eſpoſo.

SINO rep ras mas que en eſto, belliffima Dorotea (que eſte es el nombre deſta deſdichada) dixo el deſleal Cavallero, v es, aqui te doy la mano de ſerlo tuyo, y ſean teſtigos deſta verdad los cielos,   quien ninguna coſa ſe eſconde, y eſta imagen de nueſtra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oy  deſir, que ſe llam va Dorotea, torn  de nuevo   ſus ſobrefaltos, y acabó de confirm r por verdadera ſu primera opinion; pero no quiſo interrumpir el cuento, por ver en que ven    par r lo que él ya caſi ſabia; ſolo dixo: Que Dorotea es tu nombre, ſe ora? Otra h  oydo yo deſir del meſmo, que qui a corre parejas con tus deſdichas. Paſſa adelante, que tiempo vend  en que te diga coſas que te eſpanten en el meſmo grado que te laſtimen. Repar  Dorotea en las razones de Cardenio, y en ſu eſtra o y deſaſtrado trage, y rog le, que ſi alguna coſa de ſu negocio ſabia, ſe la dix ſſe luego; porque ſi algo le av  dex do bueno la fortuna, era el animo que ten  para ſufrir qualquier deſaſtre que le ſobrevini ſſe, ſegura de que,   ſu parecer, ninguna podia llegar, que el que tenia acrecent ſſe un punto. No le perdi ra yo, Señora, reſpondi  Cardenio, en deſirte lo que pienſo, ſi fu ra verdad lo que imagino, y haſta aora no ſe pierde coyuntura, ni   ti te importa nada el ſab rlo. Sea lo que fu re, reſpondi  Dorotea: Que lo que en mi cuento paſſa fu , que tomando Don
Fernando

Fernando una imagen, que en aquel aposento estava, la puso por testigo de nuestro desposorio, y con palabras eficacissimas, y juramentos extraordinarios me diò palabra de ser mi marido: Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixè, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre avia de recibir de verle casado con una villana vasalla fuya; que no le cegasse mi hermosura, tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hazer por el amor que me tenia, fuèssè dexar correr mi suerte à lo igual de lo que mi calidad pedia; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comiençan.

TODAS estas razones que aqui he dicho, le dixè, y otras muchas de que no me acuerdo, pero no fuèron parte para que el dexasse de seguir su intento; bien assi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo à esta fazon hize un breve discurso conmigo, y me dixè à mi misma: Si, que no serè yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde à grande estado, ni serà Don Fernando el primero, à quien hermosura, ò ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compania desigual à su grandeza. Pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir à esta honra que la fuerte me ofrece, puesto que en esto no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin para con Dios serè su esposa. Y si quièro con desdenes despedirle, en termino le veo, que, no usando el que deve, usará el de la fuerça, y vendrè

vendrè à quedàr deshonorada, y sin disculpa de la culpa, que me podrà dar el que no supiere, quan sin ella he venido à este punto. Porque que razones seràn bastantes para persuadir à mis padres, y à otros, que este Cavallero entrò en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas rebolvì en un instante en la imaginacion. Y sobre todo me començaron à hazer fuerça y à inclinarme, à lo que fuè (sin yo pensar) su peticion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponìa, las lagrimas que derramava, y finalmentè su disposicion y gentileza, que acompañadas con tantas muestras de verdadero amor, pudieron rendir à otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamè à mi criada para que en la tierra acompañasse à los testigos del cielo. Tornò Don Fernando à reysterar y confirmàr sus juramentos: Añadiò à los primeros nuevos santos por testigos: Echòse mil futuras maldiciones fino cumplièsse lo que prometia: Bolviò à humedecèr sus ojos, y à acrecentàr sus suspiros: Apretòme mas entre sus braços, de los quales jamas me avia dexado: Y con esto y con bolverse à salir del aposento mi donzella, yo dexè de serlo, y èl acabò de ser traydor y fementido.

EL dia, que sucediò à la noche de mi desgracia, se venia, aun no tan à priessa como yo pienso, que Don Fernando desèava: Porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto porque Don Fernando diò priessa por partirse de mi, y por industria de mi donzella, que era la misma que alli le avia traydo, antes que amanecièsse, se viò en la calle. Y al despedirse de mi

(aunque

(aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino) me dixo, que estuvièsse segura de su fè, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para mas confirmacion de su palabra, sacò un rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efeto èl se fuè, y yo quedè, ni sè si triste, ò alegre: Esto sè bien dezir, que quedè confusa y pensativa, y casi fuera de mi con el nuevo acaëcimiento; y no tuve animo, ò no se me acordò de reñir à mi donzella por la traycion cometida de encerràr à Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinava, si era bien ò mal el que me avia sucedido. Dìxele al partir à Don Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era fuya hasta que, quando èl quisièsse, aquel hecho se publicàsse. Pero no vino otra alguna sino fuè la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de un mes, que en vano me cansè en sollicitallo, puesto que supe, que estàva en la villa, y que los mas dias iba à caça: Exercicio de que èl era muy aficionado. Estos dias, y estas horas bien sè yo, que para mi fuèron aziagos y menguadas; pues que comencè à dudàr en ellos, y aun à descreer de la fè de Don Fernando: Y sè tambien que mi donzella oyò entonces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento antes no avia oydo: Y sè que me fuè forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion à que mis padres me preguntàssen, que de que andava descontenta, y me obligàssen à buscàr mentiras que dezilles. Pero todo esto se acabò en un punto, llegandose uno, donde se atropellaron respetos, y se acabaron los honrados discursos, y a-
donde

donde se perdió la paciencia, y salieron à plaça mis secretos pensamientos. Y esto fuè porque de alli à pocos dias se dixo en el lugar, como en una Ciudad alli cerca se avia casado Don Fernando con una donzella hermosissima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudièra aspirar à tan noble casamiento. Dìxose, que se llamava Lucinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion.

Oyò Cardenio el nombre de Lucinda, y no hizo otra cosa que encogèr los hombros, mordèrse los labios, enarcàr las cexas, y dexar de alli à poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esso dexò Dorotea de seguir su cuento, diziendo: Llegò esta triste nueva à mis oydos, y en lugar de elarñeme el coraçon en oylla, fuè tanta la còlera y rabia que se encendiò en èl, que faltò poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosia y traycion que se me avia hecho. Mas templòse esta furia por entonces con pensàr de ponèr aquella mesma noche por obra lo que puse: que fuè, ponerme en este habito que me diò uno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubriè toda mi desventura, y le roguè me acompañàsse hasta la ciudad, donde entendì que mi enemigo estàva. El, despues que huvò reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofreciò à tenèrme compaõia, como èl dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerrè en una almohada de lienço un vestido de muger, y algunas jòyas, y dineros por lo que podia suceder; y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta à mi traydora donzella,

zella, fali de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad à pie, llevada en buelo del desseo de llegar, ya que no à estorvar lo que tenia por hecho, alomènos à dezir à Don Fernando, me dixèsse con que alma lo avia hecho. Lleguè en dos dias y medio donde queria, y entrando por la ciudad, preguntè por la casa de los padres de Lucinda; y el primero, à quien hize la pregunta, me respondiò mas de lo que yo quisièra oyr. Dixome la casa, y todo lo que avia sucedido en el desposorio de su hija: Cosa tan publica en la ciudad, que se hazen corrillos para contàrta por toda ella. Dixome, que la noche que Don Fernando se desposò con Lucinda, despues de aver ella dado el *Si* de ser su esposa, le avia tomado un reziò desmayo, y que llegando su esposo à desabrocharle el pecho para que le dièsse el ayre, le hallò un papel escrito de la misma letra de Lucinda, en que dezia y declarava, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, à lo que el hombre me dixo, era un Cavallero muy principal de la misma ciudad: Y que si avia dado el *Si* à Don Fernando, fuè por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion tales razones dixo que contenia el papel, que dava à entender, que ella avia tenido intencion de matarse en acabandose de desposar, y dava alli las razones, porque se avia quitado la vida: Todo lo qual, dizen que confirmò una daga, que le hallàron no sè en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciendole que Lucinda le avia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetiò à ella antes que de su desmayo bolvièsse, y con la misma

T o m. II.

D

daga



daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas; y lo hiziera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorvâran. Dixeron mas, que luego se ausentò Don Fernando, y que Lucinda no avia buelto de su paraíso hasta otro dia, que contò à sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cavallero que hè dicho. Sùpe mas, que el tal Cardenio, segun dezian, se hallò presente à los desposorios, y que en viendola desposada (lo qual èl jamas pensò) se saliò de la ciudad desesperado, dexandole primero escrita una carta, donde dava à entender el agravio que Lucinda le avia hecho, y de como èl se iba adonde gentes no le vièssen. Esto todo era publico y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y mas hablaron quando supieron, que Lucinda avia faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio sus padres, y no sabian que medio tomar para hallarla. Esto que supe, puso en vando mis esperanças, y tûve por mejor no aver hallado à Don Fernando, que hallarle casado, pareciendome que aun no estâva del todo cerrada la puerta à mi remedio; dandome yo à entender, que podria ser, que el cielo huvièsse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle à conocer lo que al primero devia, y à caer en la cuenta de que era Christiano, y que estâva mas obligado à su alma, que à los respetos humanos. Todas estas cosas rebolvia en mi fantasia, y me consolava sin tener consuelo, fingiendo unas esperanças largas y desmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco.

ESTANDO,



ESTANDO, pues, en la ciudad sin saber que hazerme, pues à Don Fernando no hallava, llegò à mis oydos un publico pregon, donde se prometia grande hallazgo à quien me hallàsse, dando las señas de la edad, y del mesmo trage que traÿa. Y oÿ dezir, que se dezìa, que me avia sacado de casa de mis padres el moço que conmigo vino (cosa que me llegò al alma, por ver quan decayda andava mi credito, pues no bastava perdèrle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamientos.) Al punto que oÿ el pregon, me salì de la ciudad con mi criado, que ya comenzava à dar muestras de titubear en la fè, que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entràmos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que un mal llama à otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor; assi me sucediò à mi, porque mi buen criado hasta entonces fiel y seguro, assi como me viò en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion, que à su parecer estos yerros le ofrecian; y con poca verguença y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requiriò de amores; y viendo que yo con feas y justas palabras respondia à las desverguenças de sus propósitos, dexò à parte los ruegos de quien primero pensò aprovecharse, y comenzó à usar de la fuerça: Pero el justo cielo, que pocas ò ningunas vezes dexa de mirar y favorecer à las justas intenciones, favoreciò las mias de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo di con èl por un derrumbadero, donde le dexè, ni sè si muerto, ò si vivo:

D 2

Y



Y luego con mas ligereza que mi sobrefalto y Cansancio pedian, me entrè por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro designio, que escondèrme en ellas, y huÿr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andavan buscando. Con este desèo, ha no sè quantos meses que entrè en ellas, donde hallè un ganadero que me llevò por su criado à un lugar que està en las entrañas desta tierra, al qual hè servido de çagal todo este tiempo, procurando estàr siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que aora, tan sin pensarlo, me han descubierto; Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud fuè, y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en èl el mismo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos dà los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallè para el criado: Y assi tuve por menor inconveniente dexalle, y escondèrme de nuevo entre estas aspereças, que provar con èl mis fuerças, ò mis disculpas. Digo, pues, que me tornè à emboscàr, y à buscàr donde sin impedimento alguno pudièssè con suspiros y lagrimas rogar al cielo, se duela de mi desventura, y me dè industria, y favor para salir della, ò para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa fuya avrà dado materia para que della se hable, y murmure en la fuya, y en las agènas tierras.

C A P I-



CAPITULO XXIX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea con otras cosas de mucho gusto y passatiempo.

ESTA es, Señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad aora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oyistes, y las lagrimas que de mis ojos fallian tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: Y considerada la calidad de mi desgracia, verèys, que ferà en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podreys, y devèys hazer) que me aconsejèys donde podrè passar la vida sin que me acabe el temor y sobrefalto que tengo de ser halada de los que me buscan; que aunque sè, que el mucho amor, que mis padres me tienen, me affegura, que serè dellos bien recibida, es tanta la verguença que me ocupa solo el pensàr, que no como ellos pensavan, tengo de parecer à su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad, que de mi se devian de tener prometida.

CALLÒ en diziendo esto, y el rostro se le cubriò de un color, que mostrò bien claro el sentimiento y verguença del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la avian, tanta lastima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisièra el Cura consolarla, y aconsejarla, tomò primero la mano Cardenio, diziendo: En fin, Señora, que tu eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo?

Admi-



Admirada quedò Dorotea quando oyò el nombre de su padre, y de ver, quan de poco era el que le nombrava; porque yà sè hà dicho de la mala manera, que Cardenio estàva vestido; y assi le dixo: Y quien soys vos, hermano, que assi sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado? Soy, respondiò Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, Señora, avèys dicho, Lucinda dixo, que era su esposo. Soy el desdichado Cardenio, à quien el mal termino de aquel que à vos os ha puesto en el que estàys, me ha traydo à que me veàys qual me veys, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juyzio, pues no le tengo sino quando al cielo se le antoja darme por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallè presente à las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardò à oyr el *Si*, que de ser su esposa pronunciò Lucinda. Yo soy el que no tuvo animo para ver en que parava su desmayo, ni lo que resultava del papel, que le fuè hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y assi dexè la casa, y la paciencia, y una carta que dexè à un huesped mio, à quien roguè, que en manos de Lucinda la pusièsse, y vineme à estas soledades con intencion de acabàr en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecì como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la fuerte quitàrmela, contentandose con quitàrme el juyzio, quiça por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros, pues siendo verdad (como creo que lo es,) lo que aqui avèys contado, aun podrià ser, que à entrambos

nos

nos tuvièſſe el cielo guardado mejor ſuceſſo en nueſtros deſaftres, que noſotros penſamos: Porque preſupueſto que Lucinda no puede caſarſe con Don Fernando por ſer mia, ni Don Fernando con ella por ſer vueſtro, y avèrlo ella tan manifeſtamente declarado, bien podemos eſperàr, que el cielo nos reſtituya lo que es nueſtro, pues eſtà toda via en ſer, y no ſe hà enagenado, ni deſhecho. Y pues eſte conſuelo tenèmos, nacido no de muy remota eſperança, ni fundado en deſvariadas imaginaciones; Suplìcoos, Señora, que tomèys otra reſolucion en vueſtros honrados penſamientos, pues yo la pienſo tomàr en los mios, acomodandoos à eſperàr mejor fortuna: Que yo os juro por la fè de Cavallero y de Chriſtiano, de no deſampararos haſta veros en poder de Don Fernando; y que quando con razones no le pudièrè atraèr à que conozca lo que os deve, de uſar entonces la libertad que me concede el ſer Cavallero, y poder con juſto título deſafialle en razon de la ſinrazon, que os haze, ſin acordàrme de mis agravios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra à los vueſtros.

CON lo que Cardenio dixo, ſe acabò de admiràr Dorotea, y por no ſaber que gracias bolver à tan grandes ofrecimientos, quiſo tomarle los pies para beſarſelos, mas no lo conſintió Cardenio: Y el Licenciado reſpondió por entrambos, y aprovò el buen diſcurſo de Cardenio; y ſobre todo les rogò, aconsejó, y perſuadiò, que ſe fuèſſen con èl à ſu aldèa, donde ſe podrian reparàr de las coſas que les faltàvan; y que alli ſe darìa orden como buſcar à Don Fernando, ò como llevar à Dorotea à ſus padres, ò hazer lo que mas les parecièſſe conveniente. Cardenio y Dorotea ſe lo

lo agradecièron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que à todo avia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plàtica, y se ofreciò con no menos voluntad que el Cura à todo aquello que fuèsse bueno para servirles. Contò assimismo con brevedad la causa que alli los avia traydo, con la estrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardavan à su escudero, que avia ido à bus calle. Vinosele à la memoria à Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote avia tenido, y contòla à los demas, mas no supò dezir, porque causa fuè su quistion.

EN esto oyèron voces, y conociendo que el que las dava era Sancho Pança (que, por no avèrlos hallado en el lugar donde los dexò, los llamava à voces) falièronle al encuentro, y preguntandole por Don Quixote, les dixo, como le avia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su señaora Dulcinea; y que puesto que le avia dicho, que ella le mandava que falièsse de aquel lugar, y se fuèsse al del Tobòso donde le quedava esperando, avia respondido, que estàva determinado de no parecèr ante su fermosura, fasta que ovièsse fecho fazañas que le fizièssen digno de su gracia: Y que si aquello pasava adelante, corria peligro no venir à ser Emperador, como estàva obligado, ni aun Arçobispo, que era lo menos que podria ser; por esto que miràssen lo que se avia de hazèr para sacàrle de alli. El Licenciado le respondiò, que no tuvièsse pena, que ellos le sacarian de alli, mal que le pesàsse.

CONTÒ luego à Cardenio, y à Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote, à lo menos para
llevarle

llevarle à su casa. A lo qual dixo Dorotea, que ella harìa la donzella menesterosa mejor que el Barbero ; y mas que tenìa alli vestidos con que hazerlo al natural : Y que la dexàssen el cargo de saber representar todo aquello, que fuèsse menester para llevar adelante su intento ; porque ella avìa leydo muchos libros de cavallerias, y sabìa bien el estilo que tenian las donzellas cuytadas, quando pedian sus dones à los andantes Cavalleros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, fino que luego se ponga por obra ; que sin duda la buena fuerte se muestra en favor nuestro, pues, tan sin pensar, à vosotros, señores, se os hà comenzado à abrir puerta para vuestro remedio, y à nosotros se nos ha facilitado la que aviamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada una faya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una caxita un collar, y otras joyas, con que en un instante se adornò de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y mas, dixo, que avìa sacado de su casa para lo que se le ofrecièsse, y que hasta entonces no se le avìa ofrecido ocasion de averlo menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donaire, y hermosura ; y confirmàron à Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechava. Pero el que mas se admirò fuè Sancho Pança, por parecerle (como era assi verdad) que en todos los dias de su vida no avìa visto tan hermosa criatura : Y assi preguntò al Cura con grande ahinco, le dixèsse, quìen era aquella tan hermosa señora ? Y que era lo que buscava por aquellos andurriales ? Esta hermosa señora, respondiò el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dize nada, la heredera por li-



nea recta de Varon del gran reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo à pedirle un don, el qual es, que le desfaga un tuerto, ò agravio, que un mal gigante le tiene fecho: Y à la fama que de buen cavallero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, hà venido à buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo à esta fazon Sancho Pança, y mas si mi amo es tan venturoso, que desfaga esse agravio, y enderece esse tuerto, matando à esse hideputa desse Gigante, que vuestra merced dize (que si matarà si le encuentra, si ya no fuèsse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi Señor poder alguno.) Pero una cosa quiero suplicar à vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque à mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) vuestra merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y assi quedará impossibilitado de recibir ordenes Arçobispales, y vendrà con facilidad à su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me està bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inùtil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme aora à traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tengo, muger y hijos, sería nunca acabar. Assi que, señor, todo el toque està, en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta aora no se su gracia, y assi no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el Cura, La Princesa Micomicona, porque llamandose su reyno Micomicon, claro està, que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondió Sancho, que yo hè visto à muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar

gar donde nacièron, llamandose Pedro de Alcalà, Juan de Ubeda, Diego de Valladolid, y esto mesmo se deve de usar allà en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Assi deve de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo yo harè en ello todos mis poderios. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se dava à entender, que avia de venir à ser Emperador.

YA en esto se avia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se avia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixèron à Sancho, que los guiàsse à donde Don Quixote estàva, al qual advirtièron, que no dixèsse que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir à ser Emperador su amo: Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisièron ir con ellos, porque no se le acordàsse à Don Quixote la pendencia que con Cardenio avia tenido; y el Cura tampoco, porque no era menester por èntonces su presencia, y assi los dexàron ir delànte, y ellos los fuèron siguiendo à pie poco à poco. No dexò de avisar el Cura lo que avia de hazer Dorotea, à lo que ella dixo, que descuydàssen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian y pintavan los libros de Cavallerias.

TRES quartos de legua avrian andado, quando descubrièron à Don Quixote entre unas intrincadas peñas, yà vestido, aunque no armado; y assi como Dorotea le viò, y fuè informada de Sancho, que aquel era Don Quixote, diò del



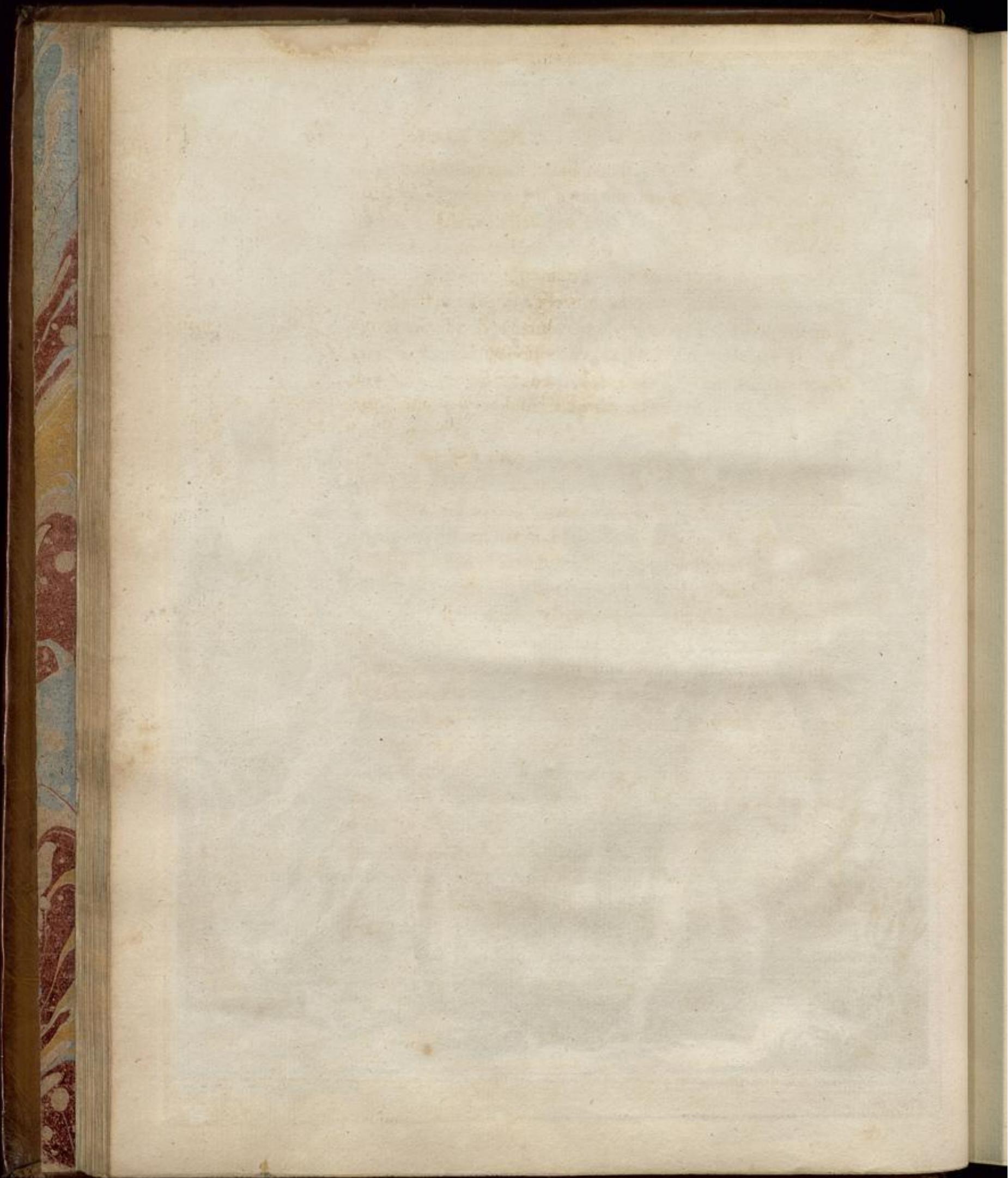
azote à su palafren, figuièndole el bien barbado Barbero; y en llegando junto à èl, el escudero se arrojò de la mula, y fuè à tomar en los braços à Dorotea, la qual apeandose, con gran defemboltura se fuè à hincar de rodillas ante las de Don Quixote; y aunque èl pugnava por levantarla, ella sin levantarse le fablò en esta guisa.

DE aqui no me levantarè, ò valeroso y esforçado Cavallero, fasta que la vuestra bondad y cortesia me otorgue un don, el qual redundarà en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada donzella, que el sol ha visto: Y si es que el valor de vuestro fuerte braço corresponde à la voz de vuestra inmortal fama, obligado estàys a favorecer à la fin ventura, que de tan lueñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscando para remedio de sus desdichas. No os responderè palabra, hermosa señora, respondiò Don Quixote, ni oyrè mas cosa de vuestra fazienda, fasta que os levantèys de tierra. No me levantarè, señor, respondiò la afligida donzella, si primero por la vuestra cortesia no me es otorgado el don que pido. Yo vos lo otorgo, y concedo, respondiò Don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, ò mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon, y libertad tiene la llave. No ferà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegó Sancho Pança al oyo de su señor, y muy pasito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar à un Gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princefa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon



Jn. Vanderbank inv. et Delin
Vol. II. p. 28

Ger. Vanderghucht sculp.
19



comicon de Etiopia. Sèa quien fuère, respondiò Don Quixote, que yo harè lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia conforme à lo que professado tengo: Y bolvièndose à la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don, que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de un traydor, que contra todo derecho divino, y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondiò Don Quixote; y assi podèys, señora, desde oy mas desechar la melancolia que os fatiga, y hazer que cobre nuevos brios y fuerças vuestra desmayada esperànça, que con el ayuda de Dios y la de mi braço, vos os verèys presto restituÿda en vuestro Reyno, y sentada en la filla de vuestro antiguo y grande estado, à pesàr y à despecho de los follo- nes, que contradezirlo quisièren: Y manos à la obra, que en la tardanza, dizen, que fuele estar el peligro. La menesterosa donzella pugnò con mucha porfia por besarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes Cavallero, jamas lo consintió, antes la hizo levantar, y la abraçò con mucha cortesia y comedimiento, y mandò à Sancho, que requirièsse las cinchas à Rozinante, y le armàsse luego al punto. Sancho descolgò las armas, que como trofeo de un arbol estàvan pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armò à su señor, el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui en el nombre de Dios à favorecer esta gran señora. Estàvase el Barbero aun de
rodillas,



rodillas, teniendo gran cuenta de difimular la rifa, y de que no se le cayèsse la barba, con cuya cayda, quiça quedàran todos sin confeguir su buena intencion: Y viendo que yà el don estàva concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistàva para ir à cumplirle, se levantò, y tomò de la otra mano à su señora, y entre los dos la subieron en su mula. Luego subió Don Quixote sobre Rozinante, y el Barbero se acomodò en su cavalgadura, quedandose Sancho Pança à pie, donde de nuevo se le renovò la pèrdida del ruzio con la falta que entonces le hazia: Mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle, que ya su señor estàva puestto en camino, y muy à pique de ser Emperador; porque sin duda alguna pensàva que se avia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: Solo le dava pesadumbre el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le dièssen, avian de ser todos negros: A lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dixose à si mismo: Que se me dà à mi, que mis vasallos seàn Negros? Avrà mas, que cargar con ellos, y traerlos à España, donde los podrè vender, y à donde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun título, ò algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No fino dormios y no tengàys ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, ò diez mil vasallos en dàcame effàs pajas. Por Dios que los hè de volar chico con grande, ò como pudière; y que por Negros que seàn, los he de bolver blancos, ò amarillos. Llegaos que me mamo el dedo. Con esto andàva tan folicito, y tan contento, que se le olvidava la pesadumbre de caminar à pie.

T O D O

Todo esto miravan de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hazerfe para juntarse con ellos: Pero el Cura, que era gran tracista, imaginò luego lo que harian para conseguir lo que deseavan; y fuè, que con unas tixeras que traÿa en un estuche, quitò con mucha presteza la barba à Cardenio, y vistióle un capotillo pardo, que el traÿa, y diòle un herreruelo negro; y èl se quedò en calças y en jubon; y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que èl mismo no se conociera, aunque à un espejo se mirara. Hecho esto, puesto yà que los otros avian pasado adelante en tanto que ellos se disfracaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos passos de aquellos lugares no concedian que anduviessen tanto los de à cavallo, como los de à piè. En efeto ellos se pusieron en el llano à la salida de la sierra; y assi como salio della Don Quixote, y sus camaradas, el Cura se le puso à mirar de espacio, dando señales de que le iba conociendo; y al cabo de averle una buena pieça estado mirando, se fuè à èl abiertos los braços, y diziendo à voces: Para bien seà hallado el espejo de la Cavalleria, el mi buen Compatriote Don Quixote de la Mancha, La flor, y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los Cavalleros andantes; y diziendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna hizquierda à Don Quixote, el qual, espantado de lo que veyà, y oÿa dezir, y hazer à aquel hombre, se le puso à mirar con atencion, y al fin le conociò, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintió, por lo qual Don Quixote dezia: Dèxeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es
razon



razon que yo estè à cavallo, y una tan reverenda persona como vuestra merced estè à piè. Effenò no consentirè yo en ningun modo, dixo el Cura, estèse la vuestra grandeza à cavallo, pues estando à cavallo, acaba las mayores fazañas y aventuras, que en nuestra edad se han visto, que à mi aunque indigno Sacerdote bastaràme subir en las ancas de una destas mulas destes Señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun harè cuenta, que voy Cavallero sobre el cavallo Pegafo, ò sobre la Cebra, ò Alfàna en que cavalgava aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta Zulèma, que dista poco de la gran Compluto. Aun no cayà yo en tanto, mi señor Licenciado, respondiò Don Quixote, y yo sè que mi señora la Princesa serà servida, por mi amor, de mandar à su escudero, dè à vuestra merced la filla de su mula, que èl podrà acomodarfe en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, à lo que yo creo, respondiò la Princesa; y tambien sè, que no serà menester mandarfe lo al señor mi escudero, que èl es tan cortes y tan cortesano, que no consentirà, que una persona eclesiastica vaya à piè pudiendo ir à cavallo. Assi es, respondiò el Barbero, y apeandose en un punto, combidò al Cura con la filla, y èl la tomò sin hazerse mucho de rogar. Y fuè el mal, que al subir à las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler (que para dezir que era mala, esto basta) alçò un poco los quartos traseros, y diò dos cozes en el ayre, que à darlas en el pecho de Maesse Nicolas, ò en la cabeça, èl dièra al diablo la venida por Don Quixote. Con todo effo le sobrefaltaron de manera, que cayò en el suelo con tan poco cuydado

cuydado de las barbas, que se le cayeron y quedaron en el suelo, y como se viò fin ellas, no tuvo otro remedio fino acudir à cubrirse el rostro con ambas manos, y à quejarse, que le avian derribado las muelas. Don Quixote, como viò todo aquel maço de barbas fin quixadas, y fin fangre lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Vive Dios, que es gran milagro este: Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaràn à posta. El Cura que viò el peligro que corrià su invencion de ser descubierta, acudiò luego à las barbas, y fuèsse con ellas à donde yazia maese Nicolas dando aun voces toda via, y de un golpe, llegandole la cabeça à su pecho, se las puso, murmurando sobre el unas palabras, que dixo, que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: Y quando se las tuvo puestas, se apartò y quedò el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes; de que se admirò Don Quixote sobremanera, y rogò al Cura, que quando tuvièsse lugar, le enseñasse aquel ensalmo, que el entendia, que su virtud, à mas que à pegar barbas, se devia de estender; pues estàva claro, que de donde las barbas se quitàssen, avia de quedar la carne llagada, y mal trecha; y que pues todo lo sanàva, à mas que barbas aprovechava. Assi es, dixo el Cura, y prometì de enseñarsele en la primera occasion. Concertaronse, que por entonces fubièsse el Cura, y à trechos se fuèssen los tres mudando, hasta que llegàssen à la venta, que estaria hasta dos leguas de alli.

PUESTOS los tres à Cavallo, es à saber, Don Quixote, la Princesa, y el Cura; y los tres à pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, Don Quixote dixo à la donzella: vuestra

TOM. II.

F

Grandeza,



Grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondièsse, dixo el Licenciado. Hàzia que Reyno quiere guiar la vuestra señoria? Es por ventura hàzia el de Micomicòn, que si deve de fer, ò yo sè poco de Reynos? Ella que estàva bien en todo, entendiò, que avia de responder que Si, y assi dixo: Si señor, hàzia esse Reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de alli tomarà vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si ày viento pròspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estàr à vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que està poco mas de cien jornadas mas acà del Reyno de vuestra Grandeza. Vuestra merced està engañado, señor mio, dixo ella, porque no hà dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo esso he llegado à ver lo que tanto deseava, que es al Señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron à mis oydos, assi como pùse los pies en España, y ellas me movieron à buscarle para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su invencible braço. No mas: Cèssen mis alabanças, dixo à esta fazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque esta no lo sèa, toda via ofenden mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sè dezir, señora mia, que ora tenga valor, ò no, el que tuviere, ò no tuviere, se hà de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y assi dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado, me diga, que es la causa, que le ha traydo por estas partes tan solo, tan fin criados, y tan à la

la ligèra, que me pone espanto? A effo responderè con brevedad, respondiò el Cura; porque sabrà vuestra merced, señor Don Quixote, que yo, y maessè Nicolas nuestro amigo, y nuestro Barbero, ivamos à Sevilla à cobrar cierto dinero, que un pariente mio (que hà muchos años que passò à Indias) me avia embiado, y no tan pocos, que no passassen de sesenta mil pesos, enfayados, que es otro que tal; y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponerfelas postizas, y aun à este mancebo que aqui va (señalando à Cardenio) le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon, son de unos galeotes que dizen, que libertò, casi en este mismo sitio, un hombre tan valiente, que à pesar del comissario y de las guardas, los soltò à todos; y sin duda alguna èl devia de estar fuèra de juyzio, ò deve de ser tan grande vellaco, como ellos, ò algun hombre sin alma, y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, à la raposa entre las gallinas, ò à la mosca entre la miel. Quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y señor natural, pues fuè contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar à las galeras sus pies, poner en alboroto à la santa Hermandad, que avia muchos años que reposava. Quiso finalmente hazer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Aviales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabò su amo con tanta gloria fuya; y por esto cargava la mano el Cura, refirièndola, por ver lo que hazia, ò dezia Don Quixote, al



qual se le mudava la color à cada palabra, y no osava dezir, que èl avia sido el libertador de aquella buena gente. Estos, pues, dixo el Cura, fuèron los que nos robàron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al devido suplicio.

C A P I T U L O XXX.

Que trata del gracioso artificio y orden que se tièvo en sacar à nuestro enamorado Cavallero de la asperissima penitencia en que se avia puesto.

NO hùvo bien acabado el Cura, quando Sancha dixo: pues mia sè, señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixè antes, y le avisè, que miràsse lo que hazìa, y que era pecado darles libertad, porque todos ivan alli por grandissimos vellacos. Majadero, dixo à esta fazon Don Quixote, à los Cavalleros andantes no les toca, ni atañe averiguar, si los afligidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ò estan en aquella angustia por sus culpas, ò por sus desgracias; solo les toca ayudarles como à menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaqueras. Yo topè un rosario, y farta de gente mohina y desdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allà se avenga, y a quien mal le hà parecido (salvo la fanta dignidad del señor Licenciado y su honrada persona) digo, que sabe poco de achaque de Cavalleria, y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto le harè conocer con mi espada donde mas largamente se contiene.

Y

Y esto dixo afirmandose en los estrivos, y calandose el morrion, porque la vazia de Barbero, que à su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes.

DOROTEA (que era discreta, y de gran donayre) como quien yà sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hazian burla del fino Sancho Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor Cavallero, miembrefele à la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme à èl, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sèa. Sossiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera, que por esse invicto braço avian sido librados los galeotes, èl se dièra tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lengua antes, que aver dicho palabra, que en despecho de vuestra merced redundàra. Effen juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huvièra quitado un vigote. Yo callarè, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimirè la justa còlera, que yà en mi pecho se avia levantado, y irè quieto y pacifico hasta tanto que os cumpla el don prometido. Pero en pago deste buen desèo, os suplico, me digays, si no se os haze de mal, quales la vuestra cuyta? Y quantas, quienes, y quales son las personas de quien os tengo de dar devida, satisfecha, y entera vengança? Effen harè yo de gana, respondiò Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas y desgracias. No enfadarà, señora mia, respondiò Don Quixote. A lo que respondiò Dorotea: Pues assì es, estènme vuestras mercedes atentos. No huvò ella dicho esto,

esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver, como fingia su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo. Y ella, despues de averse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser, y hazer otros ademanes, con mucho donayre començò à dezir desta manera.

PRIMERAMENTE quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que à mi me llaman (y detùvose aqui un poco, porque se le olvidò el nombre que el Cura le avia puesto) pero èl acudiò al remedio, porque entendì en lo que reparava, y dixo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas fuelen fer tales, que muchas vezes quitan la memoria à los que maltratan de tal manera, que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha olvidado, que se llama la Princesa Micomicona, legitima heredera del gran Reyno Micomicon: Y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente à su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Assi es la verdad respondiò Dorotea, y desde aqui adelante creo, que no ferà menester apuntarme nada, que yo saldrà à buen puerto con mi verdadera historia.

LA qual es, que el Rey mi padre, que se llamava Tinacrio el sabidor, fuè muy docto en esto que llaman, el arte magica; y alcançò por su ciencia, que mi madre, que se llamava La Reyna Xaramilla, avia de morir primero que èl, y que de alli à poco tiempo èl tambien avia de passar desta vida, y yo avia de quedar huèrfana de padre y madre. Pero
dezia

dezia èl, que no le fatigava tanto esto, quanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que un descomunal Gigante, señor de una grande infula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira através como si fuèra vizco; y esto lo haze èl de maligno, y por poner miedo y espanto à los que mira.) Digo, que supo que este Gigante, en sabiendo mi horfandad, avía de passar con gran poderio sobre mi Reyno, y me lo avía de quitar todo, sin dexarme una pequeña aldea donde me recogiesse: Pero que podia escusar toda esta ruyna y desgracia, si yo me quisièsse casar con èl: Mas à lo que èl entendia, jamas pensava que me vendria à mi en voluntad de hazer tan desyqual casamiento; y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento casarme con aquel Gigante, ni con otro alguno por grande y desaforado que fuèsse. Dixo tambien mi padre, que despues que èl fuèsse muerto, y vièsse yo, que Pandafilando començava à passar sobre mi Reyno, que no aguardasse à ponerme en defensa, porque seria destruyrme; sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vasallos; porque no avía de ser possible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: Sino que luego con algunos de los mios me pusièsse en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando un Cavallero andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este Reyno, el qual se avía de llamar (si mal no me acuerdo) Don Açote, ò Don Gigote. Don Quixote
diria,



diria, señora, dixo à esta fazon Sancho Pança, ò por otro nombre, El Cavallero de la triste figura. Assi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que avia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro izquierdo, ò por alli junto, avia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos à manera de cerdas.

EN oyendo esto Don Quixote, dixo à su escudero: Ten aqui, Sancho hijo, ayudame à desnudar, que quiero ver, si soy el Cavallero que aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para que quiere vuestra merced desnudarse? dixo Dorotea. Para ver, si tengo esse lunar, que vuestro padre dixo, respondiò Don Quixote. No ay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sè, que tiene vuestra merced un lunar de essas señas en la mitad del espinaço, que es señal de ser hombre fuerte. Effeno basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que estè en el ombro, ò que estè en el espinaço, importa poco, basta que aya lunar, y estè donde estuviere, pues todo es una mesma carne; y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo hè acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que èl es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama, que este Cavallero tiene, no solo en España, pero en toda la mancha; pues à penas me hùve desembarcado en Osuna, quando oý dezir tantas hazañas fuyas, que luego me diò el alma, que era el mesmo que venia à buscar. Pues como se desembarcò vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntò Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondièsse, tomò el Cura la mano, y dixo: Deve de querer dezir la señora
Princesa.

Princesa, que despues que desembarcò en Malaga, la primera parte donde oyò nuevas de vuestra mercèd, fuè en Ofuna. Eſto quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura; y profiga vuestra mageſtad adelante. No ày que profeguir, respondiò Dorotea, fino que finalmente mi fuerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que yà me cuento y tengo por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues èl por su cortesia y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no serà à otra parte, que à ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: Que todo esto hà de suceder à pedir de boca, pues assi lo dexò profetizado Tinacrio el sabidor mi buen padre: El qual tambien dexò dicho, y escrito en letras caldeas, ò griegas (que yo no las sè leer) que si este Cavallero de la profecia, despues de aver degollado al Gigante, quisièſſe casarse conmigo, que yo me otorgàsſe luego sin replica alguna por su legitima esposa, y le dièſſe la possession de mi Reyno junto con la de mi persona.

QUE te parece, Sancho amigo? dixo à este punto Don Quixote. No oyes lo que passa? No te lo dixè yo? Mira si tenèmos yà Reyno que mandàr, y Reyna con quien casar. Eſto juro yo, dixo Sancho. Para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilando. Pues monta, que es mala la Reyna? Assi se me buelvan las pulgas de la cama: Y diziendo esto, diò dos çapatetas en el ayre con muestras de grandissimo contento, y luego fuè à tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziendola detener,



se hincò de rodillas ante ella, suplicandole le dièsse las manos para befarfelas, en señal que la recibia por su Reyna y Señora. Quien no avia de reyr de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efeto Dorotea se las diò, y le prometìo de hazerle gran señor en su Reyno, quando el cielo le hizieffe tanto bien, que se lo dexasse cobrar y gozar. Agradeciòselo Sancho con tales palabras, que renovò la risa en todos.

ESTA, Señores, prosiguiò Dorotea, es mi historia: Solo resta por deziros, que de quanta gente de acompañamiento saquè de mi Reyno, no me ha quedado fino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos à vista del puerto; y el y yo salimos en dos tablas à tierra como por milagro; y assi es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo avèys notado. Y si en alguna cosa hè andado demafiada, ò no tan acertada como deviera, echad la culpa à lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento: Que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Essa no me quitaràn à mi, ò Alta y valerosa Señora, dixo Don Quixote, quantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean. Y assi de nuevo confirmo el don que os hè prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, à quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeça sobervia con los filos desta (no quiero dezir buena) espada: Merced à Ginès de Passamonte, que me llevò la mia. Esto dixo entre dientes, y prosiguiò diziendo: Y despues de averfela tajado, y puestòs en pacifica possession de
vuestro

vuestro estado, quedará à vuestra voluntad hazer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, y rendido el entendimiento, à aquella, y no digo mas: no es possible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuèsse con el ave Fenix.

PARECIÒLE tan mal à Sancho lo que ultimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alçando la voz dixo: Voto à mi, y juro à mi, que no tiene vuestra merced, Señor Don Quixote, cabàl juyzio. Pues como es possible, que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Pienfa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por dezir, que no llega al çapato de la que està delante. Assi noramala alcançare yo el Condado que espero, si vuestra merced se anda à pedir cotufas en el golfo. Càfese, càfese luego, encomiendole yo à Satanàs, y tome esse Reyno que se le viene à las manos de vobis, vobis; y en siendo Rey, hagame Marques, ò Adelantado, y luego, si quièra, se lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tales blasfemias oyò dezir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alçando el lançon, sin hablalle palabra à Sancho, y sin dezirle, esta boca es mia, le diò tales dos palos, que diò con èl en tierra, y si no fuèra porque Dorotea le diò voces, que no le dièra mas, sin duda le quitàra alli la vida. Pensays, le dixo Don Quixote à cabo de rato, villano ruyn, que hà de aver lugar siempre para ponerme la mano en la



horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo pensèys, vellaco descomulgado, que sin duda lo estàys, pues avèys puesto lengua en la fin par Dulcinea. Y no fabèys vos, gañan, faquin, belitre, que si no fuèssè por el valor que ella infunde en mi braço, que no le tendrìa yo para matar una pulga? Dezid, focarron de lengua viperina, y quien pensàys, que ha ganado este Reyno, y cortado la cabeça à este Gigante, y hechoos à vos Marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa passada en cosa juzgada) fino es el valor de Dulcinea, tomando à mi braço por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mi, y vence en mi, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. O hideputa, vellaco, y como foys desagradecido, que os veys levantado del polvo de la tierra à ser señor de Título, y correspondèys à tan buena obra con dezir mal de quien os la hizo! No estàva tan mal trecho Sancho, que no oyèssè todo quanto su amo le dezia, y levantandose con un poco de presteza, se fuè à poner detrás del palafren de Dorotea, y desde alli dixo à su amo: Digame, Señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro està que no ferà el Reyno fuyo, y no fiendolo, que mercedes me puede hazer? Esto es de lo que yo me quexo. Càsefe vuestra merced una por una con esta Reyna, aora que la tenèmos aqui como llovida del cielo, y despues puede bolverse con mi señora Dulcinea; que Reyes deve de aver avido en el mundo, que ayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si và à dezirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto à la señora Dulcinea. Como
que

que no la has visto, traydor blasfemo? dixo Don Quixote. Pues no acabas de traerme aora un recado de su parte? Digo, que no la he visto tan de espacio, dixo Sancho, que pueda aver notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes punto por punto, pero assi à bulto me parece bien. Aora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te hè dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Yà yo lo veo, respondió Sancho, y assi en mi la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de dezir, por una vez si quiera, lo que me viene à la lengua. Con todo esso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas vezes và el cantarillo à la fuente y no te digo mas. Aora bien, respondió Sancho, Dios està en el cielo que vè las trampas, y ferà juez de quien haze mas mal, yo en no hablar bien, ò vuestra merced en no obrallo. No aya mas, dixo Dorotea: Corred Sancho, y besad la mano à vuestro señor, y pedidle perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanças y vituperios, y no digays mal de aqueſta señora Toboso, à quien yo no conozco, fino es para servirla; y tened confiança en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivays como un Principe. Fuè Sancho cabizbaxo, y pidió la mano à su señor, y èl se la diò con reposado continente, y despues que se la huvò besado, le echò la bendicion; y dixo à Sancho, que se adelantàsse un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con el cosas de mucha importancia. Hizolo assi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, y dixole Don Quixote: Despues que veniste, no hè tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas

fas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste; y aora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondiò Sancho, que à todo darè tan buena salida, como tùve la entrada. Però suplico à vuestra merced, señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengativo. Porque lo dizes, Sancho? dixo Don Quixote. Dìgolo, respondiò Sancho, porque estos palos de agora mas fuèron por la pendencia que entre los dos travò el diablo la otra noche, que por lo que dixè contra mi señora Dulcinea, à quien amo, y reverencio como à una reliquia (aunque en ella no la aya) solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes à essas pláticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: Yà te perdonè entonces, y bien sabes tu que suele dezirse: A pecado nuevo, penitencia nueva.

MIENTRAS esto passava, vièron venir por el camino donde ellos ivan à un hombre cavallero sobre un jumento, y quando llegò cerca, les pareciò que era Gitano; pero Sancho Pança, que, do quiera que veya asnos, se le ivan los ojos, y el alma; apenas huvò visto al hombre, quando conociò que era Ginès de Passamonte, y por el hilo del Gitano facò el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Ruzio sobre que Passamonte venia, el qual por no ser conocido, y por vender el asno, se avia puesto en trage de Gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar, como si fuèran naturales suyas. Viòle Sancho, y conociòle, y à penas le huvò visto y conocido, quando à grandes voces le dixo:

dixo: A ladron Ginesillo, dexa mi prenda, fuelta mi vida, no te empaches con mi descanfo, dexa mi asno, dexa mi regalo: Huye, puto, ausentate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fuèran menester tantas palabras, y baldones, porque à la primera saltò Ginès, y tomàndo un trote, que parecia carrera, en un punto se ausentò, y alexò de todos. Sancho llegò à su Ruzio, y abraçandole, le dixo: Como has estado, bien mio, Ruzio de mis ojos, compañero mio? Y con esto le besava, y acariciàva como si fuera persona. El asno callava, y se dexava besar, y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dièronle el parabien del hallazgo del Ruzio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por esso anulàva la pòliça de los tres pollinos. Sancho se lo agradeciò.

EN tanto que los dos ivan en estas platicas, dixo el Cura à Dorotea, que avia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la brevedad del, y en la similitud que tuvo con los de los libros de cavallerias. Ella dixo que muchos ratos se avia entretenido en leellos, pero que no sabia ella donde eran las provincias, ni puertos de mar, y que assi avia dicho à tiento, que se avia desembarcado en Osuna. Yo lo entendì assi, dixo el Cura; y por esso acudì luego à dezir lo que dixè, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña ver con quanta facilidad cree este desventurado Hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo por que llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista que yo no sè, si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, huvièra

tan



tan agudo ingenio, que pudièra dar en ella. Pues otra cosa ày en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize tocantes à su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonissimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera, que como no le toquen en sus cavallerias, no avrà nadie que le juzgue fino por de muy buen entendimiento.

EN tanto que ellos ivan en esta conversacion, prosiguiò Don Quixote con la fuya, y dixo à Sancho: Echèmos, Sancho amigo, pelillos à la mar en esto de nuestras penden-
cias, y dime aora sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno: Donde, como, y quando hallaste à Dulcinea? Que hazìa? Que le dixiste? Que te respondiò? Que rostros hizo quando leyà mi carta? Quien te la trasladò? Y todo aquello que vières que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y fatisfazerse, sin que añadas, ò mientas por darme gusto; ni menos te acortes por no quitarme. Señor, respondiò Sancho, si va à dezir la verdad, la carta no me la trasladò nadie, porque yo no llevè carta alguna. Assi es como tu dizes, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la escriví, le hallè en mi poder al cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grandissima pena por no saber lo que avias tu de hazer quando te vièsses sin carta, y creí siempre que te bolvièras desde el lugar donde la echàras menos. Assi fuèra, respondiò Sancho, si no la huvièra yo tomado de memoria, quando vuestra merced me la leyò, de manera, que se la dixè à un Sacristan, que me la trasladò del entendimiento tan punto por punto, que dixo, que en todos los dias de su vida,
aunque

aunque avia leydo muchas cartas de descomunion, no avia visto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tiènela todavia en la memoria Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondiò Sancho, porque despues que la di, como vi que no avia de ser de mas provecho, di en olvidarla; y si algo se me acuerda es aquello de Sobajada, digo, de *Soverana Señora*; y lo ultimo: *Vuestro hasta la muerte el Cavallero de la triste figura*. Y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que passaron entre Don Quixote y Sancho Pança su escudero, con otros successos.

TODO effo no me descontenta. Profigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste; y que hazia aquella Reyna de la hermosura? A buen seguro, que la hallaste enfiando perlas, ò bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo Cavallero. No la hallè, respondiò Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo era candeal, ò trechel? No era sino rubion, respondiò Sancho. Pues yo te asseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero passa adelante. Quando le diste mi carta, besòla? Pùsòfela sobre la cabeza? Hizo alguna ceremonia digna de tal carta? O que hizo? Quando yo se la iva à dar, respondiò Sancho, ella

T O M. II.

H

estava



estàva en la fuga del menèo de una buena parte de trigo que tenìa en la criva, y dixome : Poned, amigo, effa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acri-
var todo lo que aqui està. Discreta Señora! dixo Don Quixote : Effo deviò de ser por leerla de espacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho. Y en tanto que estàva en su menester, que coloquios pasò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba, cuèntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixè de la manera que vuestra merced por su servicio quedava haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas fier-
ras, como si fuèra salvage, durmiendo en el suelo, sin comer pan à mantèles, y sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo Don Quixote, que antes la bendigo, y bendizirè todos los dias de mi vida, por averme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondiò Sancho, que à buena fè que me lleva à mi mas de un coto. Pues como Sancho, dixo Don Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondiò Sancho, que llegando à ayudar à poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que echè de ver, que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicò Don Quixote, que no acompaña effa grandeza, y la adorna con mil millones de gracias del Alma? Pero no me negaràs, Sancho, una cosa; quando llegaste junto à ella, no sentiste un olòr sabèo, una fragancia aromàtica, y un no sè que de bueno, que yo no acierto à dalle nombre?

nombre? Digo, un tuho, ò tufo, como si estuvièras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sè dezir, dixo Sancho, es, que senti un olorcillo algo hombruno, y devia de fer, que ella con el mucho exercicio estàva sudada, y algo correosa. No serìa esso, respondiò Don Quixote, fino que tu devias de estar romadizado, ò te deviste de oler à ti mismo, porque yo sè bien à lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, y aquel ambar desleydo. Todo puede fer, respondiò Sancho, que muchas vezes fale de mi aquel olor, que entonces me pareciò que salia de su merced de la Señora Dulcinea; pero no ay de que maravillarse, que un Diablo parece à otro. Y bien, prosiguiò Don Quixote, hè aqui que acabò de limpiar su trigo, y de embiallo al molino: Que hizo quando leyò la carta? La Carta, dixo Sancho, no la leyò, porque dixo, que no sabia leer, ni escrivir: Antes la rasgò y la hizo menudas pieças, diziendo, que no la queria dar à leer à nadie, porque no se supiéssen en el lugar sus secretos; y que bastava lo que yo le avìa dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced la tenìa, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedava haziendo. Y finalmente me dixo, que dixèsse à vuestra merced, que le besava las manos, y que ella quedava con mas desèo de verle, que de escrivirle; y que assi le suplicava, y mandava, que vista la presente salièsse de aquellos matorrales, y se dexàsse de hazer disparates, y se pusièsse luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucedièsse, porque tenìa gran desèo de ver à vuestra merced. Riòse mucho quando le dixè, como se llamava vuestra merced; El Cavallero de la triste figura.

H 2

Pregun-



Preguntèle, si avia ido allà el Vizcayno de màrras? Dixome que si, y que era un hombre muy de bien. Tambien le preguntè por los Galeotes; mas dixome que no avia visto hasta entonces alguno. Todo và bien hasta aora, dixo Don Quixote. Pero dime, que joya fuè la que te diò al despedirte, por las nuevas que de mi le llevaste? Porque es usanza y antigua costumbre entre los Cavalleros, y Damas andantes dar à los Escuderos, Donzellas, ò Enanos que les llevan nuevas de sus Damas à ellos, ò à ellas de sus andantes, alguna rica joya en albiricias y agradecimiento de su recado. Bien puede esso ser assi, y yo la tengo por buena usanza, pero esso devia de ser en los tiempos passados; que aora solo se deve de acostumar à dar un pedaço de pan y queso, que esto fuè lo que me diò mi Señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me despedì; y aun por mas señas, era el queso ovejuno. Es liberal en estremo, dixo Don Quixote, y fino te diò joya de oro, sin duda deviò de ser, porque no la tendria alli à mano para darta: pero buenas' son mangas despues de Pasqua: Yo la verè, y se satisfarà todo.

SABES de que estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuyste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir, y venir desde aqui al Toboso, aviendo de aqui allà mas de treynte leguas; por lo qual me doy à entender, que aquel Sabio Nigromante, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo (porque por fuerza le ay, y le hà de aver, so pena de que yo no serìa buen Cavallero andante:) Digo, que este tal te deviò de ayudar à caminar sin que tu lo sintièsses: Que ày Sabio destos,
que

que coje à un Cavallero andante durmiendo en su cama, y sin saber como ò en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheciò. Y fino fuèsse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los Cavalleros andantes unos à otros, como se socorren à cada passo: Que acaece estar uno peleando en las sierras de Armènia con algun Endriago, ò con algun fiero Vestiglo, ò con otro Cavallero, donde lleva lo peor de la batalla, y està ya à punto de muerte; y quando no os me cato, afsòma por acullà encima de una nube, ò sobre un carro de fuego otro Cavallero amigo fuyo, que poco antes se hallava en Inglaterra, que le favorece, y libra de la muerte, y à la noche se halla en su posada cenando muy à su sabòr; y fuele aver de la una à la otra parte dos ò tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria y sabiduria destos Sabios Encantadores; que tienen cuydado destos valerosos Cavalleros. Assi que, amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breve tiempo ayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun Sabio amigo te deviò de llevar en bolandillas sin que tu lo fintièsses. Assi ferìa, dixo Sancho, porque à buena fè que andava Rozinante como si fuèra asno de Gitano con azogue en los oydos. Y como, si llevava azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar, sin canfarse, todo aquello que se les antoja.

PERO dexando esto à parte, que te parece à ti, que devo yo de hazer aora cerca de lo que mi Señora me manda, que la vaya à ver? Que aunque yo veo, que estoy obligado à cumplir su mandamiento, vèome tambien impossibilitado del



del don que hè prometido à la Princesa que con nosotros viene, y fuèrçame la ley de cavelleria à cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acòsa y fatiga el desèo de ver à mi Señora; por otra me incita y llama la prometida fè, y la gloria que hè de alcançar en esta empresa. Però lo que pienso hazer ferà, caminar à prièssa, y llegar presto dònde està este Gigante, y en llegando, le cortarè la cabeça, y pondrè à la Princesa pacificamente en su estado, y al punto darè la buelta à ver à la luz que mis sentidos alumbrà; à la qual darè tales disculpas, que ella venga à tener por buena mi tardança, pues verà, que todo redundà en aumento de su gloria y fama; pues quanto yo hè alcançado, alcanço, y alcançarè por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dà, y de ser yo fuyo. Ay, dixo Sancho, y cómo està vuestra merced lastimado de estos cascos! Pues digame, Señor, piensa vuestra merced caminar este camino en valde, y dexar passar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en Dote un Reyno? Que a buena verdad, que hè oýdo dezir, que tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantissimo de todas las cosas que son necessarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguença de lo que hà dicho, y tome mi consejo, (y perdòneme) y càfese luego en el primer lugar que aya Cura; y fino, ay està nuestro Licenciado que lo harà de perlas: Y advierta, que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy, le viene de molde; que mas vale pàjaro en mano, que buytre volando; porque quien bien tiene y mal escoje,

escoje, del mal que le viene no se enoje. Mira Sancho, respondió Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es, porque sea luego Rey en matando al Gigante, y tenga cómodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido; hágote saber, que, sin casarme, podré cumplir tu deseo muy facilmente; porque yo sacaré de adahala antes de entrar en la batalla, que saliéndolo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del Reyno para que la pueda dar à quien yo quisiere: Y en dándomela, à quien quieres tu que la dé fino à ti? Eſto está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced, que la escoja házia la marina, porque fino me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por aora à ver à mi Señora Dulcinea, fino váyase à matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios, que se me affienta, que ha de ser de mucha honra, y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que avrè de tomar tu consejo en quanto al ir antes con la Princesa, que à ver à Dulcinea. Y avísote, que no digas nada à nadie, ni à los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien, que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esto es así, dixo Sancho, como haze vuestra merced, que todos los que vence por su brazo, se vayan à presentar ante mi Señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forçoso, que los que fuèren, se han de ir à hincar de finojos ante su presencia, y dezir, que van de

de parte de vuestra merced à dalle la obediencia; como se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? O que necio, y que simple que eres! dixo Don Quixote. Tu no vès, Sancho, que effo todo redundà en su mayor enfalçamiento? Porque has de saber, que en este nuestro estilo de cavalleria, es gran honra tener una dama muchos Cavalleros andantes que la firvan, sin que se estiendan à mas sus pensamientos, que à servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos desèos, fino que ella se contente de acetarlos por sus Cavalleros. Con essa manera de amor, dixo Sancho, hè oydo yo predicar, que se hà de amar à nuestro Señor por si solo, sin que nos mueva esperànça de gloria, ò temor de pena: Aunque yo le querria amar, y servir por lo que pudièsse. Vàlate el diablo por villano, dixo Don Quixote, y que de discreciones dizes à las vezes: No parece fino que has estudiado. Pues à se mia, que no se leèr, respondiò Sancho.

EN esto les diò voces maesse Nicolas, que esperàssen un poco, que querian detenerse à bebèr en una fuentecilla que alli estàva. Detùvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que yà estàva cansado de mentir tanto, y temia, no le cogièsse su amo à palabras; porque puesto que èl fabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la avia visto en toda su vida. Aviasè en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traìa quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja à los que dexàva. Apearonse junto à la fuente, y con lo que el Cura se acomodò en la venta, fatisfizièron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

ESTANDO

ESTANDO en esto, acertò à passar por alli un muchacho que iva de camino, el qual poniéndose à mirar con mucha atencion à los que en la fuente estàvan, de alli à poco arremetiò à Don Quixote, y abraçàndole por las piernas, començò à llorar muy de pròposito, diciendo: Ay, Señor mio! No me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres, que quitò vuestra merced de la enzina donde estàva atado. Reconociòle Don Quixote, y asiéndole por la mano, se bolviò à los que alli estàvan, y dixo: Porque vean vuestras mercedes, quan de importancia es aver Cavalleros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en èl se hazen por los insolentes y malos hombres que en èl viven: Sepan vuestras mercedes, que los dias passados, passàndo yo por un bosque, oÿ unos gritos, y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: Acudì luego llevado de mi obligacion hàzia la parte, donde me pareciò, que las lamentables voces sonàvan, y hallè atado à una enzina à este muchacho, que aora està delante (de lo que me huelgo en el alma, porque serà testigo, que no me dexarà mentir en nada.) Digo, que estàva atado à la enzina, desnudo de medio cuerpo arriba, y estàvale abriendo à açotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe, que era amo fuyo: Y assi como yo le vi, le preguntè la causa de tan atroz vapulamiento. Respondiò el zafio, que le açotava porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nàcian mas de ladron, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor, no me açota fino porque le pido mi salario. El amo replicò no sè que arengas y disculpas, las quales,



aunque de mi fuèron oydas, no fuèron admitidas. En resolucion yo le hize desfatar, y tomè juramento al villano de que le llevarìa consigo, y pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. No es verdad todo esto? hijo Andres. No notaste con quanto imperio se lo mandè, y con quanta humildad prometì de hazer todo quanto yo le impuse, notifiquè, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada; di lo que passò à estos Señores, porque se vea, y confidere fer del provecho que digo, aver Cavalleros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondiò el muchacho, pero el fin del negocio succediò muy al revès de lo que vuestra merced se imagina. Como al revès? replicò Don Quixote. Luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondiò el muchacho, pero assi como vuestra merced traspùso el bosque, y quedamos solos, me bolviò à atar à la mesma enzina, y me diò de nuevo tantos açotes, que quedè hecho un San Bartolomè defollado; y à cada açòte que me dava, me dezìa un donayre, y chufeta acerca de hazer burla de vuestra merced; que à no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezìa. En efeto el me parò tal, que hasta aora he estado curàndome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo: De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuèra su camino adelante, y no vinièra donde no le llamavan, ni se entremetièra en negocios agenos, mi amo se contentàra con darme una ò dos dozenas de açòtes, y luego me foltàra, y pagàra quanto me devia: Mas como vuestra merced le deshonrrò tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendiòsele la còlera; y como no la pudo vengar
en

en vuestra merced, quando se viò solo, descargò sobre mi el nublado de modo, que me parece, que no ferè mas hombre en toda mi vida. El daño estùvo; dixo Don Quixote, en irme yo de alli; que no me avia de ir hasta dexarte pagado; porque bien devia yo de saber por luengas experiencias, que no ày villano que guarde palabra que diere, si èl vèe que no le està bien guardalla. Pero ya te acuerdas, Andres, que yo jurè, que sino te pagava, que avia de ir à buscarle, y que le avia de hallar, aunque se escondièsse en el vientre de la Vallena. Assi es verdad, dixo Andres, pero no aprovechò nada. Aora veràs si aprovecha, dixo Don Quixote, y diziendo esto, se levantò muy apriesia, y mandò à Sancho, que enfrenàsse à Rozinante, que estàva pacièdo en tanto que ellos comian. Preguntòle Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondiò, que queria ir à buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado à Andres hasta el ultimo maravedi, à despecho y pesar de quantos villanos huvièsse en el mundo. A lo que ella respondiò, que advirtièsse, que no podia, conforme al Don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la fuya; y que pues esto sabia èl mejor que otro alguno, que fossègàsse el pecho hasta la buelta de su Reyno. Assi es verdad, respondiò Don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciècia hasta la buelta, (como vos, Señora, dezis) que yo le torno à jurar, y à prometer de nuevo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo de effos juramentos, dixo Andres: Mas quisièra tener aora con que llegar à Sevilla, que todas las venganças del mundo. Dème, si tiene ày algo que coma, y lleve, y quèdese con Dios su merced,



y todos los Cavalleros andantes, que tan bien andantes seàn ellos para configo, como lo han sido para conmigo. Sacò de su repuesto Sancho un pedaço de pan, y otro de queso, y dàndoselo al moço, le dixo: Toma, hermano Andres, que à todos nos alcança parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcança à vos? preguntò Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondiò Sancho, que Dios sabe si me hà de hazer falta, ò no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los Cavalleros andantes estàmos sugetos à mucha hambre y mala ventura, y aun à otras cosas, que se sienten mejor que se dizen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le dava otra cosa, abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como fuele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo à Don Quixote: Por amor de Dios, Señor Cavallero andante, que si otra vez me encontràre, aunque vea que me hazen pedaços, no me socorra, ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que no ferà tanta, que no seà mayor la que me vendrà de su ayuda de vuestra merced, à quien Dios maldiga, y à todos quantos Cavalleros andantes han nacido en el mundo. Ivase à levantar Don Quixote para castigalle, mas èl se puso à correr de modo, que ninguno se atreviò à seguille. Quedò corridissimo Don Quixote del cuento de Andres, y fuè menester que los demas tuvièssen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

C A P I -



CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucediò en la venta à toda la cuadrilla de Don Quixote.

ACABÒSE la buena comida: Enfillaron luego, y fin que les sucedièsse cosa digna de contar, llegaron otro dia à la venta: espanto y affombro de Sancho Pança; y aunque èl quisièra no entrar en ella, no lo pudo huÿr. La ventera, ventero, fu hija, y Maritornes que vièron venir à Don Quixote, y à Sancho, les falièron à recebir con muestras de mucha alegria, y èl las recibìo con grave continente, y aplauso, y dixoles, que le adereçàssen otro mejor lecho, que la vez passada; à lo qual le respondiò la huespeda, que como la pagàsse mejor que la otra vez, que ella se la darìa de Principes. Don Quixote dixo, que si harìa; y assi le adereçaron una cama razonable en el mismo camaranchon de marras, y èl se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No se hùvo bien encerrado, quando la huespeda arremetiò al Barbero, y asièndole de la barba, dixo: Para mi fantiguada, que no se hà de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me hà de bolver mi cola, que anda lo de mi marido por effos fuelos, que es verguença, digo, el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tirava, hasta que el Licenciado le dixo, que se la dièsse, que yà no era menester mas usar de aquella industria, fino que se descubrièsse y mostràsse en su misma forma, y dixèsse à Don Quixote, que quando le despojaron los ladrones galeotes,

otes, se avia venido à aquella venta huyendo; y que si preguntàsse por el escudero de la Princesa, le dirian, que ella le avia embiado adelante à dar aviso à los de su Reyno como ella iba, y llevaba consigo al Libertador de todos. Con esto diò de buena gana la cola à la ventera el Barbero, y assi mismo le bolvièron todos los adherentes que avia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantàronse todos los de la Venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura, que les adereçassen de comer de lo que en la venta huvièsse; y el huesped con esperança de mejor paga, con diligencia les adereçò una razonable comida; y à todo esto dormia Don Quixote, y fuèron de parecer de no despertalle; porque mas provecho le haria por entonces el dormir, que el comer.

TRATARON sobre comida (estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritornes, y todos los passageros) de la esotraña locura de Don Quixote, y del modo que le avian hallado. La huespeda les contò lo que con el, y con el harriero les avia acontecido, y mirando si à caso estàva alli Sancho, y como no le vièsse, contò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron.

Y como el Cura dixèsse, que los libros de cavallerias, que Don Quixote avia leydo, le avian buelto el juyzio, dixo el ventero: No sè yo como puede ser esto; que en verdad, que à lo que yo entiendo, no ay mejor Letura en el mundo, y que tengo ay dos, ò tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo à mi, fino à otros muchos: Porque quando es tiempo de la siega, se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre ay alguno

guno que sabe leer, el qual coge uno deſtos libros en las manos, y rodeàmonos dèl mas de treynta, y eſtàmofle eſcuchando con tanto guſto, que nos quita mil canas: A lo menos de mi sè dezir, que quando oygo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes, que los cavalleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria eſtar oyendolos noches y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi caſa, fino aquel que vos eſtàys eſcuchando leer; que eſtàys tan embozado, que no os acordàys de reñir por entonces. Aſſi es la verdad, dixo Maritornes, y à buena fè, que yo tambien guſto mucho de oyr aquellas coſas, que ſon muy lindas; y mas quando cuentan, que ſe eſtà la otra ſeñora debaxo de unos naranjos abraçada con ſu Cavallero, y que les eſtà una dueña haziendoles la guarda, muerta de embidia, y con mucho ſobrefalto: Digo, que todo eſto es coſa de mieles. Y à vos que os parece, Señora donzella, dixo el Cura (hablando con la hija del ventero?) No sè, Señor, en mi anima, respondiò ella: Tambien yo lo eſcucho, y en verdad, que aunque no lo entiendo, que recibo guſto en oyllo: pero no guſto yo de los golpes, de que mi padre guſta, fino de las lamentaciones, que los cavalleros hazen quando eſtàn auſentes de ſus ſeñoras; que en verdad que algunas vezes me hazen llorar de compaſſion que les tengo. Luego bien los remediàrades vos, Señora donzella, dixo Dorotea, ſi por vos lloràran? No sè lo que me hizièra, respondiò la moça; ſolo sè, que ay algunas Señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman ſus Cavalleros Tigres, y Leones, y otras mil inmundicias: Y, Jeſus! yo no sè, que gente es
aquella



aquella tan defalmada, y tan fin conciencia, que por no mirar à un hombre honrado, le dexan que se muera, ò que se vuelva loco. Yo no sè para que es tanto melindre: Si lo hazen de honradas, càsense con ellos, que ellos no desèan otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no està bien à las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este Señor, respondiò ella, no pude dexar de rèspondelle.

AORA bien, dixo el Cura, traedme, Señor huesped, aqueffos libros, que los quiero ver. Que me place, respondiò èl, y entrando en su aposento, sacò dèl una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abrièndola, hallò en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abriò, viò que era Don Cirongilio de Tràcia, y el otro de Felix Marte de Irània, y el otro la Historia del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordova, con la vida de Diego Garcia de Parèdes. Assi como el Cura leyò los dos títulos primeros, bolviò el rostro al Barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazen, respondiò el Barbero, que tambien sè yo llevarlos al corral, ò à la chiminea; que en verdad, que ày muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, El de Don Cirongilio, y el de Felix Marte. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son herejes, ò flematicos, que los quiere quemar? Cismáticos quereys dezir, amigo, dixo el Barbero, que no flemáticos. Assi es, replicò el ventero; mas si alguno quiere quemar, sèa esse del gran Capitan, y de esse
Diego

Diego Garcia; que antes dexarè quemar un hijo, que dexar quemar ninguno de effotos. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates, y devaneos; y este del gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordova, el qual por sus muchas y grandes hazañas mereciò ser llamado de todo el mundo gran Capitan: renombre famoso y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Parèdes fuè un principal Cavallero, natural de la Ciudad de Truxillo en Estremadura, valentissimo Soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenìa con un dedo una rueda de molino en la mitad de su fùria: Y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo à todo un innumerable exercito, que no passasse por ella: Y hizo otras tales cosas, que si como el las cuenta, y las escribe el assimesmo con la modestia de Cavallero, y de coronista proprio, las escrivièra otro libre y desapassionado, pusièran en olvido las de los Hetores, Aquiles, y Roldànes. Tomaos con mi padre, dixo el ventero: Mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: Por Dios, aora avia vuestra merced de leèr lo que se lee de Felix Marte de Ircania, que de un revès solo, partiò cinco Gigantes por la cintura, como si fuèran hechos de habas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetiò con un grandissimo y poderosissimo exercito donde llevò mas de un millon, y seyscientos mil Soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeça, y los desbaratò à todos, como si fuèran manadas de ovèjas. Pues que me diràn del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fuè tan valiente y animoso, como se verà en el libro,

T O M. II.

K

donde



donde cuenta, que navegàndo por un rio, le faliò de la mitad del agua una serpiente de fuego, y èl, assi como la viò, se arrojò sobre ella, y se pùso ahorcaxàdas encima de sus escamosas espaldas, y la apretò con ambas manos la garganta con tanta fuerça, que viendo la serpiente, que la iva ahogando, no tuvo otro remedio, fino dexarse ir à lo hondo del rio, llevàndose tras si al cavallero, que nunca la quiso soltâr; y quando llegàron allà baxo, se hallò en unos palacios, y en unos Jardines tan lindos, que era maravilla: Y luego la Sierpe se bolviò en un viejo anciano, que le dixo tantas de cosas, que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oyèsse esto, se bolvièra loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia que dize. Oyèndo esto Dorotea, dixo callando à Cardenio: Poco le falta à nuestro huesped para hazer la segunda Parte de Don Quixote. Assi me parece à mi, respondiò Cardenio, porque segun dà indicio, el tiene por cierto, que todo lo que estos libros cuentan, passò ni mas, ni menos, que lo escriven, y no le haràn creer otra cosa frayles descalços. Mirad hermano, tornò à dezir el Cura, que no hùvo en el mundo Felix Marte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros Cavalleros semejantes, que los libros de cavallerias cuentan; porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos dezis de entretenir el tiempo, como lo entretienen, leyèndolos vuestros segadores; porque realmente os juro, que nunca tales cavalleros fuèron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecièron en èl. A otro perro con esse hueso, respondiò el ventero, como si yo no supiéssè quantas son
cinco,

cinco, y à donde me aprieta el çapato: No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios, que no foy nada blanco. Bueno es, que quièra darme vuestra merced à entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen, sèa disparates y mentiras, estàdo impressos con licencia de los señores del consejo real: Como si ellos fuèran gente, que avian de dexar imprimir tanta mentira junta, tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho, amigo, replicò el Cura, que esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: Y assi como se confiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrès, de Pelota y de Trucos para entretener à algunos, que no tienen que hazer, ni deven, ni pueden trabajar; assi se confiente imprimir, y que aya tales libros, creyendo, como es verdad, que no hà de aver alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuèra licito agora, y el auditorio lo requirièra, yo dixèra cosas acerca de lo que han de tener los libros de Cavallerias para ser buenos, que quiçà fuèran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo esperò, que vendrà tiempo en que lo pueda comunicar, con quien pueda remediallo, y en este entretanto, creed, Señor ventero, lo que os he dicho; y tomad vuestros libros, y allà os avénid con sus verdades, ò mentiras, y buen provecho os hagan, y quièra Dios, que no cojeèys del pie que cojèa vuestro huesped Don Quixote. Esto no, respondiò el ventero, que no serè yo tan loco, que me haga Cavallero andante; que bien vèò, que aora no se usa lo que se usàva en aquel tiempo, quando se dize, que andavan por el mundo estos famosos Cavalleros.



A la mitad desta plática se hallò Sancho presente, y quedò muy confuso y pensativo de lo que avia oydo dezir, que agora no se usàvan Cavalleros andantes, y que todos los libros de Cavallerias eran necedades y mentiras; y propuso en su coraçon de esperar en lo que parava aquel viage de su amo; y que fino salia con la felicidad que èl pensava, determinava de dexalle, y bolverse con su muger y sus hijos à su acostumbrado trabajo.

LEVAVASE la maleta, y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: Esperad, que quiero ver que papeles son estos, que de tan buena letra estàn escritos. Sacòlos el huesped, y dândoselos à leer, viò hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un titulo grande, que dezia. *Novela del curioso Impertinente*. Leyò el Cura para sì tres ò quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo desta Novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondiò el ventero: Pues bien puede leella su Reverencia, porque le hago saber, que à algunos huespedes, que aqui la han leydo, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la hè querido dar, pensando bolverfela à quien aqui dexò esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueño por aqui algun tiempo; y aunque sè, que me han de hazer falta los libros, à fè que se los he de bolver; que aunque ventero, toda via soy Christiano. Vos tenèys mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo esto, si la Novela me contenta, me la avèys de dexar trasladar. De muy buena gana, respondiò el ventero. Mientras los dos esto dezian, avia tomado Cardenio la

la

la Novela, y comenzado à leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogò, que la leyèsse de modo, que todos la oyèssen. Si leyèra, dixo el Cura, fino fuèra mejor gastar este tiempo en dormir, que en leer. Harto reposo ferà para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo, oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan fofegado, que me conceda dormir quando fuèra razon. Pues deffa manera, dixo el Cura, quiero leerla, por curiosidad si quiera, quiçà tendrà alguna cosa de gufio. Acudiò maesse Nicolas à rogarle lo mismo, y Sancho tambien, lo qual visto del Cura, y entendiendo que à todos darìa gufio, y èl le recibirìa, dixo: Pues affi es, estènme todos atentos, que la Novela comiença desta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la Novela del Curioso Impertinente.

EN Florencia, Ciudad rica y famosa de Italia, en la Provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos Cavalleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelènciam y antonomàsia, de todos los que los conocian, *Los dos Amigos* eran llamados. Eran folteros, moços, y de una misma edad, y de unas mismas costumbres; todo lo qual era bastante causa à que los dos con reciproca amistad se correspondièssen. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado à los passatiempos amorosos, que el Lotario, al qual llevàvan tras si los de la caça; pero quando se ofrecia, dexava Anselmo de acudir à sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexàva los suyos por
acudir



acudir à los de Anselmo: Y desta manera andavan tan à una sus voluntades, que no avia concertado Relox que assi lo anduvièsse. Andava Anselmo perdido de amores de una donzella principal y hermosa de la misma Ciudad, llamada Camila, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por esposa à sus padres, y assi lo puso en execucion; y el que llevò la embaxada fuè Lotario, y el que concluyò el negocio tan à gusto de su amigo, que en breve tiempo se viò puesto en la possession que deseava, y Camila tan contenta de aver alcançado à Anselmo por esposo, que no cesava de dar gracias al cielo, y à Lotario, por cuyo medio tanto bien le avia venido. Los primeros dias, como todos los de la boda fuelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle con todo aquello que à el le fuè possible; pero acabadas las bodas, y sosegada yà la frecuencia de las visitas y parabienes, començò Lotario à descuydarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle à el, (como es razon que parezca à todos los que fuèren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera, que quando eran solteros; porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deve de ser sospechosa en nada, con todo esso es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del quexas grandes, diziendole, que si el supiera, que el casarse avia de ser parte para no
comu-

comunicalle como solia, que jamas lo huvièra hecho: Y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fuè soltèro, avian alcançado tan dulce nombre como el ser llamados *Los dos Amigos*, que no permitièsse, por querer hazer el circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nombre se perdièsse: Y que assi le suplicava (si era licito que tal termino de hablar se usàsse entre ellos) que bolvièsse à ser Señor de su casa, y à entrar y salir en ella como de antes, asseguràndole, que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad, que la que èl queria que tuvièsse; y que por aver sabido ella con quantas veras los dos se amàvan, estàva confusa de ver en èl tanta esquivèza. A todas estas y otras muchas razones, que Anselmo dixo à Lotario para persuadille, bolvièsse como solia à su casa, respondiò Lotario con tanta prudencia, discrecion, y aviso, que Anselmo quedò satisfecho de la buena intencion de su amigo; y quedàron de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuèsse Lotario à comer con èl: Y aunque esto quedò assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que vièsse, que mas convenia à la honra de su amigo, cuyo credito le estimàva en mas que el suyo propio. Dezìa èl, y dezìa bien, que el casado, à quien el cielo avia concedido muger hermosa, tanto cuydado avia de tener, que amigos llevàva à su casa, como en mirar con que amigas su muger conversàva; porque lo que no se haze, ni concierto en las plaças, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos à sus mugeres) se concierto y facilita en casa de la amiga, ò la parienta de quien

quien mas fatiffacion fe tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian neceffidad los cafados de tener cada uno algun amigo, que le advertièffe de los defcuydos, que en fu proceder hizièffe; porque fuele acontecer, que con el mucho amor que el marido à la muger tiene, ò no le advierte, ò no le dize por no enojalla, que haga, ò dexe de hazer algunas cosas, que el hazerlas ò no, le feria de honra, ò de vitupèrio; de lo qual, fiendo del amigo advertido, facilmente pondria remedio en todo: Pero donde fe hallarà amigo tan difcreto, y tan leal, y verdadero como aqui Lotario le pide? No lo sè yo por cierto. Solo Lotario era efte que con tanta folitud y advertimiento mirava por la honra de fu amigo, y procurava dezmar, frifar, y acortar los dias del concierto del ir à fu casa, porque no parecièffe mal al vulgo ociofo, y à los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un moço rico, Gentilhombre, y bien nacido, y de las buenas partes, que èl pensava que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila; que puefto que fu bondad y valor podia poner freno à toda maldiziente lengua, toda via no queria poner en duda fu credito, ni el de fu amigo: Y por efte los mas de los dias del concierto los ocupava y entretenia en otras cosas, que èl dava à entender fer inexcufables. Afli que en quexas del uno, y difculpas del otro fe pasavan muchos ratos y partes del dia. Sucediò, pues, que uno, que los dos fe andavan pasèando por un prado fuera de la ciudad, Anfelmo dixo à Lotario las femejantes razones.

BIEN sè, amigo Lotario, que à las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fuèron
los

los míos, y en darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recibido; y sobre todo, al que me hizo en darme à ti por amigo, y à Camila por muger propria, dos prendas, que las estimo (fino en el grado que devo) en el que puedo. Pues con todas estas partes, que fuelen ser el todo con que los hombres fuelen, y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el mundo: Porque, no sè de que dias à està parte, me fatiga, y aprieta un desèo tan estraño, y tan fuèra del uso comun de otros, que yo me maravillo de mi mismo, y me culpo, y me riño à solas, y procuro callarlo, y encubrirlo de mis propios pensamientos; y así me ha sido possible salir con este secreto, como si de industria procuràra dezillo à todo el mundo. Y pues que en efeto èl hà de salir à plaça, quiero que sèa en la del Archivo de tu secreto, confiado que con èl, y con la diligencia que pondràs como mi amigo verdadero en remediarme, yo me verè presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegria por tu folicitud al grado que hà llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian à Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que avia de parar tan larga prevencion, ò preàmbulo; y aunque iba rebolviendo en su imaginacion, que desèo podria ser aquel que à su amigo tanto fatigava, diò siempre muy lexos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonìa que le causava aquella suspension, le dixo, que hazia notorio agravio à su mucha amistad en andar buscando rodèos para dezirle sus mas encubiertos pensamientos,

TOM. II.

L

pues



pues tenía cierto, que se podía prometer del, ò ya consejos para remediallos, ò ya remedios para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esta confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga, es pensar, si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso: Y no puedo enterarme en esta verdad, sino es provandola de manera, que la prueba manifieste los Quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mi, ò amigo, que no es una muger mas buena de quanto es ò no solicitada; y que aquella sola es fuerte, que no se dobla à las promesas, à las dádivas, à las lagrimas, y à las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porque que ay que agradecer, decía el, que una muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que este recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se fuelle, y la que sabe que tiene marido, que en cogiéndola en la primera desemboltura la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor, ò por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima, en que tendré à la solicitada, y perseguida, que salió con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, deseo, que Camila mi esposa paffe por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale (como creo que saldrá) con la palma desta batalla, tendré yo por fin igual mi ventura: Podré yo dezir, que está colmado el vazío de mis deseos: Diré, que me cupo en fuerte la muger fuerte, de quien

el

el Sabio dize que quien la hallarà ? Y quando esto fucedá al revès de lo que pienso, con el gusto de ver, que acertè en mi opinion, llevarè sin pena, la que de razon podrà causarme mi tan costosa experiencia. Y presupuesto que ninguna cosa de quantas me dixères en contra de mi desèo, hà de ser de algun provecho para dexar de ponerle por la obra, quiero, ô amigo Lotario, que te dispongas à ser el instrumento, que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te darè lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necessario para solicitar à una muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y muèveme entre otras cosas à fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver, que si de ti es vencida Camila, no hà de llegar el vencimiento à todo trance y rigor, fino à solo tener por hecho, lo que no se hà de hazer por buen respeto; y assi no quedarè yo ofendido mas de con el desèo, y mi injùria quedarà escondida en la virtud de tu silencio; que bien sè, que en lo que me tocàre, hà de ser eterno como el de la muerte. Assi que si quieres, que yo tenga vida, que pueda dezir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni pereçosamente, fino con el ahinco, y diligencia, que mi desèo pide, y con la confiança que nuestra amistad me assegura.

ESTAS fuèron las razones que Anselmo dixo à Lotario, à todas las quales estùvo tan atento, que fino fuèron las que quedan escritas, que dixo, no desplegó sus labios hasta que huvò acabado: Y viendo que no dezìa mas, despues que le estùvo mirando un buen espacio, como si miràra otra cosa, que jamas huviera visto, y que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, ô amigo An-



felmo, à que no sèan burlas las cosas, que me has dicho; que à pensar, que de veras las dezias, no consintiera que tan adelante passaras; porque con no escucharte, previniera tu larga arenga. Sin duda imagino, ò que no me conoces, ò que yo no te conozco: Pero no, que bien sè, que eres Anselmo, y tu sabes, que yo soy Lotario: El daño està en que yo pienso, que no eres el Anselmo que solias, y tu debes de aver pensado, que tampoco yo soy el Lotario que devia ser; porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides, se han de pedir à aquel Lotario, que tu conoces: Porque los buenos amigos han de provar à sus amigos, y valerse dellos, como dixo un Poëta, *usque ad Aras*; que quiso dezir, que no se avian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto fentiò un Gentil de la amistad, quanto mejor es, que lo fienta el Christiano, que sabe, que por ninguna humana, ha de perder la amistad divina? Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pufièsse à parte los respetos del cielo por acudir à los de su amigo, no hà de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigos. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro paraque yo me aventure à complacerte, y à hazer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitàrmela à mi juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto: Y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sèa, de tanto mal tuyo, no
vengo

vengo yo tambien à quedar deshonrado, y por el mesmo configuiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no respondèrme hasta que acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo que te ha pedido tu desèo; que tiempo quedará para que tu me repliques, y yo te escuche. Que me place dixo Anselmo, di lo que quisières. Y Lotario prosiguiò diciendo: Pareceme, ò Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, à los quales no se les puede dar à entender el error de su secta con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fè, fino que les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones Matemáticas, que no se puedan negar, como quando dicen: *Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales.* Y quando esto no entiendan de palabra (como en efeto no lo entienden) hàseles de mostrar con las manos, y ponerfelo delante de los ojos; y aun con todo esto no basta nadie con ellos à persuadirles las verdades de nuestra sacra Religion. Y este mismo tèrmino y modo me convendrá usar contigo; porque el desèo que en ti hà nacido, va tan descaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado, el que ocupàre en darte à entender tu simplicidad (que por aora no le quiero dar otro nombre) y aun estoy por dexarte en tu desatino en pena de tu mal desèo: Mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifesto peligro

peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo: Tu no me has dicho, que tengo de folicitar à una retirada? persuadir à una honesta? Ofrecer à una desinteresada? Servir à una prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes, que tienes muger retirada, honesta, desinteresada, y prudente, que buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora (como saldrà sin duda) que mejores títulos piensas darle despues, que los que aora tiene? O que serà mas despues, de lo que es aora? O es, que tu no la tienes por la que dizes, ò tu no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dizes, para que quieres provarla, fino como à mala, hazer della lo que mas te viniere en gusto: Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa serà, hazer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion, que primero tenia. Assi que es razon concluyente, que el intentar las cosas de las quales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: Y mas quando quieren intentar aquellas à que no son forçados, ni compelidos, y que de muy lexos traen descubierta, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ò por el mundo, ò por entrambos à dos. Las que se acometen por Dios, son las que acometièron los Santos, acometiendo à vivir vida de Angeles en cuerpos humanos. Las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estraneza de gente, por adquerir estos que llaman *Bienes de Fortuna*. Y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente,

tamente, son aquellas de los valerosos foldados, que à penas veèn en el contrario muro abierto tanto espacio, quanto es el que pùdo hazer una redonda bala de artilleria, quando puesto à parte todo temor, sin hazer discurso, ni advertir el manifesto peligro, que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del desèo de bolver por su Fè, por su Nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes, que los esperan. Estas cosas son las que fuelen intentarfe; y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcançar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: Porque puesto que salgas con ella, como quieres y desèas, no has de quedar, ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estàs aora; y fino sales, te has de ver en la mayor misèria, que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entonces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastarà para afligirte, y deshazerte, que la sepas tu mismo. Y para confirmacion desta verdad te quiero dezir una Estancia, que hizo el famoso Poëta Luys Tanfilo en el fin de su primera parte de las lagrimas de san Pedro, que dize assi.

Crece el dolor, y crece la verguença
 En Pedro, quando el dia se ha mostrado,
 Y aunque alli no vè a nadie, se averguença
 De si mismo, por ver que avia pecado:
 Que à un magnanimo pecho à aver verguença
 No solo hà de moverle el ser mirado;

Que



Que de sí se averguença quando yerra,
Si bien otro no vèe que cielo y tierra.

Así que no escufaràs con el secreto tu dolor, antes tendràs que llorar continuo, fino lagrimas de los ojos, lagrimas de fangre del Coraçon, como las llorava aquel simple Dotor, que nuestro Poëta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusò de hazerla el prudente Reynaldos : Que puesto que aquello sèa ficcion poëtica, tiene en sí encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error, que quieres cometer.

DIME, Anselmo, si el cielo, ò la fuerte buena te huvièra hecho señor, y legitimo possessor de un finissimo Diamante, de cuya bondad, y quilates estuvièssen satisfechos quantos lapidarios le vièssen ; y que todos à una voz, y de comun parecer dixèssen, que llegava en quilates, bondad, y fineza, à quanto se podia estender la naturaleza de tal Piedra, y tu mismo lo creyèsses así, sin saber otra cosa en contrario ; Serìa justo, que te vinièsse en desèo de tomar aquel Diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí à pura fuerça de golpes y braços provar si es tan duro, y tan fino como dizèn ? Y mas si lo pusièsses por obra ; que puesto caso, que la Piedra hizièsse resistencia à tan necia prueba, no por esso se le añadirìa mas valor, ni mas fama ; y si se rompièsse (cosa que podria ser) no se perderìa todo ? Si por cierto, dexando à su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo, amigo
que

que Camila es finissimo Diamante, assi en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en Contigencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir à mas valor del que aora tiene; y si faltasse, y no resistièsse (considera desde aora) qual quedarías sin ella, y con quanta razon te podrías quexar de ti mismo por aver sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay Joya en el mundo, que tanto valga como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: Y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para que quieres poner esta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, sino quitarfelo y despejarle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera à alcançar la Perfeccion que le falta, que consiste en ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es un Animalejo que tiene una piel blanquissima, y que quando quieren caçarle, los caçadores usan deste artificio; que sabiendo las partes por donde fuele passar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugar; y assi como el Arminio llega al lodo, se està quedo, y se dexa prender y cautivar, à trueco de no pasàr por el cieno, y perder, y enfuziar su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta y casta muger es Arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente, que con el Arminio se

TOM. II.

M

tiene;



tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá (y aun sin quizá) no tiene tanta virtud, y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar, y pasar por aquellos embaraços; y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza, que encierra en sí la buena fama. Es así mismo la buena muger como espejo de cristal luziente y claro, pero está sujeto à empañarse, y escurecerse con qualquiera aliento que le toque. Háse de usar con la honesta muger el estilo que con las Reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Háse de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso Jardin, que está lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pise, ni manosèe; basta que desde lexos, y por entre las verjas de Hierro gozen de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero dezirte unos versos, que se me han Venido à la Memoria, que los oý en una Comèdia moderna, que me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejàva un prudente viejo à otro, padre de una donzella, que la recogióse, guardáse, y encerráse, y entre otras razones le dixo estas.

Es de vidrio la muger,
 Pero no se hà de provar
 Si se puede, ò no quebrar,
 Porque todo podría ser,
 Y es mas fácil el quebrarse,
 Y no es cordura ponerse
 A peligro de romperse

Lo

Lo que no puede soldarse.
 Y en esta opinion estèn
 Todos, y en razon la fundo,
 Que si ay Danaes en el mundo,
 Ay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho, ô Anselmo, ha sido por lo que à ti te toca; y aora es bien que se oyga algo de lo que à mi me conviene; y si fuere largo, perdòname, que todo lo requiere el Laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra: Cosa que es contra toda amistad: Y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite à ti. Que me la quieres quitar à mi, està claro; pues quando Camila vèa, que yo la felicito, como me pides, cierto està, que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello, que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres, que te la quite à ti, no ay duda, porque viendo Camila, que yo la felicito, ha de pensar, que yo he visto en ella alguna liviandad, que me diò atrevimiento à descubrirle mi mal desèo; y teniendose por deshonrada, te toca à ti, como à cosa fuya, su mesma deshonra. Y de aqui nace lo que comunmente se plàtica, que el marido de la muger adultera, puesto que èl no lo sepa, ni aya dado ocasion para que su muger no seà lo que deve, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato estorvar su desgracia; con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio y baxo; y en cierta

M 2

manera



manera le miran los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: Y no te canfes de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho.

QUANDO Dios criò à nuestro primero padre en el Parayso terrenal (dize la divina Escritura) que infundiò Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo, le facò una costilla del lado siniestro, de la qual formò à nuestra madre Eva; y assi como Adan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexarà el hombre à su padre, y madre, y seràn dos en una carne misma. Y entonces fuè instituýdo el divino Sacramento del matrimonio con tales laços, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta virtud y fuerça este milagroso Sacramento, que haze, que dos diferentes personas sean una mesma carne: Y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad. Y de aqui viene que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ò los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no aya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, ò de qualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne
mesma,

mesma, y la cabeça fiente el daño del tovillo fin que ella se le aya caufado; assi el marido es participante de la deshonra de la muger por ser una mesma cosa con ella. Y como las honras y deshonras del mundo seàn todas, y nazcan de carne y fangre, y las de la muger mala seàn deste genero; es forçoso, que al marido le quepa parte dellas, y seà tenido por deshonrado fin que èl lo sepa. Mira, pues, ô Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive. Mira por quan vana, è impertinente curiosidad quieres rebolver los humores, que aora estàn sofegados en el pecho de tu casta esposa. Advierte, que lo que aventuras à ganar, es poco; y que lo que perderàs, ferà tanto, que lo dexarè en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho, no basta à moverte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra, y desventura; que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida, que imaginar puedo.

CALLÒ en diziendo esto el virtuoso, y prudente Lotario, y Anselmo quedò tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dixo: Con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanças; y assi mesmo veo y confiesso, que si no figo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, has de considerar, que yo padezco aora la enfermedad, que suelen tener algunas mugeres

geres que se les antoja comer tierra, yeso, carbon, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse : Assi que es menester usar de algun artificio para que yo sane ; y esto se podia hazer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente à solicitar à Camila, la qual no hà de ser tan tierna, que à los primeros encuentros dè con su honestidad por tierra ; y con solo este principio quedarè contento, y tu avràs cumplido con lo que debes à nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estàs obligado à hazer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy ; determinado de poner en practica esta prueba, no has tu de consentir, que yo dè cuenta de mi desatino à otra persona, con que pondria en aventura el honor que tu procuras, que no pierda ; y quando el tuyo no estè en el punto que deve en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco, ò nada ; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podràs dezir la pura verdad de nuestro artificio, con que bolverà tu credito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dexes de hazer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante ; pues como ya he dicho, con solo que comiences, darè por concluyda la causa.

VIENDO Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no la figuièsse ; y viendo que le amenazava, que darìa à otro cuenta de su mal desseo ; por evitar mayor mal, determinò de contentarle, y hazer lo que le pedia,

pedia, con proposito, è intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila, quedàsse Anselmo satisfecho: Y assi le respondiò, que no comunicàsse su pensamiento con otro alguno, que el tomava à su cargo aquella empresa, la qual començaria quando à èl le dièsse mas gusto. Abraçòle Anselmo tierna, y amorosamente, y agradeciòle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le huvièra hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se començàsse la obra, que èl le darìa lugar, y tiempo como à sus solas pudièsse hablar à Camila, y assi mesmo le darìa dineros, y Joyas que darla, y que ofrecerla. Aconsejòle que le dièsse musicas, que escrivièsse versos en su alabança, y que quando èl no quisièsse tomar el trabajo de hazerlos, èl mesmo los harìa. A todo se ofreciò Lotario bien con diferente intencion, que Anselmo pensava; y con este acuerdo se bolvièron à casa de Anselmo donde hallaron à Camila con ansia y cuydado esperando à su esposo, porque aquel dia tardava en venir mas que lo acostumbrado. Fuefe Lotario à su casa, y Anselmo quedò en la fuya tan contento, como Lotario fuè pensativo, no sabiendo que traça dar para salir bien de aquel impertinente Negocio: Pero aquella noche pensò el modo que tendria para engañar à Anselmo sin ofender à Camila; y otro dia vino à comer con su amigo y fuè bien recibido de Camila, la qual le recebia y regalava con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer: Levantaron los manteles, y Anselmo dixo à Lotario, que se quedàsse alli con Camila en tanto que èl iva à un negocio forçoso, que dentro de hora

y



y media bolverìa. Rogòle Camila que no se fuèsse, y Lotario se ofreciò à hazerle compañia; mas nada aprovechò con Anselmo, antes importunò à Lotario, que se quedàsse, y le aguardàsse, porque tenìa que tratar con èl una cosa de mucha importancia. Dixo tambien à Camila, que no dexàsse solo à Lotario en tanto que èl bolvièsse. En efeto èl supò tan bien fingir la necesidad, ò necedad de su ausencia, que nadie pudièra entender, que era fingida.

FUÈSE Anselmo, y quedàron solos à la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa, toda se avìa ido à comer. Viòse Lotario puesto en la estacada, que su amigo desèava, y con el enemigo delante, que pudièra vencer con sola su hermosura à un esquadron de Cavalleros armados: Mirad si era razon, que le temièra Lotario? Pero lo que hizo, fuè poner el codo sobre el braço de la filla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon à Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo bolvia. Camila le respondiò, que mejor reposaria en el estrado, que en la filla, y assi le rogò, se entràsse à dormir en èl. No quiso Lotario, y alli se quedò dormido hasta que bolviò Anselmo, el qual, como hallò à Camila en su aposento, y à Lotario durmiendo, creyò, que como se avìa tardado tanto, yà avrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no viò la hora en que Lotario despertàsse para bolverse con èl fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucediò como èl quiso. Lotario despertò, y luego falièron los dos de casa; y assi le preguntò lo que desèava; y le respondiò Lotario, que no le avìa parecido ser bien, que la primera vez se descubrièsse
del

del todo; y assi no avia hecho otra cosa, que alabar à Camila de hermosa, diziendole, que en toda la ciudad no se tratava de otra cosa que de su hermosura y discrecion: Y que este le avia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola à que otra vez le escuchasse con gusto: Usando en esto del artificio, que el demonio usa quando quiere engañar à alguno que està puesto en atalaya de mirar por si, que se transforma en angel de luz, fiendolo èl de tinieblas; y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si à los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentò mucho à Anselmo, y dixo, que cada dia darìa el mismo lugar, aunque no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas, que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio.

SUCEDIÒ, pues, que se pasaron muchos dias, que sin dezir Lotario palabra à Camila, respondia à Anselmo, que la hablava, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa, que mala fuèsse, ni aun dar una señal de sombra de esperança: Antes dezia, que le amenazava, que si de aquel mal pensamiento no se quitava, que lo avia de dezir à su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila à las palabras; es menester ver como resiste à las obras. Yo os darè mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcays, y aun se los deys; y otros tantos para que compreys Joyas con que cebarla; que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que seàn, à esto de traerse bien, y andar galanas; y si ella resiste à esta tentacion, yo quedarè



fatisfecho, y no os darè mas Pesadumbre. Lotario respondió, que ya que avia comenzado, que èl llevaria hasta el fin aquella Empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil Escudos, y con ellos quatro mil Confusiones, porque no sabia que dezirle para mentir de nuevo; pero en efeto determinò de dezirle, que Camila estàva tan entera à las dàdivas, y promessas, como à las palabras; y que no avia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastava en valde. Pero la fuerte, que las cosas guiava de otra manera, ordenò, que aviendo dexado Anselmo solos à Lotario y Camila, como otras vezes solia, èl se encerrò en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estùvo mirando, y escuchando lo que los dos tratàvan, y viò, que en mas de medià hora Lotario no hablò palabra à Camila, ni se la hablàra, si alli estuvièra un Siglo. Y cayò en la cuenta de que quanto su amigo le avia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era assi, saliò del aposento, y llamando à Lotario à parte, le preguntò, que nuevas avia, y de que temple estàva Camila? Lotario le respondió, que no pensàva mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y defabridamente, que no tendria animo para bolver à dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo, Lotario, Lotario! y quan mal correspondes à lo que me debes, y à lo mucho que de ti confio! Aora te hè estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y hè visto que no has dicho palabra à Camila. Por donde me doy à entender, que aun las primeras le tienes por dezir: Y si esto es assi (como sin duda lo es) para que
me

me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria los medios que yo podría hallar para conseguir mi desseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que avia dicho, para dexar corrido y confuso à Lotario; el qual, casi como tomando por punto de honra el avèr sido hallado en mentira, jurò à Anselmo, que desde aquel momento tomava tan à su cargo el contentarle, y no mentirle, qual lo veria, si curiosidad lo espiava: Quanto mas, que no sería menester usar ninguna diligencia, porque la que èl pensava poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha. Creyòle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobrefaltada, determinò de hazer ausencia de su casa por ocho dias, yendose à la de un amigo suyo, que estava en una aldea no lexos de la ciudad: Con el qual amigo concertò, que le embiàsse à llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado, y mal advertido de ti, Anselmo, que es lo que hazes? Que es lo que traças? Que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila; quieta y fosegadamente la possèes; nadie sobrefalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiènto de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te dà fin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tu puedes dessear, para que quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, ponièndote à Peligro, que toda venga



àbaxo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un Poëta, diziendo:

Busco en la muerte la vida,
 Salud en la enfermedad,
 En la prision libertad,
 En lo cerrado salida,
 Y en el traydor lealtad.
 Pero mi fuerte, de quien
 Jamas espero algun bien.
 Con el cielo ha estatuydo,
 Que pues lo imposible pido,
 Lo posible aun no me den.

Fuèse otro dia Anselmo à la aldea, dexando dicho à Camila, que el tiempo que èl estuvièssè ausente, vendria Lotario à mirar por su casa, y à comer con ella: Que tuvièssè cuydado de tratalle como à su mesma persona. Afligiòse Camila como muger discreta y honrada de la orden que su marido le dexàva; y dixole, que advirtièssè, que no estàva bien, que nadie (èl ausente) ocupàssè la filla de su mesa; y que si lo hazia por no tenèr confiança que ella sabria governar su casa, que provàssè por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça y obedecelle. Camila dixo, que ansi lo haria aunque contra su voluntad.

Partiose

Partióse Anselmo, y otro dia vino à su casa Lotario, donde fuè recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento, la qual jamas se puso en parte donde Lotario la vièsse à solas, porque siempre andava rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de una donzella fuya, llamada Leonela, à quien ella mucho queria por averse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casò con Anselmo, la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudièra quando se levantàvan los manteles, y la gente se iba à comer con mucha prièssa, porque assi se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comièsse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: Mas ella que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y avia menester aquellas horas, y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexava solos, como si aquello le huvieran mandado; mas la honesta presençia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponía freno à la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundò mas en daño de los dos; porque si la lengua callava, el pensamiento discurria; y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los estremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes à enamorar una estatua de marmol, no que un coraçon de carne. Miràvala Lotario en el lugar y espacio que avia de hablarla, y considerava quan digna era de ser amada; y esta consideracion començò poco à poco

à



à dar assalto à los respetos que à Anselmo devia tener, y mil vezes quiso ausentarse de la ciudad, è irse donde jamas Anselmo le vièsse à èl, ni èl vièsse à Camila: Mas ya le hazia impedimento, y detenia el gusto que hallava en mirarla. Haziafe fuerça, y peleava consigo mismo por desfechar, y no sentir el contento, que le llevava à mirar à Camila. Culpavase à solas de su desatino; Llamavase mal amigo y aun mal Christiano. Hazia Discursos y comparaciones entre èl y Anselmo, y todos paravan en dezir, que mas avia sido la locura y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad: Y que si assi tuvièra disculpa para con Dios, como para con los hombres de lo que pensava hazer, que no temièra pena por su culpa. En efeto la hermosura, y la bondad de Camila juntamente con la ocasion, que el ignorante marido le avia puestò en las manos, dièron con la lealtad de Lotario en tierra: Y sin mirar à otra cosa que aquella, à que su gusto le inclinava, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir à sus deseos, començò à requebrar à Camila con tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa, que levantarse de donde estava, y entrarfe en su aposento sin respondelle Palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas à Camila; la qual aviendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerfe. Y pareciendole no fer cosa segura, ni bien hecha darle ocasion ni lugar à que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella noche mesma, como lo hizo, à un criado

ado fuyo con un billete à Anselmo, donde le escrivì estas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del curioso impertinente.

Carta de Camila à Anselmo.

ASSI como fuele dezirse, que parece mal el exercito sin su general, y el Castillo sin Castellano, digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me avrè de ir à entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra; porque la que me dexastes (si es que quedò con tal titulo) creo que mira mas por su gusto, que por lo que à vos os toca: Y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

ESTA Carta recibì Anselmo, y entendì por ella, que Lotario avìa ya comenzado la empresa, y que Camila devìa de avèr respondido como èl deseava: Y alegre sobre manera de tales nuevas, respondiò à Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa en modo ninguno, porque èl bolverìa con mucha brevedad. Admirada quedò Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero; porque ni se atrevia à estàr en su casa, ni menos irse à la de sus padres; porque en la quedada corria peligro su honestidad; y en la ida iya contra el mandami-
ento



ento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fuè en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que dezir à sus criados, y yà le pesava de aver escrito lo que escribió à su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario avia visto en ella alguna desemboltura, que le huviesse movido à no guardalle el decòro que devia. Pero fiada en su bondad, se fiò en Dios, y en su buen pensamiento, con que pensava resistir callando à todo aquello que Lotario dezirle quisièsse, sin dar mas cuenta à su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo. Y aun andava buscando manera como disculpar à Lotario con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion que le avia movido à escribirle aquel papel.

CON estos pensamientos mas honrados que acertados, ni provechosos, estuvo otro dia escuchando à Lotario, el qual cargò la mano de manera, que començò à titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hazer en acudir à los ojos, para que no dièssen muestra de alguna amorosa compassion, que las lagrimas, y las razones de Lotario en su pecho avian despertado. Todo esto notava Lotario, y todo le encendia. Finalmènte à èl le pareciò, que era menester en el espacio, y lugar que dava la ausencia de Anselmo, apretar el cerco à aquella fortaleza: Y assi acometiò à su Presuncion con las alabanzas de su hermosura; porque no ay cosa que mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efeto èl con toda diligèncià minò la roca de su entereza
con

con tales pertrechos, que aunque Camila fuèra toda de bronze, vinièra al suelo. Llorò, rogò, adulò, porfiò, y fingiò Lotario con tantos sentimiètos, y con muestras de tantas veras, que diò al traves con el recato de Camila, y vino à triunfar de lo que menos se pensava, y mas deseava. Rindiòse Camila, Camila se rindiò, pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner à braços con tan poderoso enemigo, porque ès menester fuerças divinas, para vencer las fuyas humanas. Solo supò Leonela la flaqueza de su sehora, porque no se la pudièron encubrir los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiso Lotario dezir à Camila la pretension de Anselmo, ni que èl le avia dado lugar para llegar à aquel punto, porque no tuvièsse en menos su amor, y pensàsse que assi à caso, y sin pensàr, y no de proposito la avia solicitado.

BOLVIÒ de alli à pocos dias Anselmo à su casa, y no echò de ver lo que faltava en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimava. Fuèsse luego à ver à Lotario, y hallòle en su casa: Abraçàronse los dos, y el uno preguntò por las nuevas de su vida, ò de su muerte. Las nuevas que te podrè dar, ò amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras, que le hè dicho, se las ha llevado el ayre; Los ofrecimientos se han tenido en poco; Las dàdivas no se han admitido; De algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assi como Camila es Cifra



de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes, que pueden hazer loable y bien afortunada à una honrada muger. Buelve à tomàr tus dineros, amigo, que aqui los tengo sin avèr tenido necesidad de tocàr à ellos; que la entereza de Camila no se rinde à cosas tan baxas, como son dàdivas ni promessas. Conténtate, Anselmo, y no quièras hazèr mas pruèvas de las hechas: Y pues à piè enjuto has passado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse; no quièras entràr de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quièras hazèr experiencia con otro pilòto de la bondad y fortaleza del navìo, que el cielo te diò en fuerte, para que en èl passàsses la mar deste mundo: Sino haz cuenta, que estàs yà en seguro puerto, y aferrate con las anclas de la buena consideracion, y dèxate estàr hasta que vengan à pedirte la deuda; que no ày hidalguia humana, que de pagàr la se escuse.

CONTENTISSIMO quedò Anselmo de las razones de Lotario, y assi se las creyò, como si fuèran dichas por algun Oràculo: Pero con todo esso le rogò, que no dexàsse la empresa, aunque no fuèsse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprovechàsse de alli adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces. Y que solo querìa, que le escrivièsse algunos versos en su alabança debaxo del nombre de Clori, porque èl le darìa à entendèr à Camila, que andava enamorado de una dama, à quien le avìa puesto aquel nombre, y poder celebràr la con el decoro que à su honestidad se le devìa. Y que
quando

quando Lotario no quisièra tomar trabajo de escribir los versos, que èl los harìa. No serà menester esto, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu à Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los harè, fino tan buenos como el Sujeto merece, seràn por lo menos los mejores que yo pudière. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traydor amigo. Y buelto Anselmo à su casa, preguntò à Camila lo que ella yà se maravillava, que no se lo huvièsse preguntado; que fuè: Que le dixèsse la ocasion porque le avìa escrito el papel que le embiò? Camila le respondiò, que le avìa parecido que Lotario la mirava un poco mas defembueltamente, que quando èl estàva en casa; pero que yà estàva defengañada, y creya, que avìa sido imaginacion suya, porque yà Lotario huya de vella, y de estar con ella à solas. Dixòle Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque èl sabìa, que Lotario andava enamorado de una donzella principal de la ciudad, à quien èl celebràva debaxo del nombre de Clori; y que aunque no lo estuvièra, no avìa que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y à no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que èl se lo avìa dicho à Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayèra en la desesperada red de los zelos: Mas por estar ya advertida, pasò aquel sobresalto sin pesadumbre.

O TRO dia estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo à Lotario dixèsse alguna cosa de las que avìa compuesto à su



amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podìa dezir lo que quisièsse. Aunque la conocièra, respondiò Lotario, no encubrièra yo nada; porque quando algun amante lòa à su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze à su buen credito. Pero sèa lo que fuère: Lo que sè dezir es, que ayèr hize un Soneto à la ingritud desta Clori, que dize assi.

S O N E T O.

En el silencio de la noche, quando
 Ocupa el dulce sueño à los mortales,
 La pobre cuenta de mis ricos males
 Estoy al cielo y à mi Clori dando.
 Y al tiempo quando el Sol se và mostrando
 Por las rosadas puertas orientales,
 Con suspiros y accentos desiguales
 Voy la antigua querella renovando.
 Y quando el Sol de su estrellado affiento
 Derechos rayos à la tierra embia,
 El llanto crece, y doblo los gemidos.
 Buelve la noche, y buelvo al triste cuento,
 Y siempre hallo en mi mortal Porfia
 Al cielo fordo, y à Clori fin oýdos.

Bien le pareciò el Soneto à Camila, pero mejor à Anselmo, pues le alabò y dixo, que era demasiadamente cruel la dama, que à tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poètas enamorados dizen es verdad? En quanto Poètas no la dizen,
 respondiò

respondió Lotario, mas en quanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No ay duda en esto, replicó Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenía, y mas teniendo por entendido, que sus deseos y escritos à ella se encaminàvan, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro Soneto, ó otros versos sabía, los dixesse. Si sè, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor dezir, menos malo: Y podreyflo bien juzgar, pues es este.

S O N E T O.

Yo sè que muero, y si no foy creydo,
 Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
 Verme à tus pies, ô bella ingrata, muerto,
 Antes que de adorarte arrepentido.
 Podrè yo verme en la region de olvido,
 De vida, y gloria, y de favor desierto,
 Y alli verse podrà en mi pecho abierto,
 Como tu rostro hermoso està esculpido.
 Que esta reliquia guardo para el duro
 Trance, que me amenaza mi porfia,
 Que en tu mismo rigor se fortalece.
 Ay de aquel que navega el cielo escuro,
 Por mar no ufado, y peligrosa via,
 A donde norte, ô puerto no se ofrece.

Tambien



Tambien alabò este segundo Soneto Anselmo, como avia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo esclavòn à esclavòn à la cadena con que se enlaçava, y trazava su deshonra; pues quando mas Lotario le deshonrava, entonces le dezia, que estava mas honrado. Y con esto todos los escalones que Camila baxava hàzia el centro de su menoscupio, los subia en la opinion de su marido hàzia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucediò en esto, que hallandose una vez entre otras sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco hè sabido estimarme, pues si quiera no hize, que con el tiempo comprara Lotario la entera possession, que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerça que èl me hizo, para no poder resistirle. No te dè pena esso, señora mia, respondiò Leonela, que no està la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse, lo que se dà, presto, si en efeto lo que se da es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun fuele dezirse, que el que luego dà, dà dos vezes. Tambien se fuele dezir, dixo Camila, que lo que poco cuesta, se estima en menos. No corre por ti essa razon, respondiò Leonela, porque el amor (segun he oydo dezir) unas vezes vuela, y otras anda: Con este corre, y con aquel và de espacio: A uno entibia, y à otros abraza: A unos hierre, y à otros mata: En un mesmo punto comienza la carrera de sus desèos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: Por la mañana fuele poner el cerco a una fortaleza, y à la noche la tiene rendida, porque no ày fuerça que le resista,

fista. Y siendo assi, de que te espantas, ò de que temes, si lo mismo deve de aver acontecido à Lotario, aviendo tomado el amor, por instrumento de rendiros, la ausencia de mi señor? Y era forçoso que en ella se concluyèsse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuvièsse de bolver, y con su presencia quedàsse imperfeta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desèa, que es la ocasion: De la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sè yo muy bien, mas de experiencia que de oýdas, y algun dia te lo dirè, señora, que yo tambien soy de carne y de fangre moça. Quanto mas, señora Camila, que no te entregàste, ni diste tan luego, que primero no huvièsses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas y dàdivas de Lotario toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es assi, no te assalten la imaginacion estos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino asségurate, que Lotario te estima, como tu le estimas à el, y vive con contento y satisfacion de que, ya que cayste en el lazo amoroso, es, el que te aprieta de valor y de estima: Y que no solo tiene las quatro SS que dizen, que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. b. c. entero: Sino escuchame, y veràs como te lo digo de coro.

EL es, segun yo veo, y à mi me parece, agradecido, bueno, cavallero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, illustre, leal, moço, noble, onesto, principal, quantioso, rico: Y las SS que dizen: Y luego, tacito,
Verda-



verdadero. La X no le quadra, porque es letra áspera. La Y yà esta dicha. La Z zelador de tu honra.

Riòse Camila del A. b. c. de su donzella, y tùvola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia: Y assi lo confesò ella, descubriendo à Camila, como tratava amores con un mancebo bien nacido de la mesma ciudad: De lo qual se turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podìa correr riesgo. Apuròla, si pasàvan sus platicas à mas que serlo? Ella con poca verguença y mucha desemboltura le respondiò, que si pasàvan: Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las señoras quitan la verguença à las criadas, las quales quando ven à las amas echar traspies, no se les dà nada à ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila, fino rogar à Leonela, no dixèsse nada de su hecho al que dezia ser su amante, y que tratàsse sus cosas con secreto porque no vinièssen à noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondiò, que assi lo harìa, mas cumpliòlo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella avìa de perder su credito; porque la deshonesto y atrevida Leonela, despues que viò, que el proceder de su ama no era el que solia, atreviòse à dar entrada y poner dentro de casa à su amante, confiada, que aunque su señora le vièsse, no avìa de osar descubrille. Que este daño acarèan entre otros los pecados de las señoras, que se hazen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan à encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como aconteciò con Camila, que aunque viò y muchas vezes, que su Leonela estàva con su galan en un aposento de su casa, no solo no
la

la ofava reñir, mas davale lugar à que lo encerràsse, y quitàvale todos los estorvos, para que no fuèsse visto de su marido: Pero no los pudo quitar, que Lotario no le vièsse una vez salir àl romper del Alva: El qual fin conocer quien era, pensò primero que devia de fer alguna fantasma: Mas quando le viò caminar, emboçarfe, y encubrirfe con cuydado y recato, cayò de su simple pensamiento, y diò en otro, que fuèra la perdicion de todos, si Camila no lo remediàra. Pensò Lotario, que aquel hombre que avia visto salir tan à deshora de casa de Anselmo, no avia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordò si Leonela era en el mundo. Solo creyò, que Camila, de la misma manera que avia sido facil y ligera con èl, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra con el mesmo à quien se entregò rogada, y persuadida; y creè que con mayor facilidad se entrega à otros, y da infalible credito à qualquier sospecha que desto le venga. Y no parece fino que le faltò à Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fuèron de la memoria todos sus advertidos discursos: Pues sin hazer Alguno que bueno fuèsse, ni aun razonable; Sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantàsse, impaciente y ciego de la zelosa ràbia, que las entrañas le royà, muriendo por vengarse de Camila que en ninguna cosa le avia ofendido, se fuè à Anselmo, y le dixo: Sàbete, Anselmo, que hà muchos dias que hè andado peleando conmigo mesmo, haziendome fuerça à no dezirte lo que ya no es possible, ni Justo, que mas te encubra. Sàbete, que la fortaleza de Camila està ya rendida,

T o M. II.

P

Y



y fujeta à todo aquello que yo quisiere hazer della, y si hè tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo fuyo, ò si lo hazia por provarme, y ver si eran con proposito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado. Crey anfirmismo, que ella (si fuèra la que devia, y la que entrambos pensavamos) ya te huvièra dado cuenta de mi sollicitud; pero aviendo visto, que se tarda, conozco que son verdaderas las promessas que me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara donde està el repuesto de tus alhajas, (y era la verdad que alli le solia hablar Camila) y no quiero que precipitosamente corras à hazer alguna vengança, pues no està aun cometido el pecado sino con pensamiento; y podria ser, que desde este, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudàsse el de Camila, y nacièsse en su lugar el arrepentimiento: Y assi yà que en todo, ò en parte has seguido siempre mis consejos, figue y guarda uno que aora te darè, para que sin engaño, y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vières que te convenga. Finge que te ausentas por dos ò tres dias, como otras vezes fueles; y haz de manera, que te quedes escondido en tu recàmara, pues los tapices que alli ay, y otras cosas con que te puedes cubrir te ofrecen mucha comodidad; y entonces veràs por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: Y si fuère la maldad que se puede temer, antes que esperar, con silencio, sagacidad, y discrecion podràs ser el verdugo de tu agravio.

A B S O R T O



ABSORTO, suspenso, y admirado quedò Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oyr, porque ya tenia à Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y comenzava à gozar la Gloria del vencimiento. Callando estùvo por un buen espacio mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: Tu lo has hecho, Lotario, como yo lo esperaba de tu amistad: En todo he de seguir tu consejo: Haz lo que quisières, y guarda aquel secreto, que vees que conviene en caso tan no pensado. Prometiòsele Lotario, y en apartàndose dèl, se arrepintiò totalmente de quanto le avia dicho, viendo quan neciamente avia andado, pues pudièra èl vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonorado. Maldezia fu entendimiento; aseava su ligera determinacion; y no sabia que medio tomarse para deshazer lo hecho, ò para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo à Camila, y como no faltava lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola, y ella assi Como viò que le podia hablar, le dixo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el coraçon, que me le aprieta de fuerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser maravilla fino lo haze: Pues ha llegado la desverguença de Leonela à tanto, que cada noche encierra à un galan suyo en esta casa, y se està con èl hasta el dia tan à costa de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir à horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir; que el ser ella secretària de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar



los fuyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal successo.

AL Principio que Camila esto dezia, creyò Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que avia visto salir era de Leonela, y no fuyo; pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino à creer la verdad, y en creyèndola acabò de estar confùso, y arrepentido del todo: Pero con todo esto respondiò à Camila, que no tuvièsse pena, que èl ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole assimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos avia dicho à Anselmo, y como estàva concertado de esconderse en la recàmara, para ver desde alli à la clara la poca lealtad, que ella le guardava. Pidiòle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, en que su mal discurso le avia puesto.

ESPANTADA quedò Camila de oir lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas y discretas razones le riñò, y afeò su mal pensamiento; y la simple y mala determinacion que avia tomado: Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varòn, puesto que le vâ faltando quando de proposito se pone à hazer discursos, luego al instante hallò Camila el modo de remediar tan, al parecer, irremediable negocio; y dixo à Lotario, que procuràsse que otro dia se escondièsse Anselmo donde dezia, porque ella pensàva facar de su escondimiento comodidad, para que desde alli en adelante los dos se gozàssen sin sobrefalto alguno: Y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtiò, que tuvièsse
cuydado,

cuydado, que en estando Anselmo escondido, èl vinièsse quando Leonela le llamàsse, y que à quanto ella le dixèsse, le respondièsse; como respondièra, aunque no supiera que Anselmo le escuchava. Porfiò Lotario que le acabàsse de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardàsse todo lo que vièsse ser necessario. Digo, dixo Camila, que no ay mas que guardar, fino fuere responderme como yo os preguntare: No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensava hazer, temerosa, que no quisièsse seguir el parecer que à ella tan bueno le parecia; y siguièsse ò buscàsse otros que no podrian ser tan buenos.

CON esto se fuè Lotario; y Anselmo otro dia con la excusa de ir à aquella aldea de su amigo, se partiò, y bolviò à esconderse, (que lo pudo hazer con comodidad, porque de industria se la dièron Camila y Leonela.) Escondido, pues, Anselmo con aquel sobrefalto que se puede imaginar, que tendria el que esperava ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, y se iba à pique de perder el fumo bien, que èl pensava que tenia en su querida Camila.

SEGURAS ya, y ciertas Camila y Leonela, que Anselmo estava escondido, entraron en la recàmara, y à penas huvò puesto los pies en ella Camila, quando dando un gran suspiro, dixo: Ay Leonela amiga! No sería mejor, que antes que llegàsse à poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorvarlo, que tomàsses la daga de Anselmo, que te he pedido, y pásàsses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero

quiero saber, que es lo que viéron en mi los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuèsse causa de darle atrevimiento à descubrirme un tan mal desseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela à essa ventana, y llàmale, que sin duda alguna èl deve de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion. Pero primero se pondrà la cruel quanto honrada mia. Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela; y que es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, ò quitarsela à Lotario? Qualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en perdida de tu credito y fama. Mejor es que dissimules tu agravio, y no des lugar à que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas. Mira, señora, que somòs flacas mugeres, y èl es hombre, y determinado, y como viene con aquel mal proposito ciego, y apassionado, quiçà antes que tu pongas en execucion el tuyo, harà èl lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar à este desuellacaras en su casa. Y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hazer, que hemos de hazer dèl despues de muerto? Que? Amiga, respondió Camila; dexarèmosle para que Anselmo le entierre, pues ferà justo, que tenga por descanso el trabajo que tomàre en poner debaxo de la tierra su mismo infàmia. Llàmale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la devida vengança de mi agravio, parece que ofendo à la lealtad, que à mi esposo devo.

Todo

Todo esto escuchava Anselmo, y à cada palabra que Camila dezia, se le mudavan los pensamientos. Mas quando entendió, que estava resuelta en matar à Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no hiziesse; pero detúvole el desseo de ver en que parava tanta gallardia, y honesta resolution, con proposito de salir à tiempo, que la estorvasse. Tomòle en esto à Camila un fuerte desmayo, y arrojándose en cima de una cama, que alli estava; començò Leonela à llorar muy amargamente, y à dezir: Ay desdichada de mi! Si fuèssè tan sin ventura, que se me murièssè aqui entre mis braços la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad con otras cosas à estas semejantes, que ninguno la escuchàra, que no la tuviera por la mas lastimada, y leal donzella del mundo; y à su señora por otra nueva y perseguida Penelope. Poco tardò en bolver de su desmayo Camila, y al bolver en si, dixo: Porque no vas, Leonela, à llamar al mas desleal amigo de amigos, que viò el sol, ò cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardança el fuego de la còlera que tengo, y se passè en amenazas, y maldiciones la justa vengança que espero. Yà voy à llamarle, señora mia, dixo Leonela; mas hasme de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que salto, que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Vè segura, Leonela amiga, que no harè, respondiò Camila; porque ya que sea atrevida y simple, à tu parecer, en bolver por mi honra, no lo he de ser tanto, como aquella Lucrecia, de quien dizen, que se matò sin aver cometido error alguno, y sin aver muerto primero



primero à quien tuvo la culpa de su desgracia. Yo morirè, si muero, pero ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha dado òcasion de venir à este lugar à llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia.

MUCHO se hizo de rogar Leonela antes que salièsse à llamar à Lotario, pero en fin saliò, y entre tanto que bolvia, quedò Camila diziendo, como que hablava consigo misma: Vålame Dios! No fuèra mas acertado aver despedido à Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como yà le hè puesto, que me tenga por deshonesto y mala, si quièra este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuèra sin duda, pero no quedàra yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan à manos lavadas, y tan à passò llano se bolvièra à salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traydor con la vida lo que intentò con tan lascivo desèo. Sepa el mundo (si acaso llegàre à saberlo) que Camila no solo guardò la lealtad à su esposo, sino que le diò vengança del que se atreviò a ofendelle. Mas con todo creo, que fuèra mejor dar cuenta desto à Anselmo; pero yà se la apuntè, à dar, en la carta que le escrivi al aldea, y creo, que el no acudir èl al remedio del daño, que alli le señalè, deviò de ser, que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudièsse caber genero de pensamiento, que contra su honra fuèsse, ni aun yo lo creyè despues por muchos dias, ni lo creyèra jamas, si su insolencia no llegarà à tanto, que las manifiestas dàdivas, y las largas promessas, y las continuas lagrimas no me lo manifestàran. Mas para que hago yo aora
estos

estos discursos? Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. A fuera, pues, traydor, aqui venganças: Entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entrè en poder del que el cielo me diò por mio; limpia hè de salir dèl, y quando mucho faldrà bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo, que viò la amistad en el mundo: Y diziendo esto se paseàva por la sala con la daga desembaynada, dando tan desconcertados, y desaforados passos, y haziendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltava el juyzio, y que no era muger delicada, sino un rufiàn desesperado. Todo lo miràva Anselmo cubierto detras de unos tapizes, donde se avia escondido, y de todo se admiràva, y ya le parecia, que lo que avia visto, y oydo, era bastante satisfacion para mayores sospechas; y ya quisièra, que la prueba de venir Lotario faltàra, temeroso de algun mal repentino suceso.

Y estando ya para manifestàrse, y salir para abraçar y desengañar à su esposa, se detuvo, porque viò que Leonela bolvia con Lotario de la mano, y assi como Camila le viò, haziendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: Si à dicha te atrevières à passar desta raya que vees, ni aun llegar à ella, en el punto que vière que lo intentas, en esse mismo me passarè el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que à esto me respondas Palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderàs lo que mas te agradàre. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas, si conoces à Anselmo mi marido, y en que opi-

T O M. II.

Q

nion



nion le tienes? Y lo segundo, quiero saber tambien, si me conoces à mi? Respondeme à esto y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto, que Camila le dixo, que hizièsse esconder à Anselmo, no huvièsse dado en la cuenta de lo que ella pensava hazer; y assi correspondiò con su intencion tan discretamente, y tan à tiempo, que hizièran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad; y assi respondiò à Camila desta manera: No pensè yo, hermosa Camila, que me llamavas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: Si lo hazes por dilatar-me la prometida merced, desde mas lexos pudièras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperança està mas cerca de poseello: Pero por que no digas, que no respondo à tus preguntas, digo, que conozco à tu esposo Anselmo, y nos conocèmos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero dexar de dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad, por no hazerme testigo del agravio, que el amor haze que le haga (poderosa disculpa de mayores yerros.) A ti te conozco, y tengo en la misma opinion, que èl te tiene; que à no ser assi, por menos prendas que las tuyas, no avia yo de ir contra lo que devo à ser quien foy, y contra las fantasma leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas y violadas. Si esto confièssas, respondiò Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, con que rostro osas parecer ante quien sabes, que es el espejo donde se mira aquel en
quien

quien tu te devièras mirar, para que vièras con quan poca ocasion le agravias? Pero yà caygo, ày desdichada de mi! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que à ti mismo debes; que deve de avèr sido alguna desemboltura mia; que no quiero llamàrle deshonestidad, pues no avrà procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatàrse, suelen hazèr inadvertidamente. Sino dime, quando, ô traydor, respondi à tus ruegos con alguna palabra, ô seña, que pudièsse despertàr en ti alguna sombra de esperança de cumplir tus infames deseos? Quando tus amorosas palabras no fuèron deshechadas, y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? Quando tus muchas promessas, y mayores dàdivas fuèron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme, que alguno no puede perseveràr en el intento amoroso luengo tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuirme à mi la culpa de tu impertinencia; pues sin duda algun descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigàrme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vièsses, que siendo conmigo tan inhumana, no era possible dexar de serlo contigo, quise traerte à ser testigo del sacrificio que pienso hazèr à la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuydado que te ha sido possible, y de mi tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, (si alguna te di) para favorecer, y canonizàr tus malas intenciones. Torno à dezir, que la sospecha que tengo, que algun descuydo mio engendrò en ti tan desvariados pensamientos, es la que

Q 2

mas

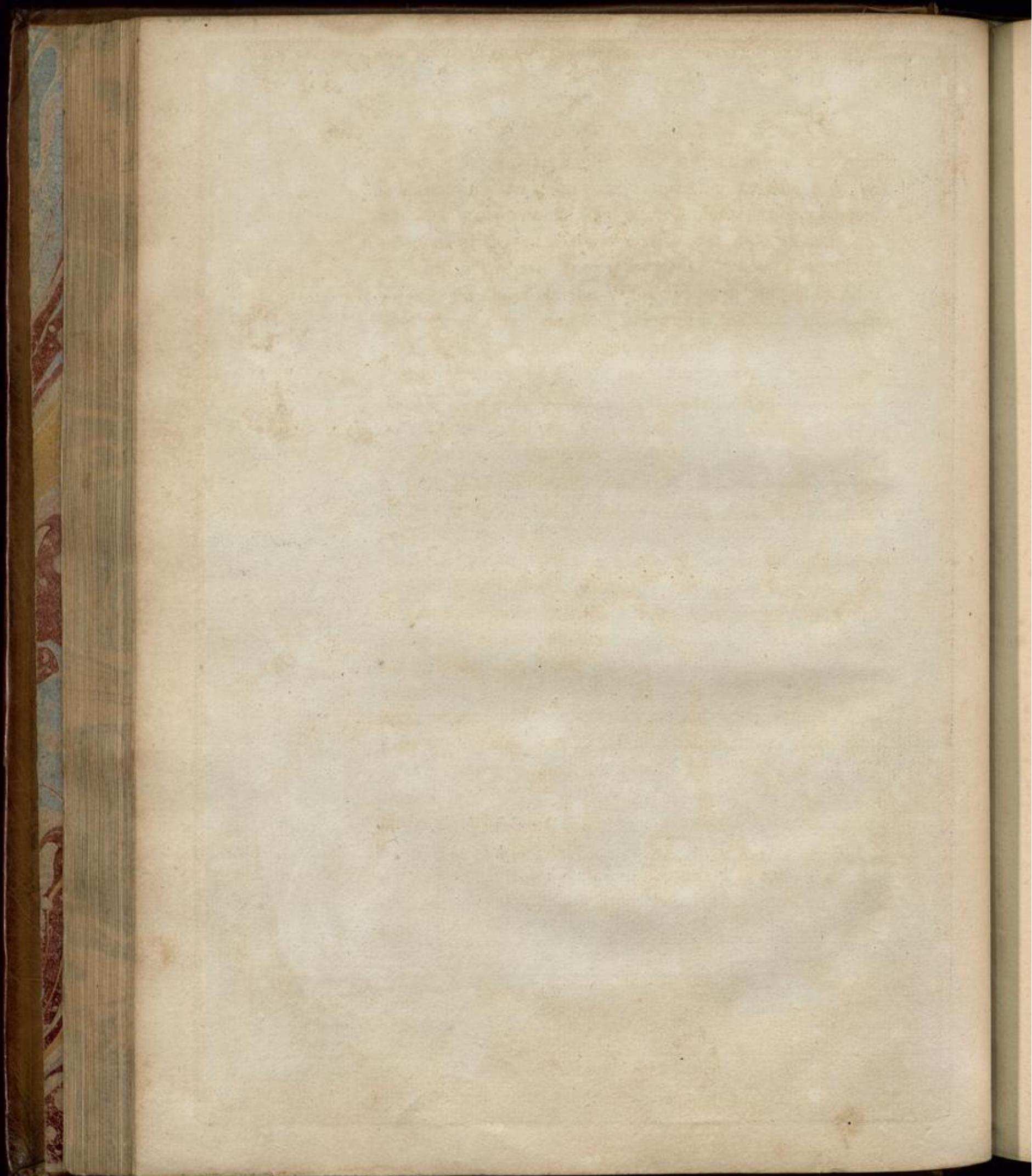


mas me fatiga, y la que yo mas deseò castigar con mis propias manos ; porque castigàndome otro verdugo, quizá sería mas publica mi culpa : Pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseò de la vengança que espero, y tengo, viendo allà, donde quiera que fuere, la pena que dà la Justicia desinteresada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones, con una increíble fuerça, y ligerèza, arremetiò contra Lotario con la daga desembaynada con tales muestras de querer enclavarfela en el pecho, que casi èl estùvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ò verdaderas ; porque le fuè forçoso valèrse de su industria y de su fuerça, para estorvar que Camila no le dièsse, la qual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre ; porque viendo que no podia herir à Lotario, ò fingiendo que no podia, dixo : Pues la fuerte no quiere satisfazer del todo mi tan justo deseò, alomènos no será tan poderosa, que en parte me quite, que no le satisfaga ; y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenia afida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudièsse herir no profundamente, se la entrò, y escondiò por mas arriba de la isilla del lado izquierdo junto al ombro, y luego se dexò caer en el suelo como desmayada. Estàvan Leonela y Lotario suspensos y atònitos de tal suceffo ; y toda via dudàvan de la verdad de aquel hecho, viendo à Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre. Acudiò Lotario con mucha presteza, desparovido, y sin aliento à sacar la daga, y en ver la pequeña herida,



*In: Vanderbank invt et Delin:
Vol. II. p. 116.*

Ger. Vanderhucht sculp.



herida, faliò del temor que hafta entonces tenia, y de nuevo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: Y por acudir con lo que à èl le tocava, començò à hazer una larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuvièra difunta, echàndose muchas maldiciones, no solo à èl, sino al que avia sido causa de avelle puesto en aquel termino: Y como sabia que le escuchava su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyèra, le tuvièra mucha mas lastima, que à Camila, aunque por muerta la juzgàra. Leonela la tomò en braços, y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuèsse à buscar quien secretamente à Camila curàsse. Pediale assimismo consejo y parecer de lo que dirian à Anselmo de aquella herida de su señora, si à caso vinièsse antes que estuvièsse sana. El respondiò, que dixèssen lo que quisièssen, que èl no estava para dar consejo, que de provecho fuèsse: Solo le dixo, que procuràsse tomarle la sangre, porque èl se iba à donde gentes no le vièssen. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento se faliò de casa, y quando se viò solo, y en parte donde nadie le veyà, no cesàva de hazerse cruces, maravillàndose de la industria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Considerava quando enterado avia de quedar Anselmo de que tenia por muger à una segunda Porcia, y deseava verse con èl, para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada, que jamas pudièra imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre à su señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diciendo tales razones

zones en tanto que la curava, que aunque no huvièran precedido otras, bastàran à hazer creer à Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntàronse à las palabras de Leonela otras de Camila, llamàndose cobarde y de poco animo, pues le avia faltado al tiempo que fuèra mas necessario tenerle para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo à su donzella, si diria ò no, todo aquel suceffo à su querido esposo; la qual le dixo, que no se lo dixèsse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo fuyo, y que la buena muger estàva obligada à no dar ocasion à su marido à que riñèsse, sino à quitalle todas aquellas que le fuèsse posible. Respondiò Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria: Pero que en todo caso convenia buscar que dezir à Anselmo de la causa de aquella herida que el no podria dexar de ver. A lo que Leonela respondiò, que ella, ni aun burlando, sabia mentir. Pues yo, hermana, replicò Camila, que tengo de saber? Que no me atreverè à forjar, ni sustentar una mentira, si me fuèsse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar falida à esto, mejor serà dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta! No tengas pena, sehora; de aqui à mañana, respondiò Leonela, yo pensarè que le digamos; y quiçà, que por ser la herida donde es, la podràs encubrir sin que el la vea, y el cielo serà servido de favorecer à nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sossiegate, sehora mia; procura sossègar tu alteracion, porque mi sehor no te halle sobrefaltada; y lo demàs dexalo à mi cargo, y al de Dios, que siempre acude à los buenos deseos.

ATEN-



ATENTISSIMO avia estado Anselmo à escuchàr, y à vèr representèr la tragedia de la muerte de su honra; la qual con tan estraños, y eficaces effetos la representàron los personages della, que pareció que se avian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Desseava mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir à verse con su buen amigo Lotario, y congratulàrse con èl de la Margarita preciosa que avia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad à que salièsse; y èl, sin perdella, saliò, y luego fuè à buscàr à Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços que le diò, las cosas que de su contento le dixo, las alabanças que diò à Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria, porque se le representàva à la memoria, quan engañado estàva su amigo, y quan injustamente èl le agraviava. Y aunque Anselmo veya, que Lotario no se alegrava, creya ser la causa por avèr dexado à Camila herida, y aver èl fido la causa: Y assi entre otras razones le dixo, que no tuvièsse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedavan de concierto de encubrìrsela à èl; y que segun esto no avia de que temer, fino que de alli adelante se gozàsse y alegràsse con èl, pues por su industria y medio èl se veya levantado à la mas alta felicidad, que acertàra desèarse, y queria que no fuèssen otros sus entretenimientos, que en hazèr versos en alabança de Camila, que la hizièssen eterna en la memoria de los figlos venideros. Lotario alabò su buena determinacion, y dixo, que èl por su parte ayudaria à levantàr tan illustre edificio.

Con

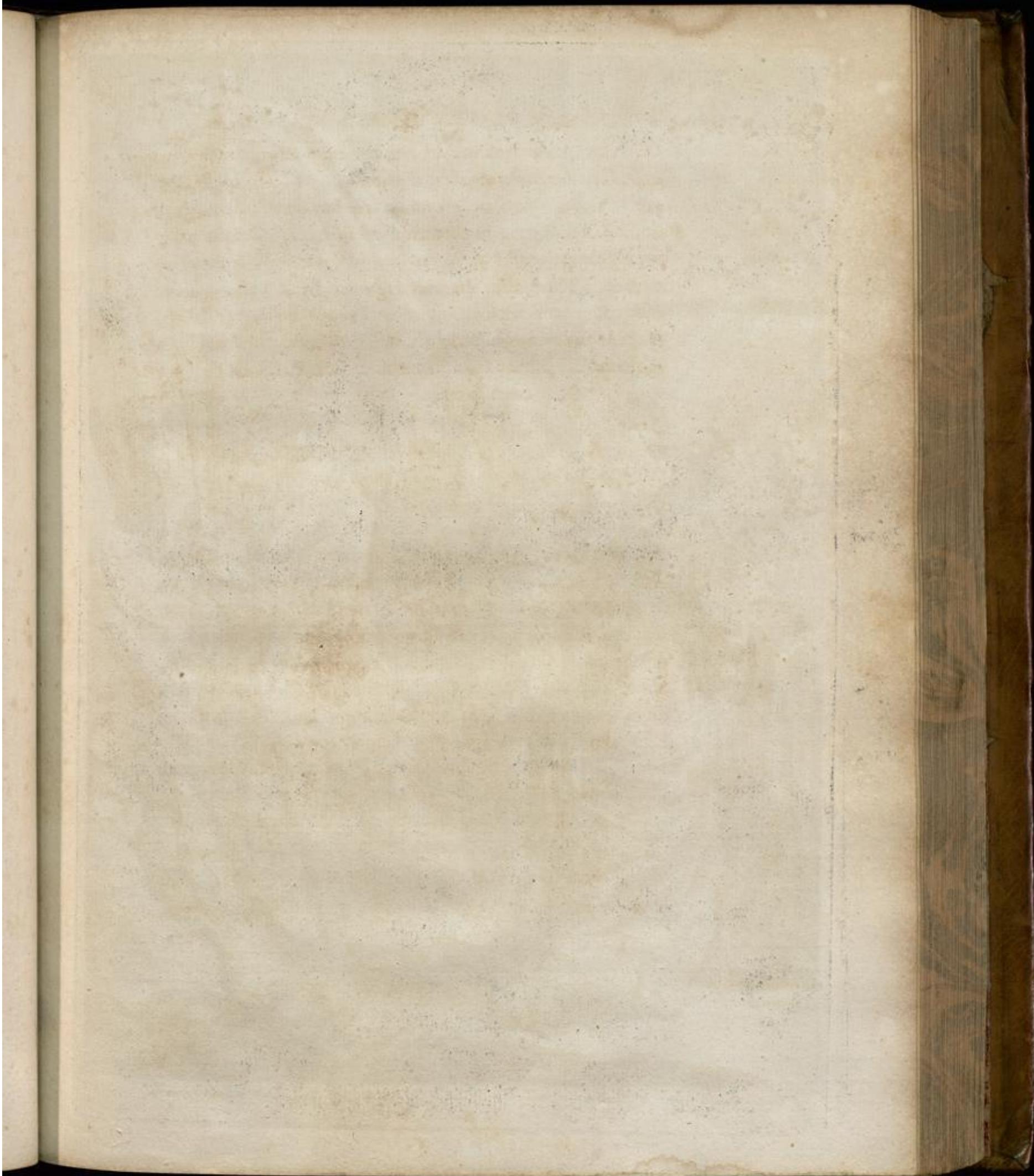


Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado, que pudo avèr en el mundo. El mismo llevava por la mano à su casa, (creyendo que llevava el instrumento de su Gloria,) toda la perdicion de su fama. Recibiale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses bolviò fortuna su rueda, y saliò à plaça la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y à Anselmo le costò la vida su impertinente curiosidad.

C A P I T U L O XXXV.

Donde se dà fin à la novela del Curioso impertinente, y se cuenta la brava, y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto.

POCO mas quedava por leèr de la Novela, quando del camaranchon, donde reposava Don Quixote, saliò Sancho Pança todo alborotado, diziendo à voces: Acudid, señores, presto, y focorred à mi señor, que anda embuelto en la mas reñida y travada batalla, que mis Ojos han visto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la Señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercèn à cercèn, como si fuèra un nabo. Que dizes, hermano? dixo el Cura (dexando de leèr lo que de la novela quedava) Estays en vos, Sancho? Como Diablos puede ser esto que dezis, estando el Gigante dos mil Leguas de aqui? En esto oyeron un gran ruydo en el aposento, y que Don Quixote dezia à voces: Tente, ladron, malandrin, follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra.





In: *Vanderbank inv. et Delin.*
Vol. II. p. 121.

Ger. Vandergucht sculp.

21

cimitarra. Y parecia que dava grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: No tienen que pararse à escuchar, sino entren à despartir la pelèa, ò à ayudar à mi amo; aunque ya no serà menester, porque sin dũda alguna el Gigante està ya muerto, y dando cuenta à Dios de su passada, y mala vida; que yo vi correr la sangre por el fuelo, y la cabeça cortada, y cayda à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo à esta fazon el ventero, si Don Quixote, ò Don Diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que à su cabeça estavan llenos, y el vino derramado deve de ser lo que le parece sangre à este buen hombre; y con esto entrò en el aposento, y todos tras èl, y hallaron à Don Quixote en el mas estraño trage del mundo. Estava en camisa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos menos. Las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça un bonetillo colorado grafiento, que era del ventero. En el braço hizquierdo tenia rebuelta la manta de la cama (con quien tenia ojeriça Sancho, y èl se sabia bien el porque) y en la derecha desembaynada la espada, con la qual dava cuchilladas à todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuvièra peleando con algun Gigante: Y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estava durmiendo, y soñando que estava en batalla con el Gigante: Que fuè tan intensa la imaginacion de la aventura que iba à fenecer, que le hizo soñar, que ya avia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estava en la pelèa con su enemigo; y avia

TOM. II.

R

dado



dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las dava en el Gigante, que todo el aposento estava lleno de vino: Lo qual visto por el ventero, tomò tanto enòjo, que arremetiò con Don Quixote, y à puño cerrado le començò à dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no se le quitàran, èl acabàra la guerra del Gigante; y con todo aquello no despertàva el pobre Cavallero, hasta que el barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se lo echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertò Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echàsse de ver de la manera que estava. Dorotea, que viò quan corta y futilmente estava vestido, no quiso entrar à ver la batalla de su Ayudador y de su contrario. Andàva Sancho buscando la cabeça del Gigante por todo el suelo, y como no la hallava, dixo: Ya yo-sè, que todo lo desta casa es encantamiento; que la otra vez en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dièron muchos moxicones, y porraços, sin saber quien me los dava, y nunca pude ver à nadie: Y aora no parece por aqui esta cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios, y de sus santos? dixo el ventero. No ves, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estàn horadados, y el vino tinto, que nada en este aposento? que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadò. No sè nada, respondiò Sancho, solo sè, que vendrè à ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça, se me ha de deshazer mi condado, como la fal en el agua. Y estava peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: Tal le tenian las promessas
que

que su amo le avia hecho. El ventero se desesperava de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y jurava que no avia de ser como la vez passada, que se le fuèron sin pagar; y que aora no le avian de valer los privilegios de su cavalleria, para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudièssen costar las botanas, que se avian de echar à los rotos cueros. Tenia el Cura, de las manos à Don Quixote, el qual, creyendo que ya avia acabado la aventura, y que se hallava delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura diziendo: Bien puede la vuestra Grandeza, Alta y famosa señora, vivir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixè yo? dixo, oyendo esto, Sancho; si, que no estava yo borracho: Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigante? Ciertos son los toros: Mi condado està de molde. Quien no avia de reyr con los disparates de los dos amo, y moço? Todos reyan, fino el ventero, que se dava à Sàtanas. Pero en fin tanto hizieron el barbero, Cardenio, y el cura, que con no poco trabajo dièron con Don Quixote en la cama, el qual se quedò dormido con muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salièronse al portal de la venta à consolar à Sancho Pança de no aver hallado la cabeça del Gigante; aunque mas tuvièron que hazer en aplacar al ventero, que estava desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera dezia en voz y en grito: En mal



punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cavallero andante, que nunca mis ojos le huvièran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fuè con el coste de una noche de cena, cama, paja, y cevada para el, y para su escudero, y un rozin, y un jumento, diziendo, que era Cavallero aventurero; que mala aventura le dè Dios à el, y à quantos aventureros ay en el mundo; y que por esto no estàva obligado à pagar nada; que assi estàva escrito en los arancelès de la cavalleria andantesca; y aora por su respeto vino estotro Señor, y me llevò mi cola, y hàmela buelto con mas de dos Quartillos de Daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo romperme mis cueros, y derramarme mi vino; que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense: que por los huesos de mi padre, y por el figlo de mi madre, que me lo han de pagar un quarto sobre otro, ò no me llamarìa yo como me llamo, ni serìa hija de quien soy. Estas y otras razones tales dezìa la ventera con grande enòjo, y ayudàvala su buena criada Mariornes. La hija callava, y de quando en quando se sonreya. El Cura lo foflegò todo, prometiendo de satisfazerles su pérdida lo mejor que pudièsse, assi de los cueros, como del vino; y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò à Sancho Pança, diziendole, que cada y quando, que parecièsse aver sido verdad, que su amo huvièsse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su reyno, de darle el mejor condado, que en el huvièsse. Consolòse con esto Sancho, y assegurò à la Princesa, que tuvièsse por cierto, que
el

èl avia visto la cabeça del Gigante, y que por mas señas tenia una barba, que le llegava à la cintura; y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasava, era por via de encantamiento, como èl lo avia provado otra vez que avia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creya, y que no tuvièsse pena, que todo se haria bien, y fucederia à pedir de boca. Sosssegados todos, el cura quiso acabar de leer la novèla, porque viò que faltava poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron, la acabasse. El que à todos quiso dar gusto, y por el que, èl tenia de leerla, profiguiò el cuento, que assi dezia.

SUCEDIÒ, pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta, y descuydada; y Camila de industria hazia mal rostro à Lotario, porque Anselmo entendièsse al revès la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidiò licencia Lotario para no venir à su casa, pues claramente se mostrava la pesadumbre, que con su vista Camila recebia: Mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hizièsse. Y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse qualificada para con sus amores, llegò à tanto, que sin mirar à otra cosa, se iba tras èl à rienda suelta, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudièsse ponerle en execucion.

EN fin una noche sintiò Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar à ver quien los dava, sintiò que le detenia la puerta: Cosa que le puso mas voluntad
de



de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrió, y entrò dentro à tiempo que viò que un hombre faltava por la ventana à la calle; y acudiendo con presteza à alcançarle, ò cono- cerle, no pudo conseguir lo uno, ni lo otro, porque Leo- nela se abraçò con èl, diziendole: Sossiegate, Señor mio, y no te alboròtes, ni figas al que de aqui faltò, porque es cosa mia, y tanto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enòjo, sacò la daga, y quiso herir à Leonela, diziendole, que le dixèsse la verdad, fino que la mataria. Ella con el miedo fin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, Señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, fino muerta eres. Por aora serà impossibile, dixo Leonela, segun estoy de turbada; dexame hasta Mañana, que entonces fabràs de mi lo que te ha de admirar, y està seguro, que èl que faltò por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosségòse con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensava oyr cosa, que contra Camila fuèsse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y assi se saliò del aposento, y dexò encerrada en èl à Leo- nela, diziendole, que de alli no saldrìa hasta que le dixèsse lo que tenia que dezirle. Fuè luego à ver à Camila, y à dezirle, como le dixo, todo aquello que con su donzella le avia passado, y la palabra que le avia dado de dezirle gran- des cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, ò no, no ay paraque dezirlo, porque fuè tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente, (y era de creer) que Leo- nela avia de dezir à Anselmo todo lo que sabia de su poca
fè,

fe, que no tivo animo para esperar, si fu sospecha falia falsa, ò no. Y aquella mesma noche, quando le pareció que Anselmo dormia, juntò las mejores Joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fuè à la de Lotario, à quien contò lo que pasava, y le pidió, que la pusièsse en cobro, ò que se ausentassen los dos donde de Anselmo pudièssen estàr seguros. La confusion en que Camila puso à Lotario fuè tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolvèrse en lo que haria. En fin acordò de llevar à Camila à un monasterio, en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario, y la dexò en el monasterio; y èl asimismo se ausentò luego de la ciudad sin dár parte à nadie de su ausencia.

QUANDO amaneciò, sin echàr de ver Anselmo que Camila faltava de su lado, con el desèo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se levantò, y fuè adonde la avia dexado encerrada. Abrió y entrò en el aposento, pero no hallò en èl à Leonela, solo hallò puestas unas sábanas añudadas à la ventana, indicio y seña, que por allí se avia descolgado, è ido. Bolvió luego muy triste à dezirselo à Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombrado. Preguntò à los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertò à caso, andando à buscar à Camila, que viò sus cofres abiertos, y que dellos faltavan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura. Y assi como estava, sin acabàrse de vestir, triste y pensativo, fuè à dar
cuenta

cuenta de su desdicha à su amigo Lotario: Mas quando no le hallò, y sus criados le dixèron, que aquella noche avia faltado de casa, y avia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabàr de concluir con todo, bolviéndose a su casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, fino la casa desièrta y sola. No sabia que pensàr, ni dezir, ni que hazèr, y poco à poco se le iba bolviendo el juyzio. Contemplàvase, y miràvase en un instante sin muger, sin amigo, y sin criados, desamparado, (à su parecer,) del cielo que le cubria; y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila viò su perdicion. Resolviòse en fin al cabo de una gran pieça, de irse à la aldèa de su amigo, donde avia estado quando diò lugar à que se maquinàsse toda aquella desventura. Cerrò las puertas de su casa; subiò à cavallo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hùvo andado la mitad, quando, acofiado de sus pensamientos, le fuè forçoso apeàrse, y arrendàr su cavallo à un arbol, à cuyo tronco se dexò caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anocheçia; y à aquella hora viò que venia un hombre à cavallo de la ciudad, y despues de avèrle saludado, le preguntò, que nuevas avia en Florencia? El ciudadano respondiò: Las mas estrañas, que muchos dias hà, se han oydo en ella, porque se dize publicamènte, que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia à san Juan, se llevò esta noche à Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la hallò el Governador descolgándose con una sàbana por las
ventanas

ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sè puntualmente como passò el negocio : Solo sè que toda la ciudad està admirada deste suceso ; porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dizen, que era tanta, que los llamavan *Los dos Amigos*. Sàbese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Governador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con èl quedeys, respondió el ciudadano, y fuèsse.

CON tan desdichadas nuevas casi casi llegò à terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Levantòse como pudo, y llegò à casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia : Mas como le viò llegar amarillo, consumido, y seco, entendiò, que de algun grave mal venia fatigado. Pidiò luego Anselmo, que le acostàssen, y que le dièssen adereço de escribir. Hizose assi, y dexàronle acostado y solo, porque èl assi lo quiso, y aun, que le cerràssen la puerta. Vièndose, pues, solo, començò à cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conociò, que se le iba acabando la vida ; y assi ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte ; y començando à escribir ; antes que acabàsse de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor que le causò su curiosidad impertinente. Viendo el Señor de casa, que era yà tarde, y que Anselmo no llamava, acordò de entrar à saber si passàva adelante su indisposicion, y hallòle tendido boca à baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el



qual estàva con el papel escrito y abierto, y el tenia aun la pluma en la mano. Llegòse el huesped à èl, avièndole llamado primero, y travàndole por la mano, viendo que no le respondia, y hallàndole frio, viò que estàva muerto. Admiròse, y congoxòse en gran manera, y llamò à la gente de casa para que vièssen la desgracia à Anselmo sucedida; y finalmente leyò el papel, que conociò, que de su mesma mano estàva escrito, el qual contenia estas razones.

Carta de Anselmo.

UN necio, è impertinente desèo me quitò la vida. Si las nuevas de mi muerte llegàren à los oydos de Camila, sepa, que yo la perdono; porque no estàva ella obligada de hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziesse; y pues yo fuè el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

HA S T A aqui escriviò Anselmo; por donde se echò de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia diò aviso su amigo à los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estàva, casi en el termino de acompañar à su esposo en aquel forçoso viage, no por las nuevas de su muerto esposo, mas por las que supo de su ausente amigo. Dizese, que aunque se viò viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hazer profession de monja, hasta que de alli a muchos dias le vinièron nuevas, que Lotario avia muerto en una batalla que en aquel tiempo diò Monsieur de Lautrec al gran Capitan Gonçalo

Fernandez

Fernandez de Cordova en el Reyno de Napoles, donde avia ido à parar el tarde arrepentido amigo. Lo qual sabido por Camila, hizo profession, y acabò en breves dias la vida à las rigurofas manos de tristezas y melancolias. Este fuè el fin que tuvièron todos, nacido de un tan defatinado principio.

BIEN, dixo el Cura, me parece esta Novela, pero no me puedo persuadir, que esto sèa verdad; y si es fingido, fingiò mal el autor; porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quièra hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusièra entre un galan y una dama, pudièrase llevar; pero entre marido y muger algo tiene del imposible: Y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata otros raros sucessos que en la venta sucedièron.

ESTANDO en esto, el ventero que estàva à la puerta, dixo: Esta, que viene, es una hermosa tropa de huespedes; si ellos paran aqui, *gaudeàmus* tenemos. Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondiò el ventero, vienen à cavallo à la gineta con lanças y adargas, y todos con antifaces negros: y junto con ellos viene una muger vestida de blanco, en un fillon, asimismo cubierto el rostro; y otros dos moços de à pie. Vienen muy cerca? preguntò el Cura. Tan cerca, respondiò el ventero, que yà llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubriò el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de Don Qui-



xote; y casi no avian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero avia dicho; y apeandose los quatro de à cavallo (que de muy gentil talle y disposicion eran) fuèron à apear à la muger que en el fillon venia, y tomandola uno dellos en sus braços, la sentò en una filla, que estàva à la entrada del aposento donde Cardenio se avia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se avian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: Solo que al sentarse la muger en la filla, diò un profundo Suspiro, y dexò caer los braços como persona enferma, y desmayada. Los moços de à Pie llevàron los cavallos à la cavalleriza. Viendo esto el Cura (desseoso de saber, que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estàva) se fuè donde estàvan los moços, y à uno dellos le preguntò lo que saber deseava; El qual le respondiò: Pardiez, Señor, yo no sabrè dezirlos, que gente sea esta: Solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegò à tomar en sus braços, à aquella señora que avèys visto: Y esto dìgolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que èl ordena y manda. Y la señora quien es? preguntò el Cura. Tampoco sabrè dezir esso, respondiò el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: Suspirar, si la he oydo muchas vezes, y dar unos gemidos, que parece, que con cada uno dellos quiere dar el alma: Y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que avemos dicho, porque mi compañero y yo no hà mas de dos dias, que los acompañamos, porque aviendolos encontrado en el camino, nos rogàron, y persuadièron, que vinièssemos con ellos

ellos hasta el Andulazia, ofreciéndose à pagárnoslo muy bien. Y avèys oydo nombrar à alguno dellos? preguntò el Cura. No por cierto, respondiò el moço; porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros y solloços de la pobre seño-
ra, que nos mueven à làstima; y sin duda tenèmos creydo que ella và forçada donde quiera que và; y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, ò và à serlo, que es lo mas cierto; y quiçà porque no le deve de nacer de voluntad el mongio, và triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura; y dexàndolos, se bolviò à donde estàva Dorotea, la qual como avia oydo suspirar à la emboçada, movida de natural compassion, se llegò à ella, y le dixo: Que mal sentis, seño-
ra mia? Mirad si es algo de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callava la lastimada seño-
ra; y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estàva en su silencio, hasta que llegò el Cavallero emboçado (que dixo el moço, que los demas obedecian) y dixo à Dorotea: No os cansèys, seño-
ra, en ofrecer nada à esta muger, porque tiene por costumbre, de no agradecer cosa que por ella se haze; ni procurèys que os responda, sino querèys oyr alguna mentira de su boca. Jamas la dixè, dixo à esta fazon la que hasta alli avia estado callando, antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desventura; y desto vos mesmo quiero que seàys el testigo, pues mi pura verdad os haze à vos ser falso, y mentiroso. Oyò estas razones Cardenio bien clara, y distintamente, como
quien

quien estàva tan junto de quien las dezia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estàva en medio; y assi como las oyò, dando una gran voz, dixo: Vàlgame Dios, que es esto que oygo? Que voz es esta que ha llegado à mis oydos? Bolviò la cabeça à estos gritos aquella señora, toda sobrefaltada, y no viendo quien las dava, se levantò en pie, y fuèsse à entrar en el aposento, lo qual visto por el Cavallero, la detuvo sin dexarla mover un passo. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayò el tafetàn con que traìa cubierto el rostro, y descubriò una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y affombrado; porque con los ojos andava rodeàndo todos los lugares donde alcançava con la vista con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber porque las hazia, pusièron gran lastima en Dorotea, y en quantos la miràvan. Teniàla el Cavallero fuertemente afida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alçarle el emboço que se le cayà, como en efeto se le cayò del todo; y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estàva) viò que el que abraçada assi mesmo la tenià, era su esposo Don Fernando; y apenas le hùvo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas un luengo y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas desmayada; y à no hallarse alli junto el Barbero que la recogió en los braços, ella dièra consigo en el suelo. Acudiò luego el Cura à quitarle el emboço para echarle agua en el rostro, y assi como la descubriò, la conociò Don Fernando, que era el que estàva abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla; pero no por esto dexàva de tener

ner

ner à Lucinda, que era la que procuràva soltarfe de fus braços, la qual avia conocido en el suspiro à Cardenio, y èl la avia conocido à ella. Oyò assimesmo el ay que diò Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era fu Lucinda, saliò del aposento despavorido, y lo primero que viò fuè à Don Fernando, que tenia abraçada à Lucinda. Tambien Don Fernando conociò luego à Cardenio, y todos tres Lucinda, Cardenio, y Dorotea quedàron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les avia acontecido. Callavan todos, y miràvanse todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando à Cardenio, Cardenio à Lucinda, y Lucinda à Cardenio. Mas quien primero rompiò el Silencio fuè Lucinda, hablando à Don Fernando desta manera:

DEXADME, Señor Don Fernando, por lo que deveys à ser quien soys, ya que por otro respeto no lo hagays; dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promessas, ni vuestras dâdivas. Notad como el Cielo por defusados, y à nosotros encubiertos caminos, me a puesto à mi verdadero esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas experiencias, que sola la muerte serà bastante para borrarle de mi memoria. Sèan, pues, parte tan claros defengaños, para que bolvays (ya que no podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con èl la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la darè por bien empleada: Quiçà con mi muerte quedarà satisfecho de la fè que le mantùve hasta el ultimo trance de la Vida.

AVIA



AVIA en este entretanto buelto Dorotea en si, y avia estado escuchando todas las razones que Lucinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era; Y viendo que Don Fernando aun no la dexava de los brazos, ni respondia à sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se levantò, y se fuè à hincar de rodillas à sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començò à dezir.

SI ya no es, Señor mio, que los rayos deste Sol, que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya avràs echado de ver, que la que à tus pies està arrodillada, es la fin ventura (hasta que Tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, à quien tu por tu bondad, ò por tu gusto quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, viviò vida tan contenta hasta que à las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abriò las puertas de su recato, y te entregò las llaves de su libertad: Dàdiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro aver sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à ti de la manera que te veo; pero con todo esto no querria, que cayèsse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, avièndome traydo solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuèsse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no serà possible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa à la hermosura y nobleza por quien me dexas, la incomparable

orable voluntad que te tengo. Tu no puedes fer de la hermosa Lucinda, porque eres Mio: Ni ella puede fer tuya, porque es de Cardenio: Y mas facil ferà, si en ello miras, reducir tu voluntad à querer à quien te adora, que no encaminar la que te aborrece, à que bien te quiera. Tu sollicitaste mi descuydo; tu rogaste à mi entereza; Tu no ignoraste mi calidad; tu sabes bien la manera que me entreguè à toda tu voluntad; y assi no te queda lugar, ni acogida de llamarte à engaño. Y si esto es assi, como lo es, y tu eres tan Christiano como Cavallero, porque por tantos rodèos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me hiziste en los principios? Y fino me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quièreme alomenos, y admítete por tu esclava, que como yo estè en tu poder, me tendrè por dichosa, y bien afortunada. No permitas con dexarme y desampararme, que se hagan y junten corillos en mi deshonra. No dè tan mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos à los tuyos siempre han hecho. Y si te parece, que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, ò ninguna nobleza ayè en el mundo, que no aya corrido por este camino; y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres descendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta à ti te falta, negandome lo que tan justamente me devés, yo quedarè con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, Señor, lo que ultimamente te digo es, que quieras, ò no quieras yo soy tu esposa. Testigos son tus palabras, que no han, ni deven fer mentiro-

T O M. II.

T

fas.



fas. Si ya es, que te precias, de aquello, porque me desprecias. Testigo serà la firma que hiziste; y testigo el cielo à quien tu llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, bolviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos.

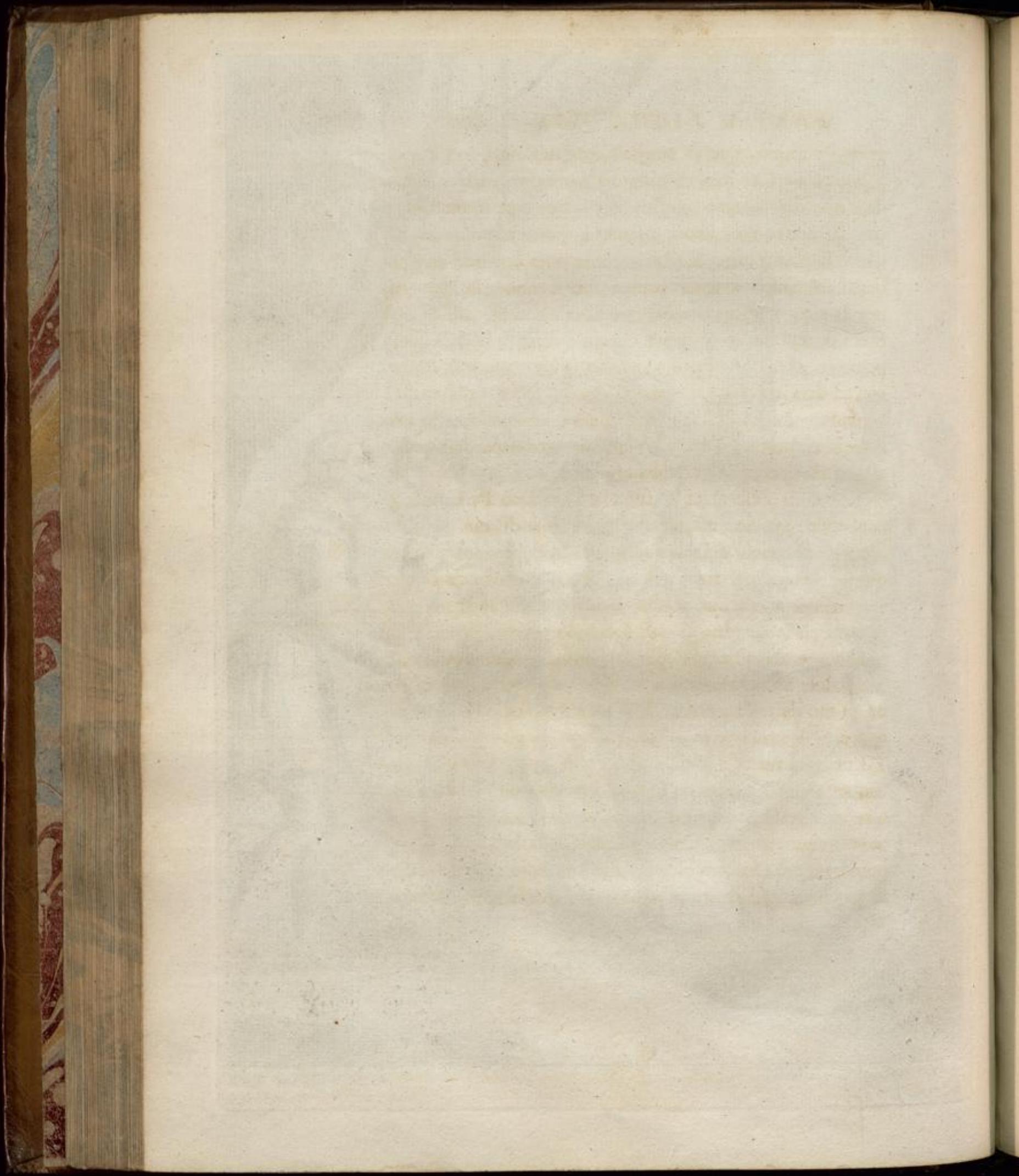
ESTAS y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lagrimas, que los mismos que acompañavan à Don Fernando, y quantos presentes estavan, la acompañaron en ellas. Escuchòla Don Fernando sin replicalle palabra hasta que ella diò fin à las fuyas, y Principio à tantos folloços, y suspiros, que bien avia de ser coraçon de bronce, el que con muestras de tanto dolor no se enternecièra. Miràndola estava Lucinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura; y aunque quisièra llegarle à ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexavan los braços de Don Fernando, que apretada la tenian: El qual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando à Dorotea, abriò los braços, y dexando libre à Lucinda, dixo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es possible tener animo para negar tantas verdades juntas.

CON el desmayo que Lucinda avia tenido (assí como la dexò Don Fernando) iva à caer en el suelo; mas hallàndose Cardenio alli junto, que à las espaldas de Don Fernando se avia puesto porque no le conocièsse; pospuesto todo temor, y aventurando à todo riesgo, acudiò à sostener à Lucinda, y cogièndola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso cielo gusta,



*In. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 138.*

*Ger. Vanderlucht sculp.
22*



gusta, y quiere, que ya tengas algun descanso, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo, que le tendràs mas seguro, que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Lucinda en Cardenio los ojos, y aviendo comenzado à conocerle, primero por la voz, y asegurandose que èl era con la vista; casi fuera de sentido, y sin tener cuenta à ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos sí, señor mio, soys el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan à esta vida, que en la vuestra se sustenta.

ESTRANO espectáculo fuè este para Don Fernando, y para todos los circunstantes, admirandose de tan no visto suceso. Parecióle à Dorotea, que Don Fernando avia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le viò encaminar la mano à ponella en la espada: ¡Y assi como lo pensò, con no vista presteza se abraçò con èl por las rodillas, besandofelas, y teniendole apretado, que no le dexava mover; y sin cessar un punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer, unico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes à tus pies à tu esposa, y la que quieres que lo sea, està en los braços de su marido: Mira si te estará bien, ò te será possible deshazer lo que el Cielo ha hecho? O si te convendrá querer levantar à igualar à ti mismo à la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor

T 2

amoroso



amoroso el rostro, y pecho de su verdadero esposo? Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres, te suplico, que este tan notorio desengaño, no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que con quietud y sosiego permitas, que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concederfeles; y en esto mostrarás la generosidad de tu Ilustre y noble pecho, y verá el mundo, que tiene contigo mas fuerza la razon, que el apetito.

EN tanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada à Lucinda, no quitava los ojos de Don Fernando con determinacion de que si le vièsse hazer algun movimiento en su perjuizio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudièsse, a el y à todos aquellos que en su daño se mostràssen, aunque le costàsse la vida: Pero à esta sazón acudièron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el barbero, que à todo avian estàdo presentes, sin que faltàsse el bueno de Sancho Pança; y todos rodeavan à Don Fernando, suplicàndole tuvièsse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea; y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era, lo que en sus razones avia dicho, que no permitièsse, quedàsse defraudada en sus tan justas esperanças. Que consideràsse, que no à caso, como parecia, sino con particular providencia del Cielo, se avian todos juntado en lugar, donde menos ninguno pensava: Y que advertièsse, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar à Lucinda de Cardenio; y aunque los dividièssen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicissima su muerte: Y que en los casos irremediables era fuma cordura, forçándose, y
venciéndose

venciéndose à si mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo, que por sola su voluntad, los dos gozassen el bien, que el cielo ya les avia concedido. Que pusièsse los ojos assi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria, que pocas, ò ninguna se le podian igualar, quanto mas hazerle ventaja; que juntasse à su hermosura su humildad, y el extremo del amor que le tenia: Y sobre todo advirtièsse, que si se preciava de cavallero y de Christiano, que no podia hazer otra cosa, que cumplille la palabra dada, y que cumplièndosela, cumpliria con Dios, y satisfaria à las gentes discretas, las quales saben, y conocen, que es prerogativa de la hermosura (aunque estè en sujeto humilde como se acompañe con la honestidad) poder levantarse, è igualarse à qualquiera alteza sin nota de Menoscabo del que la levanta, è iguala à si mismo: Y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no deve de ser culpado el que las sigue. En efeto à estas razones añadièron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando (en fin como alimentado con illustre sangre) se ablandò y se dexò vencer de la verdad, que èl no pudièra negar, aunque quisièra: Y la señal que diò de averse rendido y entregado al buen parecer que se le avia propuesto, fuè abaxarse y abraçar à Dorotea, diziendole: Levantàos, Señora mia, que no es justo que estè arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quiçà ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fè con que me amàys, os sepa estimar en lo que merecèys. Lo que os ruego es, que no me reprehendàys mi mal termino, y mi mucho descuydo;

descuydo; pues la misma ocasion y fuerça que me moviò para acetaros por mia, esãa misma me impeliò para procurar no ser vuestro: Y que esto sea verdad, bolved y mirad los ojos de la ya contenta Lucinda, y en ellos hallarèys disculpa de todos mis hierros; y pues ella hallò y alcançò lo que deseava, y yo hè hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felizes años con su Cardenio; que yo rogarè al cielo, que me los dexee vivir con mi Dorotea: Y diziendo esto, la tornò à abraçar, y à juntar su rostro con el fuyo con tan tierno sentimiento, que le fuè necesario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabàssen de dar indubitables señaes de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assi las de Lucinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estàvan, porque començaron à derramar tantas los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia, sino que algun grave, y mal caso à todos avia sucedido. Hasta Sancho Pança llorava, aunque despues dixo, que no llorava èl, sino por ver que Dorotea no era, como èl pensava, la Reyna Micomicona, de quien èl tantas mercedes esperava. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos; y luego Cardenio y Lucinda se fuèron à poner de rodillas ante Don Fernando, dandole Gracias de la merced que les avia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles; y assi los levantò, y abraçò con muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego à Dorotea, le dixèsse, como avia venido à aquel lugar tan lexos del fuyo? Ella con breves, y discretas razones contò todo lo que antes avia contado à Cardenio,

denio,

denio, de lo qual gustò tanto Don Fernando, y los que con èl venian, que quisièran que duràra el cuento mas tiempo: Tanta era la gracia con que Dorotea contàva sus desventuras. Y assi como hùvo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le avia àcontecido despues que hallò el papel en el seno de Lucinda, donde declaràva ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser fuya: Dixo que la quiso matar, y lo hiziera, si de sus padres no fuèra impedido; y que assi se saliò de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Lucinda avia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiéffe dezir donde se avia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino à saber, como estàva en un monasterio con voluntad de quedarse en èl toda la vida, sino la pudièffe passar con Cardenio: Y que assi como lo supo, escogiendo para su compa^ñia aquellos tres Cavalleros, vino al lugar donde estàva, à la qual no avia querido hablar, temeroso que, en sabiendo que èl estàva alli, avia de aver mas guarda en el monasterio; y assi aguardando un dia, à que la porteria estuvièffe abierta, dexò à los dos à la guarda de la puerta, y èl con otro avia entrado en el monasterio buscando à Lucinda, la qual hallaron en el claustro hablando con una Monja; y arrebatàndola sin darle lugar à otra cosa, se avian venido con ella à un lugar, donde se acomodaron de aquello que huvieron menester para traella. Todo lo qual avian podido hazer bien à su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que assi como Lucinda se viò en su poder, perdiò todos los sentidos, y que despues de
buelta

buelta en sí, no avia hecho otra cosa fino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: Y que así acompañados de silencio y de lagrimas avian llegado à aquella venta, que para él era aver llegado al Cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TODO esto escuchava Sancho no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian, è iban en humo las esperanças de su ditado; y que la linda Princesa Micomicona se le avia buuelto en Dorotea, y el Gigante en Don Fernando; y su amo se estava durmiendo à sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea, si era soñado el bien que poseya. Cardenio estava en el mismo pensamiento; y el de Lucinda corria por la misma cuenta. Don Fernando dava gracias al Cielo por la merced recebida de averle sacado de aquel intrincado Laberinto, donde se hallava tan à pique de perder el credito y el alma: Y finalmente quantos en la venta estava, estava contentos, y gozosos del buen suceso que avian tenido tan travados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura como discreto; y à cada uno dava el parabien del bien alcanzado; pero quien mas se jubilava, y se contentava era la ventera por la promessa que Cardenio y el Cura le avian hecho de pagalle todos los daños, è interèsses, que por cuenta de Don Quixote le huviessen

èssen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el Afligido, el desventurado, y el triste: Y assi con melancolico semblante entrò à su amo (el qual acabàva de despertar) a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar à ningun Gigante, ni de bolver à la princesa su reyno, que ya todo està hecho, y conluýdo. Eßo creo yo bien, respondiò Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas descomunal, y desaforada batalla, que pienso tener en todos los dias de mi vida; y de un revès, zàs, le derribè la cabeça en el suelo, y fuè tanta la sangre, que le saliò, que los arroyos corrian por la tierra como si fuèran de agua. Como si fuèran de vino tinto, pudièra vuestra merced dezir mejor, respondiò Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seys arrobas de vino tinto, que encerràva en su vientre, y la cabeça cortada es la puta que me pariò, y llévelo todo satanas. Que es lo que dizes loco? replicò Don Quixote: estàs en tu seso? Levàntese vuestra merced, dixo Sancho, y verà el buen recado que ha hecho, y lo que tenèmos que pagar, y verà à la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros Sucèßos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deßo, replicò Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuvimos, te dixè yo, que todo quanto aqui sucedia, eran cosas de encantamiento; y no serìa mucho, que aora fuèße lo mesmo. Todo lo creyèra yo, respondiò Sancho, si tambien mi manteamiento fuèra cosa deße jaèz; Mas no lo fuè, sino



real y verdaderamente; y vi yo que el ventero, que aqui està oy Dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujava hàzia el Cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta rifa, como fuerça; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mi, aunque simple y pecador, que no ay encantamiento alguno, fino mucho molimiento, y mucha malaventura. Aora bien, Dios lo remediarà, dixo Don Quixote; dame de vestir, y dèxame salir allà fuera, que quiero ver los suceffos y transformaciones, que dizes.

DIÒLE de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestia, contò el Cura à Don Fernando y à los demas las locuras de Don Quixote, y del artificio que avian usado para facarle de la peña pobre, donde el se imaginava estàr por desdènes de su señora. Contòles assimifmo casi todas las aventuras que Sancho avia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que à todos parecia, ser el mas estraño género de locura, que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceffo de la Señora Dorotea impedia passar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar à su casa. Ofreciòse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lucinda harìa, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser assi; que yo quiero, que Dorotea profiga su invencion, que como no seà muy lexis de aqui el lugar deste buen Cavallero, yo holgarè de que se procure su remedio. No està mas de dos Jornadas de aqui, dixo el Cura. Pues aunque estuvièra mas, dixo Don Fernando, gustàra yo de caminallas à trueco de hazer tan buena obra.

SALIÒ

SALIÒ en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el Yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeça, embraçado de su rodela, y arrimado à su tronco, ò lançon. Suspendiò à Don Fernando y à los demas la estraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, feco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente; y estuvièron callando hasta ver lo que èl dezia: El qual con mucha gravedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

ESTOY informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro Ser se ha deshecho; porque de Reyna y gran señora que solíades ser, os avèys bueltò en una particular donzella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante vuestro padre, temeroso de que yo no os dièsse la necesaria, y devida ayuda; digo, que no supo, ni sabe de la Miffa la media, y que fuè poco versado en las historias cavallerescas; porque si èl las huvièra leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio, como yo las passè, y leyè, hallàra à cada passo, como otros Cavalleros de menor fama que la mia, avian acabado cosas mas dificultosas, no sièndolo mucho matar à un Gigantillo por arrogante que sea; porque no hà muchas horas que yo me ví con èl, y... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, Descubridor de todas las cosas, lo dirà quando menos lo pensèmos. Vistes os vos con dos cueros, que no con un Gigante, dixo à esta fazon el ventero, al qual mandò Don Fernando, que callàsse, y no interrumpièsse la platica de Don Quixote en ninguna manera; y Don Quixote profiguiò, diziendo: Digo en fin,



alta, y desheredada señora, que si por la causa, que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deys credito alguno; porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no se abra camino mi espada, con la qual, poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breves dias.

No dixo mas Don Quixote, y esperò à que la Princesa le respondièsse, la qual como ya sabia la determinacion de Don Fernando, de que se profiguièsse adelante en el engaño hasta llevar à su tierra à Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondiò: Quien quièra que os dixo, Valeroso Cavallero de la triste figura, que yo me avia mudado, y trocado de mi fer, no os dixo lo cierto; porque la misma que ayer fuè, me soy òy: Verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dada la mejor que yo pudièra desfearme; pero no por effo hè dexado de fer la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è invincible braço, que siempre hè tenido: Assi que, señor mio, vuestra bondad buelva la honra al padre que me engendrò, y têngale por hombre advertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo, que si por vos, señor, no fuèra, jamas acertàra à tener la ventura, que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores, que estàn presentes. Lo que resta es, que mañana nos pongàmos en camino, porque ya oy se podrà hazer poca jornada, y en lo demas del

del buen suceso, que espero, lo dexaré à Dios, y al valor de vuestro pecho.

ESTO dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote; se bolvió à Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor vella-cuelo, que ày en España. Dime, ladron vagamundo, no me acabaste de dezir aora, que esta Princesa se avia buelto en una donzella, que se llamava Dorotea? Y que la cabeça, que entiendo que cortè à un Gigante, era la puta que te pariò? Con otros disparates que me pusièron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Vòto (y mirò al Cielo, y apretò los dientes) que estoy por hazer un estrago en ti, que ponga sal en la mollèra a todos quantos mentirosos escuderos huvière de Cavallèros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se fosiègue, Señor mio, respondiò Sancho, que bien podria fer, que yo me huvièsse engañado en lo que toca à la mutacion de la Señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca à la cabeça del Gigante, ò alomenos à la horadacion de los cueros, y à lo de fer vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios; porque los cueros alli estàn heridos à la cabeça del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y fino, al freyr de los huevos lo verà: Quiero dezir, que lo verà quando aqui su merced del Señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demàs, de que la Señora Reyna se estè como se estàva, me regozijo en el alma, porque me vâ mi parte, como à cada hijo de vezino. Aora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdòname, y basta. Basta, dixo



dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto. Y pues la Señora Princesa dize, que se camine mañana, porque yá oy es tarde, hagáse assi, y esta noche la podremos passar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al Señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, è inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa, que à su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servir, y acompañaros respondió Don Quixote; y agradezco mucho la merced, que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè que salga verdadera, ò me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede.

MUCHAS palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote, y Don Fernando; pero à todo puso silencio un pasajero, que en aquella sazón entrò en la venta, el qual en su trage mostrava ser Christiano rezien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cuello. Los calçones eran assi mismo de lienço azul, con bonete de la misma color. Traya unos borzeguies datilados, y un alfange Morisco puesto en un Tahalì, que le atravesava el pecho. Entrò luego tras el encima de un jumento una muger à la Morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeça. Traya un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los ombros à los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agradable talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta. En resolucion el mostrava en su apostura, que

que si estuvièra bien vestido, le juzgàran por persona de calidad, y bien nacida. Pidiò en entrando un aposento; y como le dixèron, que en la venta no le avia, mostrò recibir pesadumbre, y llegàndose à la que en el trage parecia Mora, la apeò en sus braços. Lucinda, Dorotea, la ventera, su hija, y maritornes, llevadas del nuevo, y para ellas nunca visto trage, rodeàron à la Mora; y Dorotea que siempre fuè agraciada, comedida, y discreta, parecièndole, que assi ella como el que la traÿa se congoxàvan por la falta del aposento, le dixo: No os dè mucha pena, Señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas: Pero con todo esto, si gustàredes de passar con nosotras (señalando à Lucinda) quiçà en el discurso deste camino, avrèys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondiò nada à esto la emboçada, ni hizo otra cosa, que levantarse de donde sentado se avia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça, doblò el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginàron, que sin duda alguna devia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano.

LLEGÒ en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces avia estado; y viendo que todas tenian cercada à la que con èl venia, y que ella à quanto le dezian, callava, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiendo mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme à su tierra, y por esto no deve de aver respondido, ni responde à lo que se le hà preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondiò Lucinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos

aco-



acomodàremos, donde se le harà el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga à servir à todos los estrangeros, que dello tuvièren necesidad, especialmente siendo muger à quien se sirve. Por ella y por mi, respondiò el cautivo, os beso, señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon la merced ofrecida; que en tal ocasion, y de tales personas, como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver, que ha de ser muy grande. Dezidme, Señor, dixo Dorotea, esta Señora es Christiana, ò Mora? porque el trage, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuèsse. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande Christiana, respondiò el cautivo, porque tiene grandísimos deseos de serlo. Luego no es bautizada? replicò Lucinda. No ha avido lugar para ello, respondiò el cautivo, despues que saliò de Argel su patria y tierra; y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligàsse à bautizarla, sin que supiéssse primero todas las ceremonias que nuestra madre la Santa Iglesia manda: Pero Dios será fervido, que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchàndole estàvan, de saber quien fuèsse la Mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces por ver que aquella fazon era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la llevò à sentar junto à si, y le rogò, que se quitàsse el emboço. Ella mirò al cautivo, como si le preguntàra, le dixèsse lo que dezian, y lo que ella harìa. El, en lengua Arabiga

Arabiga le dixo, que le pedian, se quitàsse el emboço, y que lo hizièsse; y assi se lo quitò, y descubriò un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que à Lucinda, y Lucinda por mas hermosa que à Dorotea; y todos los circunstantes conocièron, que si alguno se podia igualar al de las dos, era el de la mora; y aun huvò algunos que la aventajàron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindièron todos al desèo de servir, y acariciar à la hermosa Mora. Preguntò Don Fernando al cautivo, como se llamava la Mora? El qual respondiò que *Lela Zorayda*; y assi como esto oyò ella, entendiò lo que le avian preguntado al Christiano, y dixo con mucha prièssa, llena de congoja y donayre: No, no *Zorayda*; *Maria, Maria*, dando à entender, que se llamava *Maria*, y no *Zorayda*. Estas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de una lagrima à algunos de los que la escuchàron, especialmente à las mugeres, que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abraçòla Lucinda con mucho amor, dizièndole: Si, Si *Maria, Maria*: A lo qual respondiò la Mora: Si, Si *Maria, Zorayda macange*, que quiere dezir, No.

Y A en esto serian las quatro de la tarde, y por orden de los que venian con Don Fernando, avia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de merendar lo mejor que à el le fuè possibile. Llegada pues la hora, sentàronse todos à una larga mesa, como de Tinèlo, porque no la avia redonda, ni quadrada en la venta: Y dièron la cabecera y principal asiento (aunque el lo rehusàva) à Don Quixote, el



qual quiso que estuvièsse à su lado la Señora Micomicona, pues el era su guardador. Luego se sentaron Lucinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo, y los demas Cavalleros; y al lado de las Señoras el Cura y el Barbero. Y assi merendaron con mucho contento; y acrecentòseles mas, viendo, que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espiritu, que èl que le moviò à hablar tanto como hablò, quando cenò con los cabreros, començò à dezir.

VERDADERAMENTE si bien se confidera, Señores mios, grandes, è inauditas cosas ven los que professan la orden de la andante cavalleria: Sino, qual de los vivientes avrà en el mundo, que aora por la puerta deste castillo entrara, y de la fuerte que estamos, nos viera, que juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somos? Quien podrà dezir, que esta Señora, que està à mi lado, es la gran Reyna, que todos sabemos, y que yo soy aquel cavallero de la triste Figura, que anda por ay en boca de la fama? Aora no ay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede à todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron; y tanto mas se ha de tener en estima, quanto à mas peligros està fugeto. Quitense de delante los que dixeren, que las letras hazen ventaja à las armas; que les dirè (y sean quien se fuèren) que no saben lo que dizen: Porque la razon que los tales fueren dezir, y à lo que ellos mas se atienen es, que los trabajos del espiritu exceden à los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuèsse su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças; ò como si en
esto

esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden, para executallos, mucho entendimiento; ò como si no trabajasse el animo del guerrero, que tiene à su cargo un exercito, ò la defenfa de una ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease, si se alcança con las fuerças corporales à saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen: Que todas estas cosas, son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, assi, que las armas requieren espiritu como las letras, veamos aora, qual de los dos espiritus, el del Letrado, ò el del guerrero trabaja mas? Y esto se vendrà à conocer por el fin y paradero à que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo aora de las divinas, que tienen por blanco, llevar y encaminar las almas al Cielo; que à un fin tan fin fin como este, ninguno otro se le puede igualar:) Hablo de las letras humanas, que es su fin, poner en su punto la justicia distributiva, y dar à cada uno lo que es fuyo, y entender y hazer que las buenas leyes se guarden: Fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabança; pero no de tanta, como merece aquel à que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nuevas, que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles la noche que fue nuestro dia, quando cantaron



en los ayres: *Gloria sea en las Alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad.* Y la salutacion, que el mejor maestro de la tierra, y del Cielo enseñò à sus allegados, y favorecidos, fuè dezirles, que quando entràssen en alguna casa, dixèssen: *Paz sea en esta Casa.* Y otras muchas vezes les dixo: *Mi Paz os doy: mi paz os dexo: Paz sea con vosotros:* Bien como joya y prenda dada, y dexada de tal mano: Joya que fin ella en la tierra, ni en el Cielo puede aver bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es dezir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en efeto haze ventaja al fin de las letras: vengàmos aora à los trabajos del cuerpo del letrado, y al del professor de las armas; y vèase quales son mayores.

DE tal manera, y por tan buenos terminos iba profugiendo en su platica Don Quixote, que obligò à que por entonces ninguno de los que escuchàndole estàvan, le tuvèsse por loco: Antes como todos los mas eran Cavalleros, à quien son anexas las armas, le escuchàvan de muy buena gana, y èl profugió diziendo.

DIGO, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en aver dicho que padece pobreza, me parece que no avia que dezir mas de su mala ventura; porque quien es pobre, no tiene cosa buena: Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo effo no es tanta, que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se ùsa, aunque seà
de

de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante esto que llaman entre ellos, andar à la fopa. Y no les falta algun ageno brafero, ò chiminea, que fino calienta, alomenos entibie su frio; y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar à otras menudencias, conviene à saber, de la falta de camisas, y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quando la buena fuerte les depara algun banquete. Por este camino, que he pintado aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, levantándose acullà, tornando à caer acà, llegan al grado que desèan: El qual alcançado, à muchos hemos visto, que (aviendo pasado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna) digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una filla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: Premio justamente merecido de su virtud: Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atràs en todo, como aora dirè.

C A P I T U L O XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y de las letras.

PROSIGUIENDO Don Quixote, dixo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos, si es mas rico el soldado: Y veremos que no ay ninguno



ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque està atenido à la miseria de su paga, que viene tarde, ò nunca; ò à lo que garbeare con sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y à vezes fuele ser su desnudez tanta, que un colèto acuchillado le sirve de gala, y de camisa; y en la mitad del invierno se fuele reparar de las inclemencias del Cielo (estando en la campaña rafa) con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazìo, tengo por averiguado, que deve de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual, fino es por su culpa, jamas pecarà de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quiere, y rebolverse en ella à su sabòr, sin temor que se le encojan las sàbanas. Llèguese, pues, à todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su exercicio: Llèguese un dia de batalla, que alli le pondràn la borla en la cabeça, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiçà le avrà pasado las fiens, ò le dexarà estropeado de braço, ò pierna. Y quando esto no suceda, fino que el Cielo piadoso le guarde, y conserve sano y vivo, podrà ser que se quede en la mesma pobreza que antes estàva, y que sèa menester que suceda uno, y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo: Mas estos milagros vense raras vezes. Pero dezidme, señores, si avèys mirado en ello: Quan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda avèys de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir à cuenta los muertos, y que se podràn contar los premiados

premiados vivos con tres letras de guarifmo. Todo esto es al revès en los letrados, porque de faldas (que nõ quiero dezir de mangas) todos tienen en que entretenerse. Assi que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero à esto se puede responder, que es mas facil premiar à dos mil letrados, que à treynta mil soldados; porque aquellos se premian con darles officios, que por fuerça se han de dar à los de su profession; y à estos no se puede premiar sino con la mesma hazienda del señor à quien sirven: Y esta impossibilidad fortifica mas la razon que tengo.

PERO dexèmos esto à parte, que es Laberinto de muy dificultosa salida, y bolvamos à la preeminencia de las armas contra las letras: Materia que hasta aora està por averiguar, segun son las razones, que cada uno de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas; porque la guerra tambien tiene sus leyes, y està sujeta à ellas; y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas; porque con las armas se defienden las republicas, se consèrvan los Reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de Cofarios: Y finalmente si por ellas no fuèsse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los cominos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y à la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerças. Y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y deve
de



de estimar en mas. Alcançar alguno à fer eminente en Letras, le cuesta tiempo, vigiliàs, hambre, desnudez, vaguidos de cabeça, indigestiones de estòmago, y otras cosas à estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar uno por sus terminos à fer buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque à cada passo està à pique de perder la vida: Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallàndose cercado en alguna fuerza, y estàndo de posta, ò guarda en algun Rebellin, ò cavallero, fiente que los enemigos estàn minando hàzia la parte donde èl està, y no puede apartarse de alli por ningun caso, ni huir el peligro, que de tan cerca le amenaza: Solo lo que puede hazer es, dar noticia à su capitan de lo que passa, para que lo remedie con alguna contramina, y el estar se quedo, temiendo y esperando, quando improvifamente ha de subir à las nuves sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad? Y si este parece pequeño peligro, veàmos si le iguala, ò haze ventaja el de embestirse dos galeras por las Proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas y travadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espòlon: Y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se assestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lança; y viendo que al primer descuydo de los pies irà à visitar los profundos senos de Neptuno: Con todo esto con intrepido coraçon, llevado de la honra que le incita, se pone
à

à ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passà por tan estrecho passò al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caydo donde no se podrà levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como à enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo, al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos figlos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, à cuyo inventor, tengo para mi, que en el infierno se le està dando el premio de su diabolica invencion, con la qual diò causa, que un infame y cobarde braço quite la vida à un valeroso cavallero, y que sin saber como, ò por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y ànima à los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quiçà huyò, y se espantò del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en un instante los pensamientos, y vida de quien la merecia gozar luengos figlos. Y assi considerando esto, estòy por dezir, que en el alma me pesa de aver tomado este exercicio de cavallero andante en edad tan detestable, como es esta en que aora vivimos; porque aunque à mi ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo pensar, si la polvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hazerme famoso, y conocido por el valor de mi braço, y filos de mi espada por todo lo descubierta de la tierra. Pero haga el Cielo todo lo que fuere servido, que tanto serè mas estimado, si salgo con lo que pretendo,

TOM. II.

Y

quanto



quanto à mayores peligros me hè puesto, que se pufieron los cavalleros andantes de los passados figlos.

Todo este largo preambulo dixo Don Quixote en tanto que los demas merendavan, olvidandose de llevar bocado à la boca, puesto que algunas vezes le avia dicho Sancho Pança, que comièsse, que despues avria lugar para dezir todo lo que quisièsse. En los que escuchado le avian sobrevino nueva lastima de ver, que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso en todas las cosas que tratava, le huvièsse perdido tan rematadamente en tratandole de su negra, y pizmieta cavalleria. El Cura le dixo que tenia mucha razon en todo quanto avia dicho en favor de las armas, y que el, (aunque letrado, y graduado,) estava de su mesmo parecer.

ACABARON de merendar: Levantaron los Manteles, y en tanto que la ventera, su hija, y Maritornes adereçavan el Camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde avian determinado, que aquella noche las mugeres solas en el se recogiesfen; Don Fernando rogò al cautivo les contasse el discurso de su vida, porque no podia ser, fino que fuèsse peregrino y gustoso, segun las muestras que avia comenzado à dar viniendo en compania de Zorayda: A lo qual respondiò el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandava; y que solo temia, que el cuento no avia de ser tal, que les dièsse el gusto que el deseava: Pero con todo esto por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradecièron, y de nuevo se lo rogaron: Y el viendose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos à donde el mandar tenia tanta fuerça; y
affi

assi estèn vuestras mercedes atentos, y oyràn un discurso verdadero, à quien podria ser que no legàssen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio fuelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodàssen, y le prestàssen un grande silencio; y el, viendo que ya callàvan y esperàvan lo que dezir quisièsse, con voz agradable y reposada començò à dezir desta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucessos.

EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fuè mas agradecida y liberal la naturaleza, que la fortuna: Aunque en la estrechez de aquellos pueblos toda via alcançava mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuèra, si assi se dièra maña à conservar su hazienda, como se la dava en gastalla: Y la condicion que tenia de ser liberal, y gastador, le procediò de aver sido soldado los años de su juventud: Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco pròdigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passava mi padre los terminos de la liberalidad, y rayava en los de ser pròdigo: Cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos, que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre, que segun el dezia, no podia irse à la mano contra su condicion, quiso privarse del instru-

Y 2

mento,



mento, y causa, que le hazia gastador y dadivoso, que fuè privarse de la hazienda, sin la qual el mismo Alexandro pareceria estrecho. Y assi llamandonos un dia à todos tres à solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes à las que aora dirè.

Hijos, para deziros que os quiero bien, basta saber y dezir, que soys mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy à la mano en lo que toca à conservar vuestra hazienda. Pues para que entendays de aqui adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro; quiero hazer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, ò alomenos de elegir exercicio tal, que quando mayores os honre y aproveche. Y lo que hè pensado es, hazer de mi hazienda quatro partes: Las tres os darè à vosotros, à cada uno lo que le tocàre, sin exceder en cosa alguna; y con la otra me quedarè yo para vivir, y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida. Pero querria, que despues que cada uno tuvièsse en su poder la parte que le toca de su hazienda, siguièsse uno de los caminos que le dirè. Ay un refran en nuestra España, à mi parecer, muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga, y discreta experiencia; y es este que yo os dirè: *Iglesia, ò Mar, ò casa Real*. Como si mas claramente dixèra: Quien quisiere valer y ser rico, figa, ò la Iglesia, ò navegue, exercitando el arte de la mercancia, ò entre à servir à los Reyes en sus casas; porque dizen: Mas vale migaja de Rey,

Rey, que merced de Señor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros figuièsse las letras, el otro la mercancia, y el otro sirvièsse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar à servirle en su casa; que ya que la guerra no dà muchas riquezas, fuele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os darè toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo verèys por la obra. Dezidme aora, si quereys seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto.

Y mandàndome à mi, por ser el mayor, que respondièsse, despues de averle dicho, que no se deshizièsse de la hazienda, sino que gastàsse todo lo que fuèsse su voluntad; que nosotros èramos moços para saber ganarla, vine à concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era, seguir el exercicio de las armas, sirviendo en èl à dios, y à mi Rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el irse à las Indias, llevando empleada la hazienda que le cupièsse. El menor, y à lo que yo creo, el mas discreto, dixo, que queria seguir la Iglesia, ò irse à acabar sus començados estudios à Salamanca.

Asi como acabàmos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò à todos, y con la brevedad que dixo, puso por obra quanto nos avia prometido; y diò à cada uno su parte, que, à lo que se me acuerda, fuèron cada tres mil ducados en dineros; porque un tio nuestro comprò toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no salièsse del tronco de la casa. En un mesmo dia nos despidimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, parecièndome à mi ser inhumanidad, que
mi



mi padre quedàsse viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomàsse los dos mil ducados, porque à mi me bastàva el resto para acomodarme de lo que avia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada uno le diò mil ducados, de modo que à mi padre le quedàron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que, à lo que me parece, valia la hazienda que le cupo; que no quiso vender, fino quedarle con ella en rayzes. Digo en fin, que nos despedimos del, y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lagrimas de todos, encargàndonos, que le hizièssimos saber, todas las vezes que huvièsse comodidad para ello, de nuestros sucessos prosperos, ò adversos. Prometimosselo, y abrazàndonos, y echàndonos su bendicion, el uno tomò el viage de Salamanca, el otro el de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tùve nuevas que avia una nave Genovesa, que cargava alli lana para Gènova. Este harà veynte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no hè sabido del, ni de mis hermanos nueva alguna. Y lo que en este discurso de tiempo me ha pasado, lo dirè brevemente.

EMBARQUÈME en Alicante; lleguè con prospero viage à Genova; fuý desde alli à Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise ir à assentar mi plaça al Piamonte; y estando yà de camino para Alexandria de la Palla, tùve nuevas, que el gran Duque de Alva pasàva à Flandes. Mudè proposito; fuýme con el; servìle en las Jornadas que hizo; hallème en la muerte de los condes de Egumon y de Hornos: Alcancè à
fer

fer alferéz de un famoso Capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina: Y al cabo de algun tiempo que lleguè à Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la fantidad del Papa Pio V. de felice recordacion avia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun que es el Turco: El qual en aquel mesmo tiempo avia ganado con su armada la famosa Isla de Chypre, que estava debaxo del Dominio de Venecianos (Pèrdida lamentable y desdichada.) Sùpose cierto, que venia por General desta liga el Serenissimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe. Divulgòse el grandissimo aparato de guerra, que se hazia. Todo lo qual me incitò, y comoviò el animo, y el desèo de verme en la Jornada que se esperaba: Y aunque tenia barruntos, y casi promessas ciertas de que en la primera ocasion que se ofrecièsse, serìa promovido à Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine, à Italia. Y quiso mi buena fuerte, que el Señor Don Juan de Austria acabava de llegar à Genova, que pasava à Napolès à juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallè en aquella felicissima Jornada, ya hecho Capitan de Infanteria, à cuyo honroso cargo me subió mi buena fuerte mas que mis merecimientos. Y aquel dia (que fuè para la Christiandad tan dichoso, porque en èl se desengaño el Mundo, y todas las naciones del error en que estava, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar) En aquel dia, digo, donde quedò el orgullo y sobervia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huvò (porque mas ventura tuvieron los Christianos, que alli murieron



rièron, que los que vivos, y vencedores quedàron) Yo solo fùy el desdichado; pues en cambio de que pudièra esperar si fuèra en los Romanos figlos, alguna naval corona, me vi aquella noche, que siguiò à tan famoso dia, con cadenas à los pies, y esposas à las manos. Y fuè desta fuerte, que aviendo el Uchali Rey de Argel (atrevido y venturoso Cofario) embestido, y rendido la capitana de Malta (que solos tres Cavalleros quedàron vivos en ella, y estos mal heridos) acudiò la capitana de Juan Andrea à socorrerla, en la qual yo iba con mi compaña; y haziendo lo que devia en ocasion semejante, saltè en la Galera contraria, la qual desviàndose de la que le avia embestido, estorvò que mis soldados me siguièssen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, à quien no pude resistir por ser tantos: En fin me rindièron lleno de heridas. Y como ya avèys, señores, oydo dezir, que el Uchalì se salvò con toda su esquadra, vine yo à quedar cautivo en su poder; y solo fùy el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fuèron quinze mil Christianos los que aquel dia alcançaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Llevàronme à Constantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mar à mi amo, porque avia hecho su dever en la batalla, aviendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta. Hallème el segundo año, que fuè el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanàles. Vi, y notè la ocasion que alli se perdiò de no coger en el puerto toda la armada Turquesca; porque todos los Leventes, y Genizaros, que en ella venian, tuvieron por cierto, que
les

les avian de embestir dentro del mesmo puerto ; y tenian à punto su ropa, y passamaques, que son sus Zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos : Tanto era el miedo que avian cobrado à nuestra armada. Pero el Cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa ni defcuydo del general que à los nuestros regia, fino por los pecados de la Christiandad ; y porque quiere, y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchalì se recogìo à Modon, que es una Isla que està junto à Navarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y estùvose quedo hasta que el Señor Don Juan se bolviò. En este viage se tomò la Galera, que se llamava la Presa, de quien era capitan un Hijo de aquel famoso Cofario Barba Roja : Tomòla la capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel Rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso, y jamas vencido capitan Don Alvaro de Baçan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que fucedìo en la presa de la presa.

ERA tan cruel el hijo de Barba Roja, y tratava tan mal à sus cautivos, que assi como los que venian al remo, vièron que la Galera Loba les iva entrando, y que los alcançava, soltaron todos à un tiempo los remos, y afièron de su capitan, que estava sobre el estanterol gritando que bogàssen aprieffa ; y passàndole de banco en banco de popa à proa, le dièron tantos bocados, que à poco mas, que passò del arbol, ya avia passado su anima al infierno : tal era, como he dicho, la crueldad con que los tratava, y el odio que ellos le tenian.



BOLVIMOS à Constantinopla, y el año siguiente, que fuè el de setenta y tres, se supo en ella, como el Señor Don Juan avia ganado à Tunez, y quitado aquel Reyno à los Turcos, y puesto en possession del à Huley Hamet, cortando las esperanças, que de bolver à reynar en èl tenia Huley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta perdida el gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que èl la deseavan: Y el año siguiente de setenta y quatro acometiò à la Golèta, y al fuerte, que junto à Tunez avia dexado medio levantado el Señor Don Juan. En todos estos trances andava yo al remo sin esperança de libertad alguna; alomenos no esperava tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia à mi padre. Perdiòse en fin la Golèta; perdiòse el fuerte, sobre las quales plaças huvò de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil: y de Moros y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran numero de gente con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y à puñados de tierra, pudièran cubrir la goleta, y el fuerte. Perdiòse primero la goleta, tenuta hasta entonces por inexpugnable; y no se perdiò por culpa de sus defensores, los quales hizieron en su defenfa todo aquello que devian y podian; sino porque la experiencia mostrò la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque à dos palmos se hallava agua, y los Turcos no la hallaron à dos varas; y assí con muchos sacos de arena levantaron las trincheras

cheras tan altas, que sobrepujavan las murallas de la fuerça, y tiràndoles à cavallero, ninguno podia parar, ni asistir à la defenfa. Fuè comun opinion, que no se avian de encerrar los nuestros en la goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dizen, hablan de lexos, y con poca experiencia de casos femejantes; porque si en la goleta y en el fuerte apenas avia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuèssen) salir à la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como el de los enemigos era? Y como es possible dexar de perderse fuerça, que no es socorrida; y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en su mesma tierra? Pero à muchos les pareció, y assi me pareció à mi, que fuè particular gracia, y merced que el Cielo hizo à España, en permitir, que se assolàsse aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia, ò esponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli sin provecho se gastàvan, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de averla ganado la felicissima del invictissimo Carlos V. como si fuèra menester para hazerla eterna (como lo es, y será) que aquellas piedras la sustentàran? Perdiòse tambien el fuerte, pero fuèronle ganando los Turcos palmo à palmo, porque los soldados que lo defendian, peleàron tan valerosa, y fuertemente, que pasàron de veynte y cinco mil enemigos los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dièron. Ninguno cautivàron fano de trecientos que quedaron vivos. (Senal cierta y clara de su esfuerço y valor, y de lo bien que se avian defendido, y guardado sus plaças.) Rindiòse à partido un pequeño fuerte, ò torre que estàva en mitad



del estaño à cargo de Don Juan Zanoguera, Cavallero Valenciano, y famoso soldado. Cautivaron à Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el qual hizo quanto fuè possible por defender su fuerça, y sintio tanto el averla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevavan cautivo. Cautivaron assi mesmo al general del fuerte, que se llamava Gabrio Cerbellon, Cavallero Milanès, grande ingeniero, y valentissimo soldado. Murièron en estas dos fuerças muchas personas de cuenta, de las quales fuè una, pagan de Oria Cavallero del habito de san Juan, de condicion generoso como lo mostrò la suma liberalidad que usò con su hermano el famoso Juan Andres de Oria: Y lo que mas hizo lastimosa su muerte fuè, aver muerto à manos de unos Alarabes, de quien se fiò (viendo yà perdido el fuerte) que se ofrecièron de llevarle en habito de Moro à Tabarca, que es un puertezuelo, ò casa, que en aquellas riberas tienen los Genoveses, que se exercitan en la pesqueria del Coral: Los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxèron al General de la armada Turquesca, el qual cumplió con ellos nuestro Refran castellano: Que aunque la traycion aplaze, el traydor se aborrece: Y assi se dize, que mandò el General ahorcar à los que le truxèron el presente, porque no se le avian traydo vivo. Entre los Christianos, que en el fuerte se perdièron, fuè uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sè de que lugar de Andaluzia, el qual avia sido alferez en el fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: Especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poësia. Digolo, porque su fuerte lo truxo à mi Galera, y à mi banco, y à
fer

fèr esclavo de mi mesmo patron, y antes que nos partièfsemos de aquel puerto hizo este Cavallero dos fonetos a manera de Epitafios, el uno à la Goleta, y el otro al fuerte. Y en verdàd que los tengo de dezir, porque los sè de memoria, y creo que antes caufaràn gufsto que pesadumbre.

EN el punto que el cautivo nombrò à Don Pedro de Aguilar, Don Fernando mirò à sus camaradas, y todos tres se fonrièron: Y quando llegò à dezir de los fonetos, dixo el uno de los tres: Antes que vuestra merced passè adelante, le suplico me diga, que se hizo esse Don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que sè es, respondiò el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyò en trage de Arnaute con un Griego espia, y no sè si vino en libertad, puesto que creo que si, porque de alli à un año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntàr el suceffo de aquel viage. Pues vino à España, respondiò el Cavallero, porque esse Don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sèan dadas à Dios, dixo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo; porque no ay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale à alcançàr la libertad perdida. Y mas replicò el cavallero, que yo sè los fonetos, que mi hermano hizo. Digalos, pues, vuestra merced, dixo el cautivo, que los sabrà dezir mejor que yo. Que me plaze, respondiò el Cavallero, y el de la Goleta dezia affi.



CAPITULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

ALMAS dichosas, que del mortal velo
 Libres y essentas por el bien que obrastes,
 Desde la baxa tierra os levantastes
 A lo mas alto, y lo mejor del Cielo.
 Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,
 De los cuerpos la fuerza exercitastes,
 Que en propia, y fangre agena colorastes
 El mar vezino, y arenoso fuelo.
 Primero que el valor, faltò la vida
 En los cansados braços, que muriendo,
 Con ser vencidos llevan la victoria.
 Y esta vuestra mortal, triste cayda,
 Entre el muro, y el hierro os và adquiriendo
 Fama, que el mundo os dà, y el Cielo gloria.

Deffa mesma manera le sè yo, dixo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el Cavallero, dize assi.

De entre esta tierra esteril derribada,
 Destos terrones por el fuelo echados,
 Las almas fantas de tres mil soldados
 Subièron vivas à mejor morada.
 Siendo primero en vano exercitada

La

La fuerça de sus braços esforçados,
 Hasta que al fin de pocos y cansados,
 Dièron la vida al filo de la espada,
 Y este es el fuelo que continuo ha sido
 De mil memorias lamentables lleno
 En los passados figlos y presentes.
 Mas no mas justas de su duro feno
 Avràn al claro Cielo almas subido,
 Ni aun èl fostuvo cuerpos tan valientes.

No parecièron mal los sonetos, y el cautivo se alegrò con las nuevas que de su camarada le dièron; y prosiguiendo su cuento, dixo:

RENDIDOS, pues, la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dièron orden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedò tal, que no hùvo que poner por tierra; y para hazerlo con mas brevedad, y menos trabajo, la minàron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que avia quedado en pie de la fortificacion nueva, que avia hecho el fratin, con mucha facilidad vino à tierra. En resolucion la armada bolviò à Constantinopla, triunfante, y vencedora, y de alli à pocos meses muriò mi amo el Uchali, al qual llamavan Uchali Fartax, que quiere dezir en Lengua Turquesca. El Renegado Tiñoso, porque lo era; y es costumbre entre los Turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ò de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, porque no ay entre ellos fino quatro apellidos de linages, que contienden en nobleza con la casa Otomana; y los demas,



mas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, ò ya de las virtudes del animo: Y este Tiñoso bogò al remo, siendo esclàvo del gran Señor, catorze años, y à mas de los treynta y quatro de su edad renegò de despecho de que un Turco, estando al remo, le diò un bofetòn, y por poderse vengar, dexò su fè; y fuè tanto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los privados del gran Turco suben, vino à ser Rey de Argel, y despues à ser General de la mar, que es el tercero cargo, que ay en aquel Señorio. Era calabrés de nacion, y moralmente fuè hombre de bien, y tratava con mucha humanidad à sus cautivos, que llegò à tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartièron, como el lo dexò en su testamento, entre el gran Señor (que tambien es hijo Heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus Renegados; y yo cupe à un renegado Veneciano, que siendo gramete de una nave, le cautivò el Uchali, y le quiso tanto, que fuè uno de los mas regalados Garçones suyos; y el vino à ser el mas cruel renegado, que jamas se ha visto. Llamàvase Azanaga, y llegò à ser muy rico, y à ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla, algo contento por estar tan cerca de España, no porque pensàsse escribir à nadie el desdichado suceffo mio, sino por ver si me era mas favorable la fuerte en Argel, que en Constantinopla, donde ya avia provado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo fazon, ni ventura: Y pensava en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto deseava, porque jamas me desamparò la esperança de tener libertad; y
quando

quando en lo que fabricava, pensava, y ponía por obra, no correspondía el suceso à la invencion, luego sin abandonarme, fingia y buscava otra esperanza que me sustentasse, aunque fuèsse debil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ò casa, que los Turcos llaman, *Baño*, donde encièrran los cautivos Christianos, assi los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacen, que es como dezir, cautivos del consejo, que sirven à la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros officios: Y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos Baños, como tengo dicho, suelen llevar à sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate; porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate; que entonces por hazerles que escrivan por èl con mas ahinco, les hazen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitán, puesto que les dixè mi poca posibilidad, y falta de hacienda, no aprovechò nada para que no me pusièssen en el numero de los Cavalleros, y gente de rescate. Pusièronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella; y assi passava la vida en aquel Baño con otros muchos Cavalleros, y gente principal, señalados y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudièra fati-

T O M. II.

A a

garnos



gàrnos à vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigava tanto, como oyr, y ver à cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades, que mi amo usàva con los Christianos. Cada dia ahorcava el fuyo; empalàva à este, y deforejàva à aquel: Y esto por tan poca ocasion, y tan fin ella, que los Turcos conocian, que lo hazia, no mas de por hazerlo, y por fer natural condicion fuya fer homicida de todo el genero humano. Solo librò bien con èl un soldado Español, llamado tal de Saavedra, al qual (con aver hecho cosas, que quedaràn en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcançar libertad) jamas le diò palo, ni se lo mandò dar, ni le dixo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos, que avia de fer empalado, y assi lo temiò el mas de una vez: Y fino fuèra porque el tiempo no da lugar, yo dixèra aora algo de lo que este soldado hizo, que fuèra parte para entreteneros, y admiraros harto mejor, que con el cuento de mi historia.

DIGO, pues, que encima del patio de nuestra prision cayàn las ventanas de la casa de un moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas; y aun estas se cubrian con Zelosias muy espeffas, y apretadas. Acaeciò, pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haziendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estàndo solos (porque todos los demas Christianos avian salido à trabajar) alcè à caso los ojos, y vi, que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienço atado,

y

y la caña se estava blandeando, y moviendose, casi como si hiziera señas que llegásemos à tomarla. Mirámos en ello, y uno de los que conmigo estavan, fuè à ponerse debaxo de la caña por ver si la soltavan, ò lo que hazian; pero assi como llegò, alçaron la caña, y la movieron à los dos lados, como si dixèran, *No*, con la cabeça. Bolviòse el Christiano, y tornaronla à baxar, y hazer los mesmos movimientos, que primero. Fuè otro de mis compañeros, y fucedìle lo mesmo, que al primero. Finalmente fuè el tercero, y avinole lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de provar la suerte, y assi como lleguè à ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y diò à mis pies dentro del Baño. Acudì luego à desatar el lienço, en el qual vi un nudo, y dentro dèl venian diez Zianiys, que son unas monedas de oro baxo, que ùsan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holguè con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fuè tanto el contento, como la admiracion de pensar, de donde podia venirnos aquel bien, especialmente à mi, pues las muestras de no aver querido soltar la caña fino à mi, claro dezian, que à mi se hazia la merced. Tomè mi buen dinero; quebrè la caña; bolvime al terradillo; mirè la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerravan muy aprièssa. Con esto entendimos, ò imaginàmos, que alguna muger, que en aquella casa vivia, nos devia de aver hecho aquel beneficio; y en señal de que lo agradeciàmos, hizimos Zalemas à ùso de moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços sobre el pecho. De alli à poco sacaron por la mesma ven-



tana una pequeña Cruz hecha de cañas, y luego la bolviéron à entrar. Esta señal nos confirmò en que alguna Christiana devia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: Pero la blancura de la mano, y las Axorcas, que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento; puesto que imaginamos, que devia de ser Christiana renegada, à quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus mesmos amos; y aun lo tienen à ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lexos de la verdad del caso; y assi todo nuestro entretenimiento desde alli adelante era mirar, y tener por norte à la ventana donde nos avia aparecido la Estrella de la caña: Pero bien se pasaron quinze dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda folicitud saber, quien en aquella casa vivia, y si avia en ella alguna Christiana renegada, jamas huvò quien nos dixesse otra cosa, sino que alli vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato. Alcayde que avia sido de la Pata, que es officio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas descuydados estavamos de que por alli avian de llover mas Zianiys, vimos à deshora parecer la caña, y otro lienço en ella con otro nudo mas crecido; y esto fuè à tiempo que estava el baño como la vez primera, solo, y sin gente. Hizimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estavamos, pero à ninguno se rindiò la caña sino à mi, porque en llegando yo, la dexaron caer. Desatè el nudo, y hallè quarenta escudos de oro Españoles, y un papel escrito en Aràbigo, y al cabo de lo escrito, hecha

cha una grande Cruz. Besè la Cruz; tomè los escudos; bolvime al terrado; hizimos todas nuestras Zalemas; tornò à parecer la mano; hize señas que leeria el papel; cerraron la ventana; y quedamos todos confusos, y alegres con lo sucedido: Y como ninguno de nosotros entendia el Arabigo, era grande el deseò que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyèsse. En fin yo me determinè de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se avia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligavan à guardar el secreto que le encargassè: Porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de bolverse à tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien à Christianos, y que lleva deseò de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay que procuran estas fees con buena intencion: Otros se firven dellas à caso, y de industria; que viniendo à robar à tierra de Christianos, si à dicha se pierden, ò los cautivan, sacan sus firmas, y dicen, que por aquellos papeles se verà el proposito con que venian, el qual era de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y quando ven la fuya, se buelven à berberia à ser lo que antes eran. Otros ay que usan destes papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues uno de los renegados que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de

de todos nuestros camaradas, donde le acreditávamos quanto era posible; y si los Moros le hallàran estos papeles, le quemàran vivo. Sùpe, que sabia muy bien Arabigo, y no solamente hablarlo, fino escribirlo: Pero antes que del todo me declaràsse con el, le dixè, que me leyèsse aquel papel, que à caso avia hallado en un agujero de mi rancho. Abriòle, y estùvo un buen espacio miràndole, y construyèndole, murmurando entre los dientes. Preguntèle, si lo entendia? Dixome, que muy bien; y que si queria que me lo declaràsse palabra por palabra, que le dièsse tinta y pluma porque mejor lo hizicèsse. Dimosle luego lo que pedia, y el poco à poco lo fuè traduziendo, y en acabando, dixo: Todo lo que vè aqui en Romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco; y hase de advertir, que adonde dize *Lela Marien*, quiere dezir *Nuestra Señora la Virgen Maria*. Leymos el papel y dezia assi.

QUANDO yo era niña, tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de *Lela Marien*. La Christiana murió, y yo sè, que no fuè al fuègo, fino con Alà, porque despues la vè dos vezes, y me dixo, que me fuèsse à tierra de Christianos à ver à *Lela Marien*, que me queria mucho. No sè yo como vaya: Muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido Cavallero fino tu. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu, si puedes hazer como nos vamos, y feràs alli mi marido, si quisières; y fino quisières, no se me darà nada, que *Lela Marien* me darà con quien me case. Yo escriví esto: Mira à quien lo das à leer:

leer: No te fies de ningun Moro porque son todos Marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisièra que no te descubrièras à nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà luego en un poço, y me cubrirà de piedras. En la caña pondrè un hilo, àta alli la respuesta, y fino tienes quien te escriba Arabigo, dímelo por señas, que *Lela Marien* harà, que te entienda. Ella, y Ala te guarden, y essa Cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautiva.

MIRAD, señores, si era razon, que las razones deste papel nos admiràssen; y alegràssen y assi lo uno y lo otro fuè de manera, que el Renegado entendiò, que no à caso se avia hallado aquel papel, fino que realmente à alguno de nosotros se avia escrito: Y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechàva, que nos fiàssimos del, y se lo dixèssimos; que el aventuraria su vida por nuestra libertad: Y diziendo esto, facò del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen representava, en quien el, aunque pecador, y malo, bien y fielmente creyà, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisièssimos descubrirle; porque le parecia, y casi adivinava, que por medio de aquella, que aquel papel avia escrito, avia el y todos nosotros de tener libertad, y verse el en lo que tanto deseava, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estava dividido, y apartado por su Ignorancia y pecado. Con tantas lagrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el Renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso; y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostràmosle

mosse la ventanilla por donde parecia la caña ; y el marcò desde alli la casa, y quedò de tener especial, y gran cuydado de informarse, quien en ella vivia. Acordàmos assi mesmo, que seria bien responder al billete de la Mora, y como teniamos quien lo supiesse hazer, luego al momento el renegado escriviò las razones, que yo le fuè notando, que puntualmente fuèron las que dirè ; porque de todos los puntos sustanciales, que en este suceffo me acontecièron, ninguno se me hà ido de la memoria, ni aun se me irà en tanto que tuviere vida. En efeto lo que à la Mora se le respondiò, fuè esto.

EL verdadero Alà te guarde, Señora mia, y aquella bendita *Marien*, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçon, que te vayas à tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruègale tu, que se sirva de darte à entender, como podràs poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si harà. De mi parte y de la de todos estos Christianos, que estàn conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudièremos hasta morir. No dexes de escrivirme, y avisarme lo que pensares hazer, que yo te responderè siempre ; que el grande Ala nos ha dado un Christiano cautivo, que sabe hablar y escrivir tu lengua tan bien, como lo veràs por este papel: Assi que sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisières. A lo que dizes, que si fuères à tierra de Christianos, que has de fer mi muger, yo te lo prometo como buen Christiano ; y sabe, que los Christianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Ala y *Marien* su madre sèan en tu guarda, Señora mia.

ESCRITO

ESCRITO y cerrado este papel, aguardè dos dias à que estuvièsse el baño solo, como solia, y luego salì al passò acostumbrado del Terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardò mucho en affomar. Assi como la vi, aunque no podia ver quien la ponìa, mostrè el papel, como dando à entender, que pusièssen el hilo ; pero ya venìa puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli à poco tornò à parecer nuestra estrella con la blanca vanderà de paz del atadillo. Dexàronla caer, y alcèla yo, y hallè en el paño en toda fuerte de moneda de plata y de oro mas de cinquenta escudos, los quales cinquenta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmàron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche bolviò nuestro Renegado, y nos dixo, que avia sabido, que en aquella casa vivia el mesmo Moro, que à nosotros nos avian dicho, que se llamava Aguimorato, riquissimo por todo estremo, el qual tenia una sola hija heredera de toda su hazienda ; y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia ; y que muchos de los virreyes que alli venian, la avian pedido por muger, y que ella nunca se avia querido casar : Y que tambien supò, que tuvo una christiana cautiva, que ya se avia muerto. Todo lo qual concertàva con lo que venìa en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en que orden se tendria para sacar à la Mora, y venirnos todos à tierra de christianos ; y en fin se acordò por entonces, que esperàssemos el aviso segundo de Zorayda, que assi se llamava la que aora quiere llamàrse Maria : Porque bien vimos, que ella, y no otra alguna era la que avia de dar medio à todas aquellas dificultades. Despues



que quedàmos en esto, dixo el Renegado, que no tuvièssèmos pena, que el perderìa la vida, ò nos pondria en libertad. Quatro dias estùvo el baño con Gente, que fuè ocasion, que quatro dias tardàsse en parecer la caña; al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienço tan preñado, que un felicissimo parto prometia. Inclinòse à mi la caña y el lienço: Hallè en èl otro papel, y cien escudos de oro sin otra moneda alguna: Estàva alli el Renegado: Dìmosle à leer el papel dentro de nuestro Rancho, el qual dixo, que assi dezia.

Yo no sè, mi señor, como dar orden que nos vàmòs à España, ni *Lela Marien* me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá hazer es, que yo os darè por esta ventana muchissimos dineros de oro: Rescatàos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de christianos, y compre allà una barca, y buelva por los demas, y à mi me hallaràn en el Jardin de mi padre, que està à la puerta de babazon, junto à la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre, y con mis criados. De alli de noche me podrèys sacar sin miedo, y llevarme à la barca. Y mira que has de fer mi marido, porque fino yo pedirè à Marien que te castigue. Sino te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tu, y vè, que yo sè, que bolveràs mejor que otro, pues eres cavallero y Christiano. Procùra saber el Jardin: y quando te passèes por ay, fabrè que està solo el baño, y te darè mucho dinero. Alà te guarde, señor mio.

Esto dezia y contenia el segundo papel; lo qual visto por todos, cada uno se ofreciò à querer fer el rescatado, y
 prometió

prometiò de ir y bolver con toda puntualidad; y tambien yo me ofrecì 'à lo mismo: A todo lo qual se opùso el Renegado, diziendo, que en ninguna manera consentirìa que ninguno salièsse de libertad hasta que fuèssen todos juntos; porque la experiencia le avia mostrado, quan mal cumplan los libres las palabras que davan en el cautiverio; porque muchas vezes avian ùsado de aquel remedio algunos Principales cautivos, rescutando à uno que fuèsse à Valencia, ò Mallorca con dineros para poder armar una barca, y bolver por los que le avian rescutado, y nunca avian buuelto; porque la libertad alcançada, y el temor de bolver à perderla, les borràva de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos dezia, nos contò brevemènte un caso, que casi en aquella mesma fazon avia acaecido à unos Cavalleros Christianos, el mas estraño, que jamas sucediò en aquellas partes, donde à cada passo succeden cosas de grande espanto y de admiracion. En efeto el vino à dezir, que lo que se podìa, y devìa hazer era, que el dinero que se avìa de dar para rescatar al Christiano, que se le dièsse à el para comprar alli en Argel una barca con achaque de hazerse Mercader, y tratante en tetuan, y en aquella costa; y que siendo el señor de la barca, facilmente se darìa traça para sacarlos del baño, y embarcarlos à todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, dava dineros para rescatarlos à todos; que estando libres, dixo el, era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia; y que la dificultad que se ofrecìa mayor era, que los Moros no confiènten, que Renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso; por-

B b 2

que



que se temen, que el que compra barca, principalmente si es Español, no la quiere fino para irse à tierra de Christianos: Pero que el facilitaria este inconveniente con hazer, que un Moro Tagarino fuèse à la parte con el en la compra de la barca, y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra el vendria à ser señor de la barca, con que dava por acabado todo lo demas. Y puesto que à mi y à mis camaradas nos avia parecido mejor lo de embiar por la barca à Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradzirle, temerosos, que fino haziamos lo que dezia, nos avia de descubrir, y poner à peligro de perder las vidas, si descubrièsse el trato de Zorayda, por cuya vida dièramos todas las nuestras; y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mesmo punto se le respondiò à Zorayda, diziendole, que hariamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo avia advertido tan bien, como si *Lela Marien* se lo huviere dicho; y que en ella sola estava dilatar aquel negocio, ò ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto otro dia, que acaeciò estar solo el baño, en diversas vezes, con la caña y el paño nos diò dos mil escudos de oro, y un papel, donde dezia, que el primer Juma, que es el Viernes, se iba al Jardin de su padre, y que antes que se fuèsse nos daria mas dinero: Y que si aquello no bastasse, que se lo avisassemos, que nos daria quanto le pidièssemos; que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca. Con ochocientos me rescate yo, dando el dinero à un mercader

Valen-

Valenciano, que à la fazon se hallava en Argel, el qual me rescate del Rey, tomàndome sobre su palabra, dándola, de que con el primer baxel, que vinièsse de Valencia, pagaria mi rescate; porque si luego dièra el dinero, fuèra dar sospechas al Rey, que avia muchos dias que mi rescate estàva en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo avia callado. Finalmènte mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atrevi à que luego se desembolsasse el dinero. El Jueves antes del viernes, que la hermosa Zorayda se avia de ir al Jardin, nos diò otros mil escudos, y nos avisò de su partida, rogàndome, que si me rescataèsse, supiese luego el Jardin de su padre, y que en todo caso buscasse ocasion de ir allà, y verla. Respondièle en breves palabras, que assi lo haria, y que tuvièsse cuydado de encomendarnos à *Lela Marien* con todas aquellas oraciones, que la cautiva la avia enseñado. Hecho esto, dièron orden en que los tres compañeros nuestros se rescataèssen, por solicitar la salida del baño; y porque vièndome à mi rescatado, y à ellos no (pues avia dinero) no se alborotàssen, y les persuadièsse el Diabolo, que hizièssen alguna cosa en perjuizio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esto no quise poner el negocio en aventura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescate, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza, y seguridad pudièsse hazer la fianza; al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que avia.

CAPL



CAPITULO XLI.

Donde toda via prosigue el cautivo su suceso.

NO se pasaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treynta personas; y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, un viage à un lugar, que se llamava Sargel, que està treynta leguas de Argel hàzia la parte de Oran, en el qual ày mucha contratacion de higos passios. Dos ò tres vezes hizo este viage en compaña del Tagarino que avia dicho. Tagarinos llaman en Berberia à los Moros de Aragon; y à los de Granada Mudajares; y en el Reyno de Fez llaman à los Mudajares, Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se firme en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasava con su barca, dava fondo en una caleta, que estava no dos tiros de ballesta del Jardin donde Zorayda esperava; y alli muy de proposito se ponía el Renegado con los Morillos que bogavan el remo, ò ya à hazer la Zalà, ò à como por enfayarse de burlas à lo que pensava hazer de veras; y assi se iba al Jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la dava sin conocelle: Y aunque el quifièra hablar à Zorayda, como el despues me dixo, y dezille, que el era el que por orden mia la avia de llevar à tierra de Christianos; que estuvièsse contenta y segura; nunca le fuè possible porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro ni Turco, fino es que su marido, ò padre se lo manden. De Christianos cautivos se dexan tratar, y comunicàr, aun mas de
aquello

aquello que sería razonable ; y à mi me huvièra pesado, que el la huvièra hablado ; que quiçà la alborotàra, viendo que fu negocio andava en boca de Renegados. Pero Dios, que lo ordenàva de otra manera, no diò lugar al buen desèo que nuestro Renegado tenia, el qual, viendo quan seguramente iba y venia à Sargel, y que dava fondo quando, como, y adonde queria, y que el Tagarino fu compañero no tenia mas voluntad de lo que la fuya ordenàva, y que yo estàva ya rescitado, y que solo faltàva buscar algunos Christianos que bogàssen al Remo ; me dixo, que miràsse yo quales queria tener conmigo, fuèra de los rescitados, y que los tuvièsse hablados para el primer viernes, donde tenia determinado, que fuèsse nuestra partida. Viendo esto, hablè à doze Españoles, todos valientes, hombres de remo y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad ; y no fuè poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estàvan veynte baxeles en corso, y se avian llevado toda la gente de remo ; y estos no se hallàran, fino fuèra que su amo se quedò aquel verano fin ir en corso à acabar una Galeota, que tenia en astillero : A los quales no les dixè otra cosa, fino que el primer viernes en la tarde se salièssen uno à uno disimuladamente, y se fuèssen la buelta del jardin de Agumorato, y que alli me aguardàssen, hasta que yo fuèsse. A cada uno diè este aviso de por sí, con orden, que aunque alli vièssen otros Christianos, no les dixèssen fino que yo les avia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltàva hazer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar à Zorayda en el punto que estàvan los negocios para que estuvièsse apercebida, y
sobre

sobre aviso, que no se sobrefaltàsse, si de improviso la afaltàssemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia bolver. Y assi determinè de ir al Jardin, y ver si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yervas, un dia antes de mi partida fuè allà, y la primera persona con quien encontrè, fuè con su padre, el qual me dixo en lengua, que en toda la Berberia, y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, fino una Mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendèmos. Digo, pues, que en esta manera de language me preguntò, que que buscava en aquel su Jardin, y de quien era? Respondile, que esclavo de Arnaut Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandissimo amigo fuyo) y que buscava de todas yervas para hazer ensalada. Preguntòme por el configuiente, si era hombre de rescate, ò no? Y que quanto pedia mi amo por mi? Estàndo en estas preguntas y respuestas saliò de la casa del Jardin la bella Zorayda, la qual ya avia mucho, que me avia visto: Y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse à los Christianos, ni tampoco se esquivan (como ya he dicho) no se le diò nada de venir à donde su padre conmigo estava; antes luego, quando su padre viò que venia de espacio, la llamò, y mandò, que llegàsse. Demasiada cosa sería dezir yo aora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò à mis ojos: Solo dirè, que mas perlas pendian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de sus pies,
que

que descubiertas à su usança traÿa, traÿa dos carcaxes (que assi se llaman las manillas, ò axorcas de los pies en Morisco) de purissimo oro con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimava en diez mil doblas; y las que traÿa en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas; porque la mayor gala, y bizarría de las Moras es, adornarse de ricas perlas y aljófar: Y assi ay mas perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demas naciones; y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel avia; y de tener assi mismo mas de dozientos mil escudos Españoles, de todo lo qual era Señora esta, que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ò no, por las reliquias, que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar, qual devia de ser en las prosperidades: Porque ya se sabe, que la hermosura de algunas mugeres tiene días y fazones, y requiere accidentes para disminuirse, y acrecentarse; y es natural cosa, que las passiones del animo la levanten, ò baxen, puesto que las mas vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces llegò en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, ò à lo menos à mi me pareció serlo la mas que hasta entonces avia visto. Con esto viendo las obligaciones en que me avia puesto, me parecia que tenia delante de mi una deidad del Cielo, venida à la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegò, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami, y que venia à buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo

T O M. II.

C c

dicho,



dicho, me preguntò, si era Cavallero, y que era la causa que no me rescataua? Yo le respondi, que ya estava rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimava, pues avia dado por mi, mil y quinientos Zoltamis: A lo qual ella respondiò: En verdad que si fuèras de mi padre, que yo hiziera que no te dièra por otros dos tantos; porque vosotros Christianos siempre mentis en quanto dezis, y os hazèys pobres por engañar à los Moros. Bien podria ser esso, señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratarè con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana, creo yo, dixè; porque està aqui un baxel de Francia, que se haze mañana à la vela, y pienso irme con èl. No es mejor, replicò Zorayda, esperar à que vengan baxeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondi yo, aunque si como ay nuevas, que viene ya un baxel de España, es verdad, toda via yo le aguardarè, puesto que es mas cierto el partirme mañana; porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dexarà esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. Deves de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por esso desseas ir à verte con tu muger? No soy, respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allà. Y es hermosa la dama à quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecello, y dezirte la verdad, se parece à ti mucho. Desto se riò muy de veras su padre, y dixo: *Guala* Christiano, que deve ser muy hermosa

hermosa si se parece à mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno: Sino mirala bien, y veràs como te digo verdad. Servianos de interprete à las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda, como mas ladino; que aunque ella hablava la bastarda lengua, que, como he dicho, alli se ùsa, mas declarava su intencion, por señas, que por palabras.

ESTANDO en estas, y otras muchas razones, llegó un Moro corriendo, y dixo à grandes voces, que por las bardas, ò paredes del Jardin avian saltado quatro Turcos, y andavan cogiendo la fruta, aunque no estàva madura. Sobresaltòse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda; porque es comun y casi natural el miedo que los Moros à los Turcos tienen, especialmente à los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros, que à ellos estàn fugetos, que los tratan peor que si fuèssen esclavos suyos. Digo, pues, que dixo su padre à Zorayda: hija, retirate à la casa, y encièrrate en tanto que yo voy a hablar à estos canes; y tu, Christiano, busca tus yervas, y vete en buen hora, y llèvete Alà con bien à tu tierra. Yo me inclinè, y el se fuè à buscar los Turcos, dexàndome solo con Zorayda, que començò à dar muestras de irse à donde su padre le avia mandado. Pero à penas el se encubrió con los arboles del Jardin, quando ella se bolviò à mi, llenos los ojos de lagrimas, y me dixo: *Amexi* Christiano, *Amexi*, que quiere dezir: Vaste, Christiano, vaste? Yo le respondi, señora si, pero no, en ninguna manera sin ti. El primero Juma me aguarda, y no te sobrefaltes quando nos veas, que sin duda alguna irèmos à tierra de Christi-



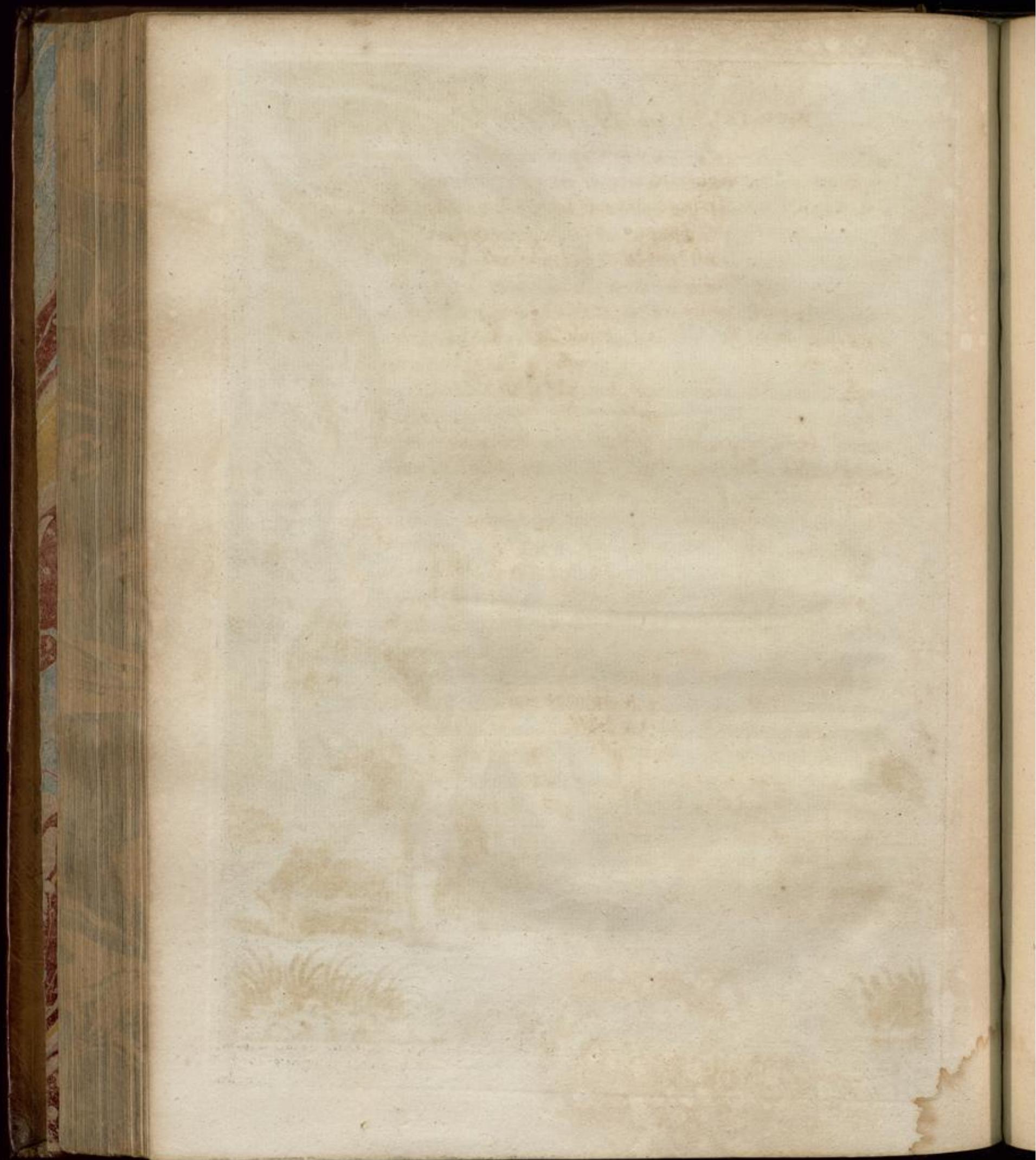
anos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendió muy bien à todas las razones que entrambos passamos: Y echàndome un brazo al cuello, con desmayados passos comenzó à caminar hàzia la casa: Y quiso la fuerte (que pudièra ser muy mala si el Cielo no lo ordenàra de otra manera) que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, fu padre, que ya bolvia de hazer ir à los Turcos, nos viò de la fuerte y manera, que ivamos, y nosotros vimos, que el nos avia visto. Pero Zorayda advertida, y discreta no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas à mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales, y muestras, que se desmayava: Y yo ansimismo di à entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo à donde estàvamos, y viendo à su hija de aquella manera, le preguntò, que que tenia? Pero como ella no le respondièse, dixo su padre: Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destes canes se ha desmayado; y quitàndola del mio, la arrimò à su pecho: Y ella dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lagrimas, bolviò à dezir: *Amexi* Christiano, *Amexi*. Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondiò. No importa, hija, que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos yà son idos: No te sobrefalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre; pues como ya te he dicho, Los Turcos à mi ruego se bolvièron por donde entraron. Ellos, Señor, la sobrefaltaron, como has dicho, dixe yo à su padre: Mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre. Quèdate en paz, y con tu
licencia



*In: Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 196.*

Ger. Vanderlucht Sculp.





licencia bolverè, si fuere menester, por yervas à este Jardin; que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para enfalada, que en èl. Todas las que quisières, podràs bolver, respondiò Aguimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enojavan, sino que por dezir, que los Turcos se fuèssen, dixo que tu te fuèsses; ò porque ya era hora que buscàsses tus yervas. Con esto me despedì al punto de entrambos, y ella arrancàndosele el alma, al parecer, se fuè con su padre. Y yo con achaque de buscar las yervas, rodeè muy bien, y à mi plazer todo el Jardin. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio.

HECHO esto, me vine, y di cuenta de quanto avia passado al Renegado, y à mis compañeros: Y yà no veya la hora de verme gozar sin sobresalto del bien, que en la hermosa, y bella Zorayda la fuerte me ofrecia. En fin el tiempo se passò, y se llegò el dia, y plazo de nosotros tan deseado: Y figuiendo todos el orden, y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes aviamos dado, tuvimos el buen suceso que deseavamos: Porque el viernes que se figuiò al dia que yo con Zorayda hablè en el Jardin, Morrenago (que assi se llamava el renegado) al anocherer diò fondo con la barca casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estava. Yà los Christianos que avian de bogar el remo, estava prevenida, y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estava suspensos, y alborozados aguardàndome, deseosos ya de embestir con el baxel, que à los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto
del



del Renegado, fino que pensàvan, que à fuerça de braços avian de aver, y ganar la libertad, quitando la vida à los Moros, que dentro de la barca estàvan. Sucedió, pues, que assi como yo me mostrè, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vièron, se vinièron llegando à nosotros. Esto era ya à tiempo que la ciudad estàva ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos, si ferìa mejor ir primero por Zorayda, ò rendir primero à los Moros vagarinos, que bogavan al remo en la barca. Y estando en esta duda, llegò à nosotros nuestro Renegado, dizièndonos, que en que nos deteniàmos, que ya era hora, y que todos fus Moros estàvan descuydados, y los mas dellos durmiendo. Diximosle en lo que reparàvamos, y el dixo, que lo que mas importava era, rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zorayda. Pareciònos bien à todos lo que dezia; y assi sin detènernos mas, haziendo el la guìa, llegamos al baxel, y saltando el dentro primero, metiò mano a un alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aqui, si no quiere que le cueste la vida. Ya à este tiempo avian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera à su Arraez, quedàronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano à las armas (que pocas, ò casi ningunas tenian) se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando à los Moros, que si alçàvan por alguna via, ò manera la voz, que luego al punto los passarian todos à cuchillo.

Hecho

Hecho ya esto, quedàndose en guarda dellos la mitad de los nuestros, los que quedàvamos, hazièndonos assimismo el Renegado la guia, fuÿmos al Jardin de Aguimorato; y quiso la buena fuerte, que llegando à abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad, como si cerrada no estuvièra; y assi con gran quietud, y silencio llegàmos à la casa sin fer sentidos de nadie. Estàva la bellissima Zorayda aguardàndonos à una ventana; y assi como sintiò gente, preguntò con voz baxa, si eramos *Nazarani*, como si dixèra, ò preguntàra, si eramos Christianos? Yo le respondi, que si, y que baxàsse. Quando ella me conociò, no se detuvo un punto, porque sin respondèrme palabra, baxò en un instante, abrió la puerta, y mostròse à todos tan hermosa, y ricamente vestida, que no lo acierto à encarecer. Luego que yo la vi, le tomè una mano, y la comencè à besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas; y los demas que el caso no sabian, hizieron lo que vièron que nosotros haziamos; que no parecia, sino que le dàvamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El Renegado le dixo en lengua morisca, si estàva su padre en el Jardin? Ella respondiò que si, y que dormia. Pues serà menester despertarle, replicò el Renegado, y llevarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso Jardin. No, dixo ella, à mi padre no se ha de tocar en ningun modo; y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo llèvo, que es tanto, que bien avrà para que todos quedèys ricos, y contentos; y esperàos un poco y lo verèys. Y diziendo esto se bolviò à entrar, diziendo, que muy presto bolverìa, que nos estuvièssemos quedos sin hazer ningun ruydo.



ruydo. Preguntèle al Renegado lo que con ella avia passado: El qual me lo contò; à quien yo dixè, que en ninguna cosa se avia de hazer mas de lo que Zorayda quisièsse: La qual ya bolvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que à penas los podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintièsse el ruydo que andava en el Jardin, y assomandose à la ventana luego conociò, que todos los que en èl estavan, eran Christianos; y dando muchas, grandes, y desafortadas voces, començò à dezir en Aràbigò: Christianos, Christianos, Ladrones, Ladrones; por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima, y temerosa confusion. Pero el Renegado, viendo el peligro en que estavamos, y lo mucho que le importava salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandissima presteza subió donde Aguimorato estava, y juntamente con el fuèron algunos de nosotros; que yo no osè desamparar à Zorayda, que como desmayada se avia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron, se dièron tan buena maña, que en un momento baxaron con Aguimorato, trayèndole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dexava hablar palabra, amenazàndole, que el hablarla le avia de costar la vida. Quando su hija le viò, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quan de su voluntad se avia puesto en nuestras manos: Mas entonces siendo mas necessarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella avian quedado, nos esperavan temerosos de algun mal suceso nuestro. A penas serian dos horas passadas de la noche, quando ya
estavamos

estávamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca; pero tornòle à dezir el Renegado, que no hablàsse palabra; que le quitarían la vida. El como viò alli à su hija, començò à suspirar ternísimamente; y mas quando viò, que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defenderse, quejarfe, ni esquivarse, se estàva queda: Pero con todo esto callava, porque no pusièssen en efeto las muchas amenazas, que el Renegado le hazia. Vièndose, pues, Zorayda ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua; y viendo alli à su padre, y à los demas moros que atados estàvan, le dixo al Renegado, que me dixièsse, le hizièsse merced de foltar à aquellos Moros, y dar libertad à su padre; porque antes se arrojaría en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa fuya llevar cautivo à un padre, que tanto la avia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondì, que era muy contento; pero el respondiò, que no convenia, à causa que si alli los dexavan, apellidarían luego la tierra, y alborotarían la ciudad, y ferían causa que salièssen à buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomàssen la tierra y la mar de manera, que no pudièssimos escaparnos: Que lo que se podría hazer era, darles libertad en llegando à la primera tierra de Christianos. En este parecer venimos todos, y Zorayda (à quien se le diò cuenta de las causas que nos movían à no hazer luego lo que queria) tambien se fatisfizo; y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomò su remo, y començamos, encomendándonos à Dios de todo coraçon, à navegar la buelta de las Islas de Mallorca,

T o m. II.

D d

que



que es la tierra de Christianos mas cercana : pero a causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fuè possible seguir la derrota de Mallorca, y fuènos forçoso dexarnos ir tierra à tierra la buelta de oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel : Y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna Galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por si, y por todos juntos presumiamos, de que si se encontrava Galeota de mercancia, como no fuèssen de las que andan en Corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel, donde con mas seguridad pudièssimos acabar nuestro viage. Iva Zorayda, en tanto que se navegava, puesta la cabeça entre mis manos por no ver à su padre, y sentia yo que iba llamando à *Lela Marien*, que nos ayudasse.

BIEN avriamos navegado treynta millas, quando nos amaneciò como tres tiros de arcabuz desviadòs de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubrièsse ; pero con todo esso nos fuymos à fuerça de braços entrando un poco en la mar, que ya estàva algo mas sosegada ; y aviendo entrado casi dos leguas, diòse orden, que se bogasse à quarteles en tanto que comiamos algo, que iba bien proveyda la barca ; puesto que los que bogavan, dixeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno : Que les dièssen de comer los que no bogavan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose assi, y en esto comencò à soplar un viento largo, que nos obligò à hazer luego vela, y à dexar el remo, y endereçar à Oran, por no
fer

fer possible hazer otro viage. Todo se hizo con mucha prefeza, y assi à la vela navegamos por mas de ocho millas por hora sin llevar otro temor alguno, fino el de encontrar con baxel que de Corso fuèsse. Dimos de comer à los moros vagarinos, y el Renegado los consolò, dizièndoles, como no ivan cautivos, que en la primera ocasion les dariàn libertad; y lo mismo dixo al padre de Zorayda, el qual respondiò: Qualquiera otra cosa pudièra yo creer y esperar de vuestra liberalidad y buen termino, ô Christianos; mas el darme libertad, no me tengays por tan simple, que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela, para bolvèrmela tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el intereffe que se os puede seguir de dàrmela, el qual intereffe, si le quereys poner nombre, desde aqui os ofrezco todo aquello que quisièredes por mi, y por essa desdichada hija mia, ò fino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començò à llorar tan amargamente, que à todos nos moviò à compassion, y forçò à Zorayda, que le miràsse, la qual, vièndole llorar, assi se enterneciò, que se levantò de mis pies, y fuè à abraçar à su padre, y juntando su rostro con el fuyo, començaron los dos tan tierno Llanto, que muchos de los que alli ivamos, le acompañamos en el: Pero quando su padre la viò adornada de fiesta, y con tantas Joyas sobre si, le dixo en su lengua: Que es esto hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucedièsse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caseros vestidos; y aora sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin averte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte, y pulirte, te veo



compuesta con los mejores vestidos, que yo supe, y pude darte quando nos fuè la ventura mas favorable? Respòndeme à esto, que me tiene mas suspenso y admirado, que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro dezia à su hija, nos lo declarava el Renegado; y ella no le respondia palabra: Pero quando el viò à un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus Joyas, el qual fabia el bien, que le avia dexado en Argel, y no traydole al Jardin, quedò mas confuso, y preguntòle, que como aquel cofre avia venido à nuestras manos? Y que era lo que venia dentro? A lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondièsse, le respondiò: No te canfes, Señor, en preguntar à Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te fatisfarè a todas; y assi quiero que sepas, que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiverio. Ella va aqui de su voluntad tan contenta, à lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas à la luz, de la muerte à la vida, y de la pena à la gloria. Es verdad lo que este dize, hija? dixo el Moro. Assi es, respondiò Zorayda. Que en efeto, replicò el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto à su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondiò Zorayda: La que es Christiana yo soy, pero no la que te ha puesto en este punto; porque nunca mi desseo se estendiò à dexarte, ni à hazerte mal, fino à hazerme à mi bien. Y que bien es el que te has hecho, hija? replicò el padre. Esto, respondiò ella, preguntafelo tu à *Lela Marien*, que ella te lo fabrà dezir mejor, que no yo.

APENAS



APENAS hùvo oydo esto el Moro, quando con una increyble presteza se arrojò de cabeça en la mar, donde sin ninguna duda se ahogàra, si el vestido largo, y embrazoso que traÿa, no le entretuvièra un poco sobre el agua. Diò voces Zarayda, que le facàssen, y assi acudimos luego todos, y asièndole de la Almalafa, le facàmos medio ahogado, y sin sentido, de que recibìò tanta pena Zorayda que como si fuèra yà muerto, hazia sobre el un tierno y doloroso llanto. Bolvìmosle boca à baxo; bolviò mucha agua; tornò en sí al cabo de dos horas, en las quales, avièndose trocado el viento, nos convino bolver hazia tierra, y hazer fuerça de remos por no enbestir en ella: Mas quiso nuestra buena fuerte, que llegàmos à una cala, que se haze al lado de un pequeño promontorio, ò cabo, que de los Moros es llamado, *el de la Cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere dezir, la *mala Muger Christiana*; y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar està enterada la cava por quien se perdiò España; porque *Cava* en su lengua quiere dezir *muger mala*; y *Rumia, Christiana*: Y aun tienen por mal aguero llegar alli à dar fondo quando la necesidad les fuerça à ello, porque nunca le dan sin ella; puesto que para nosotros no fuè abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio segun andava alterada la mar. Pusìmos nuestras centinelas en tierra, y no dexàmos jamas los remos de las Manos: Comimos de lo que el Renegado avia proveydo, y rogàmos à Dios, y à nuestra Señora de todo nuestro coraçon, que nos ayudàssen y favorecièssen, para que facilmente dièssen fin à tan dichofo principio. Diòse orden a suplicacion de Zorayda, como echàsse-

echàssemos en tierra à su padre y à todos los demas Moros, que alli atados venian, porque no le bastàva el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado à su padre, y à aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar, que era despoblado. No fuèron tan vanas nuestras oraciones, que no fuèssen oydas del Cielo, que en nuestro favor luego bolviò el viento, tranquilo el mar, combidàndonos à que tornàssemos alegres à proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto, desatamos à los Moros, y uno à uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando à desembarcar al padre de Zorayda, que ya estàva en todo su acuerdo, dixo: Porque pensays, Christianos, que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? No por cierto, sino que lo haze por el estorvo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos desèos: Ni penseys, que la ha movido à mudar Religion, entender ella, que la vuestra à la nuestra se aventaja, sino el saber, que en vuestra tierra se ùsa la dehonestidad mas libremente, que en la nuestra: Y bolvièndose à Zorayda (tenièndole yo, y otro Christiano de entrambos braços afido, porque algun desatino no hizièsse) le dixo: O infame moça, y mal aconsejada Muchacha! A donde vas ciega y desatinada en poder destes Perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendrè, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba termino de no acabar tan presto, di priessa à ponelle
en

en tierra, y desde alli à voces profiguiò en sus maldiciones, y lamentos, rogando à Mahoma, rogàsse à Alà, que nos destruyèsse, confundièsse, y acabàsse: Y quando por avernos hecho à la vela, no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarfe las barbas, melsàrfe los cabellos, y arrastrarfe por el suelo: Mas una vez esforçò la voz de tal manera, que pudimos entender que dezia: Buelve, amada hija: Buelve à tierra, que todo te lo perdòno: Entrega à estos hombres esse dinero que ya es fuyo, y buelve à consolar à este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexarà la vida, si tu le dexas. Todo lo qual escuchava Zorayda, y todo lo sentia, y llorava, y no supo dezille, ni respondelle palabra, fino: Plega à Ala, padre mio, que *Lela Marien*, que ha sido la causa de que yo sèa Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alà sabe bien, que no pude hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deven nada à mi voluntad, pues aunque quisièra no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuèra imposible, segun la prièssa que me dava mi alma à poner por obra esta, que à mi me parece tan buena, como tu, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo à tiempo, que ni su padre la oyà, ni nosotros ya le veyamos: Y assi consolando yo à Zorayda, atendimos todos à nuestro viage, el qual nos facilitàva el propio viento de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: Mas como pocas vezes, ò nunca viene el bien puro, y fenzillo, sin ser acompañado, ò seguido de algun mal que le turbe, ò sobrefalte, quiso nuestra ventura, ò quiçà las maldiciones que el Moro à su
hija

hija avia echado (que siempre se han de temer de qualquier padre que sean :) quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto à baxo, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitava del trabajo de averlos menester; con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco à orça el timon, delante de nosotros atravesava, y esto tan cerca, que nos fuè forçoso amaynar por no embestirle; y ellos assi mesmo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos. Avianse puesto à bordo del baxel à preguntarnos, quien eramos, adonde navegavamos, y de donde veniamos? Pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno responda; porque estos sin duda son Cofarros franceses, que hazen à toda ropa. Por este advertimiento, ninguno respondiò palabra; y aviendo passado un poco delante, que ya el baxel quedava sotavento, de improvviso soltaron dos pieças de artilleria, y à lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro arbol por medio, y dièron con èl, y con la vela en la mar; y al momento disparando otra pieça, vino à dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la obriò toda sin hazer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir à fondo, començamos todos à grandes voces à pedir socorro, y à rogar à los del baxel, que nos acogiesen, porque nos anegavamos. Amaynaron entonces, y echando el esquiife, ò barca à la mar, entraron en èl hasta doze Franceses bien armados con sus arcabuzes y cuerdas encendidas, y assi llegaron

llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia, nos recogieron, diziendo, que por aver usado de la descortesia de no respondelles, nos avia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomò el cofre de las riquezas de Zorayda, y diò con èl en la mar fin que ninguno echasse de ver lo que hazia. En resolucion todos passamos con los Franceses, los quales, despues de averse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, y à Zorayda le quitaron hasta los Carcaxes que traÿa en los pies; pero no me dava à mi tanta pesadumbre la que à Zorayda davan, como me la dava el temor que tenia, de que avian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas Joyas, al quitar de la Joya que mas valia, y ella mas estimava: Pero los desseos de aquella gente no se estendièron à mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia; la qual entonces llegò à tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran. Hùvo parecer entre ellos de que à todos nos echaran à la mar embueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones; y si nos llevavan vivos, serian castigados, siendo descubierto su hurto: Mas el Capitan, que era el que avia despojado à mi querida Zorayda, dixo, que el se contentava con la presa que tenian, y que no queria tocar en ningun puerto de España, fino passar el estrecho de Gibraltar de noche, ò como pudiesse, y irse à la Rochela de donde avia salido; y assi tomaron por acuerdo de darnos el Esquife de su navio, y todo lo ne-

TOM. II.

E e

cessario,



cesario, para la corta navegacion, que nos quedava, como lo hizieron otro dia ya à vista de tierra de España, con la qual vista todas nuestras pesadumbres y pobreza se nos olvidaron de todo punto, como si no huvieran pasado por nosotros (tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida.) Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua, y algun bizcocho; y el Capitan, movido no se de que Misericordia, al embarcarse la hermosissima Zorayda, le dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió, que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, que aora tiene puestos. Entramos en el baxel; dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrándonos mas agradecidos, que quexosos. Ellos se hizieron à lo largo, figuiendo la derrota del estrecho. Nosotros sin mirar à otro norte, que à la tierra que se nos mostrava delante, nos dimos tanta priessa à bogar, que al poner del sol estavamos tan cerca, que bien pudiéramos, à nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el Cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estavamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como à muchos de los nuestros les parecia, diziendo, que diésemos en ella, aunque fuéssé en unas peñas, y lexos de poblado, porque assi asegurariamos el temor, que de razon se devia tener, que por alli anduviéssén baxeles de Cosarios de Tetuan, los quales anohecian en Berberia, y amanecian en las costas de España; y hazen de ordinario presa, y se buelven à dormir à sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco à poco, y que si el sofiego

fiègo del mar lo concedièsse, desembarcàssimos donde pudièssimos. Hizose assi, y poco antes de la media noche feria, quando llegamos al pie de una disformissima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concedièsse un poco de espacio para poder desembarcar comodamente. Embettimos en la arena, salimos todos à tierra, y besamos el suelo; y con lagrimas de muy alegrissimo contento, dimos todos gracias à Dios nuestro Señor por el bien tan incomparable que nos avia hecho en nuestro viage. Sacamos de la barca los bastimentos que tenia: Tiramosla en tierra, y subimos un grandissimo trecho en la montaña; porque aun alli estavamos, y aun no podiamos assegurar el pecho, ni acabavamos de creer, que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amaneciò mas tarde, à mi parecer, de lo que quisièramos: Acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde alli algun poblado se descubria, ò algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendiamos la vista, ni poblado, ni persona, ni fenda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos, sino que presto descubrièssimos quien nos diesse Noticia della: Pero lo que à mi mas me fatigava era, el ver ir à pie à Zorayda por aquellàs asperezas; que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansava à ella mi Canfancio que la reposava su reposo; y assi nunca mas quiso que tomasse yo aquel trabajo, y con mucha paciencia, y muestras de alegria, llevandola yo siempre de la mano, poco menos de un quarto de legua deviamos de aver andado, quando à nuestros oydos llegò el son de una pequena esquila, señal



clara de que por alli cerca avia ganado ; y mirando todos con atencion si alguno parecia, vimos al pie de un Alcornoque un pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estava labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y el alçando la cabeça, se puso ligeramente en pie, y à lo que despues supimos, los primeros que à la vista se le ofrecieron, fueron el Renegado y Zorayda ; y como el los viò en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia estavañ sobre el, y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante, començò à dar los mayores gritos del mundo, diciendo : Moros, Moros ay en la tierra. Moros, Moros, Arma, Arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos que hazernos ; pero considerando que las voces del pastor avian de alborotar la tierra, y que la Cavalleria de la costa avia de venir luego à ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudasse las ropas de Turco, y se vistiessè un gilequelco, ò casaca de cautivo, que uno de nosotros le diò luego, aunque se quedò en camisa : Y assi encomendandonos à Dios, fuymos por el mesmo camino que vimos, que el pastor llevava, esperando siempre quando avia de dar sobre nosotros la Cavalleria de la costa ; y no nos engañò nuestro pensamiento, porque aun no avrian pasado dos horas, quando aviendo ya salido de aquellas malezas à un llano, descubrimos hasta cinquenta Cavalleros, que con gran ligereza, corriendo à media rienda, à nosotros se venian ; y assi como los vimos, nos estuvimos quedos aguardandolos : Pero como ellos llegaron, y vièron en lugar de los Moros que buscavan, tanto pobre Christiano cautivo ; quedaron confusos, y uno dellos

nos.

nos preguntò, si èramos nosotros à caso la ocasion, porque un pastor avia apellidado al arma? Si, dixè yo, y querièdo començar a dezirle mi suceso, y de donde veniamos, y quien èramos; uno de los Christianos que con nosotros venian, conociò al ginete, que nos avia hecho la pregunta, y dixò, fin dexarme à mi dezir mas palabra: Gracias sèan dadas à Dios, señores, que à tan buena parte nos ha conduxido, porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos, señor, que nos preguntays, quien somos, soys Pedrò de Bufamante, tio mio. Apenas huvò dicho esto el Christiano cautivo, quando el ginete se arrojò del Cavallo, y vino à abraçar al moço, dizièndole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana, tu madre, y todos los tuyos, que aun viven; y Dios ha sido servido de darles vida, para que gozen el plazer de verte. Ya sabiamos que estavas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo, que aveys tenido milagrosa libertad. Assi es, respondiò el moço, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron, que èramos Christianos cautivos, se apearon de sus Cavallos, y cada uno nos combidava con el suyo para llevarnos à la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estava. Algunos dellos bolvièron à llevar la barca à la ciudad, dizièndoles donde la aviamos dexado: Otros nos subièron à las ancas, y Zorayda fuè en las del cavallo del tio del Christiano. Saliènos à recibir todo el pueblo, que
ya



ya de alguno que se avia adelantado, sabian la nueva de nuestra venida. No se admiravan de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa està hecha à ver à los unos, y à los otros; pero admiràvanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y fazon estàva en su punto, assi con el Canfancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de Christianos sin sobresalto de perderse; y esto le avia sacado al rostro tales colores, que fino es que la aficion entonces me engañava, osàra dezir, que mas hermosa criatura no avia en el mundo, alomènos que yo la huvièsse visto. Fuyèmos derechos à la Iglesia à dár gracias à Dios por la merced recebida, y assi como en ella entrò Zorayda, dixo, que alli avia rostros que se parecian à los de *Lela Marien*. Diximosle que eran Imágenes fuyas, y como mejor se pudo, le diò el renegado à entender lo que significavan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fuèran cada una dellas la misma *Lela Marien*, que la avia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural facil y claro, entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde alli nos llevàron, y repartièron à todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zorayda, y à mi nos llevò el Christiano, que vino con nosotros, en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalàron con tanto amor, como à su mesmo hijo. Seys dias estuvimos en Velez, al cabo de los quales, el Renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fuè à la ciudad de Granada à reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santissimo de la Iglesia.

Iglesia. Los demas Christianos libertados se fuèron cada uno donde mejor le pareció: Solos quedamos Zorayda y yo con solos los escudos que la cortesia del Frances le diò à Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene: y sirviendola yo hasta aora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ò si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por averme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra suerte me pudièra venir, por buena que fuèra, que mas la estimàra. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desèo que muestra tener de verse ya Christiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve à servirla todo el tiempo de mi vida. Puesto que, el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze no saber, si hallarè en mi tierra algun rincón donde recogella; y si avrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hazienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas Señores, que deziros de mi historia; la qual si es agradable y peregrina, jùzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mi sè dezir, que quisièra averosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

C A P I -



CAPITULO XLII.

Que trata de lo que mas sucediò en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÒ en diziendo esto el cautivo, à quien Don Fernando dixo: Por cierto, señor Capitan, el modo con que avèys contado este esotraño suceffo, ha sido tal, que iguala à la novedad y esotrañezza del mesmo caso. Todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes, que marravillan y suspenden à quien los oye: Y es de tal manera el gusto que hèmòs recibido en escuchalle, que aunque nos hallàra el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgàramos que de nuevo se començàra. Y en diziendo esto, Cardenio, y todos los demas se le ofrecièron con todo lo à ellos possible, para servirle con palabras y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreciò Don Fernando, que si querìa bolvèrse con el, que el harìa que el Marques su hermano fuèsse padrino del bautismo de Zorayda; y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudièsse entrar en su tierra con la autoridad y comodo, que à su persona se devia. Todo lo agradeciò cortesissimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

EN esto llegava ya la noche, y al cerrar della llegò à la venta un coche con algunos hombres de à Cavallo. Pidièron posado; à quien la ventera respondiò, que no avia en toda la venta un palmo defocupado. Pues aunque effo sea,
dixo

dixo uno de los de à Cavallo que avian entrado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la huespeda, y dixo: Señor, lo que en ello ay es, que no tengo camas: Si es que fu merced del señor Oydor la trae (que si deve de traer) entre en buen hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar à su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero à este tiempo ya avia salido del coche un hombre, que en el trage mostrò luego el oficio y cargo que tenia. Porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oydor, como su criado avia dicho. Traya de la mano à una donzella, al parecer, de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que à todos puso en admiracion su vista: De fuerte que, à no aver visto à Dorotea, à Lucinda, y à Zorayda que en la venta estavan, creyeran, que otra tal Hermosura como la desta donzella dificilmente podiera hallarse. Hallòse Don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella; y assi como le viò, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dè lugar à las armas, y à las letras, y mas si las armas, y letras traen por guia y Adalid à la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en essa fermosa donzella à quien deven no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse, y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced; digo, en este Parayso, que aqui hallarà estrellas y soles, que acompañen el Cielo que vuestra



merced trae consigo. Aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oydor del razonamiento de Don Quixote, à quien se puso à mirar muy de proposito; y no menos le admirava su talle, que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornò à admirar de nuevo quando viò delante de si à Lucinda, Dorotea, y Zorayda, que à las nuevas de los nuevos huéspedes, y à las que la ventera les avia dado de la hermosura de la donzella, avian venido à verla, y à recibirla. Pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura le hizieron mas llanos, y mas cortefanos ofrecimientos. En efeto el señor Oydor entrò confuso assi de lo que veya como de lo que escuchava; y las hermosas de la venta dièron la bien llegada à la hermosa donzella. En resolucion bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estava. Pero el talle, visage, y la apostura de Don Quixote le defatinava: Y aviendo passado entre todos cortefes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estava ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda: Y assi fuè contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuèsse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor traça, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensavan.

EL cautivo, que desde el punto que viò al Oydor, le diò saltos el coraçon, y barruntos de que aquel era su hermano, preguntò à uno de los criados que con el venian,
que

que como se llamava? Y si sabia, de que tierra era? El criado le respondiò, que se llamava el Licenciado Juan Perez de Viedma; y que avia oydo dezir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el avia visto, se acabò de confirmar de que aquel era su hermano que avia seguido las letras por consejo de su padre. Y alborozado y contento, llamando à parte à Don Fernando, à Cardenio, y al Cura, les contò lo que passava, certificàndoles, que aquel Oydor era su hermano. Aviale dicho tambien el criado, como iba proveydo por Oydor à las indias en la audiència de Mexico. Supo tambien como aquella donzella era su hija, de cuyo parto avia muerto su madre, y que el avia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidiòles consejo, que modo tendria para descubrirse, ò para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentava, ò le recebia con buenas entrañas. Dèxeme à mi el hazer essa experiencia, dixo el Cura; quanto mas que no ay pensar, fino que vos, señor Capitan, serèys muy bien recibido; porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no dà indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitan, yo querrìa no de improvisò, fino por rodeos darme à conocer. Ya os digo, respondiò el Cura, que yo lo traçarè de modo, que todos quedèmos satisfechos.

Y A en esto estàva adereçada la cena, y todos se sentaron à la mesa, excepto el cautivo, y las Señoras, que cenaron de por si en su aposento: Y en la mitad de la cena dixo



el Cura: Del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oydor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; el qual camarada era uno de los valientes soldados, y capitanes, que avia en toda la infanteria Española; pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamava esse Capitan, Señor mio? preguntò el Oydor. Llamàvassè, respondiò el Cura, Ruy Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon: El qual me contò un caso, que à su padre con sus hermanos le avia sucedido, que à no contarmelo un hombre tan verdadero como el, lo tuvièra por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego: Porque me dixo, que su padre avia dividido su hazienda entre tres hijos que tenia, y les avia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y sè yo dezir, que el escogìo el de la guerra; y le avia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerço, sin otro braço que el de su mucha virtud, subìo à ser capitan de infanteria, y à verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo. Pero fuèle la fortuna contraria, pues donde la pudièra esperar y tener buena, alli la perdiò con perder la libertad en la felicissima Jornada, donde tantos la cobraron, que fuè en la batalla de Lepanto. Yo la perdì en la Goleta, y despues por diferentes sucessos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino à Argel, donde sè, que le sucediò uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aqui fuè profiguiendo el Cura, y con brevedad succinta contò lo que con Zorayda à su hermano avia sucedido. A todo lo qual estàva tan atento
el

el oydor, que ninguna vez avia sido tan oydor como entonces. Solo llegó el Cura al punto, de quando los Franceses despojaron à los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora avian quedado; de los quales no avia sabido en que avian parado, ni si avian llegado à España, ò llevàdolos los Franceses à Francia.

Todo lo que el Cura dezia, estava escuchando algo de allí desviado el capitan, y notava todos los movimientos que su hermano hazia: El qual, viendo que ya el Cura avia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O Señor, si supiesedes las nuevas que me avèys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello con estas làgrimas, que contra toda mi discrecion, y recato me salen por los ojos. Este Capitan tan valeroso, que dezis, es mi mayor hermano, el qual, como mas fuerte, y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno exercicio de la guerra, que fuè uno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestro camarada en la conseja, que à vuestro parecer le oystes. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veys. Mi hermano menor està en el Pirù tan rico, que con lo que ha embiado à mi padre, y à mi, ha satisfecho bien la parte que el se llevó, y aun dado à las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansi mismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que
me



me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el desèo de saber de su hijo mayor; y pide à Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta que el vea con vida à los de su hijo; del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos, y afliciones, ò proferos suceßos se aya descuydado de dar noticia de si à su padre; que si el lo supiera, ò alguno de nosotros, no tuvièra necesidad de aguardar al milagro de la Caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo aora me temo es, de pensar, si aquellos Franceses le avràn dado libertad, ò le avràn muerto por encubrir su hurto. Esto todo serà que yo profiga mi viage, no con aquel contento con que le comencè, sino con toda melancolia y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera aora adonde estavas, que yo te fuèra à buscar, y à librar de tus trabajos, aunque fuèra à costa de los mios! O quien llevàra nuevas à nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuvièras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te facèran sus riquezas, las de mi hermano y las mias? O Zorayda hermosa y liberal, quien pudièra pagarte el bien, que à mi hermano hiziste! Quien pudièra hallarse al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto gusto à todos nos dièran! Estas y otras semejantes palabras dezia el oydor lleno de tanta compassion con las nuevas que de su hermano le avian dado, que todos los que le oyan, le acompañavan en dar muestras del sentimiento, que tenian de su lastima.

VIENDO, pues, el Cura, que tan bien avia salido con su intencion, y con lo que deseava el capitan, no quiso tenerlos à todos mas tiempo tristes; y assi se levantò de la mesa,

mesa, y entrando donde estava Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinièron Lucinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estava esperando el capitan à ver lo que el Cura queria hazer ; que fuè, que tomàndole à el assimesmo de la otra mano, con entrambos à dos se fuè donde el Oydor y los demas Cavalleros estavan, y dixo : Cessen, Señor Oydor, vuestras làgrimas, y còlmesè vuestro desèo de todo el bien que acertare à desfeer, pues tenèys delante à vuestro buen hermano, y à vuestra buena cuñada. Este que aqui vèys, es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixè, los pusieron en la estrechez que veys, para que vos mostrèys la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudiò el capitan à abraçar à su hermano, y el le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado : Mas quando le acabò de conocer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tier-nas làgrimas de contento, que los mas que presentes estavan, le huvièron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixèron, los sentimientos que mostraron, apenas, creo que pueden pensarse, quanto mas es-crivirse. Alli en breves razones se dièron cuenta de sus suceffos : Alli mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos : Alli abraçò el Oydor à Zo-rayda : Alli la ofreciò su hazienda : Alli hizo que la abraçasse su hija : Alli la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima renovaron las làgrimas de todos : Alli Don Quixote estava atento sin hablar palabra, considerando estos tan estraños suceffos, atribuyèndolos todos à quimeras de la andante cavalleria. Alli concertaron, que el capitan y
Zorayda

Zorayda se bolviessen con su hermano à Sevilla, y avisassen à su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiessen, viniessen à hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor possible dexar el camino que llevava, à causà de tener nuevas, que de alli à un mes partia flota de Sevilla à la nueva España; y fuèrale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su Jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que della les quedava. Don Quixote se ofreciò à hazer la guarda del castillo, porque de algun Gigante, ò otro mal andante Follon no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerrava. Agradecièronfelo los que le conocian, y dièron al Oydor cuenta del humor estraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibì. Solo Sancho Pança se desesperava con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su Jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dirà. Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demàs acomodandose como menos mal pudieron, Don Quixote se saliò fuera de la venta à hazer la centinela del castillo, como lo avia prometido.

SUCEDIÒ, pues, que faltando poco por venir el Alva, llegò à los oydos de las damas una voz tan entonada, y tan buena, que les obligò à que todas le prestassen atento oydo, especialmente Dorotea, que despierta estava, à cuyo lado dormìa doña Clara de Viedma (que assi se llamava la hija del Oydor.) Nadie podia imaginar, quien era la persona

sona que tan bien cantava, y era una voz sola fin que la acompañasse instrumento alguno. Unas vezes les parecia que cantavan en el patio; otras, que en la cavalleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó à la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme escuche, que oyràn una voz de un moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya la oÿmos, Señor, respondiò Dorotea. Y con esto se fuè Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion possible, entendiò, que lo que se cantava era esto.

C A P I T U L O XLIII.

*Donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas,
con otros estraños acaecimientos en la vente sucedidos.*

MARINERO soy de amor,
Y en su pielago profundo
Navego sin esperança
De llegar à puerto alguno.
Siguiendo voy à una estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella y resplandeciente,
Que quantas viò Palinuro.
Yo no sè adonde me guia,
Y assi navègo confuso,
El alma à mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encùbren

TOM. II.

G g

Quando



Quando mas verla procuro.
 O Clara, y luziente estrella,
 En cuya lumbre me apuro;
 Al punto que te me encubras,
 Serà de mi muerte el punto.

Llegando el que cantava à este punto, le pareció à Dorotea, que no ferìa bien, que dexàsse Clara de oyr una tan buena voz; y assi movièndola à una y otra parte, la despertò, dizièndole: Perdòname, niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiçà avràs oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendiò lo que Dorotea le dezia; y bolvièndoselo à preguntar, ella se lo bolviò à dezir, por lo qual estùvo atenta Clara. Pero apenas hùvo oydo dos versos, que el que cantava iba profiguiendo, quando le tomò un temblor tan estraño, como si de algun grave accidente de quartana estuvièra enferma; y abraçàndose estrechamente con Dorotea, le dixo: Ay Señora de mi alma, y de mi vida, para que me despertastes? Que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora era, tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr à esse desdichado musico. Que es lo que dizes, niña? Mira, que dizen, que el que canta es un moço de mulas. No es fino señor de lugares, respondiò Clara, y el que el tiene en mi alma es con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le ferà quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, parecièndole, que se aventajàvan en mucho à la discrecion que sus pocos años prometian:

metian: Y assi le dixo: Hablays de modo, señora Clara que no puedo entendèros: Declaràos mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por aora, que no quiero perder, por acudir à vuestro sobrefalto, el gusto que recibo de oyr al que canta, que me parece, que con nuevos versos, y nuevo tono torna à su canto. Sea en buen hora, respondiò Clara; y por no oylle, se tapò con las manos entrambos oydos, de lo que tambien se admirò Dorotea; La qual estando atenta à lo que se cantàva, oyò que proseguian en esta manera.

Dulce esperança mia

Que rompiendo impossibles, y malezas,

Sigues firme la via,

Que tu mesma te finges y aderezas,

No te desmaye el verte

A cada passò junto al de tu muerte.

No alcançan Pereçosos

Honrados triunfos, ni vitoria alguna,

Ni pueden fer dichosos

Los que no contrastando à la fortuna,

Entregan desvalidos

Al Ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda

Caras, es gran razon, y es trato justo,

Pues no ay mas rica prenda,

Que la que se quilata por su gusto,

Y es cosa manifesta,

G g 2

Que



DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias

Tal vez alcançan impossibles cosas

Y ansi aunque con las mias

Sigo de amor las mas dificultosas,

No por effo rezelo

De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui diò fin la voz, y principio à nuevos sollozos Clara : Todo lo qual encendia el deseò de Dorotea, que deseava saber la causa de tan suave canto, y de tan triste lloro. Y assi le bolviò à preguntar, que era lo que le queria dezir de nantes ? Entonces Clara, temerosa de que Lucinda la oyèsse, abraçando estrechamente à Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podìa hablar sin ser de otro sentida ; y assi le dixo : Este que canta, Señora mia, es un hijo de un Cavallero, natural del reyno de Aragon, Señor de dos lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte : Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienços en el invierno, y zelofias en el verano, yo no sè lo que fuè, ni lo que no, que este cavallero, que andava al estudio, me viò, ni sè si en la Iglesia, ò en otra parte. Finalmente el se enamorò de mi, y me lo diò à entender desde las ventanas de su casa con tantas señas, y con tantas làgrimas, que yo le hùve de creer, y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia era una, de juntarse la una mano con la otra, dandome à entender, que se cassaria conmigo ; y aunque yo me holgarìa mucho de que assi fuèra, como sola

Y



y fin madre, no fabia con quien comunicallo; y assi lo dexè estar fin dalle otro favor, fino era, quando estàva mi padre fuera de casa, y el fuyo tambien, alçar un poco el lienço, ò la zelofia, y dexarme ver toda; de lo que el hazìa tanta fiesta, que dava señaes de bolvèrse loco. Llegòse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirfelo. Cayò malo, à lo que yo entiendo, de pesadumbre; y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dèl, si quièra con los ojos. Pero à cabo de dos dias, que caminàvamos, al entrar de una posada en un lugar una Jornada de aqui, le vi à la puerta del meson puesto en habito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le traxèra tan retratado en mi alma, fuèra imposible conocelle. Conocile, admirème, y alegrème: El me mirò à hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde quando atravièssa por delante de mi en los caminos, y en las posadas do llegàmos. Y como yo sè quien es, y confidero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muèrome de pesadumbre, y à donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No sè con que intencion viene, ni como ha podido escaparfe de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merèce, como lo verà vuestra merced quando le vea. Y mas le sè dezir, que todo aquello que canta, lo faca de su cabeça; que he oydo dezir, que es muy gran estudiante y Poëta. Y ay mas, que cada vez que le veo, ò le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobrefalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desèos. En mi vida le hè hablado palabra,



bra, y con todo effo le quiero de manera, que no he de poder vivir fin el. Esto es, feñora mia, todo lo que os puedo dezir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en fola ella echarèys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, fino feñor de almas, y lugares, como yo os he dicho.

No digàys mas, feñora Doña Clara, dixo à esta fazon Dorotea, y esto besàndola mil vezes. No digàys mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin, que tan honestos principios merecen. Ay feñora, dixo Doña Clara! que fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecerà, que aun yo no puèdo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? Pues casarme yo à hurto de mi padre, no lo harè por quanto ay en el mundo. No querria fino que este moço se bolvièsse, y me dexàsse, que con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que aora llevo; aunque se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco. No se que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha, y el tan muchacho, que en verdad que creo, que somos de una mesma edad, y que yo no tengo cumplidos diez y feys años, que para el dia de San Miguel que vendrà, dize mi padre, que los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea oyendo quan como niña hablava Doña Clara, à quien dixo: Reposèmos, feñora, lo poco, que creo, que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos, ò mal me andaràn las manos.

SOSSE-



SOSSEGÀRONSE con esto, y en toda la venta se guardava un grande silencio; solamente no dormia la hija de la ventera, y Maritornes su criada: Las quales, como ya sabian el humor de que pecava Don Quixote, y que estava fuera de la venta armado y à cavallo haziendo la guarda, determinaron las dos de hazerle alguna burla, ò alomenos de passar un poco el tiempo, oyèndole sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no avia ventana que salièsse al campo, fino un agujero de un pajar por donde echavan la paja por de fuera. A este agujero se pusièron las dos semidonzellas, y vièron que Don Quixote estava à cavallo, recostado sobre su lançon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia, que con cada uno se le arrancava el alma: Y assi mesmo oyèron, que dezia con voz blanda, regalada y amorosa: O mi señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, deposito de la honestidad, y ultimamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que ay en el mundo! y que farà agora la tu merced? Si tendràs por ventura las mientes en tu cautivo cavallero, que à tantos peligros, por solo fervirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nuevas della, ò luminaria de las tres caras! quiçà con envidia de la fuya, la estas aora mirando, que, ò passeàndose por alguna galeria de sus sumptuosos palacios, ò ya puesta de pechos sobre algun balcon, està considerando, como (salva su honestidad y grandeza) ha de amanfar la tormenta, que por ella este mi cuytado coraçon padece? que gloria ha de dar à mis penas? Que sosiego à mi cuytado?

¿dado? Y finalmente, que vida à mi muerte y que premio à mis servicios? Y tu Sol, que ya debes de estar apriesa enfillando tus cavallos por madrugar, y salir à ver à mi señoora; assi como la veas, suplicote, que de mi parte la saludes; pero guàrdate que al verla y saludarla, no le des paz en el rostro; que tendré mas Zelos de ti, que tu los tuvistes de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los campos de Tesalia, ò por las riberas de Peneo (que no me acuerdo bien por donde corríste entonces) Zeloso y enamorado.

A este punto llegava entonces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò à cecear, y à dezirle: Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz bolvió Don Quixote la cabeça, y viò à la luz de la Luna, que entonces estava en toda su claridad, como le llamavan del agujero, que à el le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como el se imaginava, que era aquella venta; y luego al instante se le representò en su loca imaginacion, que otra vez como la passada, la donzella hermosa, hija del señor de aquel castillo, vencida de su amor, tornava à solicitarle: Y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, bolvió las riendas à Rozinante, y se llegó al agujero; y assi como viò à las dos moças, dixo: Lástima os tengo hermosa señoora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es possible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza; de lo que no devèys dar culpa à este miserable amante caballero,

ero, à quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad à otra, que à aquella, que en el punto que sus ojos la vièron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena Señora, y recogèos en vuestro aposento, y no queràys con significarme mas vuestros desèos, que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me tenèys, hallàys en mi otra cosa con que satisfazèros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dàrosla en continente, si bien me pidièssedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras; ò ya los mesmos rayos del Sol encerrados en una redoma. No ha menester nada desso mi señora, señor cavallero, dixo à este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? preguntò Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder desahogar con ella el gran desèo que à este agujero la ha traydo tan à peligro de su honor, que si su Señor padre la huvièra sentido, la menor tajada della, fuèra la oreja. Ya quisièra yo ver esso, respondiò Don Quixote; pero el se guardará bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por aver puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciòle à Maritornes, que sin duda Don Quixote darìa la mano que le avia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que avia de hazer, se baxò del agujero, y se fuè à la cavalleriza donde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y con mucha presteza se bolviò à su agujero à tiempo que Don Quixote se avia puesto de pies sobre la filla de rozinante por alcançar à la ventana

T o m. II.

H h

enrejada



enrejada donde se imaginàva estàr la ferida donzella ; y al darle la mano dixo : Tomad, señora, esta mano, o por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mundo : Tomad esta mano, digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la besays, fino para que mirays la contestura de sus nervios, la trabazon, de sus musculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde facarays, que tal deve ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo una lazada corrediza al cabestro, se la hechò a la muñeca ; y baxandose del agujero, atò lo que quedava al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que fintiò la aspereza del cordel en su muñeca, dixo : Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano : No la tratays tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze ; ni es bien que en tan poca parte vengueys el todo de vuestro enojo. Mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchava nadie, porque assi como Maritornes le atò, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dexaron asido de manera, que fue impossible soltarse.

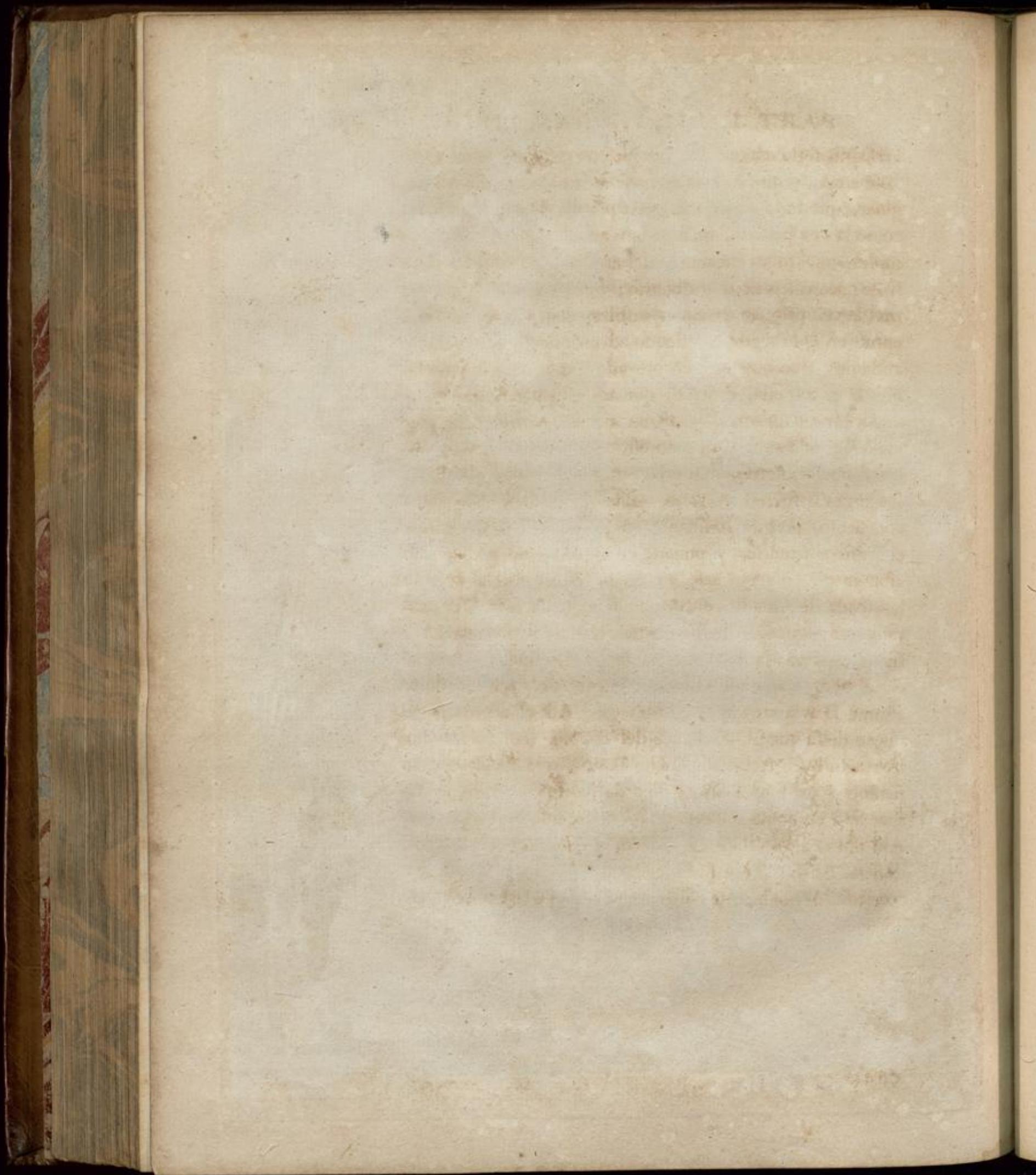
ESTAVA, pues, como se ha dicho, de pies sobre rozinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandissimo temor y cuydado, que si Rozinante se desviava a un cabo, o a otro, avia de quedar colgado del brazo ; y assi no osava hazer movimiento alguno ; puesto que de la paciencia y quietud de rozinante, bien se podia esperar, que estaria fin moverse



Ju. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 234.

Ger. Vanderhucht sculp.
24





vèrse un figlo entero. En resolucion vièndose Don Quixote atado, y que ya las damas se avian ido, se diò à imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamiento como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le moliò aquel moro encantado del arriero; y maldezia entre si su poca discrecion, y discurso; pues aviendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se avia aventurado à entrar en èl la segunda; siendo advertimiento de cavalleros andantes, que quando han provado una aventura, y no salido bien con ella, es señal, que no està para ellos guardada, fino para otros, y assi no tienen necesidad de provarla segunda vez. Con todo esto tirava de su braço, por ver si podia soltarse, mas estàva tan bien afido, que todas sus pruebas fuèron en vano. Bien es verdad, que tirava con tiento, porque rozinante no se movièsse; y aunque el quisièra sentarse, y ponerse en la silla, no podia, fino estar en pie, ò arrancarse la mano. Alli fuè el deseàr de la espada de Amadis contra quien no tenia fuerça encantamiento alguno. Alli fuè el maldezir de su fortuna. Alli fuè el exagerar la falta que hazia en el mundo su presencia el tiempo que alli estuvièsse encantado, que sin duda alguna se avia creydo que lo estàva. Alli el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso. Alli fuè el llamar à su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en fueño, y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordava en aquel instante de la madre que lo avia parido. Alli llamò à los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen. Alli invocò à su buena amiga Urganda, que le socorrièsse. Y finalmente alli le tomò la mañana tan desesperado



rado y confuso, que bramava como un toro, porque no esperaba el, que con el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: Y haziale creer esto, ver que rozinante poco, ni mucho se movia, y creya, que de aquella fuerte sin comer, ni beber, ni dormir avian de estar el y su cavallo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque a penas començò a amanecer, quando llegaron a la venta quatro hombres de a cavallo muy bien puestos y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estava cerrada, con grandes golpes: Lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexava de hazer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: Cavalleros, o escuderos, o quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que afaz de claro esta, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el Sol este tendido por todo el suelo. Desviaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos, si fera justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o castillo es este, dixo uno, para obligarnos a guardar estas ceremonias? Si soys el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas que dar cevada a nuestras cavalgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos, cavalleros, que tengo yo talle de ventero? respondiò Don Quixote. No se de que teneys talle, respondiò el otro, pero se que dezys disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es, replicò Don

Don



Don Quixote, y aun de los mejores desta provincia; y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeça. Mejor fuèra al revés, dixo el caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano; y ferà, si à mano viene, que deve de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener à menudo effas coronas, y cetros que dezis; porque en una venta tan pequeña, y à donde se guarda tanto silencio, como esta, no creo yo, que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò Don Quixote, pues ignorays los casos que fuelen suceder y acontecer en la cavalleria andante. Cansàvanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote passàva, y affitornàron à llamar con grande furia; y fuè de modo, que el ventero despertò, y aun todos quantos en la venta estàvan, y assi se levantò à preguntar quien llamava?

SUCEDIÒ en este tiempo, que una de las cavalgaduras, en que venian los quatro que llamàvan, se llegò à oler à Rozinante, que melancolico y triste con las orejas caydas sostenia sin moverse à su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar à oler à quien le llegava à hazer caricias; y assi no se hùvo movido tanto quanto, quando se desviàron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la filla, dièran con el en el suelo, à no quedar colgado del braço: Cosa que le causò tanto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortàvan, ò que el braço se le arrancàva, porque el quedò tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besava la tierra, que era en su perjuzio; porque

porque como sentia lo poco que le faltava para poner las plantas en la tierra, fatigavase, y estiravase quanto podia por alcanzar al suelo: Bien assi como los que estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.

C A P I T U L O XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

EN efeto fueron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido a ver quien tales gritos dava, y los que estaban fuera hizieron lo mismo. Maritornes que ya avia despertado a las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a Don Quixote sostenia, y el dió luego en el suelo a vista del ventero, y de los caminantes, que, llegando a el, le preguntaron: Que tenia, que tales voces dava? El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rozinante, embrazó su adarga, enristró el lançon, y tomando buena parte del campo, bolvió a medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere, que yo he sido con justo titulo encantado (como mi señora la Princesa Micomicona me de licencia para ello) yo le desmiento, reto y desafío a singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos Caminantes de las

las

las palabras de Don Quixote ; pero el ventero les quitò de aquella admiracion, dizièndoles, que era Don Quixote, y que no avia que hazer caso dèl, porque estàva fuera de juyzio. Preguntàronle al ventero, si à caso avia llegado à aquella venta un muchacho de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que trayà el amante de Doña Clara. El ventero respondiò, que avia tanta gente en la venta, que no avia echado de ver en el que preguntàvan. Pero aviendo visto uno dellos el coche, donde avia venido el Oydor, dixo : Aqui deve de estar sin duda, porque este es el coche que el, dizen, que sigue. Quèdese uno de nosotros à la puerta, y entren los demas à buscarle ; y aun serìa bien, que uno de nosotros rodeàsse toda la venta, porque no se fuèsse por las bardas de los corrales. Assi se harà, respondiò uno dellos, y entràndose los dos dentro, uno se quedò à la puerta, y el otro se fuè à rodear la venta : Todo lo qual veya el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyò, que buscàvan aquel moço, cuyas señas le avian dado. Ya à esta fazon aclaràva el dia, y assi por esto, como por el ruydo que Don Quixote avia hecho, estàvan todos despièrtos, y se levantàvan, especialmente Doña Clara, y Dorotea, que la una con el Sobresalto de tener tan cerca à su amante, y la otra con el deseò de verle, avian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que viò, que ninguno de los quatro caminantes hazia caso dèl, ni le respondian à su demanda, moria y rabiàva de despecho, y saña ; y si el hallàra en las Ordenanças de su cavalleria, que lícitamente podia el cavallero

vallero andante tomar armas, y emprender otra empresa, aviendo dado su palabra y fè de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que avia prometido, el embistièra con todos, y les hizièra responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien començar nueva empresa, hasta poner à Micomicona en su Reyno, hùvo de callar y estarse quedo, esperando à ver en que paràvan las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales hallò al mancebo, que buscàva, durmiendo al lado de un moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscàsse, ni menos de que le hallàsse. El hombre le travò del brazo, y le dixo: Por cierto, Señor Don Luys, que responde bien à quien vos soys el habito que tenèys; y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiòse el moço los soñolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conociò que era criado de su padre, de que recibì tal sobrefalto, que no acertò, ò no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado profiguiò, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, Señor Don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta à casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre y mi se- ñor la dè al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo Don Luys, que yo venìa este camino, y en este trage? Un estudiante, respondiò el criado, à quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fuè el que lo descubriò, movido à lastima de las que viò que hazia vuestro padre, al punto que os echò menos; y assi despachò à quatro de sus criados en vuestra busca, y todos es-
tamos

tamos aqui à vuestro servicio mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevàndoos à los ojos que tanto os quieren. Eſſo serà como yo quisiere, ò como el Cielo lo ordenare, respondiò Don Luys. Que avèys de querer, ò que ha de ordenar el Cielo, fuera de consentir en bolvèros, dixo el criado, porque no ha de ser possible otra cosa?

TODAS estas razones que entre los dos pasavan, oyò el moço de mulas, junto à quien Don Luys estava; y levantandose de alli, fue à dezir lo que pasava à Don Fernando y à Cardenio, y à los demàs que ya vestido se avian; à los quales dixo, como aquel hombre llamava de Don à aquel muchacho, y las razones que pasavan, y como le queria bolver à casa de su padre, y el moço no queria: Y con esto, y con lo que del sabian de la buena voz que el Cielo le avia dado, vinièron todos en gran deseò de saber mas particularmente, quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisièſſen hazer; y assi se fueron hàzia la parte donde aun estava hablando, y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada; y llamando Dorotea à Cardenio à parte, le contò en breves razones la historia del musico, y de doña Clara, à quien el tambien dixo lo que pasava de la venida à buscarle los criados de su padre; y no se lo dixo tan callando, que lo dexasse de oyr Clara, de lo que quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegara à tenerla, dièra consigo en el suelo. Cardenio dixo à Dorotea, que se bolvièſſen al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estava todos los quatro, que

TOM. II,

I i

venian



venian à buscar à Don Luys, dentro de la venta, y rodeàdos dèl, persuadièndole, que luego sin detenerse un punto, bolvièsse à consolar à su padre. El respondiò, que en ninguna manera lo podia hazer, hasta dar fin à un negocio en que le iva la vida, la honra y el alma. Apretàronle entonces los criados, dizièndole, que en ningun modo bolverian sin el, y que lo llevarian, quisièsse, ò no quisièsse. Eßo no harèys vosotros, replicò Don Luys, fino es llevàndome muerto; aunque de qualquiera manera que me llevèys, ferà llevàrme sin vida. Ya à esta fazon avian acudido à la porfia todos los mas que en la venta estàvan, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y Don Quixote, que ya le pareciò que no avia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como aquel que ya sabia la historia del moço, preguntò à los que llevarle querian, que que les movia à querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muèvenos, respondiò uno de los quatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia deste Cavallero queda à peligro de perdella. A esto dixo Don Luys: No ay para que se dè cuenta aqui de mis cosas: Yo soy libre, y bolverè si quiero, y me dière gusto; y fino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Haràsela à vuestra merced la razon, respondiò el hombre, y quando ella no bastàre con vuestra merced, bastarà con nosotros para hazer à lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepàmos, que es esto, de rayz, dixo à este tiempo el Oydor. Pero el hombre, que le conociò como vezino de su casa, respondiò: No conoce vuestra merced, señor Oydor à este cavallero, que es el hijo de su vezino,

vezino, el qual se ha aufentado de casa de su padre en el habito tan indecente à su calidad como vuestra merced puede ver? Miròle entonces el Oydor mas atentamente, y conociòle, y abraçàndole, dixo: Que niñerías son estas, Señor Don Luys? O que causas tan poderosas, que os ayan movido à venir desta manera, y en este trage, que dize tan mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinièron las lagrimas à los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor: El qual dixo à los quatro, que se fofiegàssen, que todo se harìa bien; y tomando por la mano à Don Luys, le apartò à una parte, y le preguntò, que venida avia sido aquella? En tanto que le hazìa estas y otras preguntas, oyèron grandes voces à la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes, que aquella noche avian alojado en ella, viendo à toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscàvan, avian intentado irse sin pagar lo que devian: Mas el ventero, que atendia mas à su negocio, que à los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidiò su paga, y les asè su mala intencion con tales palabras, que les moviò à que le respondièssen con los puños; y assi le començaron à dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no vièron à otro mas desocupado para poder socorrerle que à Don Quixote, à quien la hija de la ventera dixo: Socorra vuestra merced, señor cavallero, por la virtud que Dios le diò, à mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como à cibera. A lo qual le respondiò Don Quixote muy de espacio y con mucha flema: hermosa donzella, no hà lugar por aora vuestra peticion,

I i 2

porque



porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima à una en que mi palabra me ha puesto: Mas lo que yo podrè hazer por ferviros, es lo que aora dirè: Corred y dezid à vuestro padre que se entretenga en essa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexè vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princesa Micomicona para poder focorrerle en su cuyta; que si ella me la dà, tened por cierto, que yo le facarè della. Pecadora de mi, dixo à esto Maritornes que estàva delante, primero que vuestra merced alcance essa licencia que dize, estarà ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondiò Don Quixote, que como yo la tenga, poco harà al caso, que estè en el otro mundo, que de alli le facarè à pefar del mismo mundo que lo contradiga; ò por lo menos os darè tal vengança de los que allà le huvièren embiado, que quedèys mas que medianamente fatisfechas. Y sin dezir mas se fuè à poner de hinojos ante Dorotea, pidièndole con palabras cavallerosas, y andantescas, que la su grandeza fuèsse fervida, de darle licencia de acorrer y focorrer al castellano de aquel castillo, que estàva puesto en una grave mengua. La Princesa se la diò de buen talante; y el luego, abraçando su adarga, y poniendo mano à su espada, acudiò à la puerta de la venta, à donde aun toda via trayan los dos huespedes à mal traer al ventero; pero assi como llegò, embaçò, y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le dezian, que en que se detenia, que focorrièsse à su señor y marido. Detèngome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano à la espada contra gente escuderil; pero llamadme

madme aqui à mi escudero Sancho, que à el toca y atañe esta defenfa y vengança. Esto passava en la puerta de la venta, y en ella andavan las puñadas y moxicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperavan de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo passava su marido, señor, y padre. Pero dexèmosle aqui, que no faltará quien le socorra, ò fino, sufra, y calle el que se atreve à mas de lo que sus fuerças le prometen; y bolvamos atrás cinquenta passos à ver, que fuè lo que Don Luys respondiò al Oydor, que le dexamos à parte, preguntándole la causa de su venida à pie, y de tan vil trage vestido.

A lo qual el moço, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretava el coraçon, y derramando làgrimas en abundancia, le dixo: señor mio, yo no sè deziros otra cosa, fino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo vièsse à mi señora Doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuèsse, como la saëta al blanco, ò como el marinero al norte. Ella no sabe de mis desèos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabèys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: Si os parece que estas son partes para que os aventurèys à hazèrme en todo venturoso, recibidme luego
por

por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshazer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Callò, en diziendo esto el enamorado mancebo; y el Oydor quedò en oyrle suspenso, confuso, y admirado, assi de aver oydo el modo y la discrecion con que Don Luys le avia descubierto su pensamiento, como de verse en punto, que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio; y assi no respondiò otra cosa, sino que se fosegasse por entonces, y entretuvièssè à sus criados, que por aquel dia no le bolvièssen, porque se tuvièssè tiempo para considerar lo que mejor à todos estuvièssè. Besòle las manos por fuerza Don Luys, y aun se las bañò con làgrimas: Cosa que pudièra enternecer un coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya avia conocido, quan bien le estava à su hija aquel matrimonio: Puesto que si fuèra possible, lo quisièra efectuar con voluntad del padre de Don Luys, del qual sabia, que pretendia hazer de título à su hijo.

YA à esta fazon estava en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le avian pagado todo lo que el quiso; y los criados de Don Luys aguardavan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo: Quando el demonio, que no duerme, ordenò, que en aquel mesmo punto entrò en la venta el barbero, à quien Don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno, que trocò con los del suyo: El qual
barbero,

barbero, llevando su jumento à la cavalleriza, viò à Sancho Pança, que estàva adereçando no sè que de la albarda, y assi como la viò, la conociò, y se atreviò à arremeter à Sancho, diciendo: A Don Ladron, que aqui os tengo! Venga mi bazia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho, que se viò acometer tan de improviso, y oyò los vituperios que le dezian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra diò un moxicòn al barbero, que le bañò los dientes en fangre: Pero no por esto dexò el barbero la presa que tenia hecho en la albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudièron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazienda, me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondiò Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganò mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estàva Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su escudero, y tùvole desde alli adelante por hombre de pro; y propùso en su coraçon de armarle cavallero en la primera ocasion que se le ofrecièsse, por parecerle, que serìa en el bien empleada la orden de la cavalleria. Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino à dezir: Señores, assi esta albarda es mia, como la muerte que devo à Dios, y assi la conozco, como si la huvièra parido, y ay està mi asno en el establo, que no me dexarà mentir; sino pruèvensela, y fino le vinière pintiparada, yo quedarè por infame: Y ay mas; que el mismo dia que ella se me quitò, me quitàron tambien una bazia de açòsar nueva, que no se avia estrenado,
que

que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote, sin responder; y poniéndose entre los dos, y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se declarase, dixo: Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bazia à lo que fuè, es, y será yelmo de Mambrino, al qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del con legitima, y lícita possession. En lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello fabrè dezir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaezes del cavallo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el fuyo: Yo se la di, y el los tomò, y de averse convertido de Jaez en albarda, no fabrè dar otra razon fino es la ordinaria, que como estas transformaciones se ven en los sucesos de la cavalleria: Para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y faca aqui el yelmo, que este buen hombre dize ser bazia. Par diez, señor, dixo Sancho, fino tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dize, tan bazia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre, albarda. Haz lo que te mando, replicò Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fuè à dò estava la bazia, ò yelmo de Mambrino, como su amo dezia, y la truxo: Y assi como Don Quixote la viò, la tomò en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes, (con que cara podrá dezir este escudero, que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho? Y juro por la orden de cavalleria que professò, que este yelmo fuè el mismo que yo le quitè, sin aver
añadido





*Jn. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 249.*

*Ger. Vandergucht sculp.
25*

añadido en él, ni quitado cosa alguna. En esto no ay duda, dixo à esta fazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta aora, no ha hecho con él mas de una batalla, quando librò à los fin ventura encadenados; y fino fuèra por este baziyelmo, no lo pasàra entonces muy bien, porque huvò asàz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

QUE les parece à vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian, que esta no es bazia, sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le harè yo conocer, que miente si fuere cavallero; y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero, que à todo estàva presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforçar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos rièssen; y dixo, hablando con el otro barbero: señor barbero, ò quien soys; sabed, que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte uno; y ni mas ni menos fuy un tiempo en mi mocedad soldado, y sè tambien, que es yelmo, y que es morrion, y celada de encàxe, y otras cosas tocantes à la milicia, digo, à los generos de armas de los soldados: Y digo (salvo mejor parecer, remitiendome

T o m. II.

K k

dome

dome siempre al mejor entendimiento) que esta pieza que està aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero està tan lexos de serlo, como està lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira. Tambien digo, que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babèra. Assi es dixo el Cura, que ya avia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmò Cardenio, Don Fernando y sus camaradas; y aun el Oydor, fino estuvièra tan pensativo con el negocio de Don Luys, ayudàra por su parte à la burla: Pero las veras de lo que pensàva le tenian tan suspenso, que poco ò nada atendia à aquellos donayres. Vålame Dios, dixo à esta fazon el barbero burlado; Que es possible que tanta gente honrada diga, que esta no es bazia, fino yelmo? Cosa parece esta, que puede poner en admiracion à toda una universidad por discreta que sea: Basta; si es que esta bazia es yelmo, tambien deve de ser esta albarda jaèz de cavallo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en esso no me entremeto de que sea albarda ò jaez. No està en mas, dixo el Cura, que en dezirlo el señor Don Quixote; que en estas cosas de la cavalleria, todos estos señores y yo le dàmos la ventaja. Por Dios, señores mios, dixo Don Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas, que en este castillo, en dos vezes que en èl he alojado, me han fucedido, que no me atrèva à dezir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en èl se contiene, se me preguntàre; porque imagino que quanto en
el

el se trata và por via de encantamiento. La primera vez me fatigò mucho un Moro encantado, que en èl ày, y à Sancho no le fuè muy bien con otros sus sequazes; y à noche estùve colgado deste braço casi dos horas, sin saber como ni como no, vine à caer en aquella desgracia. Assi que ponerme yo aora en cosa de tanta confusion à dar mi parecer, serà caer en juyzio temerario. En lo que toca, à lo que dizen, que esta ès bazìa, y no yelmo, yà yo tengo respondido: Pero en lo de declarar, si essa es albarda ò jaez, no me atrevo à dar sentencia difinitiva; solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes; quiçà por no ser armados cavalleros, como yo lo soy, no tendràn que ver con vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y tendràn los entendimientos libres, y podràn juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real, y verdaderamente, y no como à mi me parecen. No ay duda, respondiò à esto Don Fernando, sino que el Señor Don Quixote ha dicho muy bien, que à nosotros toca la definicion deste caso: Y porque vaya con mas fundamento, yo tomarè en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare, darè entera, y clara noticia. Para aquellos, que la tenian del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandissima risa, pero para los que lo ignoràvan les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente à los quatro criados de Don Luys, y à Don Luys ni mas ni menos, y à otros tres passageros, que à caso avian llegado à la venta, que tenian parecer de ser Quadrilleros, como en efeto lo eran: Pero el que mas se desesperàva, era el barbero, cuya bazìa alli delante de sus ojos se le avia buelto en yelmo de Mambrino;



y cuya albarda pensava fin duda alguna, que se le avia de bolver en jaez rico de cavallo; y los unos y los otros se reyan de ver como andava Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablàndoles al oýdo, para que en secreto declaràssen, si era albarda, ò jaez aquella Joya sobre quien tanto se avia peleado: Y despues que huvò tomado los votos de aquellos que à Don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos parecères, porque vèò, que à ninguno pregunto lo que desèò saber, que no me diga, que es disparate dezir, que esta sea albarda de jumento, sino jaez de cavallo, y aun de cavallo castizo: Y assi avèys de tener paciencia, porque à vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda; y vos avèys alegado y provado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el Cielo, dixo el burlado barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que assi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece à mi albarda, y no jaez: Pero allà van Leyes &c. y no digo mas; y en verdad que no estòy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causàvan rifa las necedades que dezia el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual à esta fazon dixo: Aqui no ay mas que hazer, sino que cada uno tome lo que es fuyo; y à quien Dios se la diò, San Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: Si yà no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento, como son, ò parecen todos los que aqui estan, se atrevan à dezir y afirmar, que esta no es bazia, ni aquella albarda: Mas como veo, que lo afirman, y lo
dizen,

dizen, me doy à entender, que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia; porque voto à tal (y arrojòle redondo) que no me den à mi à entender quantos oy viven en el mundo al revès, de que esta no sea bazia de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado; que el caso no consiste en esto, fino en si es, ò no albarda, como vuestras mercedes dizen. Oyendo esto uno de los Quadrilleros, que avian entrado, que avia oydo la pendencia, y question, lleno de còlera y de enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ò dixere, deve de estar hecho uba. Mentis como vellaco, villano, respondiò Don Quixote; y alçando el lançon (que nunca lo dexàva de las manos) le iva à descargar tal golpe sobre la cabeça, que à no desviàrse el quadrillero, se le dexàra alli tendido. El lançon se hizo pedacos en el fuelo; y los demas quadrilleros, que vièron tratar mal à su compañero, alçaron la voz, pidiendo favor à la santa hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros. Los criados de Don Luys rodearon à Don Luys, porque con el alboroto no se les fuèsse. El barbero, viendo la casa rebuelta, tornò à asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano à su espada, y arremetiò à los quadrilleros. Don Luys dava voces à sus criados, que le dexàssen à el y acorrièssen à Don Quixote, y à Cardenio, y à Don Fernando, que todos favorecian à Don Quixote. El cura dava voces, la ventera gritàva,

gritava, su hija se aflagia, Maritornes llorava, Dorotea estava confusa, Lucinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El Barbero aporreava à Sancho, Sancho molia al barbero: Don Luys, à quien un criado suyo se atreviò à asirle del braço porque no se fuèsse, le diò una puñada, que le bañò los dientes en fangre; el Oydor le defendia; Don Fernando tenia debaxo de sus pies à un quadrillero, midièndole el cuerpo con ellos muy à su favor. El ventero tornò à reforçar la voz, pidiendo favor à la santa hermandad, de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobrefaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, cozes, y efusion de fangre: Y en la mitad deste caos, maquina y laberinto de cosas, se le representò en la memoria de Don Quixote, que se veya medido de hoz, y de coz en la discordia del campo de Agramante; y assi dixo con voz que atronava la venta: Tènganse todos; todos embàynen; todos se foslièguen: oyanme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon; y el profiguiò diziendo: No os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios deve de habitar en èl? En confirmacion de lo qual quiero que veays por vuestros ojos, como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de agramante. Mirad, como allì se pelèa por la espada, aqui por el cavallo, acullà por el aguila, acà por el yelmo; y todos peleamos, y todos no nos entendèmos. Venga, pues, vuestra merced, señor Oydor, y vuestra merced, Señor Cura, y el uno firva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pònganos en paz; porque

porque por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria, que tanta gente principal como aqui estamos, se mate por causas tan livianas. Los quadrilleros, que no entendian el frasis de Don Quixote, y se veyan mal parados de Don Fernando, Cardenio, y sus camaradas, no querian foflegarse: El barbero si, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda. Sancho à la mas minima voz de su amo obedeciò como buen criado. Los quatro criados de Don Luys, tambien se estuvièron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo: Solo el ventero porfiava, que se avian de castigar las insolencias de aquel loco, que à cada passo le alborotava la venta. Finalmente el rumor se apaziguò por entonces: La albarda se quedò por jaez hasta el dia del Juyzio, y la bazia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote.

PUESTOS, pues, ya en fofiego, y hechos amigos todos à persuasion del Oydor y del Cura, bolvièron los criados de Don Luys à porfiarle, que al momento se vinièsse con ellos; y en tanto que el con ellos se avenia, el Oydor comunicò con Don Fernando, Cardenio, y el Cura, que devia hazer en aquel caso? Contàndoseles con las razones que Don Luys le avia dicho. En fin fuè acordado, que Don Fernando dixèsse à los criados de Don Luys, quien el era, y como era su gusto, que Don Luys se fuèsse con el al Andaluzia, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de Don Luys merecia; porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luys, que no bolveria por aquella vez à los ojos de su padre, si le hizièssen pedaços. Entendida, pues, de los quatro la calidad de

Don



Don Fernando, y la intencion de Don Luys, determinaron entre ellos, que los tres se bolviessen à contar lo que pasava à su padre, y el otro se quedasse à servir à Don Luys, y à no dexalle hasta que ellos bolviessen por el, ò viessen lo que su padre les ordenava. Desta manera se apaziguò aquella maquina de pendencias por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino. Pero viendose el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto, que avia grangeado de averlos puesto à todos en tan confuso laberinto, acordò de provar otra vez la mano, refucitando nuevas pendencias y desafios-fiegos.

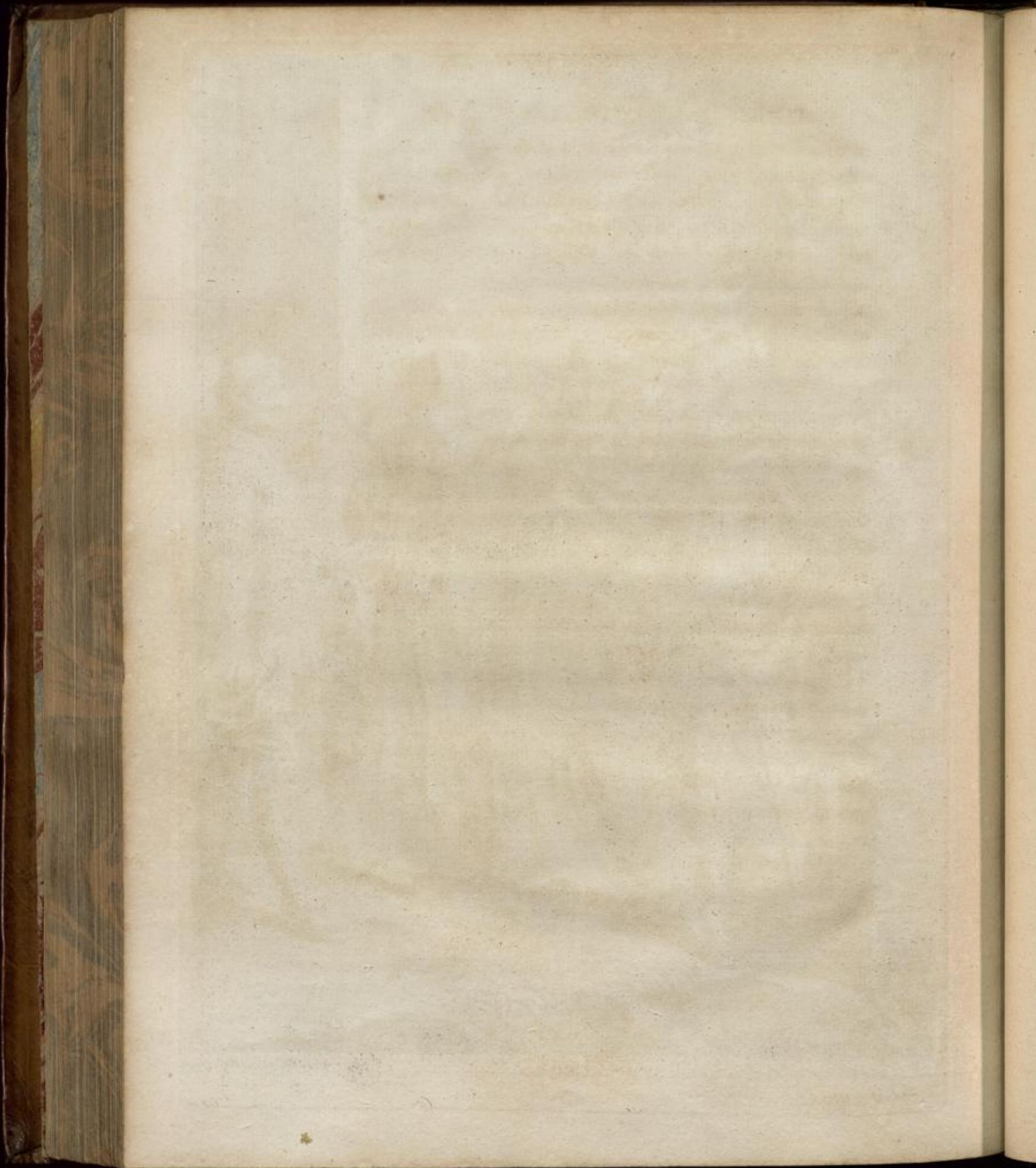
Es, pues, el caso, que los quadrilleros se foflegaron por aver entreoydo la calidad de los que con ellos se avian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles, que de qualquier manera, que sucediessen, avian de llevar lo peor de la batalla: Pero à uno dellos, que fue el que fue molido, y pateado por Don Fernando, le vino à la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender à algunos delinquentes, traia uno contra Don Quixote, à quien la fanta hermandad avia mandado prender por la libertad que diò à los galeotes, como Sancho con mucha razon avia temido. Imaginando, pues, esto, quiso certificarse, si las señas, que de Don Quixote traia, venian bien: Y sacando del seno un pergamino, topò con el que buscava; y poniendosele à leer de espacio (porque no era buen lector) à cada palabra que leya, ponía los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote; y hallò, que sin duda alguna
era



In: Vanderbank inv. et. Delin
Vol. II. p. 256.

Ger. VanderGucht sculp.

26



era el que el mandamiento rezava ; y apenas se huvò certifi-
càdo, quando, recogiendo su pergamino teniendo en la ma-
no yzquierda el mandamiento, con la derecha afiò à Don
Quixote del cuello tan fuertemènte, que no le dexava alen-
tar, y à grandes voces dezia : Favor à la fanta herman-
dad ; y para que se vea, que lo pido de veras, lèase este
mandamiento, donde se contiene, que se prenda à este sal-
teador de caminos. Tomò el mandamiento el Cura, y viò
como era verdad quanto el quadrillero dezia, y como con-
venian las señas con Don Quixote : El qual, vièndose tra-
tar mal de aquel villano malandrín, puesta la còlera en su
punto y cruxièndole los huesos de su cuerpo, como mejor
pudo, afiò al quadrillero con entrambas manos de la
garganta, que à no ser focorrido de sus compañeros, allí
dexàra la vida, antes que Don Quixote la presa. El ven-
tero, que por fuerça avia de favorecer à los de su oficio,
acudiò luego à dalle favor. La ventera, que viò de nuevo
à su marido en pendencia, de nuevo alçò la voz, cuyo
tenor le llevàron luego Maritornes, y su hija, pidiendo
favor al Cielo, y à los que allí estàvan. Sancho dixo, vi-
endo lo que pasàva : Vive el señor, que es verdad quan-
to mi amo dize de los encantos deste castillo, pues no es
possible vivir una hora con quietud en el. Don Fernando
despartio al quadrillero, y à Don Quixote, y con gusto de
entrambos les desenclavijò las manos, que el uno en el
collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro,
bien afidas tenian : Pero no por esso cesàvan los quadri-
lleros de pedir su preso, y que les ayudàssen à darsele atado,
y entregado à toda su voluntad, porque assì convènia al

T O M. II.

L I

servicio



servicio del Rey, y de la santa hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro, y favor para hazer aquella prision de aquel robador, y salteador de sendas, y de carreras. Reyase de oyr dezir estas razones Don Quixote, y con mucho fofsiègo, dixo: Venid acà, gente foèz, y mal nacida, saltar de caminos llamàys al dar libertad à los encadenados, foltar los presos, acorrer à los miserables, alçar los caydos, y remediar los menesterosos? A gente infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el Cielo no os comunique el valor que se encierra en la cavalleria andante, ni os dè à entender el pecado, è ignorancia en que estàys, en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier cavallero andante! Venid acà ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa hermandad; dezidme, quien fuè el ignorante que firmò mandamiento de prision contra un tal cavallero como yo soy? Quien el que ignorò, que son essentos de todo judicial fuero los cavalleros andantes? Y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, y sus pre-máticas su voluntad? Quien fuè el mentecato, buelvo à dezir, que no sabe, que no ay executoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni essenciones, como la que adquière un cavallero andante el dia que se arma cavallero, y se entrega al duro exercicio de la cavalleria? Que cavallero andante pagò pecho, alcavàla, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que fastre le llevò hechura de vestido que le hizièsse? Que castellano le acogió en su castillo, que le hizièsse pagar el escote? Que Rey no le assento à su mesa? Que donzella no se le aficionò

y



y se le entregò rendida à todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que cavallero andante ha avido, ày, ni avrà en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos à quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

En que se da fin, a la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cavallero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote esto dezia, estava persuadiendo el Cura à los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juyzio, como lo veyan por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiessen y llevassen, luego le avian de dexar por loco: A lo que respondiò el del mandamiento; que à el no tocava juzgar de la locura de Don Quixote, fino hazer lo que por su mayor le era mandado; y que una vez preso, si quièra lo soltassen trezientas. Con todo esso, dixo el Cura, por esta vez no le avèys de llevar; ni aun el dexarà llevarse, à lo que yo entiendo. En efeto tanto les supò el Cura dezir, y tantas locuras supò Don Quixote hazer, que mas locos fuèran que no el, los quadrilleros, fino conocièran la falta de Don Quixote; y assi tuvièron por bien de apaziguarse, y aun de ser medianeros de hazer las pazes entre el barbero y Sancho Pança, que todavia insistian con gran rancor en su pendencia. Finalmente ellos, como miembros de justicià, mediaron la causa, y fuèron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, fino del todo contentas, alomenos en algo satisfechas,

L I 2

porque



porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y xaquimas. Y en lo que tocava à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à focapa y sin que Don Quixote lo entendièsse, le diò por la bazia ocho reales; y el barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarse à engaño por entonces, ni por siempre jamas Amen.

SOSSEGADAS, pues, estas dos pependencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, restava que los criados de Don Luys se contentassen de bolver los tres, y que el uno quedasse para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar. Y como ya la buena fuerte, y mejor fortuna avia comenzado à rompèr lanças, y à facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar à todo felice suceffo, porque los criados se contentaron de quanto Don Luys queria; de que recibìo tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella fazon la mirara al rostro, que no conocièra el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los suceffos que avia visto, se entristecia, y alegrava à bulto, conforme veya y notava los semblantes à cada uno, especialmente el de su español en quien tenia siempre puestos los ojos, y traía siempre colgada el alma. El ventero (a quien se le pasó por alto la dádiva, y recompensa, que el Cura avia hecho al barbero) pidió el escòte de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero hasta el ultimo ardite. Todo lo apaziguò el Cura, y lo pagò Don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad avia tambien ofrecido la paga; y de tal
manera

manera quedàron todos en paz, y fofiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote avia dicho, fino la misma paz, y quietud del tiempo de Otaviano: De todo lo qual fuè comun opinion, que se devian dar las gracias à la buena intencion, y mucha eloquencia del feñor Cura, y à la incomparable liberalidad de Don Fernando.

VIENDOSE, pues, Don Quixote libre, y desembargado de tantas pendencies, assi de su escudero, como fuyas, le pareciò que feria bien seguir su començado viage, y dar fin à aquella grande aventura, para que avia sido llamado y escogido: Y assi con resoluta determinacion se fuè à poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le confintiò, que hablàsse palabra hasta que se levantàsse, y el por obediencia se puso en pie, y le dixo: Es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura; y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia, que la sollicitud del negociante trae à buen fin el pleyto dudoso: Pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, que en las de la guerra, à donde la celeridad, y presteza previene los designios del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo yà es fin provecho, y podria fernos de tanto daño, que le echàssemos de ver algun dia; porque quien sabe, si por ocultas y diligentes espías avrà sabido ya vuestro enemigo el Gigante, de que yo voy à destruirle, y dándole lugar el tiempo, se fortificàsse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza contra quien valièssen
poco

poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço? Assi que, Señora mia, prevengàmos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partàmonos luego à la buena ventura, que no està en mas de tenerla vuestra grandeza, como desèa, de quanto yo tarde à verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas Don Quixote, y esperò con mucho sossiego la respuesta de la hermosa Infanta; la qual con ademan señoril, y acomodado al estilo de Don Quixote, le respondiò desta manera: Yo os agradezco, Señor Cavallero, el desèo, que mostràys tener de favorecerme en mi gran cuyta, bien assi como cavallero, à quien es anexo y concerniente el favorecer los huerfanos, y menesterosos; y quiera el Cielo, que el vuestro y mi desèo se cumpla, para que veàys, que ay agradecidas mugeres en el mundo: Y en lo de mi partida, sea luego; que yo no tengo mas voluntad que la vuestra: Disponed vos de mi à toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregò la defenfa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo Don Quixote; pues assi es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me và poniendo espuelas el desèo, y el camino; porque fuele dezirse, que en la tardanza està el peligro: Y pues no ha criado el Cielo, ni visto el Infierno ninguno que me espante, ni acobarde, enfilla Sancho à Rozinante, y apareja tu jumento, y el Palafren de la Reyna, y despedàmonos del castellano, y destes Señores, y vamos de aqui luego al punto.

punto. Sancho, que à todo estàva presente, dixo meneando la cabeça à una y otra parte: Ay Señor, Señor, y como ay mas mal en el aldeguela, que se fuena (con Perdon sea dicho de las tocas honradas) Que mal puede aver en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, dixo Don Quixote que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré y dexaré de dezir lo que soy obligado como buen escudero, y como deve un buen criado dezir à su Señor. Dì lo que quisières, replicò Don Quixote, como tus palabras no se encaminen à ponerme miedo; que si tu le tienes, hazes como quien eres; y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es effo, pecador soy yo à Dios, respondió Sancho, fino que yo tengo por cierto y por averiguado, que esta Señora, que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque à ser lo que ella dize, no se anduvièra hoçicando con alguno de los que estàn en la rueda à buelta de cabeça, y à cada traspuesta. Paròse colorada con las razones de Sancho Dorotea; porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez à hurto de otros ojos, avia cogido con los labios parte del premio que merecian sus desèos: Lo qual avia visto Sancho, à quien le pareciò, que aquella desfemboltura mas era de dama cortefana, que de Reyna de tan gran Reyno: Pero Dorotea no pudo, ni quiso responder palabra à Sancho, fino dexòle proseguir en su plàtica; y el fuè diziendo: Esto digo, Señor, porque si al cabo de aver andado caminos y carreras, y passado malas noches, y peores dias, ha de venir à coger el fruto de nuestros trabajos el que se està holgando en esta venta, no ay
para

para que darme priessa à que enfille à Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues serà mejor, que nos estemos quedos; y cada puta hile, y comamos. O vâlame Dios, y quan grande fuè el enojo que recibì Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo, que fuè tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lançando vivo fuego por los ojos, dixo: O vellaco, villano, mal mirado, descompuesto, è ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador, y maldiziente! Tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades, y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaqueras, inventor de maldades, publicador de fandezes, enemigo del Decoro que se deve à las reales personas. Vete, no parezcas delante de mi, fo pena de mi ira; y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò à todas partes, y diò con el pie derecho una gran patada en el suelo: Señales todas de la ira que encerrava en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedò Sancho tan encogido y medroso, que se holgàra, que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragàra. Y no supo que hazerse, sino bolver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: No os despechèys, señor cavallero de la triste figura, de las fandezes que vuestro buen escudero ha dicho; porque quiçà no las deve de dezir sin ocasion; ni de su buen
entendi-

entendimiento, y Christiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio à nadie, y assi se ha de creèr, sin poner duda en ello; que como en este castillo, segun vos, señor Cavallero, dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamiento: Podria ser, digo, que Sancho huvièsse visto por esta diabolica via, lo que el dize, que viò tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo à esta fazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto; y que alguna mala vision se le pùso delante à este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuèra imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuèra; que sè yo bien de la bondad, è inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios à nadie. Assi es, y assi serà, dixo Don Fernando, por lo qual deve vuestra merced, señor Don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia *sicut erat in Principio*, antes que las tales visiones le sacàssen de Juyzio. Don Quixote respondiò, que el le perdonava; y el Cura fuè por Sancho, el qual vino muy humilde; y hincàndose de rodillas, pidiò la mano à su amo, y el se la diò, y despues de avèrsela dexado besar, le echò la bendicion, diziendo: Agora acabaràs de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que ya otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas pòr via de encantamiento. Assi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucediò por via ordinaria. No lo creas, respondiò Don Quixote, que si assi fuèra, yo te vengàra entonces, y aun agora: Pero ni entonces, ni agora pude, ni vi en quien tomar vengança de tu agravio. Deseàron saber to-

T O M. II.

M m

dos,



dos, que era aquello de la manta; y el ventero les contó punto por punto la volateria de Sancho Pança, de que no poco se riéron todos; y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo, que era encantamiento; puesto que jamas llegó la fandez de Sancho à tanto, que creyèsse no ser verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno lo de aver sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creya, y lo afirmava.

Dos dias eran ya passados los que avia, que toda aquella ilustre compañia estava en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, diéron orden para que sin ponerse al trabajo de bolver Dorotea y Don Fernando con Don Quixote à su aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudièssen el cura y el barbero llevarsele como desèavan, y procurar la cura de su locura en su tierra. En tanto que esto se tratava, Don Quixote se fuè à reposar de las passadas fatigas sobre la cama; y asilo que ordenaron fuè, que se concertaron con un carretero de bueyes (que à caso acertò à passar por alli) para que lo llevàsse en esta forma. Hizièron una como Jaula de palos enrejados, capaz que pudièsse en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego Don Fernando y sus camaradas con los criados de Don Luys, y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura se cubrièron los rostros y se disfracaron, quien de una manera, y quien de otra, de modo que à Don Quixote le parecièsse ser otra gente de la que en aquel castillo avia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron à donde el estava.

estàva durmiendo, y descansando de las passadas refriegas. Llegaronse à el (que libre y seguro de tal acontecimiento dormìa) y asiendole fuertemènte, le ataron muy bien las manos, y los pies de modo, que quando el despertò con sobrefalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa mas, que admirarse, y suspenderse de ver delante de si tan estraños visages. Y luego diò en la cuenta de lo que fu continua, y desvariada imaginacion le representava, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguno ya estàva encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo apunto como avia pensado, que sucederìa, el Cura traçador desta maquina: Solo Sancho de todos los presentes estàva en su juyzio y en su mesma figura, el qual, aunque le faltava bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quienes eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osò descofer su boca, hasta ver en que parava aquel asfalto, y prision de su amo, el qual tampoco hablava palabra, atendiendo à ver el paradero de su desgracia, que fuè; que trayendo alli la Jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemènte, que no se pudièran romper à dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyò una voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero (no el del albarda, sino el otro) que dezia. O Cavallero de la triste figura! no te dè afincamiento la prision en que vas, porque assi conviene para acabar mas presto la aventura, en que tu gran esfuerço te ha puesto, la qual se acabará, quando el furibundo Leon manchego con la blanca paloma tobofina se unièren en uno,

M m 2

ya



ya despues de humilladas las altas cervizes al blando yugo matrimoñesco: De cuyo inaudito conforcio saldràn à la luz del orbe los bravos cachorros, que imitaràn las rumpantes garras del valeroso padre: Y esto serà antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas à la visita de las luzientes imagines con su ràpido y natural curso. Y tu, ó el mas noble y obediente escudero, que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente ver llevar assi delante de tus ojos mesmos à la flor de la Cavalleria andante; que presto, si al Plasmador del mundo le plaze, te veràs tan alto, y tan fublimado, que no te conozcas; y no saldràn defraudadas las promessas que te ha fecho tu buen Señor. Y assegùrote de parte de la sàbia Mentironiana, que tu Salario te serà pagado, como lo veràs por la obra; y figue las pisadas del valeroso y encantado cavallero, que conviene que vayas donde pareys entrambos: Y porque no me es licito dezir otra cosa, à Dios quedad, que yo me buelvo à donde yo me sè. Y al acabar de la profecia alçò la voz de punto, y disminuyòla despues con tan tierno acento, que aun los fabidores de la burla estuvièron por creèr, que era verdad lo que oyan.

QUEDÒ Don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligiò de todo en todo la significacion della; y viò que le prometian el verse ayuntado en fanto y devido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la mancha. Y creyendo esto bien y firmemente, alçò la voz, y dando un gran suspiro, dixo:

dixo: O tu quien quiera que feas, que tanto bien me has pronosticado, ruègote, que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene à cargo, que no me dexeperecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho: Que como esto sea, tendrè por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y tálamo dichoso. Y en lo que toca à la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexarà en buena, ni en mala suerte: Porque quando no fuceda por la fuya, ò por mi corta ventura el poderle yo dar la infula, ò otra cosa equivalente, que le tengo prometido, por lo menos su salario no podrà perderse; que en mi testamento, que ya està hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme à sus muchos y buenos servicios, sino à la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque la una no pudièra, por estar atadas entrambas. Luego tomàron la jaula en ombros aquellas visiones, y la acomodàron en el carro de los bueyes.

C A P I -



CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fuè encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucessos.

QUANDO Don Quixote se viò de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graves historias he yo leydo de cavalleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que à los cavalleros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos pereçosos, y tardios animales, porque siempre los fueren llevar por los ayres con estraña ligereza encerrados en alguna parda, y escura nube, ò en algun carro de fuego, ò ya sobre algun Hipogrifo, ò otra bestia semejante: Pero que me lleven à mi agora sobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confusion. Pero quizá la cavalleria y los encantos destes nuestros tiempos deven de seguir otro camino del que figuieron los antiguos: Y tambien podria ser, que como yo soy nuevo cavallero en el mundo, y el primero que ha refucitado el ya olvidado exercicio de la cavalleria aventurera, tambien nuevamente se ayan inventado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar à los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No sè yo lo que me parece, respondiò Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced en las escrituras andantes: Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catòlicas. Catòlicas, mi padre, respondiò Don Quixote, como han de ser catòlicas, si son todos demonios, que

que han tomado cuerpos fantasticos, para venir à hazer esto, y à ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tòcalos, y pàlpalos, y veràs como no tienen cuerpo fino de ayre, y como no confiste en mas de en la apariencia. Par Dios, Señor, replicò Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo, que aqui anda tan folìcito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oydo dezir que tienen los demonios; porque segun se dize, todos huelen à piedra azùfre, y à otros malos olores; pero este huele à ambar de media legua. Dezia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, devia de oler à lo que Sancho dezìa. No te maravilles de esto, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, porque te hago saber, que los diablos sabèn mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espìritus, y si huelen, no pueden oler à cosas buenas, fino malas, y hediondas: Y la razon es, que como ellos, donde quièra que estàn, traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa, que deleyta y contenta, no es possible que ellos huelan à cosa buena. Y si à ti te parece, que esse Demonio, que dizes, huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte con hazer que no le tengas por Demonio. Todos estos coloquios pasàron entre amo y criado; y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no vinièsse à caer del todo en la cuenta de su invencion, à quien andava ya muy en los alcances, determinàron de abreviar con la partida; y llamando à parte al ventero, le ordenàron, que enfillàsse à Rozinante, y enalbardàsse el Jumento de Sancho el qual lo hizo con mucha presteza.

Y A



YA en esto el cura se avia concertado con los quadrilleros, que lo acompañassen hasta su lugar, dândoles un tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçon de la filla de Rozinante, del un cabo la adarga, y del otro la bazia, y por Señas mandò à Sancho, que subièsse en su asno, y tomàsse de las riendas à Rozinante, y puso à los dos lados del carro à los quadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se movièsse el carro, saliò la ventera, su hija y Martines à despedirse de Don Quixote, fingièdo que lloravan de dolor de su desgracia, à quien Don Quixote dixo: No lloreys, mis buenas Señoras, que todas estas desdichas son anexas à los que professan lo que yo professo; y si estas calamidades no me acontecièran, no me tuvièra yo por famoso cavallero andante, porque à los cavalleros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen envidiosos de su virtud y valentia à muchos Principes, y à muchos otros cavalleros, que procuran por malas vias destruÿr à los buenos. Pero con todo esto la virtud es tan poderosa, que por si sola, à pesar de toda la Nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrà vencedora de todo trance, y darà de si luz en el mundo, como la dà el Sol en el Cielo. Perdonàdme, hermosas damas, si algun desaguifado por descuydo mio os he fecho; que de voluntad y à sabiendas jamas le di à nadie: Y rogad à Dios me faque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto; que si dellas me veo libre, no se me caerà de la memoria las mercedes que en este castillo me avèdes fecho, para gratificarlas, servillas, y recompensallas, como ellas merecen. EN

EN tanto que las damas del castillo esto pasàvan con Don Quixote, el Cura y el Barbero se despidièron de Don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano el Oydor, y de todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea, y Lucinda. Todos se abraçaron, y quedaron, de darse noticia de sus suceffos, diziendo Don Fernando al Cura donde avia de escrivirle, para avisarle en lo que paràva Don Quixote, assegurándole, que no avria cosa, que mas gusto le dièsse, que saberlo: Y que el assi mesmo le avisaria de todo aquello que el vièsse, que podria darle gusto, assi de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y Suceffo de Don Luys, y buelta de Lucinda à su casa. El Cura ofreciò de hazer quanto se le mandava con toda puntualidad. Tornaron à abraçarse otra vez, y otra vez tornaron à nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura, y le diò unos papeles, diziéndole, que los avia hallado en un aforro de la maleta, donde se hallò la novela del curioso impertinente; y que, pues su dueño no avia buelto mas por alli, que se los llevàsse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradeciò; y abriéndolos luego, viò que al principio de lo escrito dezia: Novela de Rinconete, y Cortadillo; por donde entendiò ser alguna novela; y coligiò, que pues la del curioso impertinente avia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser, fuèssen todas de un mismo autor; y assi la guardò con presupuesto de leerla, quando tuvièsse comodidad. Subiò à cavallo, y tambien su amigo el Barbero con sus antifazes, porque no fuèssen luego conocidos de Don Qui-

T O M. II.

N n

xote;



xote; y pusiéronse à caminar tras el carro; y la orden que llevàvan era esta.

IV A primero el carro, guiàndole su dueño: A los dos lados iban los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: Seguia luego Sancho Pança sobre su asno, llevàndo de la rienda à Rozinante: detrás de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y repofado continente, no caminando mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado à las verjas con tanto silencio, y tanta paciencia como si no fuèra hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio caminàron hasta dos Leguas, y llegàron à un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para repofar, y dar pasto à los bueyes: Y comunicàndolo con el Cura, fuè de parecer el Barbero, que caminàssen un poco mas; porque el sabia detrás de un recuesto, que cerca de alli estàva, avia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomòse el parecer del barbero, y assi tornàron à proseguir su camino.

EN esto bolviò el Cura el rostro y viò, que à sus espaldas venian hasta seys, ò siete hombres de à cavallo, bien puestos y adereçados, de los quales fuèron presto alcançados, porque caminàvan no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canònigos, y con deseò de llegar presto à festeàr à la venta, que menos de
una

una legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes à los perezosos, y saludaronse cortesmente, y uno de los que venian (que en resolucion era canònigo de Toledo, y Señor de los demas que le acompañavan) viendo la concertada procession del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura y Barbero, y mas à Don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pùdo dexar de preguntar, que significava llevar aquel hombre de aquella manera? Aunque ya se avia dado à entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que devia de ser algun facinoroso salteador, ò otro delincente, cuyo castigo tocasse à la santa hermandad. Uno de los quadrilleros, à quien fuè hecha la pregunta, respondiò assi: Señor, lo que significa ir este cavallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò Don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes, Señores cavalleros, son versados y peritos en esto de la cavalleria andante? Porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y fino, no ay para que me canse en dezillas. Ya à este tiempo avian llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estavan en pláticas con Don Quixote de la mancha, para responder de modo, que no fuèsse descubierto su artificio. El Canònigo, à lo que Don Quixote dixo, respondiò: En verdad, hermano, que sè mas de libros de cavallerias, que de las fumulas de Villalpando: Assi que fino està en mas que en esto, seguramente podèys comunicar conmigo, lo que quisièredes. A la mano de Dios, replicò Don Quixote: Pues assi es, quiero, Señor Cavallero, que sepàys, que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud,



mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cavallero andante foy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordò para eternizarlos en su memoria, fino de aquellos que à despecho, y pesar de la misma envidia, y de quantos magos criò perfia, bracmanes, la India, y Ginofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad para que sirva de exemplo, y dechado en los venideros figlos, donde los Cavalleros andantes vèan los passos, que han de seguir, si quisièren llegar à la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el Senor Don Quixote de la Mancha, dixo à esta fazon el Cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, fino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, Señor, *El Cavallero de la triste figura*, si ya le oyfies nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, seràn escritos en bronces duros, y en eternos màrmoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos y la malicia en ocultarlos. Quando el canònigo oyò hablar al preso, y al libre en semejante estilo, estuvo por hazerse la Cruz de admirado, y no podia saber lo que le avia acontecido; y en la mesma admiracion cayèron todos los que con el venian.

EN esto Sancho Pança, que se avia acercado à oyr la plática, para adobarlo todo, dixo: Aora, Señores quièranme bien, ò quièranme mal por lo que dixere, el caso dello es, que assi và encantado mi Senor Don Quixote, como mi madre: El tiene su entero juyzio, el come, y bebe, y haze sus necessidades como los demas hombres, y como las
hazia

hazia ayer antes que le enjaulàssen. Siendo esto assi, como quièren hazerme à mi entender, que và encantado? Pues yo he oydo dezir à muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, fino le van à la mano, hablarà mas que treynta procuradores. Y bolvièndose à mirar al Cura, profiguiò, diziendo: A Señor Cura, Señor Cura! pensàva vuestra merced, que no le conozco? Y pensarà, que yo no calo, y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco, por mas que se encùbra el rostro; y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni à donde ay escafeza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reverencia no fuèra, esta fuèra ya la hora, que mi Señor estuvièra casado con la Infanta Micomicona, y yo fuèra conde por lo menos, pues no se podìa esperar otra cosa assi de la bondad de mi señor *El de la triste Figura*, como de la grandeza de mis sevicios. Pero ya veo, que es verdad lo que se dize por ay: Que la rueda de la fortuna anda mas lista, que una rueda de molino; y que los que ayer estàvan en pinganitos, oy estàn por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues quando podian y devian esperar ver entrar à su padre por sus puertas hecho governador, ò visorrey de alguna insula ò Reyno, le veràn entrar hecho moço de cavallos. Todo esto que he dicho, Señor Cura, no es mas de por encarecer à su paternidad, haga conciencia del mal tratamiento, que à mi señor le haze; y mire bien, no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos focorros,

focorros, y bienes, que mi Señor Don Quixote dexa de hazer en este tiempo que està preso. Adòbame estos candiles, dixo à este punto el Barbero: Tambien vos, Sancho, foy de la cofradia de vuestro amo? Vive el señor, que voy viendo, que le avèys de tener compañía en la jaula, y que avèys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de su humor, y de su cavalleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entrò en los cascos la infula que tanto deseays. Yo no estoy preñado de nadie, respondiò Sancho, ni foy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuèsse; y aunque pobre, foy Christiano viejo, y no devo nada à nadie; y si infulas deseò, otros deseàn otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y debaxo de ser hombre, puedo venir à ser papa, quanto mas governador de una infula; y mas pudiendo ganar tantas mi Señor, que le falte à quien darlas. Vuestra merced mire como habla, Señor Barbero, que no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro à Pedro. Dìgolo, porque todos nos conocemos, y à mi no se me ha de echar dado falso: Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quèdese aqui, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero à Sancho, porque no descubrièsse con sus simplicidades lo que el y el cura tanto procuravan encubrir: Y por este mesmo temor avia el Cura dicho al canònigo, que caminasse un poco delante, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas, que le dièssen gusto. Hizolo assi el canònigo, y adelantòse con sus criados, y con el, estuvo atento à todo aquello que el cura dezirle quiso de la condicion, vida, locura, y costum-

costumbres de Don Quixote, contándole brevemente el principio y causa de su desvario, y todo el progreso de sus sucesos hasta averlo puesto en aquella Jaula; y el designio que llevaban de llevarle à su tierra, para ver si por algun medio hallavan remedio à su locura.

ADMIRARONSE de nuevo los criados y el canònigo de oyr la peregrina historia de Don Quixote, y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente, Señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica estos, que llaman libros de cavallerias: Y aunque he leydo, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impresos, jamas me he podido acomodar à leer ninguno del principio al cabo; porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun à mi me parece, este genero de escritura y composicion cae debaxo de aquel de las fàbulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente à deleytar, y no à enseñar: Al contrario de lo que hazen las fabulas apòlogas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desafortados disparates; porque el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que ve, ò contempla en las cosas, que la vista, ò la imaginacion le ponen delante: Y toda cosa que tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede aver, ò que proporcion de las partes con el todo, y del
todo



todo con las partes en un libro, ò fabula donde un moço de diez y feys años dà una cuchillada à un Gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuèra de alfeñique? Y que, quando nos quièren pintar una batalla, despues de aver dicho, que ay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sèa contra ellos el Señor del libro, forçosamente, mal que nos pese, avèmos de entender, que el tal cavallero alcançò la victòria por solo el valor de su fuerte braço? Pues que dirèmos de la facilidad con que una Reyna, ò Emperatriz heredera se conduze en los braços de un andante, y no conocido cavallero? Que ingenio fino es del todo barbaro, è inculto podrà contentarse leyendo, que una gran torre llena de cavalleros vâ por la mar adelante, como nave con prospero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amaneca en tierras del Preste Juan de las Indias, ò en otras, que ni las descubriò Tolomeo, ni las viò Marco Polo? Y si à esto se me respondièssè, que los que tales libros componen, los escriven como cosas de mentira, y que assi no estan obligados à mirar en delicadezas, ni verdades. Responderiales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y possible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyèren, escrivièndose de fuerte, que facilitando los impossibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alborocen, y entretengan de modo, que anden à un mismo passò la admiracion y la alegria juntas; y todas estas cosas no podrà hazer el que huyere de la verisimilitud, y de la imitacion,

imitacion, en quien confiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de Cavallerias que haga un cuerpo de fabula entèro con todos sus miembros de manera, que el medio correspondã al principio, y el fin, al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion à formar una quimera, ò un monstruo, que à hazer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo, duros, en las hazañas, increíbles, en los amores, lascivos, en las cortesias, mal-mirados, largos, en las batallas, necios, en las razones, disparatados, en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la republica Christiana, como à gente inutil.

EL Cura le estùvo escuchando con grande atencion, y pareciòle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto dezia; y assi le dixo, que por ser el de su mesma opinion, y tener ojeriza à los libros de cavallerias, avia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos. Y contòle el escrutinio que dellos avia hecho, y los que avia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco se riò el canònigo, y dixo, que con todo quanto mal avia dicho de tales libros, hallava en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudièsse mostrarse en ellos; porque davan largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudièsse correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas; pintando un capitan valeroso con todas las partes, que para ser tal se requièren, mostràndose prudente previniendo las astucias de sus enemigos; y eloquente orador,



dor, persuadiendo, ò disuadiendo à sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar, como en el acometer. Pintando aora un lamentable y tràgico Sucesso, aora un alegre, y no pensado Acontecimiento: Alli una hermosissima dama; honesta, discreta, y recatada: aqui un cavallero Christiano, valiente y comedido: Acullà un defavorado barbaro fanfaron: acà un Principe cortes, valeroso, y bienmirado. Representando bondad, y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: Ya puede mostrarse Astròlogo, ya Cosmògrafo excelente, ya Mùsico, ya inteligente en las materias de estado; y tal vez le vendrà ocasion de mostrarse Nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, La piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfeto à un varon illustre, ora ponièndolas en uno solo, ora dividièndolas en muchos; y siendo esto hecho con apazibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere possible à la verdad, sin duda compondrà una tela de varios y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muèstre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos; que es, enseñar y deleytar juntamente, como ya tengo dicho: Porque la escritura defatada destes libros dà lugar à que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes, que encièrran en sí las dulcissimas,

ciffimas, y agradables ciencias de la Poëfia, y de la oratoria : que la Epica tambien puede efcrivirfe en Profa, como en verfo.

CAPITULO XLVIII.

Donde profigue el canonigo la materia de los libros de cavallerias y otras cosas dignas de fu ingenio.

ASSI es como vuestra merced dize, Señor canonigo, dixo el Cura, y por esta causa fon mas dignos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, fin tener advertencia à ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudièran guiàrfe, y hazèrfe famosos en Profa, como lo fon en Verfo los dos principes de la Poëfia Griega, y Latina. Yo à lo menos, replicò el canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer un libro de cavallerias, guardando en èl todos los puntos que he significado ; y si he de confèssar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia de si correspondian à mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion ; pero con todo esto no he profeguido adelante, assi por parecerme, que hago cosa agena de mi profession, como por ver, que es mas el numero de los simples, que de los prudentes ; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero fugetàrme al confuso Juyzio del desvanecido vulgo, à quien por la mayor parte toca leer



femejantes libros; pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fuè un argumento que hize conmigo mesmo, sacado de las comedias, que agora se representan, diziendo: Si estas que aora se ùsan, assi las imaginadas, como las de historia, todas, ò las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies, ni cabeza, y con todo effo el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lexos de serlo; y los autores que las componen, y los actores que las representan, dizen, que assi han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traça, y figuen la fabula como el arte pide, no sirven fino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que à ellos les està mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: Deste modo vendrià à ser mi libro al cabo de averme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendrià yo à ser el fastre del cantillo. Y aun algunas vezes he procurado persuadir à los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeràn, y mas fama cobraràn, representando comedias, que hagan el arte, que no con las disparatadas; y estàn tan afidos è incorporados en su parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los saque. Acuèrdome, que un dia dixè à uno destes pertinazes: Dezidme; no os acordays, que ha pocos años, que representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso Poëta deste Reyno, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron à todos quantos las oyeron, assi simples, como prudentes, assi del
vulgo,

vulgo, como de los escogidos; y dièron mas dineros à los representàntes ellas tres solas, que treynta de las mejores, que despues acà se han hecho? Sin duda, respondiò el actor (que digo) que deve de dezir vuestra merced, por la Ifabela, la Filis, y la Alexandra? Por estas digo, le repliquè yo; y mirad, si guardàvan bien los preceptos del arte, y si por guardarlos, dexàron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo. Assi que no està la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si, que no fuè disparate la ingratitud vengada; ni le tùvo la numancia; ni se le hallò en la del mercader amante; ni menos en la enemiga favorable, ni en otras algunas que de algunos entendidos Poëtas han sido compuestas para fama, y renombre fuyo, y para ganancia de los que las han representado. Y otras cosas añadì à estas, con que, à mi parecer, le dexè algo confuso, pero no satisfecho, ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento.

EN materia ha tocado vuestra merced, Señor Canonigo, dixo à esta fazon el Cura, que ha despertado en mi un antiguo rencor que tengo con las comedias, que aora se ùsan, tal que iguala al que tengo con los libros de cavallerias; porque aviendo de ser la comedia, segun le parece à Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las Costumbres, è imagen de la verdad; las que aora se representan, son espejos de disparates, exemplos de necedades, è imagenes de lascivia. Porque, que mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre.

hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un moço cobarde, un lacayo retorico, un page consejero, un Rey ganapàn, y una Princesa fregona? Que dirè, pues, de la observancia que guardan en los tiempos, en que pueden, ò podian suceder las acciones, que representan? Sino que he visto comedia, que la primera Jornada començò en Europa, la segùnda en Asia, la tercera se acabò en Africa; y aun si fuèra de quatro Jornadas, la quarta acabàra en Amèrica: Y assi se huvièra hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal, que ha de tener la comedia, como es possible que satisfaga à ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion, que passò en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, al mismo que en ella haze la persona principal, le atribuyan que fuè el Emperador Eraclio, que entrò con la Cruz en Jerusalen; y el que ganò la casa Santa, como Godofre de Bullon, aviendo infinitos años de lo uno à lo otro? Y fundàndose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas à diferentes personas, y tiempos, y esto no con traças verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables. Y es lo malo que ay ignorantes que dicen, que esto es lo perfecto, y que lo demas es buscar gullurias. Pues què si venimos à las comedias divinas? Que de milagros falsos fingen en èllas? Que de cosas apocrifas y mal entendidas, atribuyendo à un santo los milagros de otro? Y aun en las humanas se atreven à hazer milagros sin mas respeto ni consideracion, que parecerles que alli esterà bien el tal milagro, y apariencia,
como

como ellos llaman, para que la gente ìgnorante se admire, y venga à la comedia : Que todo esto es en perjuyzio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles ; porque los estrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ìgnorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no sería bastante disculpa desto dezir, que el principal intento, que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla à vezes de los malos humores, que fuele engendrar la ociosidad ; y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, ò mala, no ay para que poner leyes, ni estrechar à los que las componen, y representan, à que las hagan, como devian hazerse ; pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales ; porque de aver oydo la comedia artificiosa, y bien ordenada, faldria el oyente, alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los suceßos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los exemplos, ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud : Que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare por rustico y torpe que sea. Y de toda impossibilidad es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia, que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como
por

por la mayor parte carecen estas, que de ordinario agora se representan: Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen; porque algunos ay dellos, que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deven hazer: Pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dizen, y dizen verdad, que los representantes no se las compraran, sino fuessen de aquel Juez; y assi el Poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas, e infinitas comedias, que ha compuesto un felicissimo ingenio destes Reynos con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion, y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas vezes, por aver representado cosas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages: Y todos estos inconvenientes cessarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que huviessen en la corte una persona inteligente, y discreta, que examinassen todas las comedias antes que se representassen; no solo aquellas que se hiziesen en la corte, sino todas las que se quissiesen representar en España, sin la qual aprobacion, sello y firma, ninguna Justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna; y desta manera
los

los comediantes tendrían cuydado de embiar las comedias à la corte, y con seguridad podrían representàrlas; y aquellos que las componen, mirarían con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de aver de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende; y desta manera se harían buenas comedias, y se conseguiría felicísimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes, y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se dièsse cargo à otro, ò à este mismo, que examinàsse los libros de cavallerias que de nuèvo se compusiesse, sin duda podrían salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable, y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion, que los libros viejos se escureciesse à la luz de los nuevos que salièssen para honesto passatiempo no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados: Pues no es possible, que estè continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentàr sin alguna licita recreacion.

A este punto de su coloquio llegàvan el Canonigo, y el Cura, quando adelantàndose el Barbero, llegò à ellos, y dixo al Cura: Aqui, Señor licenciado, es el lugar que yo dixè que era bueno, para que festeàndo nosotros tuvièssen los bueyes fresco y abundoso pasto. Assi me lo parece à mi, respondiò el Cura; y dizièndole al Canonigo lo que pensàva hazer, El tambien quiso quedar se con ellos, combidado del sitio de un hermoso valle que à la vista se les ofrecia: Y assi por gozar dèl, como de la conversacion del



cura, de quien ya se iba aficionando; y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandò à uno de sus criados, que se fuèsse à la venta, que no le dexos de allí estàva, y truxèsse della lo que huvièsse de comer para todos; porque el determinava de festeàr en aquel lugar aquella tarde: A lo qual uno de sus criados respondiò, que el azemila del repuesto, que ya devia de estar en la venta, traÿa recado bastante para no obligar à tomar de la venta mas que cevada. Pues assi es, dixo el canonigo, llèvense allà todas las cavalgaduras, y hazed bolver la azemila.

EN tanto que esto pasàva, viendo Sancho, que podia hablar à su amo sin la continua assistencia del Cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegò à la Jaula donde iba su amo, y le dixo: Señor, para descargo de mi conciencia le quièro dezir lo que passa acerca de su encantamiento; y es, que aquestos dos, que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el Barbero; y imagino, han dado esta traça de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, siguièsse, que no và encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueba de lo qual le quièro preguntar una cosa, y si me respònde, como creo que me ha de respònder, tocarà con la mano este engaño, y verà como no và encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que quisières, hijo Sancho, respondiò Don Quixote, que yo te fatisfarè, y responderè à toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos, que allí vàn, y vièn con nosotros, son el Cura, y el Barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá

podrà fer, que parezca que fon ellos mesmos ; pero que lo sèan realmente, y en efecto, effo no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parècen, como dizes, deve de fer, que los que me han encantado, avràn tomado effa apariencia y semejança ; porque es facil à los encantadores tomar la figura, que se les antoja, y avràn tomado las destos nuestros amigos, para darte à ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à salir del, aunque tuièsses la foga de Teseo ; y tambien lo avràn hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño ; porque si por una parte tu me dizes, que me acompañan el Cura y el Barbero de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mi, que fuerças humanas, como no fuèran Sobrenaturales, no fuèran bastantes para enjaularme ; que quières que diga, ò piense, fino que la manera de mi encantamiento excede à quantas yo he leydo en todas las historias que tratan de cavalleros andantes, que han sido encantados. Assi que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dizes, porque assi son ellos como yo soy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo, di, que yo te responderè aunque me preguntes de aqui à mañana. Vålame nuestra señora, respondiò Sancho, dando una grande voz ; y es possible que seà vuestra merced tan duro de cerebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia, que el encanto ? Pero pues assi es, yo le quiero provar evidentemente

P p 2

como



como no và encantado. Sino, digame, assi Dios le faque desta tormenta, y assi se vèa en los braços de mi Señora Dulcinea, quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisières, que ya te he dicho, que te responderè con toda puntualidad. Eſſo pido, replicò Sancho, y lo que quiero ſaber es, que me diga ſin añadir, ni quitar Coſa ninguna, ſino con toda verdad, como ſe eſpèra que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que profeſſan las armas, como vueſtra merced las profeſſa debaxo del titulo de Cavalleros andantes. Digo que no mentirè en coſa alguna, reſpondiò Don Quixote: Acaba ya de preguntar, que en verdad, que me canſas con tantas ſalvas, plegàrias, y prevenciònes, Sancho. Digo, que yo eſtòy ſeguro de la bondad, y verdad de mi amo; y aſſi porque haze al caſo de nueſtro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si à caſo deſpues que vueſtra merced và enjaulado, y à ſu parecer encantado en eſta jaula, le ha venido gana y voluntad de hazer aguas mayores, ò menores, como fuele dezirſe? No entiendo eſſo de hazer aguas, Sancho; declàrate mas, ſi quières que te reſpònda derechamente. Es poſſible que no entiende vueſtra merced de hazer aguas mayores, ò menores! Pues en la eſcuela deſtetan à los muchachos con ello. Pues ſepa, que quièro dezir, ſi le ha venido gana de hazer lo que no ſe eſcuſa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas vezes, y aun agora la tengo: Sàcame deſte peligro, que no ando todo limpio.

C A P I-



CAPITULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tièvo con su señor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: Esto es lo que yo deseava saber como al alma y como à la vida. Venga acà, Señor; podrià negar lo que comunmente fuele dezirse por ay, quando una persona està de mala voluntad: No sè, que tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni respònde à proposito à lo que le preguntan; que no parece, fino que està encantado. De donde se viene à facar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estàn encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe, quando se lo dàn, y come quando lo tiene, y respònde à todo aquello que le preguntan. Verdad dizes, Sancho, respondiò Don Quixote; pero ya te he dicho, que ay muchas maneras de encantamientos, y podrià fer, que con el tiempo se huvièssen mudado de unos en otros; y que agora se ùse, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian: De manera que contra el uso de los tiempos no ay que arguÿr, ni de que hazer consequencias. Yo se, y tengo para mi, que voy encantado; y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formarià muy grande, si yo pensàsse, que no estàva encantado, y me dexàsse estar en esta Jaula pereçoso, y cobarde, defraudàndo el socorro, que podrià dar à muchos menesterosos, y necessitados, que de mi ayuda,

ayuda, y amparo deven tener à la hora de aora precisa y estrema necesidad. Pues con todo esto, replicò Sancho, digo que para mayor abundancia, y satisfaccion, sería bien que vuestra merced provàsse à salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitarlo, y aun facarle della ; y provàsse de nuevo à subir sobre su buen Rozinante, que tambien parece que va encantado, segun và melancolico, y triste : Y hecho esto, provàssemos otra vez la fuerte de buscar mas aventuras ; y fino nos sucedièssè bien, tiempo nos queda para bolvèrnos à la Jaula, en la qual prometo à ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si à caso fuère vuestra merced tan desdichado, ò yo tan simple, que no acierte à salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò Don Quixote, y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecerè en todo y por todo ; pero tu, Sancho, veràs como te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

EN estas platicas se entretuvièron el Cavallero andante, y el mal andante escudero hasta que llegàron donde, ya apeados, los esperàvan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Desfunciò luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexòlos andar à sus anchuras por aquel verde y apazible sitio, cuya frescura combidava à quererla gozar, no à las personas tan encantadas como Don Quixote, fino à los tan advertidos, y discretos como fu escudero ; el qual rogò al Cura, que permitièssè que su señor salièssè por un rato de la Jaula ; porque fino le dexàvan salir, no irìa tan limpia aquella prision, como requerìa la decencia de un tal cavallero

vallero como fu amo. Entendiòle el Cura y dixo, que de muy buena gana harìa lo que le pedìa, fino temièra, que en vièndose fu señor en libertad, avia de hazer de las fuyas, y irse donde jamas gentes le vièssen. Yo le fio de la fuga, respondiò Sancho: Y yo tambien, dixo el Canonigo, y mas si el me dà la palabra como Cavallero, de no apartàrse de nosotros hasta que sèa nuestra voluntad. Si dòy, respondiò Don Quixote (que todo lo estàva escuchando;) quanto mas, que el que està encantado como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisière; porque el que le encantò, le puede hazer que no se muèva de un lugar en tres figlos; y si huvière huydo, le harà bolver en volandas; y que pues esto era assi, bien podìan soltàrle, y mas siendo tan en provecho de todos; y de no soltàrle, les protestàva, que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se desviàvan. Tomòle la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fè, y palabra le desenjaularon, de que el se alegrò infinito y en grande manera de verse fuèra de la Jaula: Y lo primero que hizo fuè, estirarse todo el cuerpo, y luego se fuè donde estàva Rozinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita madre, flor y espejo de los cavallos, que presto nos hèmoss de ver los dos qual deseamos; tu con tu Señor à cuestras, y Yo encima de ti exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto Don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner en obra lo que fu escudero ordenasse. Miràvalo el Canonigo, y admiràvase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que

que en quanto hablàva, y respondìa, mostràva tener bonifìsimo entendimiento : Solamente venia à perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratàndole de Cavalleria. Y assi movido de compassion, despues de averse sentado todos en la verde yerva para esperar el repuesto del Canonicò, le dixo.

Es possible, Señor hidalgo, que aya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa letura de los libros de cavallerias, que le ayan buuelto el juyzio de modo, que venga à creer, que vâ encantado, con otras cosas deste jaez, tan lexos de ser verdaderas, como lo està la mesma mentira de la verdad ? Y como es possible que aya entendimiento humano, que se dè à entender, que ha avido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso Cavallero, tanto Emperador de Trapifonda, tanto Felixmarte de Ircania, tanto palafren, tanta donzella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizzarria de trages, tantas Princezas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes ; y finalmente tantos, y tan disparatados casos como los libros de cavellerias contiènen ? De mi sè dezir, que quando los leo, en tanto que no ponga la imaginacion en pensar, que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento ; pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared ; y aun dièra con èl en el fuego, si cerca, ò presente le tuvièra, bien como à merecedores de tal pena por ser falsos, y embustèros,

buffers, y fuera del trato, que pide la comun naturaleza, y como à inventores de nuevas sectas, y de nuevo modo de vida; y como à quien dà ocasion, que el vulgo ignorante venga à creer, y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven à turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traydo à terminos, que sea forçoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ò lleva algun leon, ò algun tigre de lugar en lugar, para ganar con èl dexando que le vean. Ea Señor Don Quixote, duélase de si mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fuè servido de darle, empleando el felicissimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra. Y si toda via llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas, y de Cavallerias, lea en la Sacra Escritura el de los Juezes, que alli hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos, como valientes. Un viriato tuvo Lusitania, un Cesar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andaluzia, un Diego Garcia de Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargas Xerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretenir, enseñar, deleytar, y admirar à los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, Señor Don Quixote mio,

T O M. II.

Q q

de



de la qual falldrà erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin covardia, y todo esto para honra de Dios, provecho fuyo, fama de la mancha, dò, segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen.

ATENTISSIMAMENTE estuvo Don Quixote escuchando las razones del Canonigo, y quando viò, que ya avia puesto fin à ellas, despues de averle estado un buen espacio mirando, le dixo: Parecème, Señor hidalgo, que la platica de vuestra merced la hà encaminado à querer darme à entender, que no ha avido Cavalleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cavallerias son falsos, mentirosos, dañadores, è inutiles para la republica; y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creèrlos, y mas mal en imitarlos, avièndome puesto à seguir la durissima profesion de la cavalleria andante que ellos enseñan; negàndome, que no ha avido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros cavalleros, de què las escrituras estàn llenas. Todo es al pie de la letra como vuestra merced lo vè relatando, dixo à esta fazon el Canonigo. A lo qual respondiò Don Quixote: Añadiò tambien vuestra merced, que me avian hecho mucho daño tales libros, pues me avian buelto el Juyzio, y puèstome en una Jaula; y que me ferìa mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el fin Juyzio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto à dezir tantas blasfemias
contra

contra una cosa tan recibida en el mundo, y tenuta por tan verdadera; que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena que vuestra merced dize, que dà à los libros, quando los lee, y le enfadan: Porque querer dar à entender à nadie, que Amadis no fuè en el mundo, ni todos los otros cavalleros aventureros, de que estàn colmadas las historias, ferà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta. Porque, que ingenio puede aver en el mundo, que pueda persuadir à otro, que no fuè verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucediò en el tiempo de Carlo Magno, que (voto à tal) es tanta verdad como aora es de dia? Y si es mentira, tambien lo deve de ser, que no huvò Hector, ni Aquiles, ni la Guerra de Troya, ni los doze pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda hasta aora convertido en cuervo, y le espèran en su reyno por momentos. Y tambien se atreveràn à dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la Demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de Don Tristan, y la Reyna Iseo, como los de Ginebra, y Lançarote, aviendo personas, que casi se acuerdan de aver visto à la Dueña Quintañona, que fuè la mejor escanciadora de vino, que tuvo la gran Bretaña? Y es esto tan assi, que me acuerdo yo, que me dezia una mi aguela de parte de mi padre, quando veya alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece à la dueña Quintañona: De donde arguyo yo, que la deviò de conocer ella, ò por lo menos, deviò de alcançar à ver algun retrato fuyo. Pues quien podrà negar,

Qq 2

no



no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta òy dia se vee en la armeria de los Reyes la clavija con que bolvia el cavallo de madera, sobre quien iba el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de Carreta, y junto à la clavija està la filla de Babiaca. Y en Roncesvalles està el cuerno de Roland, tamaño como una grande viga, de donde se infiere, que hùvo doze Pares, que hùvo Pierres, que hùvo Cides, y otros Cavalleros semejantes, destos que dizen las gentes, que à sus aventuras van. Sino dìgame tambien, que no es verdad, que fuè cavallero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fuè à Borgoña, y se combatiò en la Ciudad de Ras con el famoso Señor de Charni, llamado Mosen Pierres; y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama: Y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya Alcurnia yo descendo por linea recta de varon) venciendo à los hijos del conde de San Polo. Niègueme asimismo, que no fuè a buscar las aventuras à Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatiò con Micer Jorge, Cavallero de la casa del Duque de Austria. Digan, que fuèron burla las Justas de Suero de Quiñones, del passo: Las empresas de Mosen Luys de Falses contra Don Gonçalo de Guzman, Cavallero Castellano, con otras muchas hazañas hechas por cavalleros Christianos, destos, y de los Reynos estrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno à dezir, que el que las negasse, careceria de toda razon, y buen discurso.

A D M I-



ADMIRADO quedò el Canonigo de oyr la mezcla que Don Quixote hazia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes, y concernientes à los hechos de su andante cavalleria; y assi le respondiò: No puedo yo negar, Señor Don Quixote, que no sèa verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca à los cavalleros andantes Españoles; y assi mesmo quiero conceder, que huvò doze Pares de Francia; pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas cosas, que el Arçobispo Turpin dellòs escribe; porque la verdad dello es, que fuèron cavalleros escogidos por los Reyes de Francia, à quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia: Alomenos fino lo eran, era razon que lo fuèssen; y era como una religion de las que aora se usan de Santiago, ò de Calatrava, que se presupòne, que los que las professan, han de ser, ò deven ser cavalleros valerosos, valientes, y bien nacidos; y como aora dizen cavallero de san Juan, ò de Alcantara, dezian en aquel tiempo, cavallero de los doze Pares, porque fuèron doze iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que huvò Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hizieron las hazañas, que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dize del conde Pierres, y que està junto à la filla de Babieca en la Armeria de los Reyes, confièssò mi pecado, que soy tan ignorante, ò tan corto de vista, que aunque he visto la filla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò Don Quixote, y por mas señas

señas dizen, que està metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo; pero por las ordenes que recibí, que no me acuerdo averla visto: Mas puesto que conceda que està allí, no por esso me obligo à creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de cavalleros, como por ay nos cuentan; ni es razon, que un hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè à entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras, como las que estàn escritas en los disparatados libros de cavallerias.

C A P I T U L O L.

De las discretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo tuvieron, con otros sucessos.

BUENO està esso, respondió Don Quixote: Los libros que estàn impressos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos, à quien se remitièron, y que con gusto general son leydos, y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres, y de los ricos, de los letrados, è ignorantes, de los plebeyos, y cavalleros, finalmente de todo genero de personas de qualquier estado, y condicion que sèan, avian de ser mentira? Y llevando tanta apariencia de verdad; pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia por dia, que el tal cavallero hizo, ò cavalleros hizièron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y crèame, que le aconsejo en esto, lo que deve de hazer como discreto; fino léalos, y verà el gusto que

que recibe de su leyenda. Sino dígame: Ay mayor contento que ver, como si dixésemos, aquí aora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo à borvullones, y que andan nadando, y cruzando por èl muchas serpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables; y que del medio del lago sale una voz tristíssima, que dize: Tu Cavallero, quien quiera que sèas, que el temoroso lago està mirando, si quières alcançàr el bien, que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arròjate en mitad de su negro y encendido licor, porque si assi no lo hazes, no feràs digno de ver las altas maravillas que en si encièrran y contiènen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen; y que à penas el Cavallero no ha acabado aun de oyr la voz temerosa, quando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse à consideràr el peligro, à que se pone; y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas (encomendàndose à Dios, y à su Señora) se arroja en mitad del bullente lago; y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece, que el Cielo es mas transparente, y que el Sol luze con claridad mas nueva. Acullà ofrècese à los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos arboles compuesta, que alegra à la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren
sobre:

sobre menudas arenas, y blancas piedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Acullà vè una artificiosa fuente de Jaspe variado, y de liso marmol compuesta: Acà vee otra à lo brutefco ordenada, à donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas cascas blancas, y amarillas del Caracol puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen una variada labor de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parece que alli la vence. Acullà de improvifo se le descubre un fuerte castillo, ò vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de Diamantes, las puertas de Jacintos; finalmente èl es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de Diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura. Y ay mas que ver, despues de aver visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen numero de donzellas (cuyos galanos y vistosos trages si yo me pusièssè aora à dezirlos, como las historias nos los cuentan, serìa nunca acabar) y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido cavallero, que se arrojò en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar ò castillo, y hazerle desnudar como su madre le pariò, y bañarle con templadas aguas; y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa y perfumada; y acudir otra donzella, y echarle un manton sobre los ombros, que por lo menos menos, dicen que fuele valer una ciudad, y aun mas? Que es ver, pues, quando nos cuentan,

tan, que tras todo esto, le llevan à otra sala, donde hàlla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? Que, el verle echàr agua à manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? Que, el hazèrle sentàr sobre una filla de marfil? Que, verle servir todas las donzellas, guardando un maravilloso silencio? Que, el traèrle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito à qual deva de alargàr la mano? Que serà oyr la musica, que en tanto que come, suena? Sin sabèrse quien la canta, ni a donde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedàrse el cavallero recostado sobre la filla, y quiçà mondàndose los dientes (como es costumbre) entràr à deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentàrse al lado del cavallero, y començàr à dàrle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en èl, con otras cosas, que suspènden al cavallero, y admiran à los leyentes, que van leyèndo su historia? No quiero alargàrme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte, que se lea de qualquier historia de cavalleria andante, ha de causàr gusto y maravilla à qualquiera que la leyere. Y vuestra merced crèame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verà como le destièrran la melancolia que tuviere, y le mejòran la condicion, si à caso la tuviere mala. De mi sè dezir, que despues que foy cavallero andante, foy valiente, comedido, liberal, bien-criado, generoso, cortès, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el

Том. II.

R r

valor



valor de mi brazo (favoreciéndome el cielo, y no me fiendo contraria la fortuna) en pocos dias verme Rey de algun Reyno, à donde pueda mostràr el agradecimiento, y liberalidad, que mi pecho encierra: Que, mia fè, Señor, el pobre està inhabilitado de poder mostràr la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la possèa: Y el agradecimiento, que solo consiste en el desèo, es cosa muerta, como es muerta la fè sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofrecièsse presto alguna ocasion, donde me hizièsse Emperador, por mostràr mi pecho, haziendo bien à mis amigos, especialmente à este pobre de Sancho Pança mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado, que le tengo muchos dias hà prometido; fino que temo, que no ha de tener habilidad para governàr su estado.

CASI estas ultimas palabras oyò Sancho à su amo, à quien dixo: Trabaje vuestra merced, Señor Don Quixote, en darme esse condado, tan prometido de vuestra merced, como de mi esperado; que yo le prometo, que no me falte à mi habilidad para governarle; y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del govierno; y el señor se està à pierna tendida gozando la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: Y assi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, fino que luego me desfistirè de todo, y me gozarè mi renta, como un Duque, y allà se lo ayan. Effen, hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta; empero al administràr Justicia ha
de

de entendèr el Señor del estado, y aqui entra la habilidad, y buen Juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si esta falta en los principios, siempre iràn errados los medios, y los fines: Y assi fuele Dios ayudàr al buen desèo del simple, como desfavorecèr al malo del discreto. No sè estas filosofias, respondiò Sancho, mas solo sè, que tan presto tuvièssè yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo, como otro, y tanto cuerpo, como el que mas, y tan Rey serìa yo de mi estado, como cada uno del fuyo; y sièndolo, harìa lo que quisièssè; y haziendo lo que quisièssè, harìa mi gusto; y haziendo mi gusto, estaria contento; y en estando uno contento, no tiene mas que desèar; y no teniendo mas que desèar acabòse; y el estado venga, y à Dios, y veàmonos, como dixo un ciego à otro. No son malas Filosofias estas, como tu dizes, Sancho, dixo el Canonigo; pero con todo esto ay mucho que dezir sobre esta materia de condados. A lo qual replicò Don Quixote: Yo no sè que aya mas que dezir; solo me guiò por el exemplo, que me dà el grande Amadis de Gaula, que hizo à su escudero Conde de la Infula firme; y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia hazèr Conde à Sancho Pança, que es uno de los mejores escuderos, que cavallero andante ha tenido.

ADMIRADO quedò el Canonigo de los concertados disparates, que Don Quixote avia dicho; del modo con que avia pintado la aventura del cavallero del lago; de la impressiõ que en el avian hecho las pensadas mentiras de los libros que avia leydo; y finalmente le admirava la necedad



de Sancho, que con tanto ahinco deseava alcançar el Condado que su amo le avia prometido.

YA en esto bolvian los criados del Canonigo, que à la venta avian ido por la azemila del repuesto; y haziendo mesa de un Alfombra, y de la verde yerva del prado, à la sombra de unos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdièsse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estàndo comièndo, à deshora oyeron un rezoio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas Zarças, y espeffas matas, que alli junto estàvan, sonava; y al mismo instante vièron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venia un cabrero dándole voces, y dizièndole palabras à su uso, para que se detuvièsse, ò al rebaño bolvièsse. La fugitiva cabra temerosa, y despavorida se vino à la gente, como à favorecèrse della, y alli se detuvo. Llegò el cabrero, y assièndola de los cuernos, como si fuèra capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo! Que lobos os espantan, hija? No me dirèys, que es esto, hermosa? Mas que puede ser, fino que soys hembra, y no podèys estàr sossegada: Que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas à quien imitays. Bolved, amiga, bolved, que fino tan contenta, alomenos estarèys mas segura en vuestro aprisco con vuestras compañeras; que si vos, que las avèys de guardàr, y encaminàr, andays tan sin guia, y tan descaminada, en que podràn parar ellas? Contento

tento dièron las palabras del cabrero à los que las oyèron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra, hermano, que os fofleguèys un poco, y no os acucièys en bolver tan prefto effa cabra à fu rebaño; que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir fu natural diftinto, por mas que vos os pongàys à eftorvarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templarèys la còlera, y en tanto defcanfarà la cabra. Y el dezir efto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fuè uno. Tomòlo, y agradeciòlo el cabrero: Bebiò, y foflegòfe, y luego dixo: No querria, que por aver yo hablado con effa alimaña tan en feso, me tuièffen vueftas mercedes por hombre fimple, que en verdad, que no carecen de mifterio las palabras que le dixe. Rùftico foy, pero no tanto, que no entienda, como fe ha de tratàr con los hombres y con las beftias. Efto creo yo muy bien, dixo el cura, que ya yo sè de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encièrran Filofofos. Alomenos, Señor, replicò el cabrero, acògen hombres efcarmentados; y para que creàys effa verdad, y la toquèys con la mano, aunque parezca, que fin fer rogado, me comido; fino os enfadàys dello, y querèys, Señores, un breve efpcio preftàrme oydo atento, os contarè una verdad, que acredite lo que effe Señor (feñalando al Cura) ha dicho. A efto respondiò Don Quixote: Por ver que tiene effe cafo un no sè que de aventura de cavalleria, yo por mi parte os oyrè, hermano, de muy buena gana, y affi lo haràn todos eftos Señores por lo mucho que tienen de difcretos, y de fer amigos de curiosas novedades, que fufpendan,

pendan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin dudá pienso, que lo ha de hazer vuestro cuento. Començad, pues, amigo, que todos escucharemos. Sàco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir à mi Señor Don Quixote, que el escudero de Cavallero andante ha de comèr, quando se le ofreciere, hasta no podèr mas, à causa que se les fuele ofrecèr entràr à caso por una selva tan intricada, que no aciertan à salir della en seys dias; y si el hombre no va harto, ò bien proveydas las alforjas, alli se podrá quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne mòmia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: Vete à donde quisières, y come lo que pudières, que yo ya estòy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refeccion, como se la darè, escuchando el cuento deste buen hombre. Assi la daremos todos à las nuestras, dixo el Canonigo; y luego rogò al cabrero, que dièssè principio à lo que prometido avia. El cabrero diò dos palmadas sobre el lomo à la cabra, que por los cuernos tenia, dizièndole: Recuèstate junto à mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver à nuestro apèro. Parece que lo entendiò la cabra, porque en sentàndose su dueño, se tendiò ella junto à el con mucho sosiego; y miràndole al rostro, dava à entender, que estàva atenta à lo que el cabrero iba diziendo; el qual començò su historia desta manera.

C A P I -

CAPITULO LI.

*Que trata de lo que contò el cabrero à todos los que llevàvan
à Don Quixote.*

TRES leguas deste valle està una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas, que ày en todos estos contornos, en la qual avia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançava: Mas lo que le hazia mas dichofo (segun el dezia) era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la mirava, se admirava de ver las estremadas partes con que el Cielo, y la naturaleza la avian enriquezido. Siendo niña fuè hermosa, y siempre fuè creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fuè hermosissima. La fama de su belleza se començò à estender por todas las circunvezinas aldeas; que digo yo, por las circunvezinas no mas, si se estendiò à las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, que como à cosa rara, ò como à imagen de milagros, de todas partes à verla venian. Guardavala su Padre, y guardavase ella, que no ày candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guardan à una donzella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron à muchos, assi del pueblo, como forasteros, à que por muger se la pidiessen: Mas el, como à quien tocava disponer de tan rica Joya, andava confuso, sin saber determinarse à quien la entregaria de los infinitos que le importunavan; y entre los muchos que tan
buen

buen desseo tenian, fuè yo uno, à quien dièron muchas, y grandes esperanças de buen suceso, conoçer, que el padre conoçia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fuè causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, à quien parecia, que con qualquiera de nosotros estava su hija bien empleada: Y por salir desta confusion, determinò dezirlo à Leandra (que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto) advirtiendole, que pues los dos èramos iguales, era bien dexar à la voluntad de su querida hija el escoger à su gusto (cosa digna de ser imitada de todos los padres que à sus hijos quieren dar estado) No digo yo, que los dexen escoger en cosas ruynes y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escogan à su gusto. No se yo el que tuvo Leandra; solo se, que el padre nos entretuvo à entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligavan, ni nos desobligavan tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vays con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente; pero bien se dexa entender, que ha de ser desastrado. En esta fazon vino à nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar; el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes de ser soldado. Llevòle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doze años, un capitan que con su compania por alli acertò à passar, y bolviò el ya moço de alli à otros doze, vestido à la soldadesca,

desca, pintado con mil colores, lleno de mil dices de cristal, y fútiles cadenas de azèro. Oy se ponía una gala, y mañana otra; pero todas fútiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo. La gente labradora (que de fuyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia) lo notò, y contò punto por punto sus galas, y presças; y hallò, que los vestidos eran tres de diferentes colores con sus ligas y medias: Pero el hazía tantos guisados, è invenciones dellas, que si no se los contàran, huvièra quien juràra, que avia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veynte plumages. Y no parezca impertinencia, y demasia esto que de los vestidos vòy contando, porque ellos hazen una buena parte en esta historia. Sentàvase en un Poyo, que debaxo de un gran alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia à todos la boca abierta, pendientes de las hazañas, que nos iba coñtando. No avia tierra en todo el orbe, que no huvièsse visto, ni batalla donde no se huvièsse hallado. Avia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas singulares desafios (segun el dezia) que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombrava, y de todos avia salido con vitòria, sin que le huvièssen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostrava señaes de heridas, que aunque no se divisàvan, nos hazia entender, que eran arcabuzazos dados en diferentes encuentros y funciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamava de Vos à sus iguales, y à los mismos que le conocian; y dezia, que su padre era su braço, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado al mismo Rey no devia nada. Aña-



diòsele à estas arrogancias ser un poco mùsico, y tocar una guitarra à lo rasgado de manera, que dezian algunos, que la hazia hablar. Pero no paràron aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poëta; y assi de cada niñeria que pasàva en el pueblo componia un Romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este mùsico, y este Poëta fuè visto, y admirado muchas vezes de Leandra desde una ventana de su casa, que tenia la vista à la plaça. Enamoròla el oropel de sus vistosos trages: Encantàronla sus Romances, que de cada uno que componia, dava veynete traslados: Llegàron à sus oydos las hazañas, que el de si mismo avia referido; y finalmente (que assi el diablo lo devia de tenèr ordenado) ella se vino à enamorar del, antes que en el nacièsse presuncion de sollicitarla; y como en los casos de amor, no ày ninguno, que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el desèo de la dama; con facilidad se concertàron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayèsse en la cuenta de su desèo, ya ella le tenia cumplido, aviendo dexado la casa de su querido, y amado padre (que madre no la tiene) y ausentàdose de la aldea con el soldado, que saliò con mas Triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicàva. Admirò el suceso à toda la aldea, y aun à todos los que del noticia tuvièron. Yo quedè suspènso, Anselmo atònito, el padre triste, sus parientes afrentados, sollicita la Justicia, los quadrilleros listos. Tomàronse los caminos; escudriñàronse los bosques, y quanto avia; y al cabo de tres dias hallàron à la antojadiza Leandra

dra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosísimas Joyas, que de su casa avia sacado. Bolviéronla à la presencia del lastimado padre; Preguntàronle su desgracia; confesò sin apremio, que Vicente de la Rosa la avia engañado; y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadiò que dexasse la casa de su padre; que el la llevarìa à la mas rica, y mas viciosa ciudad, que avia en todo el universo mundo, que era Napoles; y que ella mal advertida, y peor engañada, le avia creydo; y robàndo à su padre, se le entregò la misma noche, que avia faltado; y que el la llevò à un áspero monte, y la encerrò en aquella cuèva donde la avian hallado. Contò tambien como el soldado, sin quitàrle su honor, la robò quanto tenìa, y la dexò en aquella cuèva, y se fuè: Sucèsso que de nuevo puso en admiracion à todos. Duro se nos hizo de creèr la continencia del moço, pero ella lo afirmò con tantas veras, que fuèron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le llevava, pues le avia dexado à su hija con la Joya, que si una vez se pierde, no dexa esperança de que jamas se còbre. El mesmo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevò à encerrar en un Monasterio de una villa, que està aqui cerca, esperando, que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvièron de disculpa de su culpa, alomènos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuèsse mala, ò buena; pero los que conocian su discrecion, y su mucho entendimiento, no atribuyèron à ignorancia su pecado, sino à su



desemboltura, y à la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte fuele ser defatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedàron los ojos de Anselmo ciegos, alomènos sin tenèr cosa que miràr, que contento le dièsse: Los mios en tinieblas, sin luz que à ninguna cosa de gusto les encaminàsse. Con la ausencia de Leandra, crecia nuestra tristeza, apocàvase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominàvamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertàmos de dexàr el aldea, y venìrnos à este valle, donde el, apacentàndo una gran cantidad de ovejas fuyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasàmos la vida entre los arboles, dando vado à nuestras passiones, ò cantando juntos alabanças, ò vituperios de la hermosa Leandra, ò suspiràndo solos, y à solas comunicàndo con el Cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido à estos asperos montes, ùfando el mismo exercicio nuestro; y sòn tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun està colmado de pastores y de apriscos: Y no ay parte en èl, donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldize, y la llama antojadiza, vària, y deshonestà: Aquel la condena por facil, y ligera: Tal la absuèlve y perdona; y tal la adjusticia, y vitupèra. Uno celebra su hermosura, otro renièga de su condicion; y en fin todos la deshonoran, y todos la adoran, y de todos se estiende à tanto la locura, que ày quien se quexe de desden sin avèr la jamas hablado; y aun quien se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de
los

los zelos, que ella jamas diò à nadie: Porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado, que su desseo. No ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no esté ocupada de algun pastor, que sus desventuras à los ayres cuente. El eco repite el nombre de Leandra donde quiera que puede formarse. Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene à todos suspensos, y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas Juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia; y al son de un Rabèl, que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino mas facil, y à mi parecer el mas acertado, que es, dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promessas muertas, de su fè rompida; y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar los pensamientos, è intenciones que tienen. Y esta fuè la ocasion, Señores, de las palabras, y razones que dixè à esta cabra, quando aqui lleguè; que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia, que prometì contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no serè en servirlos corto: Cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias, y fazonadas frutas, no menos à la vista, que al gusto agradables.

CAP -



CAPITULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, à quien diò felice fin à costa de su sudor.

GENERAL gusto causò el cuento del cabrero à todos los que escuchàdo le avian, especialmente le recibìo el Cononigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le avia contado, tan lexos de parecèr rustico cabrero, quan cerca de mostràrse discreto cortesano: Y assi dixo, que avia dicho muy bien el Cura en dezir, que los montes criàvan letrados. Todos se ofrecièron à Eugenio, pero el que mas se mostrò liberal en esto fuè Don Quixote, que le dixo: Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallàra possibilitàdo de podèr començar alguna aventura, que luego luego me pufiera en camino, porque vos la tuvierades buena, y yo facàra del monasterio (donde sin duda alguna deve de estàr contra su voluntad) à Leandra à pesar de la Abadesa, y de quantos quisièran estorvârlo, y os la pufiera en vuestras manos, para que hizierades della à toda vuestra voluntad, y talante: Guardando empero las leyes de Cavalleria, que mandan, que à ninguna donzella se le sèa fecho desaguifado alguno: Aunque espèro en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de un encantador maliciòso, que no puèda mas la de otro encantador mejor intencionàdo; y para entonces os promèto mi favor y ayuda, como me obliga mi profession, que no es otra, fino de favorecer à los desvalidos, y menesterosos. Miròle
el

el cabrero, y como viò à Don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admiròse; y preguntò al Barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien ès este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera hàbla? Quien ha de fer, respondiò el Barbero, fino el famoso Don Quixote de la Mancha, desfazedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las donzellas, el afombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Eßo me semeja, respondiò el cabrero, à lo que se leè en los libros de Cavalleros andantes, que hazian todo eßo, que de este hombre vuestra merced dize: Puesto que para mi tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este Gentilhombre deve de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys un grandissimo vellaco, dixo à esta fazon Don Quixote, y vos foys el vazio, y el menguàdo, que yo estòy mas lleno que jamas lo estùvo la muy hideputa, puta, que os pariò; y diziendo, y hablando, arrebatò de un pan que junto à si tenia, y diò con èl al cabrero en todo el rostro con tanta fùria, que le remachò las narizes: Mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras lo maltratàvan, sin tenèr respeto à la alfombra, ni à los manteles, ni à todos aquellos que comiendo estàvan, saltò sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudàra de ahogàrle, si Sancho Pança no llegàra en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y dièra con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo taças, y derramàndo, y esparcièndo quanto en ella estàva. Don Quixote, que se viò libre, acudiò à subirse sobre el cabrero, el qual, lleno de sangre el rostro, molido à cozes de Sancho, andàva buscàndo à gatas algun
cuchillo

cuchillo de la mesa para hazer alguna fanguinolenta vengança ; pero estorvònfelo el Canonigo, y el Cura ; mas el Barbero hizo de fuèrte, que el cabrero cogiò debaxo de sí à Don Quixote, fobre el qual lloviò tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre Cavallero llovìa tanta fangre, como del fuyo. Rebentàvan de rifa el Canonigo y el Cura : Saltàvan los quadrilleros de gozo : Zuçavan los unos y los otros, como hazen à los perros, quando en pendencia estàn travados : Solo Sancho Pança se desesperàva, porque no se podìa desasir de un criado del Canonigo, que le estorvava, que à su amo ayudasse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, fino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo bolvèr los rostros hàzia donde les pareciò que sonava : Pero el que mas se alborotò de oýrlo, fuè Don Quixote, el qual, aunque estava debaxo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo : Hermano demonio (que no es possible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sujetar las mias) ruègote que hagamos treguas, no mas de por una hora ; porque el doloroso son de aquella trompeta, que à nuestros oydos llega, me parece, que à alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estava confado de moler, y ser molido, le dexò luego ; y Don Quixote se pùso en pie, bolviendo assi mismo el rostro adonde el son se oýa, y viò a deshora, que por un requefeto baxàvan muchos hombres vestidos de blanco à modo de disciplinantes.

ERA

ERA el caso, que aquel año avian las nubes negado su rozió à la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian processiones, rogativas, y disciplinas, pidiendo à Dios, abrièsse las manos de su misericordia, y les llovièsse: Y para este efecto la gente de una aldea, que alli junto estàva, venia en procession à una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle avia. Don Quixote, que viò los estraños trages de los disciplinantes, sin pasàrle por la memoria las muchas vezes, que los devia de avèr visto, se imaginò, que era cosa de aventura, y que à el solo tocàva como à Cavallero andante el acometèrlo: Y confirmòle mas esta imaginacion, pensar que una imagen que trayan cubièrta de luto, fuèsse alguna principal Señora, que llevàvan por fuerça aquellos follones, y descomedidos malandrines; y como esto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetiò à rozinante, que paciendo andava; y quitàndole del arçon el freno, y el adarga, en un punto le enfrenò; y pidiendo à Sancho su espada, subiò sobre rozinante, y abraçò su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estàvan: Agora, valerosa compaña, verèdes quanto importa, que àya en el mundo Cavalleros, que professen la orden de la andante Cavalleria. Agora, digo, que verèdes en la libertad de aquella buena Señora, que alli và cautiva, si se han de estimar los Cavalleros andantes: Y en diziendo esto, apretò los muslos à rozinante (porque espuelas no las tenia) y à todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta historia verdadera, que jamas la dièsse rozinante) se fuè à encontràr con los disciplinantes: Bien que fuèron el Cura, el Canonigo, y Bar-

T o m. II.

T t

bero



bero à detenerle, mas no les fuè possible, ni menos le detuvièron las voces, que Sancho le dava, diziendo: A donde và, Señor Don Quixote? Que demonios lleva en el pecho, que le incitan à ir contra nuestra fè Catòlica? Advièrta, mal àya yo, que aquella es procession de disciplinantes, y que aquella Señora, que llevan sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgen sin manzilla? Mire, Señor, lo que haze, que por esta vez se puede dezir, que no es lo que sabe. Fatigòse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar à los enfabanados, y en libràr à la Señora exlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyèra, no bolvèria, si el Rey se lo mandàra. Llegò, pues, à la procession, y parò à rozinante, que ya llevaba desèco de quiètarfe un poco, y con turbada y ronca voz dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos, os encubrièis los rostros, atended, y escuchad lo que dezìros quiero. Los primeros que se detuvièron, fuèron los que la imagen llevàvan, y uno de los quatro Clerigos, que cantàvan las letanias, viendo la estraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de rozinante, y otras circunstancias de risa que notò, y descubriò en Don Quixote, le respondiò, diziendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo, dìgalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podèmos, ni es razon que nos detengàmos à oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo dirè, replicò Don Quixote, y es esta; que luego al punto dexèys libre à essa hermosa Señora, cuyas làgrimas, y triste semblante dan claras muestras, que la llevàys contra su voluntad, y que algun notorio desaguifado le avèdes fecho: y yo, que nacì en
el



Joh. Vanderbank inv. et delin.
Vol. II p. 322.

Ger. Vanderhucht sculp.
27



el mundo para desfazer semejantes agravios, no consentirè, que un solo passo adelante passè, sin darle la deffçada libertad, que merece. En estas razones cayèron todos los que las oyèron, que Don Quixote devia de ser algun hombre loco, y tomàronse à reyr muy de gana, cuya risa fuè poner pòlvora à la còlera de Don Quixote, para que sin dezir mas palabra, sacando la espada, arremetiò à las andas. Uno de aquellos, que las llevàvan, dexando la Carga a sus Compañeros saliò al encuentro de Don Quixote, enarbolando una horquilla, ò baston con que sustentàva las andas en tanto que descansàva, y recibiendo en ella una gran cuchillada, que le tirò Don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedò en la mano, diò tal golpe à Don Quixote encima de un ombro por el mismo lado de la espada (que no pùdo cubrir el adarga contra villana fuerça) que el pobre Don Quixote vino al suèlo muy mal-parado. Sancho Pança, que hijadeando le iva a los alcances, vièndole caydo, diò voces à su moledor, que no le dièsse otro palo, porque era un pobre Cavallero encantado, que no avia hecho mal à nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuvo al villano, no fuèron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano: y assi creyendo, que le avia muerto, con prièssa se alçò la tònica, a la cinta y diò à huir por la campaña, como un gamo. Ya en esto llegàron todos los de la compaña de Don Quixote à donde el estàva; y mas los de la procession, que los vièron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temièron algun mal suceffo, y hizieronse todos un remolino al rededor de la imagen; y alçados los capirotos, empuñando



las disciplinas, y los clerigos los ciriales, esperàvan el afalto, con determinacion de defendèrse, y aun ofendèr, si pudièssen, à los acometedores: Pero la fortuna lo hizo mejor que se pensàva; porque Sancho no hizo otra cosa, que arrojàrse sobre el cuerpo de su Señor, haziendo sobre èl el mas doloroso, y rifuèno llanto del mundo, creyèndo, que estàva muerto. El Cura fuè conocido de otro Cura, que en la procession venia, cuyo conocimiento pùso en Sossiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura diò al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote; y assi el, como toda la turba de los disciplinantes, fuèron à ver, si estàva muerto el pobre Cavallero; y oyèron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la Cavalleria, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! O honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual, faltando tu en èl, quedarà lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicios, me tenias dada la mejor infula, que el mar ciñe, y rodea! O humilde con los sobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes; En fin Cavallero andante, que es todo lo que dezirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho reviviò Don Quixote, y la primera palabra que dixo, fuè: El que de vos vive ausente, dulcissima Dulcinea, à mayores miserias que estas està fugeto: Ayudame, Sancho amigo,
à

à ponerme sobre el carro encantado, que no estòy para oprimir la filla de Rozinante, porque tengo todo este ombro hecho pedaços. Eſſo harè yo de muy buena gana, Señor mio, respondiò Sancho, y bolvâmos à mi aldea en compañia deſtos Señores, que fu bien deſſèan; y alli daremos orden de hazer otra ſalida, que nos ſèa de mas provecho, y fama. Bien dizes, Sancho, respondiò Don Quixote, y ferà gran prudencia dexar paſſar el mal influxo de las eſtrellas, que agora corre. El Canonigo, el cura y Barbero le dixèron, que harìa muy bien en hazer lo que dezia: Y aſſi, avièndo recibido grande guſto de las ſimplicidades de Sancho Pança, puſièron à Don Quixote en el carro, como antes venia. La Proceſſion bolviò à ordenarſe, y proſeguir ſu camino. El cabrero ſe deſpidiò de todos; Los quadrilleros no quiſièron paſſar adelante, y el Cura les pagò lo que les devìa. El Canonigo pidiò al Cura, le avisàſſe el fuceſſo de Don Quixote, ſi fanàva de ſu locura, ò ſi proſeguia en ella: Y con eſto tomò Licencia para ſeguir ſu viage. En ſin todos ſe dividièron, y apartàron, quedando ſolos el Cura, el Barbero, Don Quixote, y Sancho Pança, y el bueno de Rozinante, que à todo lo que avia viſto, eſtàva con tanta paciencia, como ſu amo. El boyèro unciò ſus bueyes, y acomodò à Don Quixote ſobre un haz de heno, y con ſu acoſtumbrada ſlema ſiguiò el camino que el Cura quiſo; y à cabo de ſeys dias llegàron à la aldea de Don Quixote, adonde entràron en la mitad del dia, que acertò à ſer domingo, y la gente eſtàva toda en la plaça, por mitad de la qual atraveſò el carro de Don Quixote. Acudièron todos à ver lo que en el carro venia; y quando conocièron

nocièron à su compatrioto, quedàron maravillàdos; y un muchacho acudiò corriendo à dar las nuevas à su ama, y à su sobrina, de que su tio, y su Señor venia flaco, y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lastima fuè oyr los gritos que las dos buenas Señoras alçaron, las bofetadas que se dièron, las maldiciones que de nuèvo echàron à los malditos libros de Cavallerias, todo lo qual se renovò, quando vièron entrar à Don Quixote por sus puertas.

A las nuevas desta venida de Don Quixote acudiò la muger de Sancho Pança, que ya avia sabido, que avia ido con el sirvièndole de escudero; y assi como viò à Sancho, lo primero que le preguntò, fuè, que si venia bueno el asno? Sancho respondiò, que venia mejor que el amo. Gracias sèan dadas à Dios, replicò ella, que tanto bien me ha hecho. Pero contadme agora, amigo, que bien avèys sacado de vuestras escuredias? Que saboyana me traèys à mi? Que Zapaticos à vuestros hijos? No traygo nada deffo, dixo Sancho, muger mia, aunque tràygo otras cosas de mas momento, y consideracion. Deffo recibo yo mucho gusto, respondiò la muger: Mostradme essas cosas de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este coraçon, que tan triste, y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostrarè, muger, dixo Pança; y por agora estad contenta, que, siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage à buscar aventuras, vos me verèys presto conde ò Governador de una infula, y no de las de por ay, sino la mejor que pueda hallàrse. Quièralo assi
el

el Cielo, marido mio, dixo la muger, que bien lo avèmos menester. Mas dezidme, que es effo de infulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondiò Sancho; à su tiempo lo veràs, muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar Señoria de todos tus vasallos. Que es lo que dezis, Sancho, de Señorias, infulas, y vasallos, replicò Teresa Pança? (que assi se llamàva la muger de Sancho, aunque no eran parientes, fino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos.) No te acucies, Teresa, respondiò Sancho Pança, por saber todo esto tan aprieffa: Basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te fabrè dezir assi de passio, que no ay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado, escudero de un Cavallero andante, buscador de aventuras: Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan à gusto, como el hombre querrìa; porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir avièsas, y torcidas. Sèlo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteadado, y de otras molido. Pero con todo effo es linda cosa esperar los sucesos atravesàndo montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas à toda discrecion sin pagar, ofrecido sèa al diablo, el maravedi.

TODAS estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Teresa Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de Don Quixote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Miravalàs el con los ojos atravesados, y no acabava de entender, en que parte estava. El cura encargò à la sobrina, tuvièsse gran cuenta con regalar

galar à su tio, y que estuvièssen alerta de que otra vez no se les escapàsse, contando lo que avia sido menester para traelle à su casa. Aqui alzàron las dos de nuevo los gritos al Cielo; alli se renovàron las maldiciones de los libros de cavallerias; alli pidièron al Cielo, que confundièsse en el centro del abismo à los autores de tantàs mentiras, y disparates. Finalmente ellas quedàron confusas, y temerosas de que se avian de ver sin su amo, y tio en el mesmo punto, que tuvièsse alguna mejoria; y assi fuè como ellas se lo imaginàron. Pero el autor desta historia (puesto que con curiosidad, y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida) no ha podido hallar noticia dellos, alomenos por escrituras autènticas: Solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha; que Don Quixote, la tercera vez que saliò de su casa, fuè à Zaragoza, donde se hallò en unas famosas Justas, que en aquella ciudad hizieron, y alli le pasàron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin y acaecimiento pudo alcançàr cosa alguna; ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le deparàra un antiguo medico, que tenia en su poder una Caxa de plomo, que segun el dixo, se avia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita, que se renovava: En la qual Caxa se avian hallado unos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y davan noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso; de la figura de Rozinante; de la fidelidad de Sancho Pança; y de la sepultura del mesmo Don Quixote, con diferentes Epitafios, y Elògios de su Vida,

y